

Sociedad de masas, totalitarismo y democracia

Gino Germani y la sociología en la Argentina. Vol 1.

Autor:

Blanco, Alejandro

Tutor:

Altamirano, Carlos

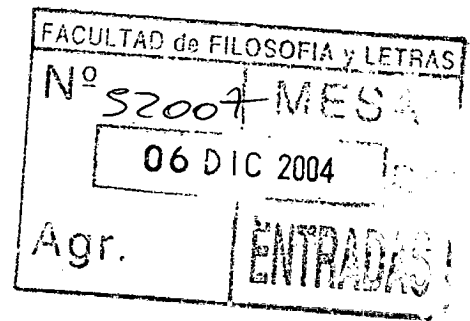
2004

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Doctor de la Universidad de Buenos Aires en Historia.

Posgrado

TESIS 11-3-7

v. 1



Facultad de Filosofía y Letras Universidad Nacional de Buenos Aires

TESIS DOCTORAL

**Sociedad de masas, totalitarismo y democracia: Gino
Germani y la sociología en la Argentina**

Primera y Segunda Parte

Autor: Alejandro Blanco
Director: Carlos Altamirano

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
Dirección de Bibliotecas

ÍNDICE

Primera Parte

Introducción

- Trayectoria intelectual
- La imagen canónica
- La historia de la sociología en perspectiva historiográfica
- Argumentos
- Plan de la tesis

Capítulo I: La sociología y su historia

- Los sociólogos y la historia de la sociología
- Historia de la ciencia y nuevos desafíos
- Los primeros reclamos y sus límites
- La ofensiva historicista
- La "controversia historicista": hacia un historicismo atemperado

Capítulo II: La sociología en la institución universitaria

- Institucionalización
- El programa
- La investigación empírica
- Balance de la experiencia

Capítulo III: La sociología durante el peronismo: católicos y nacionalistas

- Transformaciones institucionales
- Católicos y nacionalistas
- Organizaciones formales de la disciplina y articulación internacional
- La investigación
- La enseñanza
- La producción sociológica y sus principales orientaciones intelectuales

Segunda Parte

Capítulo IV: Proyecto editorial y proyecto intelectual

- Gino Germani, editor y traductor
- El método
- Proyecciones

Capítulo V: Mundo editorial y redes de sociabilidad intelectual

- El auge de la industria editorial
- Industria editorial y ciencias sociales
- Los orígenes de Abril
- El nacimiento de Paidós
- Mundo editorial y redes de sociabilidad intelectual

Capítulo VI: La crisis de la razón y el programa de un racionalismo ampliado

- La crisis del mundo moderno
- El contexto de la intervención: crisis de la ciencia y revuelta contra el positivismo
- El Instituto de Sociología
- El pragmatismo: hacia una redefinición de las ciencias sociales
- Racionalización y ciencias sociales
- La racionalización y sus límites

Capítulo VII: Psicoanálisis y sociología: hacia una convergencia disciplinaria

- El proyecto
- Psicoanálisis y sociología
- Cultura académica y mundo social
- Psicoanálisis y política

Capítulo VIII: Sociedad de masas y totalitarismo: las tensiones del mundo moderno

- Por el camino de Frankfurt
- Las razones de una recepción
- El enigma del totalitarismo
- La "revisión" del psicoanálisis: hacia una perspectiva sobre el autoritarismo moderno
- El peronismo
- La modernidad en perspectiva crítica

Tercera Parte

Capítulo IX: Las ciencias sociales en la posguerra: un nuevo contexto internacional

- La internacionalización de las ciencias sociales
- Transformaciones intelectuales
- Las agencias internacionales y la promoción de las ciencias sociales
- Enseñanza e investigación: la formación de un nuevo consenso

Capítulo X: La disputa por el método y el proyecto de una ciencia unificada

- La autocomprensión culturalista de la sociología
- La renovación de los ideales intelectuales de la disciplina
- La nueva Carta de incorporación
- La disputa por el significado de la metodología weberiana
- Las críticas a las tradiciones existencialistas y fenomenológicas

Capítulo XI: La institucionalización de la "sociología científica"

- La modernización universitaria
- Las condiciones iniciales
- Una fórmula liberal-socialista
- La organización de la disciplina y los contornos de una cultura intelectual
- La enseñanza
- La investigación
- La encuesta empírica frente a la síntesis libresca
- Las razones de una fórmula exitosa

Capítulo XII: Sociología y desarrollo: expectativa y desencanto

- El desarrollo económico: itinerarios de una idea
- Desarrollo económico y ciencias sociales
- Desarrollo económico y modernización: Germani y Parsons
- Sociología del desarrollo y teoría de la modernización: convergencia y utopía
- El desencanto

Capítulo XIII: La división del campo: sistemas de alianzas y estrategias de legitimación

- La división del campo
- La dimensión regional de la división
- Profesionales contra notables
- Alianzas institucionales
- Redes institucionales y estrategias de legitimación

Conclusiones

- Perfiles
- Gino Germani como escritor de prólogos
- Argumentos programáticos
- La historia de la disciplina en perspectiva

Reconocimientos

Inicié esta investigación como miembro del Programa de Historia Intelectual del Centro de Estudios e Investigaciones de la Universidad Nacional de Quilmes. La deuda intelectual con Carlos Altamirano, director de esta tesis, es enorme. Sus observaciones, siempre tan agudas y precisas, fueron decisivas no solamente para el desarrollo de esta investigación sino también para su concepción misma.

Estoy profundamente agradecido a los miembros del Programa de Historia Intelectual, Oscar Terán, Carlos Altamirano, Adrián Gorelik, Elías Palti y Jorge Myers porque me ofrecieron la posibilidad de disfrutar de un hospitalario a la vez que exigente ámbito de sociabilidad e intercambio intelectual. A Oscar Terán y Adrián Gorelik les agradezco el haberme dado la oportunidad de discutir algunos avances de esta investigación en el “Seminario de historia de las ideas, los intelectuales y la cultura” del Instituto Ravnani de la Universidad de Buenos Aires.

Las ideas aquí expuestas son también el producto de múltiples conversaciones que a lo largo de todos estos años mantuve con Marcelo Leiras, Roy Hora y Luis Rossi. Dedico esta investigación a Clara, y a mis dos hijas, por el amor y la paciencia de todos estos años.

Introducción

Esta investigación estudia la obra y la trayectoria intelectual de Gino Germani en Argentina a partir de una reconstrucción histórica del conjunto de las preocupaciones intelectuales y políticas que estuvieron en el origen de sus investigaciones sociológicas y en la formulación de sus esquemas interpretativos. Pero, y dado que se trata de una figura central de la sociología en la Argentina, la investigación se propone, a la vez, como una reconstrucción histórica del desarrollo de la disciplina misma. Focaliza aspectos intelectuales y aspectos institucionales y es, en tal sentido, una historia intelectual a la vez que institucional de la sociología en la Argentina.

En la Argentina, los estudios dedicados al surgimiento y desarrollo de las ciencias sociales, y en especial, de la sociología, son tan escasos como fragmentarios. La trayectoria intelectual de Gino Germani, un indiscutido protagonista de dicho proceso, tampoco ha merecido la suficiente atención de parte de los historiadores. Si bien ha sido objeto de numerosas críticas y comentarios, tanto su obra como su trayectoria intelectual no han recibido, a nuestro juicio, un análisis de carácter sistemático. La literatura relativa a la figura de Gino Germani ha girado fundamentalmente en torno a dos aspectos. Una buena parte de ella estuvo consagrada a discutir sus hipótesis sobre el peronismo.¹ La otra, en cambio, se ha ocupado de poner de relieve su importancia en el proceso que condujo a la institucionalización de la sociología como disciplina universitaria.² Pero en rigor de verdad no se ha hecho, todavía, una historia cultural e intelectual de la sociología en la Argentina. Sabemos poco, muy poco, de las fuentes que alimentaron la imaginación sociológica durante el período. La imagen probablemente más corriente es aquella en la que la sociología de

¹ Véase, Miguel Murmis y Juan C. Portantiero, *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Siglo XXI, Bs. As., 1971; Tulio Halperin Donghi, « Algunas observaciones sobre Gino Germani, el surgimiento de peronismo y los migrantes internos », Peter H. Smith, “Las elecciones de 1946 y las inferencias ecológicas” y Eldon Kenworthy, “Interpretaciones ortodoxas y revisionistas del apoyo inicial del peronismo” en Manuel Mora y Araujo e Ignacio Llorente, *El voto peronista. Ensayos de sociología electoral*. Sudamericana, Bs.As., 1980. Juan Carlos Torre, « Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo » en *Desarrollo Económico*, vol. 28, N° 112, enero-marzo de 1989; y Federico Neiburg, *Los intelectuales y la invención del peronismo*. Alianza, Buenos Aires, 1998.

² Juan F. Marsal, *La sociología en la Argentina*. Buenos Aires, Compañía General Fabril Editora, 1963; Eliseo Verón, *Imperialismo, lucha de clases y conocimiento. Veinticinco años de sociología en Argentina*. Tiempo Contemporáneo, Bs.As., 1974; Francisco Delich, *Crítica y autocrítica de la razón extraviada. Veinticinco años de sociología*. El Cid Editor, Venezuela, 1977; y Torcuato Di Tella, “La sociología argentina en una perspectiva de veinte años”, en *Desarrollo Económico*, vol. 20, N° 79, octubre-noviembre de 1980; Enno Liedke Filho, “Sociologia e sociedade Brasil e Argentina (1954-1984)”. *Cuadernos de Sociología*, N° 2, maio de 1990, Porto Alegre, Brasil; Federico Neiburg, *Los intelectuales y la invención del peronismo*. Alianza, Buenos Aires, 1998.

entonces aparece dominada por el estructural-funcionalismo, imagen que, más que aclararla y tornarla comprensible, no ha hecho más que simplificarla.

Más específicamente, una triple insatisfacción con la literatura referida originó esta investigación. La primera de ellas está relacionada con un conjunto de aspectos de la trayectoria intelectual de Germani que, a nuestro juicio, no han sido debidamente analizados. La segunda remite a la imagen canónica ofrecida por dicha literatura tanto de su figura como de su producción intelectual, imagen que resulta inconsistente a la luz de la evidencia empírica disponible. Finalmente, la tercera se vincula con las reconstrucciones de la historia de la disciplina misma durante el período, reconstrucciones que, a nuestro juicio, ofrecen una visión parcial del fenómeno. Examinaré por separado cada uno de estos tres aspectos.

Trayectoria intelectual

Como ya se ha afirmado, a pesar de la diversidad de los trabajos existentes, ninguno de ellos ofrece una visión de conjunto de la producción intelectual del autor. Con todo, más que debilidades, dicha literatura revela ciertas ausencias que consideramos significativas. En primer lugar, no se ha prestado suficiente atención a los escritos tempranos del autor y, en segundo lugar, tampoco ha merecido la debida atención aquel rasgo de su trayectoria relativo a su extensa actividad editorial. En efecto, la literatura existente ha fundado sus interpretaciones tomando fundamentalmente como punto de referencia los textos de lo que podríamos llamar como el período intermedio de la trayectoria y la producción intelectual de Germani, pasando así por alto los aspectos antes mencionados. Un breve bosquejo de su trayectoria intelectual en la Argentina será suficiente a los fines de nuestro argumento.

Gino Germani nació en Italia en 1911, llegó a la Argentina en 1934 y permaneció allí hasta mediados de los años sesenta, cuando emigró a los Estados Unidos. En términos analíticos, dicha trayectoria puede ser dividida en tres etapas principales que, si bien están recortadas de acuerdo con un orden cronológico, obedecen igualmente a la naturaleza de las actividades emprendidas por su autor: a) sus años de formación intelectual y sus primeros escritos; b) su paso por distintas instituciones del campo intelectual y, c) su desempeño al frente del primer Departamento de Sociología creado en 1957.

La primera etapa está comprendida entre los años de 1934 y 1945. Habiendo realizado estudios en economía en Italia, ingresó en 1938 en la carrera de Filosofía de la

Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Durante esos años participó activamente en el sindicato estudiantil y fue miembro igualmente activo de la comunidad italiana antifascista. Luego de graduarse en filosofía, ingresó, por iniciativa de Ricardo Levene, en el *Instituto de Sociología* de la misma Facultad creado oficialmente en 1940. En el mismo realizó colaboraciones de distinta naturaleza: escribió reseñas bibliográficas, emprendió una investigación empírica sobre las clases medias en Argentina, elaboró extensos informes estadísticos relativos a la estructura social de la Argentina que aparecieron en el *Boletín del Instituto* y publicó una serie de ensayos referidos a distintas temáticas: las clases medias, la opinión pública, la sociedad industrial y los problemas de la integración social, entre otros. Asimismo, y en calidad de miembro del Instituto, integró la comisión encargada de la realización del Cuarto Censo Nacional.

La segunda etapa comprende los dos períodos del gobierno justicialista 1946/1955. Durante este período Germani se alejó de la universidad y comenzó a enseñar sociología y psicología social en el Colegio Libre de Estudios Superiores, una institución que nucleaba a los intelectuales opositores al peronismo. Fue durante este período, asimismo, que Germani desarrolló una intensa labor de difusión intelectual como director de las colecciones “Ciencia y Sociedad” en la editorial Abril, y “Biblioteca de Psicología Social y Sociología” en la editorial Paidós. Tradujo y escribió prólogos y estudios preliminares a un conjunto de obras extranjeras. Diseñó la biblioteca en ciencias sociales más importante de esos años, tanto por el número de los títulos editados como por la proporción de la tirada y el número de las reediciones.

Entre 1946 y 1948, igualmente, se desempeñó como secretario de redacción de *Cultura Italiana*, una publicación editada en simultáneo en Italia y Argentina y dirigida por Guido de Ruggiero. En la misma publicó comentarios a obras de filosofía y de historia del pensamiento político y de la ciencia de autores italianos recientemente aparecidos. Participó en el Primer Congreso Latinoamericano de Sociología celebrado en Buenos Aires en 1951 y desplegó allí una áspera polémica relativa al método con los principales representantes de la disciplina. En dos ensayos referidos a la problemática metodológica en ciencias sociales, expuso el grueso de los argumentos que serían desarrollados con mayor amplitud pocos años después en *La sociología científica. Apuntes para su fundamentación*, esa suerte de manifiesto de la orientación teórica y epistemológica preconizada por Germani frente a sus adversarios del campo. Finalmente, en 1955 publicó en el sello Raigal su primer libro, *Estructura social de la*

Argentina. Análisis estadístico, en el que ofreció -a partir de una precisa y cuidadosa reconstrucción de la información provista por el Censo Nacional de 1947- un cuadro detallado de las principales características de la morfología de la sociedad argentina.

Finalmente, la tercera etapa de su trayectoria comprende el período que va desde mediados de la década del '50, cuando asume la dirección del Instituto de Sociología hasta mediados de los '60, cuando decide emigrar a la Universidad de Harvard. Durante estos años Germani desarrolló una intensa labor institucional a partir de la creación del Departamento y la Carrera de sociologías. Creó el *Servicio de Documentación de Sociología*, encargado de traducir y publicar fragmentos de textos inéditos destinados a la enseñanza de la disciplina, y la serie de los *Cuadernos*, una publicación del Instituto de Sociología que aspiraba a continuar el tradicional *Boletín del Instituto*, y en la que se publicaron investigaciones empíricas emprendidas por el propio Instituto como contribuciones teóricas recientes de autores extranjeros. Finalmente, inició la edición de la serie *Publicaciones Internas*, que incluía trabajos originales, informes definitivos o provisionales, textos de proyectos y otros materiales relacionados con las investigaciones del Instituto. Hacia mediados de la década del '60 se habían publicado aproximadamente fragmentos de unos 400 títulos, se habían editado 24 números de los *Cuadernos* y la serie de *Publicaciones Internas* había llegado a publicar poco más de 60 títulos.

Asimismo, durante esos años redactó numerosos informes sobre investigaciones en curso y, en 1962, apareció su libro quizá más célebre, *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*. Publicó, además, una serie de artículos en distintos medios universitarios nacionales y extranjeros, y participó activamente en la fundación de la *Revista Latinoamericana de Sociología* editada por el Centro de Sociología Comparada del Instituto Di Tella creado por el mismo Germani. Durante estos años, finalmente, publicó además *Estudios de psicología social* (1956), *La sociología científica: apuntes para su fundamentación* (1956), *La sociología científica en la América Latina: problemas y perspectivas* (1964), *Argentina, sociedad de masas* (en colab. 1965), y *Estudios de sociología y psicología social* (1966).

Y bien, ¿qué podemos inferir de este sintético cuadro de la trayectoria intelectual de Germani en la Argentina? Una primera impresión, y que no deja de ser sorprendente, es la intensidad y diversidad de la estrategia intelectual desplegada por Germani en el campo intelectual durante todos estos años. No menos sorpresa causa el comprobar la

enorme apertura temática y ideológica que la misma exhibe como la amplitud de sus operaciones; sorprende, asimismo, el carácter heterogéneo de sus intereses teóricos. En efecto, si por un lado una lectura de sus primeros trabajos permite advertir -como tendremos oportunidad de comprobar más adelante- la presencia simultánea de motivos clásicos de la sociología como aquellos otros provenientes de corrientes sociológicas contemporáneas, especialmente, de la franja de la sociología alemana representada por Karl Mannheim, su extensa actividad editorial evidencia la temprana atención que presta a las formulaciones teóricas del psicoanálisis de orientación reformista -Fromm, Hollischer- y a aquellas otras provenientes del interaccionismo simbólico norteamericano -Mead, fundamentalmente- con los que da los primeros pasos en la elaboración de una psicología social anticipada ya en su curso en el Colegio Libre de Estudios Superiores con el título de "Bosquejo de una psicología social en años de crisis".

Tanta o mayor sorpresa provoca, asimismo, la continuidad de su desempeño en las editoriales Abril y Paidós, que pareciera insinuar la importancia decisiva que estas últimas adquieren -en el marco de una historia de las ideas- tanto en la renovación de los contenidos de la imaginación social como en la organización de un campo disciplinario.

Como se ve entonces, la enumeración apenas cronológica de los momentos revela la complejidad de su biografía intelectual y abre una serie de interrogantes al respecto: ¿qué significación adquirieron en el contexto de su obra como de su trayectoria la existencia de esos primeros trabajos, por un lado, y la intensa labor editorial emprendida durante esos años, por el otro? ¿De qué manera los materiales editados repercutieron tanto en su propia producción intelectual como en la formación de la sociología del período? Y también, ¿qué muestra ese continuo desplazamiento de Germani por distintos circuitos intelectuales? ¿De qué manera interroga ese desplazamiento las relaciones entre campo intelectual y campo político?

En tal sentido, creemos, ambos aspectos de su trayectoria intelectual, tanto los relativos a sus escritos más tempranos como aquellos otros vinculados a su desempeño como editor y traductor revisten un interés significativo a la hora de ensayar una comprensión histórica del desarrollo de sus ideas y de sus textos centrales como una comprensión del desarrollo de la historia de la disciplina en nuestro medio intelectual. En este sentido, creemos que un estudio en profundidad de su trayectoria intelectual como de sus textos durante su residencia en Argentina tal como se propone esta investigación nos abre una doble posibilidad: la de escrutar un material descuidado por

la crítica y la de devolvemos así una imagen más matizada y compleja de su obra cuanto de sus intereses teóricos y político-ideológicos.

Conviene aclarar, además, que nuestra intención de prestar particular atención a los primeros trabajos de Germani no está inspirada en un interés de tipo histórico-epistemológico a través del cual nos propondríamos reconstruir la prehistoria o la “historia ideológica” de una disciplina posteriormente devenida científica; no creemos que la historia de las ideas se desarrolle según un curso unitario y evolutivo desde intuiciones teóricas algo desordenadas y comprensiblemente pedestres hasta su definitiva sistematización e inscripción en una verdadera teoría científica. No es esa la historia que nos interesa reconstruir, acaso porque ella misma es la que se ha encargado de elaborar el propio Germani en aquellos textos en los que se ocupó del desarrollo de la sociología en la Argentina. No procuramos, entonces, poner a prueba la científicidad de sus conceptos ni de sus esquemas interpretativos; sí, en cambio, rehacer su genealogía y colocar la interpretación de sus textos en el horizonte de los dilemas y los interrogantes planteados por su época.

Como intentaremos mostrar a lo largo de esta investigación, tres fenómenos estrechamente relacionados estuvieron en el centro de las preocupaciones intelectuales y políticas de Germani: el advenimiento de la sociedad de masas, el surgimiento de los movimientos totalitarios y la crisis de la democracia. En tal sentido, nuestra investigación procurará indagar el modo en que Germani elabora una respuesta intelectual y política a los problemas planteados por dichos fenómenos, atendiendo antes que a la científicidad de sus conceptos o a la justeza de sus interpretaciones, a la genealogía de sus textos como a las preocupaciones intelectuales y políticas que estuvieron en el origen de sus investigaciones sociológicas y en la formulación de sus esquemas interpretativos; a las tradiciones con las que se conectara y al modo en que estas últimas se fundieron en la construcción de su producción sociológica.

La imagen canónica

Tanto entre sus contemporáneos como en la historiografía consagrada a su obra, la figura de Germani ha sido clasificada como la de un sociólogo “funcionalista” y/o “empirista”.³ La inspección de su trayectoria revela, sin embargo, una evidencia que no encaja perfectamente con esta imagen. Veamos algo de esto último.

³ Véase, Alfredo Parera Dennis, [seud. de Milcíades Peña], “Gino Germani sobre C.W. Mills o las enojosas reflexiones de la paja seca ante el fuego” en *Fichas de investigación económica y social*, Año II,

En 1971, en una carta a Jaime Bernstein, uno de los directores de la editorial Paidós, Germani escribía:

También éste es posible que lo hayan comprado. Es la crítica de alto vuelo al estructural-funcionalismo, Parsons y en general a la sociología norteamericana. Se trata de una de las cosas más serias (más que Wright Mills) con una orientación contraria al *establishment* (pero no de la izquierda ululante). Debería estar en la colección. Único problema: es un poco largo, 500 páginas.⁴

Por ese entonces, aunque ya radicado en el extranjero, Germani compartía todavía con Enrique Butelman la dirección de la colección “Biblioteca de Psicología Social y Sociología” de la editorial Paidós en la Argentina. El libro al que hacía referencia en su carta a Bernstein era *The Coming Crisis of Western Sociology*, [*La crisis de la sociología occidental*] de Alvin Gouldner, probablemente la más vigorosa y consistente crítica a la teoría de Talcott Parsons y que marcaría, de algún modo, el comienzo del fin de la hegemonía del estructural-funcionalismo en el dominio de la teoría sociológica.

El posible desconcierto frente a los términos de la carta proviene, comprensiblemente, del desafío que plantean a nuestra imagen más familiar relativa a la figura de Germani. La intención de incluir el libro de Gouldner en el catálogo de la colección, ¿era entonces el signo de una traición intelectual?

El interés de Germani hacia las orientaciones sociológicas alternativas al estructura-funcionalismo de Talcott Parsons no quedaría limitado, sin embargo, a sus expresiones americanas. En efecto, en otra carta a Bernstein, de 1974, Germani sugería la inclusión en el catálogo de la colección de un conjunto de obras inscriptas en la ya para entonces familiar denominación de “sociología crítica”. Las recomendaciones incluían, entre otros, (AAVV), *Ricerca e ruolo del Sociologo*, un libro -escribía- de “mucho interés [...] sobre crítica del método desde el punto de vista de la llamada sociología ‘crítica’”. Otro en la misma línea -proseguía Germani- sería la polémica de Adorno, Popper, Habermas, Albert, Pilot, *Der Positivismusstreit in der Deutschen Soziologie* [*La disputa del positivismo en la sociología alemana*]. Finalmente, Germani sugería que “habría que publicar Habermas, algo de él por lo menos. Es el más importante de la sociología crítica, que en América Latina es una parodia, pero en

Nº 2, 1964; Eliseo Verón, *op. cit.* 1974; Rolando Franco, “Veinticinco años de sociología latinoamericana” en *Revista Paraguaya de Sociología*, Año 11, Nº 30, 1974; Francisco Delich, *op. cit.*, 1977; Guillermo Morales y Antonio Frassinetti, (eds.), *Las ciencias sociales en América Latina*. UNAM, México, 1979.

⁴ En Gino Germani, 16 de noviembre de 1971, Archivo Personal.

Alemania es relativamente seria". De Habermas, Germani recomendaba *Conocimiento e interés, Historia y crítica de la opinión pública* y del italiano *Teoría e Prassi della Società Tecnologico*.⁵

Por cierto, el desconcierto provocado por todas esas recomendaciones editoriales bien podría ser relativizado teniendo en cuenta el contexto en el que fueron formuladas. Hacia los años setenta, en efecto, la figura de Talcott Parsons estaba lejos de gozar del prestigio y de la autoridad intelectual de las que se había hecho acreedor durante las dos primeras décadas que siguieron a la posguerra, y para entonces la "sociología crítica" se había erigido en un desafiante competidor de un paradigma en crisis, el "estructural-funcionalismo" parsoniano. A la luz de ello, la intención de editar un libro como el de Gouldner bien podría ser considerada como un gesto oportuno a través del cual Germani no hacía más que plegarse a un consenso caracterizado por una "revuelta contra Parsons".⁶ Lo mismo podría predicarse de las otras recomendaciones editoriales. No obstante, una ojeada a su trayectoria intelectual pareciera insinuar que no era sólo el mero oportunismo lo que estaba detrás de aquel gesto.

Entre 1940 y 1960, y en la misma colección, Germani editó a Walter Lippmann, a Harold Laski, a George H. Mead, a Bronislaw Malinowski, a Walter Hollitscher, a Viola Kleim, a Guido de Ruggiero y a Franz Neumann, entre otros. Es curioso, pero ninguno de ellos podría ser fácilmente adscrito a la categoría de sociólogo. Por lo demás, y con excepción del nombre de George H. Mead, que inspiró, hacia los años '50, una tradición antiparsoniana de estudios sociológicos conocida con el nombre de interaccionismo simbólico, ninguno de los autores mencionados suele figurar en los índices onomásticos de los manuales de sociología más corrientes.

Pero hay más. En 1947 Germani editó, acompañado de un prólogo, *El miedo a la libertad*, de Erich Fromm, uno de los textos formativos de la Escuela de Frankfurt. En 1961 escribió el prólogo a la edición castellana de *La imaginación sociológica*, de Charles Wright Mills. De notable éxito en la comunidad académica internacional, el libro de Wright Mills, como se recordará, constituyó la primera declaración de guerra a lo que su autor identificaba como la "ortodoxia sociológica" representada por Talcott Parsons y Paul Lazarsfeld. Es cierto, y como en parte ha sido señalado, que en dicho prólogo Germani buscó separar la crítica de Mill a la sociología norteamericana de una

⁵ En Gino Germani, 8 de junio de 1974, Archivo Personal.

⁶ Jeffrey Alexander, *Las teorías sociológicas desde la segunda guerra mundial. Análisis multidimensional*. Gedisa, Barcelona, 1992.

crítica *tout court* a la sociología empírico-analítica (que el propio texto de Mills autorizara esta separación es ya algo más dudoso).⁷ En cierto modo, Germani se las arregló para componer a la vez una celebración de la aparición del libro Mills y una defensa de las orientaciones criticadas por este último. Sin embargo, dos años más tarde, Germani editaba en su colección *Carácter y estructura social*, de Hans Gerth y Charles Wright Mills, y participaba en un libro colectivo de homenaje a Mills, compilado por Irving Horowitz y titulado precisamente *La nueva sociología*. Esto último sugiere que no era solamente el deseo de neutralizar los efectos corrosivos del libro de Mills lo que había motivado la escritura de aquel prólogo. Por lo demás, Irving Louis Horowitz, uno de los representantes más destacados de lo que comenzó a conocerse como la “sociología crítica”, fue, de los profesores extranjeros, el que mayor cantidad de cursos tuvo a su cargo en el Departamento de Sociología creado y dirigido entonces por Germani. Fue el mismo Horowitz, por lo demás, el que hacia 1961 presentó entre nosotros en una conferencia pública dictada en la Facultad de Filosofía y Letras los contornos de esa “nueva orientación” de la sociología encabezada por C. Wright Mills, recientemente fallecido e integrada asimismo por Herbert Blumer, Lewis Coser, Arthur Davis, Barrington Moore Jr. y David Riesman entre otros. De este último, Germani editó en 1964 *La muchedumbre solitaria*.

Ahora bien, ¿qué son todas estas muestras de simpatía de Germani hacia la “sociología crítica”? ¿La prueba concluyente de una presencia relativamente débil del estructural-funcionalismo en la sociología argentina en general y en la obra de Germani en particular? La evidencia empírica no autoriza una respuesta afirmativa a dicho interrogante. En principio, aunque no muy significativa, la difusión del estructural-funcionalismo, en general, y de la obra de Parsons, en particular, no estuvo ausente de los planes editoriales de la colección dirigida por Germani. En 1949, en efecto, Germani editó, acompañado de un prólogo, *Estudios de psicología primitiva*, de Bronislaw Malinowski, el mentor del funcionalismo en antropología, y en 1965 *Sociología: una introducción sistemática*, de Harry Johnson, “la primera introducción sistemática a la sociología de orientación funcionalista que se ha escrito”, según los términos de un estrecho colaborador de Germani, Jorge Graciarena, que tuvo a su cargo la presentación del libro. Asimismo, en 1967 Germani editó los *Ensayos de teoría sociológica*, de

⁷ Véase, Lucas Rubinich, “Redefinición de las luchas por los límites: un debate posible para las nuevas generaciones en la sociología”, *Entrepasados. Revista de Historia*, Año IV, Nº 6, 1994 y Horacio Tarcus, *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*. El Cielo por Asalto, Buenos Aires, 1996.

Talcott Parsons, con un prefacio de Norberto Rodríguez Bustamente y, dos años más tarde, *La sociología norteamericana contemporánea*, una antología compilada por Parsons. Por lo demás, en la solapa de la primera y única edición de los *Ensayos...*, los editores no ahorraron comentarios elogiosos hacia la figura del autor: “Constituye un honor para la editorial Paidós presentar por primera vez en versión castellana un libro de Talcott Parsons, considerado por muchos como el más grande e influyente de los sociólogos contemporáneos.

La edición de obras provenientes de la escuela funcionalista no parecía animada, sin embargo, por la intención de difundir los perfiles de una nueva ortodoxia sociológica. De otro modo, ¿cómo explicar el hecho que, dos años después, aparecía, en la misma colección, el libro de Don Martindale, *Comunidad, carácter y civilización*, representativo de una de las orientaciones alternativas al estructural-funcionalismo parsoniano? Por lo demás, en la presentación del volumen, los mismos editores se encargarían de hacer explícito esto último: “La finalidad principal de este libro es presentar el conductismo social como una orientación sociológica más fructífera que el funcionalismo que en los últimos decenios ha predominado en las ciencias sociales”.

Ciertamente, y como se verá en el desarrollo de esta investigación, la obra de Parsons gravitó tanto en la producción intelectual del propio Germani como en la organización de los programas de estudio de la carrera. Pero en cualquier caso, la evidencia recogida arroja ciertas dudas sobre la imagen más corriente de Germani en la literatura consagrada al tema y sugiere la necesidad de proceder a un examen más cuidadoso y detenido de su trayectoria intelectual. En principio porque la evidencia misma muestra la inscripción de Germani en otras familias de pensamiento, distintas, en unos casos, y críticas, en otros, al estructural-funcionalismo parsoniano, e incluso ajenas, algunas de ellas, a la sociología misma. Pero, ¿fue entonces Germani un “sociólogo crítico”? No es esta, creemos, una respuesta apropiada. Por lo demás, la cuestión aquí no es cambiar una etiqueta por otra: la de “funcionalista” o “empirista” por la de “sociólogo crítico”. No es esa la finalidad de esta investigación. Más bien, busca quebrar esa visión homogénea y “pasteurizada” del mundo que transmiten categorías tales como “funcionalista”, “cientificista” o “crítico”, que pueden ser útiles como ayuda-memoria en la enseñanza y transmisión de la historia de la disciplina, pero que no reflejan la complejidad de los procesos a partir de los cuales las ideas emergen, son recibidas y cambian y que, habitualmente, más que iluminar, pueden conducir a simplificar la complejidad de una biografía intelectual.

La historia de la disciplina en perspectiva historiográfica

Las reconstrucciones de la historia de la disciplina han transitado por dos errores antitéticos pero complementarios: el primero ha consistido en afirmar, desde una perspectiva “normativa”, que no hubo sociología antes de Germani. El segundo, en cambio, en avanzar lisa y llanamente –y contranormativamente- la proposición inversa, a saber, que sociología hubo mucho antes de Germani. De esta manera, aunque que por razones diferentes, ambas perspectivas se privan de capturar la unicidad cualitativa del fenómeno en cuestión. En el primer caso, por suponer un curso *teleológico* en el que la “sociología científica” aparece como resultado de -y en ruptura con- una prehistoria que la precede. No obstante el aparente acento rupturista, en el fondo dicha perspectiva “normaliza” la emergencia del fenómeno al reintegrarlo en una cadena evolutiva de la que es su resultado o término final. En el segundo caso, la unicidad cualitativa del fenómeno en cuestión queda oscurecida, porque, deseosa de encontrar sociología en todos los momentos en que ella fue invocada, corre el riesgo de abolir el carácter contingente de las experiencias y disolver al mismo tiempo la especificidad de cada una de ellas, como si la sociología fuera un entidad transhistórica investida de idéntica vocación y animada por una misma misión histórica. La única manera de sortear el dilema planteado entonces consistiría en abandonar una perspectiva “normativa” en provecho de una concepción de la sociología como una actividad de trabajo entre otras, y sometida a un conjunto análogo de contingencias heterogéneas en su principio. En suma, se trataría de adoptar una perspectiva histórica que asume en principio que la sociología se desarrolla en el tiempo y que, dado ese carácter, puede asumir distintos significados de acuerdo al contexto en el que ese desarrollo tiene lugar. En segundo lugar, una perspectiva histórica es una que asume que la institucionalización de una determinada disciplina es un proceso complejo y multidimensional, resultado de un entrecruzamiento, siempre peculiar y contingente, de factores de orden social, cultural, económico, intelectual e institucional. Tal entonces la perspectiva más general que adoptaremos en esta investigación.

Esas reconstrucciones del pasado de la disciplina sociología han estado caracterizadas por una perspectiva historiográfica teleológica y “normativa”. Dado ese carácter teleológico, dichas historias han sido planteadas en los términos de una evolución lineal y progresiva en la que todos los acontecimientos relacionados de un modo u otro con la emergencia de la disciplina son vistos como pasos o momentos de

un trayecto cuyo estado final es el presente de la disciplina desde la que se reconstruye dicha historia. Y en tal sentido, son historias que tienden a interpretar como una totalidad significativa muchos elementos de las obras de sus protagonistas que son francamente heterogéneos. Una ilustración de este error de perspectiva ha estado presente -como intentaré mostrar en esta investigación- en aquellos estudios que procuran un análisis de la obra y la trayectoria de Gino Germani *desde el punto de vista* de una historia de la institucionalización de una “sociología científica” en la Argentina. En sí misma, la operación de inscribir la figura de Germani en un contexto de lectura como éste, regido por la “hipótesis del padre fundador”, no es de ningún modo reprochable. El problema estriba en que, muchas veces, un compromiso acrítico con un régimen de lectura de esa naturaleza empujó a los comentaristas a observarlo *todo* como una confirmación de lo que esa perspectiva ya presuponía. De esta manera, muchos aspectos de la trayectoria de Germani o bien son vistos como meras “anticipaciones” o bien son sensiblemente distorsionados en su sentido, ya sea porque aparecen como residuales, o porque no resultan inteligibles desde dicha perspectiva. Ambos resultados pueden apreciarse tomando como ejemplo aquel aspecto de la trayectoria intelectual de Germani relativo sus proyectos editoriales, que -como se verá más adelante- constituye un aspecto decisivo en el marco de esta investigación. Así, por ejemplo, aunque rara vez la literatura comentada se ocupó de examinar la actividad editorial de Germani, y en especial, los materiales de ambas bibliotecas, cuando lo hizo terminó encerrando el sentido de los mismos en los estrechos moldes del ‘proyecto’ de fundación de una sociología científica cuando, en rigor, nadie dudaría de las dificultades de incluir la edición de autores como Erich Fromm, Harold Laski, Guido de Ruggiero, Franz Neumann, entre otros, como parte de un proyecto semejante. Al proceder de esa manera, dicha literatura se condenó a una dudosa teleología mediante la cual el pasado se explicaría por el futuro más que en sus propios términos.

Asimismo, la orientación de dichas historias ha sido “normativa” en la medida en que la reconstrucción histórica ha estado organizada y presidida por la asunción de una “norma” o ideal de lo que debe ser la disciplina. En virtud de ese carácter “normativo”, tales historias han estado más preocupadas por juzgar los textos (o fijar una posición en el campo) que por comprenderlos, y, en tal sentido, han sido historias destinadas menos a comprender un proceso que a legitimar una determinada concepción y práctica de la disciplina.

Un efecto de esta perspectiva normativa en la literatura referida a la historia de

la disciplina ha sido la relativa desatención del período comprendido entre 1940 y 1955, y que se explica, nuevamente, sobre la base de una definición previa de lo que la sociología es y/o debe ser. Insuficientemente estudiada ha sido en principio la experiencia vinculada con la creación del Instituto de Sociología a comienzos de los años '40. Y sin embargo, como se documenta en esta investigación, durante esos años la sociología experimenta un importante proceso de institucionalización. Aparecen una institución especializada para los estudios sociológicos, la primera publicación oficial consagrada a la materia, la primera colección de libros especializada, se emprenden las primeras investigaciones empíricas y se proyecta la creación de un Instituto Internacional de Sociología. Ahora bien, ¿qué direcciones y orientaciones intelectuales marcaron esa primera experiencia? ¿Cuáles eran las representaciones más corrientes de la disciplina? ¿Cuál era, en fin, la cultura sociológica?

Prácticamente ignorado permaneció igualmente en la literatura el período comprendido entre 1946 y 1955, sometido las más de las veces a un juicio más ideológico que historiográfico. La crónica más superficial del período, sin embargo, invita a una reconsideración. En 1950 se celebró la Primera Reunión Nacional de Sociología, que dio lugar a la creación, ese mismo año, de la primera asociación de sociólogos, la *Academia Argentina de Sociología*. En 1950, asimismo, se creó la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS), la primera asociación profesional de sociólogos de tipo regional en el mundo, que estuvo presidida y controlada por un representante local de la disciplina, Alfredo Poviña. Al año siguiente, la Asociación celebró en Buenos Aires el Primer Congreso Latinoamericano de Sociología. Finalmente, en 1950 apareció otra publicación especializada, la *Revista Argentina de Sociología*, editada por el Instituto de Sociografía y Planeación. Finalmente, además de las 15 cátedras de sociología distribuidas en las distintas universidades con un total de 30 profesores entre titulares y suplentes, esa década fue pródiga en instituciones sociológicas. En efecto, durante esos años varias universidades acogieron en su seno a institutos de sociología. A los de Sociología de la FFyL y de Sociografía y Planeación, de la Universidad de Tucumán, fundados en 1941 y 1945 respectivamente, vinieron a añadirse el Instituto de Sociología de la Facultad de Ciencias Económicas, el de Filosofía del Derecho y de Sociología de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, el Instituto de Investigaciones Sociológicas, el de Sociología Argentina y Bonaerense del Ministerio de Educación de la Provincia de Buenos Aires, el de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Rosario, entre otros.

Ahora bien, ¿con qué preocupaciones estuvo conectado este crecimiento institucional de la sociología? ¿Qué transformaciones experimentó la enseñanza de la sociología durante el período? ¿A qué obedeció esa proliferación de institutos de sociología? ¿Qué propósitos perseguían y cuáles fueron las actividades emprendidas?

Finalmente, la literatura no se ha prestado suficiente atención al contexto internacional en el que tuvo lugar la institucionalización de la sociología en la Argentina. Por el contrario, el foco ha estado puesto mayormente sobre las condiciones internas y/o domésticas que favorecieron y estimularon la adopción de la sociología empírica y/o científica como fórmula intelectual. Y sin embargo, el creciente desarrollo y expansión que conocieron no sólo la sociología sino el resto de las ciencias sociales en América Latina durante las décadas del '50 y '60 difícilmente pueda ser comprendido fuera de la actuación de una serie de instituciones internacionales y regionales de financiamiento y fomento de la actividades científicas tales como la Unión Panamericana, la Unesco, la Cepal, las Naciones Unidas y las fundaciones Ford y Rockefeller, la mayoría de las cuales fueron creadas a partir de la segunda posguerra. La acción de ese nuevo tejido institucional afectó tanto el plano de la infraestructura de las ciencias sociales, promoviendo la creación de asociaciones profesionales, centros de investigación y un sistema de publicaciones, así como los planes de la enseñanza y la investigación, estimulando una serie de reformas en los planes de enseñanza y privilegiando investigaciones en determinados dominios temáticos. A partir de entonces la disciplina adoptó un patrón internacional de desarrollo. Ahora bien, ¿cómo afectó esta internacionalización la situación del campo local? ¿Cómo incidió este nuevo contexto en las aspiraciones y los proyectos de los sociólogos a la profesionalización? ¿Qué patrones de profesionalización fueron promovidos? ¿De qué manera se colocaron los distintos actores frente a estos cambios? ¿Qué estrategias adoptaron para adaptarse a los mismos?

Argumentos

Como se ha dicho, desde mediados de los años '40, Germani desarrolló una intensa y relativamente exitosa actividad editorial. Diseñó la biblioteca en ciencias sociales más importante de esos años. Tradujo y escribió prólogos y estudios preliminares a un conjunto de obras extranjeras. En tal sentido, esta investigación intentará probar que, en tanto editor, una faceta de su biografía intelectual prácticamente descuidada en la literatura, Germani se convirtió en el importador de una literatura

relativamente desconocida en los medios intelectuales locales mediante la cual dotaría a la disciplina en particular y a las ciencias sociales en general de un nuevo “cuadro de referencia”. Su empresa editorial obró como un agente poderoso de instalación, difusión y legitimación de nuevas ideas, vocabularios y esquemas conceptuales que produjeron importantes innovaciones intelectuales y preparó el camino para una recepción más general de la sociología, arrancándola de los límites de la cátedra y de los círculos doctos a que había quedado confinada hasta entonces, e instalándola definitivamente en el teatro de la vida pública intelectual. Mostraré, igualmente, que, a través de sus colecciones, Germani conectó a la sociología con una nueva agenda temática, la relativa al debate en torno a la sociedad de masas, su conexión con el fenómeno del totalitarismo y el porvenir de la democracia. Finalmente, intentaré mostrar de qué manera su actividad editorial amplió las fronteras de la disciplina de acuerdo a tal como ésta había sido concebida hasta entonces, abriéndola a diferentes tradiciones, tanto intelectuales (Escuela Crítica de Frankfurt, psicoanálisis reformista, interaccionismo simbólico, *gestaltheorie*, estructural-funcionalismo) como disciplinarias (psicoanálisis, antropología y psicología social).

A través del examen de su proyecto editorial, asimismo, intentaré mostrar hasta qué punto el diálogo con la tradición del “psicoanálisis reformista” constituyó un componente decisivo de su proyecto de redefinición de la ciencia social. ¿Es esto un hecho evidente, natural? El más superficial ejercicio comparativo permite adelantar una respuesta negativa. En efecto, por los mismos años, en Brasil como en México, la sociología alcanzó un desarrollo tanto o más importante que en la Argentina, desde un punto de vista intelectual como institucional. Y sin embargo, fue un desarrollo que no incluyó al psicoanálisis en su cuadro de referencia. En tal sentido, y aunque no se trata de un estudio comparado, el examen de las actividades editoriales de Germani y su impacto sobre el desarrollo de la disciplina permitirá aislar un rasgo idiosincrático del desarrollo intelectual de la sociología en Argentina en contraposición con el desarrollo de la disciplina en Brasil y México.

En la historiografía tradicional la figura de Germani ha quedado estrechamente asociada con la sociología norteamericana, y en especial, con el estructural-funcionalismo. La apreciación, ciertamente, no es del todo inexacta. La sociología norteamericana, fundamentalmente la originada en la llamada Escuela de Chicago, fue una referencia constante en los escritos tempranos de Germani y, más tarde, la referencia incluiría el estructural-funcionalismo parsoniano. Sin embargo, la evidencia

empírica recogida en esta investigación obliga a tomar distancia de aquella imagen. En tal sentido, esta investigación procura defender la tesis según la cual la relación de Germani con el psicoanálisis reformista y con la Escuela de Frankfurt constituyó un capítulo central de su formación y preocupaciones intelectuales como así también del desarrollo de las orientaciones y de los intereses cognoscitivos de la disciplina durante el período de su institucionalización. Más específicamente, procuraré mostrar que la perspectiva sociológica de Germani hunde sus raíces en la tradición de la crítica a la sociedad y cultura de masas y constituye, por consiguiente, el punto de partida de una tradición intelectual cuya problemática central se articulará en torno a una interrogación sobre los vínculos entre cultura y política.

En lo que a los aspectos institucionales concierne, y frente a la imagen bastante general y negativa que ha prevalecido en la literatura sobre el período que precedió a la creación del Departamento de Sociología, esta tesis procurará exhibir la complejidad de dicha experiencia. En principio, y comparada con la experiencia de institucionalización en algunos países centrales y otros de América Latina, intentaré mostrar que la inserción de la disciplina en el sistema universitario argentino alcanzó un grado de tanta o mayor amplitud y consistencia. Asimismo, y contra una visión tradicional, promovida por el propio Germani, según la cual la investigación empírica en sociología se habría iniciado a partir de la creación del Departamento de Sociología bajo su dirección, esta tesis afirma que la experiencia que se inicia con la creación del Instituto de Sociología marca el primer intento en la dirección de una incorporación de la investigación empírica a la definición de la profesión, en algunos casos, y de unificación del rol del investigador social con el rol del sociólogo, en otros. Asimismo, y aún cuando la sociología alemana constituyó durante todos estos años el principal cuadro de referencia en la autocomprensión de los sociólogos, ya durante esos años aparecen signos claros de una apertura hacia la sociología norteamericana que se constituiría a partir de entonces en una referencia constante en los principales portavoces de una renovación de la disciplina.

Tradicionalmente, el proceso que condujo a la institucionalización de la fórmula liderada por Germani ha sido prácticamente visto como un proceso inevitable. En su lugar, intentaré reconstruir los factores de orden intelectual, político e institucional que crearon las condiciones necesarias para la instalación de dicha empresa. En primer lugar me ocuparé de las transformaciones intelectuales que experimentó la disciplina durante

los años de posguerra y sus repercusiones en la sociología local. A este respecto, argumentaré que dichas transformaciones tendieron a tornar manifiestas las razones de un conflicto hasta ese momento latente entre los actores del campo.

En segundo lugar, señalaré el importante papel desempeñado por esa red internacional de agencias consagradas a la promoción de las ciencias sociales tanto en la formación de un determinado clima de opinión relativo a la situación de las ciencias sociales en América Latina como en el proceso que condujo a la institucionalización de la sociología en Argentina. Más específicamente, argumentaré que la campaña de Germani en favor de una redefinición de la ciencia social no estuvo desconectada de un contexto internacional en el que el desarrollo de las ciencias sociales estuvo en el primer plano de la consideración de las organizaciones e instituciones surgidas en la inmediata posguerra y que, no obstante la importancia del contexto intelectual y político local, el nuevo contexto internacional obró como un escenario favorable para su empresa.

No obstante el éxito alcanzado por la fórmula de Germani, intentaré mostrar, igualmente, las dificultades que tuvo que enfrentar dado el control que continuaron ejerciendo los llamados sociólogos de cátedra sobre las principales bases organizativas de la disciplina. En tal sentido, y frente a la visión tradicional que suele ver la etapa de renovación universitaria abierta a mediados de la década del '50 con posterioridad al derrocamiento del peronismo como la que cierra el ciclo de la "sociología de cátedra" y abre el ciclo de la sociología moderna o empírica, mostraré que las cosas no ocurrieron de una manera tan lineal y esquemática. Por el contrario, la llamada "sociología de cátedra", lejos de extinguirse, se erigió en un competidor institucional constante de las aspiraciones de Germani.

Plan de la tesis

Como se ha dicho al comienzo, esta investigación es, a la vez, la reconstrucción de una trayectoria intelectual y una historia de la sociología en la Argentina en el período comprendido entre 1940 y 1964. En tal sentido, no es ésta una investigación sobre la obra de Germani en su totalidad. Hemos ceñido la investigación a su producción intelectual en Argentina por varios motivos. En primer lugar, porque la investigación se inscribe dentro de una historia de la ideas en Argentina y en ese sentido, el contexto tanto de producción como de recepción reviste para nosotros un interés especial. En segundo lugar, porque es en Argentina donde su obra germina y

alcanza, casi podríamos decir, su madurez. Por último, porque nuestro interés reside en explorar, por un lado, de qué manera elabora Germani en nuestro medio los trazos fuertes de una tradición intelectual, y evaluar, por el otro, el impacto de su intervención intelectual en la cultura argentina. En lo que respecta al período de estudio con relación a una historia de la sociología, hemos decidido efectuar dicho recorte por dos razones. En primer lugar, porque, y como se verá enseguida, en el contexto de una historia de la sociología en la Argentina los años '40 significan un momento de discontinuidad con respecto a la etapa precedente. En efecto, a partir de esos años y durante un período que se extiende hasta mediados de los '50 la sociología experimenta un importante proceso de institucionalización. Aparecen una institución especializada para los estudios sociológicos, la primera publicación oficial consagrada a la materia y la primera colección de libros especializada. Poco más tarde, se crean la primera asociación nacional de sociólogos, la primera asociación regional –liderada por una exponente de la sociología local- y una serie de institutos de investigaciones relativos a la materia. Y, en segundo lugar, porque hacia mediados de los años '60 la empresa liderada por Germani entra en crisis y a partir de allí comienza a perfilarse otra historia.

La tesis está organizada en tres partes. La primera parte estudia el proceso de institucionalización, caracterizando sus principales orientaciones intelectuales, las transformaciones experimentadas durante el período y la participación de Germani en el mismo. Contra una visión tradicional, que prácticamente ha omitido un examen de los estudios sociológicos durante el período, esta parte de la investigación procura poner de relieve el sorprendente dinamismo de los representantes locales de la disciplina, que se vería expresado en la creación de una serie de institutos de investigaciones sociológicas, en la constitución de asociaciones profesionales nacionales y regionales y en los fluidos vínculos regionales e internacionales establecidos con instituciones afines. Finalmente, se examina la producción intelectual de quienes controlan por entonces las principales instituciones del campo procurando presentar un mapa de las principales orientaciones intelectuales que dominaron la concepción y la enseñanza de la sociología durante el período.

La segunda parte está consagrada a explorar las actividades editoriales de Gino Germani un aspecto de su trayectoria intelectual tradicionalmente descuidado en la literatura referida tanto a su figura como a la historia de la disciplina en la Argentina. En efecto, en la literatura tradicional la historia de la sociología se ha edificado mayormente sobre la base de un examen de los principales textos publicados por sus

principales protagonistas. Frente a dicho enfoque, hemos considerado necesario adoptar una perspectiva metodológica consistente en ampliar las fuente de los materiales escogidos para reconstruir la historia de una figura intelectual como la historia de la disciplina misma. En lugar entonces de una perspectiva casi exclusivamente centrada en los textos más representativos del período, hemos examinado igualmente también fuentes menos formalizadas y/o textos tradicionalmente considerados “menores”, tales como prólogos, artículos, cubiertas de libros, etc..

En la tercera parte se analiza el proceso que condujo a la institucionalización de la “sociología científica” liderada por Germani. Dicho proceso es abordado desde un punto de vista intelectual como institucional. Por un lado, hemos prestado especial atención a la emergencia de un nuevo contexto internacional, caracterizado por la acción de una serie de organismos regionales e internacionales consagrados a la promoción y desarrollo de las ciencias sociales en los principales países de la región y su impacto en las instituciones del campo local. En dicho contexto, hemos examinado la batalla intelectual de Germani con los principales actores del campo en favor de una redefinición de la sociología, de sus tareas como de sus métodos así como las condiciones políticas e institucionales que favorecieron la institucionalización de su fórmula intelectual. Asimismo, se examinan los aspectos institucionales concernientes a la instalación de la empresa en sede universitaria y al mismo tiempo se reconstruye el campo de los competidores de Germani, un aspecto, este último, tradicionalmente descuidado en la literatura referida a la historia de la disciplina.

Capítulo I

La sociología y su historia

Resumen: este capítulo presenta la perspectiva más general de trabajo en la que se inscribe la investigación. En él se examina la historiografía sociológica de los últimos treinta años, especialmente anglosajona y francesa, y se presenta un mapa de las nuevas perspectivas historiográficas abiertas fundamentalmente a partir de los años '70. ¿Cómo escribir una historia de la sociología? Tal el interrogante que ordena la exposición. En la primera parte se describen las modalidades tradicionales en que ha sido encarada la historia de la sociología, examinando sus principales presupuestos y los problemas que plantea en el contexto de una reconstrucción historiográfica del pensamiento sociológico. A este respecto, se analizan algunas de las categorías más importantes con las que, tradicionalmente, se encaró la historia de la sociología, en especial, las de "padre fundador" y la de "texto clásico", a la luz de la evidencia empírica recogida por la historiografía de las últimas décadas, mostrando el carácter histórico y contingente de aquellas mismas categorías que precisamente se presuponen como principios de inteligibilidad de una reconstrucción histórica. En la segunda parte, se reconstruyen las nuevas formas de aproximación al pasado de la sociología que, no obstante sus diferencias, comparten una serie de recaudos teóricos y metodológicos que permiten hablar de una nueva orientación en la historia de la sociología.

Los sociólogos y la historia de la sociología

¿Cómo deberíamos escribir la historia del pensamiento sociológico o, más en general, de la sociología? ¿Cómo deberíamos tratar o leer los textos del pasado? La relación de los sociólogos con la historia de sociología ha sido, históricamente, una relación ambivalente. Por un lado, dicha historia, si por ella entendemos investigaciones consagradas a comprender y explicar el desarrollo de las ideas del pasado, no ha disfrutado de una gran atención entre los practicantes de la disciplina. El Comité de Investigación en Historia de la Sociología de la *International Sociological Association* fue creado recién en 1971 y todavía en 1974 la *American Sociological Association* no incluía la "historia de la sociología" entre sus 36 áreas de competencia. Esta actitud, que se mostraría persistente, estuvo firmemente conectada con la creencia en el carácter científico y progresivo del conocimiento sociológico. El argumento es bien conocido. Tal como las cosas ocurren en las ciencias naturales, una tradición de acumulación selectiva de conocimiento significa que las contribuciones de los trabajos tempranos han sido ya incorporadas en el conocimiento presente. Mientras que en las humanidades el desconocimiento de Shakespeare o de Hegel se vuelve objeto de una inmediata, severa y justificada amonestación, el físico puede proseguir sus investigaciones -y así lo hace habitualmente- ignorando los trabajos originales de Newton. El resultado inmediato de esto ha sido, bien lo sabemos, una división del trabajo por la cual el estudio de Copérnico o de Galileo es cedido a los historiadores de la ciencia mientras que los científicos focalizan sobre la práctica corriente de la disciplina.

Y sin embargo, los sociólogos se han mostrado reacios a ceder a los historiadores el examen de la historia de su propia disciplina. Muy por el contrario, consideraron -y continúan considerando- que el estudio de las obras juzgadas “clásicas” de la teoría sociológica y pre-sociológica es parte integral de la formación y la experiencia profesional del sociólogo *qua* sociólogo. Como observó Robert Merton en su momento, esa ambivalencia hacia el pasado de la teoría era, de algún modo, el reflejo de la presencia residual de aspectos “humanistas” en una disciplina que se pretendía “científica”. Situados entre los científicos y los humanistas, los sociólogos –decía Merton- están sujetos a “presiones cruzadas en su orientación hacia el pasado”. Como *científicos*, frecuentemente reclaman trabajar en una tradición de conocimiento acumulativo; como *filósofos*, en cambio, son reacios a abandonar el conocimiento de primera mano de los textos clásicos del pasado.¹ La mejor prueba de ello es la dimensión casi industrial que ha adquirido la literatura referida al tema como el hecho de que, en su casi totalidad, la factura de dicha industria ha sido obra de sociólogos antes que de historiadores.

Sin embargo, y aunque curioso, no hay nada anómalo en el hecho de que hayan sido mayormente los sociólogos antes que los historiadores quienes finalmente se entregaran a reconstruir la historia de la teoría o de la disciplina. Hasta donde llega nuestro conocimiento, muchas -sino la mayoría- de las historias de la antropología o de la psicología han sido escritas por sus propios practicantes. El problema estriba en que, en su gran mayoría, eran “historias” escritas por sociólogos que –como se revelaría más tarde- lucían, paradójicamente, apenas sociológicas y muy poco históricas. Aunque con excepciones, dos grandes géneros narrativos dominaron la comprensión del pasado de la disciplina. Por un lado, el género de los “libros de texto” y, por el otro, el género que identifica el trabajo de todos aquellos sociólogos con fuertes inclinaciones “teóricas” que proceden a estudiar los escritos de sus predecesores para el desarrollo de sus propias teorías, pero que a la vez se presentan como reconstrucciones históricas de la teoría sociológica. Los escritos de Marx sobre Hegel, de Durkheim sobre Spencer, de Parsons sobre Durkheim y Weber son algunos de los ejemplares posibles. Y bien, ¿qué ofrecían estos géneros en tanto historias de la sociología?

En principio, en lugar de una comprensión contextualizada de las ideas, los sociólogos parecían conformarse -como advirtió Robert Merton en su momento- con

¹ Robert Merton, “Sobre la historia y sistemática de la teoría sociológica” en *Teoría y estructuras sociales*, F.C.E., 1995 (ed. orig. 1968), pág. 46.

“una colección de resúmenes críticos de teorías pasadas, sazónada con biografías breves de los teóricos importantes”, como si la suerte de las ideas fuera un asunto menos sociológico —o estuviera menos sujeto a las “influencias sociales”— que la estratificación social o el sistema político. En el fondo, aquella ambivalencia era el reflejo de una misma actitud hacia el pasado. En principio, la existencia misma de la sociología se daba relativamente por descontado y era percibida como una especie de “entidad natural” que en todos los lugares y tiempos se había planteado más o menos las mismas y fundamentales cuestiones. Por consiguiente, las teorías del pasado eran vistas en un línea de continuidad con el presente, como habiendo “anticipado” o contribuido” a aquellas teorías, temáticas o problemas que eran reconocidos, en el presente, como constitutivos de la disciplina.

La literatura ofrece ejemplos, recientes y no tan recientes, en abundancia. Así, por ejemplo, la afirmación de George Simpson de que Augusto Comte “anticipó” muchas de las modernas sub-disciplinas de la sociología,² o las afirmaciones vertidas por Robert Bierstedt en una compilación reciente, tales como “en la sociología del conocimiento iniciada en Hume hallamos la más clara aproximación a una apreciación de la sociología” o “Mandeville anticipó el darwinismo social”, o “Millar es un sociólogo en todo excepto en el nombre”, o “Vico toca sobre lo que uno hoy denomina ciencias sociales”, o en Alemania “solamente Herder puede ser llamado sociólogo y aún siendo muy generoso con la clasificación”.³ Una misma actitud se observa en el ensayo de Edward Tiryakian sobre Durkheim, en el que hallamos la tradicional y ostensiblemente ahistórica observación de que la noción de lo sagrado de Durkheim es “sorprendentemente similar” a la discusión de Weber relativa al carisma⁴ y en el ensayo de Robert Nisbet relativo al conservadorismo, en el que se bosqueja una lista de los “temas dominantes” (*dominant themes*) abstraídos del contexto histórico y social y hacia los cuales varios agentes históricos han contribuido.⁵ Anacrónica ha sido igualmente la frecuente asociación del nombre de Max Weber con los métodos de la investigación cualitativa que enfatizan la comprensión y de la cual la “observación participante” tiende a ser vista como su forma arquetípica. Pues, y como la evidencia histórica ha revelado, la observación participante en el sentido moderno no emergió

² En George Simpson (ed.), *Augusto Comte: Sire of Sociology*, 1969.

³ Robert Bierstedt, “El pensamiento sociológico en el siglo XVIII” en Tom Bottomore y Robert Nisbet, *Historia del análisis sociológico*, Amorrortu, Buenos Aires, 1988, pág. 96.

⁴ Edward Tiryakian, “Emile Durkheim” en Tom Bottomore y Robert Nisbet, *op. cit.* pág. 184.

⁵ Robert Nisbet, “Conservadorismo” en Tom Bottomore y Robert Nisbet, *op. cit.*, pág. 260.

como una entidad distintiva sino hacia los años '50. Por lo demás, hasta ese momento, la perspectiva metódica de la observación participante no ponía especial énfasis en la empatía o en la comprensión y los conceptos usados para los métodos cualitativos por entonces corrientes eran los del “case study” y el “personal documents”.⁶

Asimismo, una vez asumida aquella continuidad, el presente, “nuestros problemas presentes”, se convirtió en el criterio a partir del cual las ideas o teorías del pasado fueron organizadas, interpretadas y juzgadas. Además, y dado que frecuentemente los autores de esas “historias” se veían a sí mismos más como “teóricos sociales” o “científicos sociales” que como “historiadores”, se mostraban menos interesados en comprender y explicar el proceso por el cual las ideas emergen, son recibidas y cambian que en ofrecer un marco normativo para la prosecución de las investigaciones empíricas del presente. En suma, mucho menos interesados en estudiar la relación entre las formulaciones originales y su contexto social, político e intelectual que en extraer aquellos aspectos de las teorías del pasado que se conforman a los estándares presentes o bien en trazar secuencias lineales de ideas y hallar analogías históricas que “anticipan” formulaciones conceptuales presentes.

Cuando, hacia mediados de la década del '50, aquella continuidad entre pasado y presente fue traducida a un “modelo acumulacionista” de ciencia, el pasado de la teoría quedó dividido entre aquellas ideas falsas que habían sido refutadas por los “hechos” y aquellas que habían sido incorporadas en el conocimiento sistemático corriente. Una vez que la ciencia quedó identificada con declaraciones empíricamente verificadas, esa historia de la teoría adoptó la forma de un emprendimiento destinado a separar los residuos ideológicos de las proposiciones científicamente válidas. La historia de la teoría y de la disciplina se convirtió así en la historia de los obstáculos que habían retrasado el progreso del conocimiento. Tomando como término de la reconstrucción el presente de la disciplina o una determinada concepción de la misma, dicha historia adoptó así la forma de una búsqueda del momento del “corte epistemológico” a partir de cual establecer la cesura entre la ciencia y la ideología. La versión de todo esto variaba,

⁶ Véase, Jennifer Platt, “Weber’s *verstehen* and the history of qualitative research: the missing link”, en *The British Journal of Sociology*, vol. XXXVI (3), 1985 y “‘Case Study’ in American Methodological Thought” en *Current Sociology*, vol.40(1), 1992. La evidencia empírica exhibida por Platt revela que el proceso a través del cual una disciplina *selecciona* (y *reselecciona*) a quienes mira como sus “padres fundadores” es más un asunto de una *elección normativa* que producto de una exacta descripción histórica. Asimismo, la presencia de esa práctica de la “identificación retrospectiva” que consiste en establecer a partir del “parecido” entre dos ideas la existencia de una influencia o una paternidad (en este caso de la *verstehen* weberiana sobre la investigación cualitativa), esta vez con el fin expreso de otorgar carta de nobleza a una tradición en ese momento en competencia con las metodologías cuantitativas.

claro, según la ortodoxia de turno (la “sociología científica”, en unos casos, la “radical sociology”, en otros), pero en cualquier caso se trataba de detectar el momento en que la ciencia se había emancipado finalmente de la ideología. Por lo demás, y como estaban escritas a partir de las concepciones vigentes de la disciplina, generalmente omitían una consideración de los emprendimientos alternativos que habían tenido lugar por fuera de las ortodoxias triunfantes. Así, siempre era Durkheim pero nunca René Worms o Gabriel Tarde; siempre Weber pero raras veces Werner Sombart o Ferdinand Toennies. Dado ese carácter “normativo”, tales historias, como era de esperar, estuvieron mucho menos inclinadas a explicar un proceso (el proceso por el cual las ideas emergen, cambian, permanecen o bien se extinguen) que a legitimar una determinada concepción y práctica de la disciplina.

Como ya fuera anticipado en la introducción de esta investigación, las reconstrucciones históricas del pasado de la sociología en la Argentina, tanto aquellas emprendidas por Gino Germani y sus discípulos como por sus críticos, exhiben esta perspectiva teleológica y “normativa”. Por un lado, se trata de historias planteadas en los términos de una evolución lineal y progresiva en la que todos los acontecimientos relacionados de un modo u otro con la emergencia de la disciplina son vistos como pasos o momentos de un trayecto cuyo estado final es el presente de la disciplina desde la que se reconstruye dicha historia. Por el otro, organizadas y presididas por la asunción de una “norma” o ideal de lo que debe ser la disciplina, se trata de historias más preocupadas por juzgar los textos a la luz de los estándares corrientes que por comprenderlos, y, en tal sentido, destinadas menos a comprender un proceso que a legitimar una determinada concepción y práctica de la disciplina.

Ciertamente, había “buenas razones” para esa representación de la historia de la sociología. Hacia fines de los años ‘50 y principios de los sesenta, en efecto, los esfuerzos de “convergencia” y de “síntesis” parecían haber puesto fin a las disputas entre diferentes escuelas rivales. El desarrollo y perfeccionamiento de numerosas técnicas y metodologías de investigación e incluso de modelos matemáticos daban la sensación de que, al igual que las ciencias naturales, la sociología había adquirido el estatuto de una ciencia empírica, en condiciones de codificar el conocimiento empírico y construir leyes de subsunción mediante procedimientos experimentales. Todo parecía indicar, en fin, que la sociología había definitivamente alcanzado la condición de una “ciencia normal”.

Sin embargo, algunos se opusieron a esta visión argumentando que la sociología no era una ciencia sino parte de las humanidades. Esto último explica el que la historia de la sociología haya vacilado entre dos modelos de referencia: el de una *sociologia perennis*, concebida sobre el modelo filosófico donde los problemas y cuestiones fundamentales son siempre las mismas o el de una *sociologia científica*, que, disponiendo de un saber acumulativo, o bien cede el examen de las teorías del pasado (que ya no participan de la sociología corriente) a la historia de la ciencia o bien las examina a la luz de los estándares del conocimiento científico corriente.

Pero en cualquiera de los dos casos, la teoría es vista de manera plana u horizontal, como un conjunto de respuestas a los mismos problemas sociológicos (que son también “nuestros problemas”), respuestas variadas y todas o casi todas igualmente válidas, en la perspectiva humanista, respuestas verdaderas o falsas, en la perspectiva científica. En un caso, no hay progreso en las respuestas, en el otro esas respuestas son progresivas y tienden, prueba empírica mediante, hacia una perfección creciente de la teoría.

Historia de la ciencia y nuevos desafíos

Desde mediados de la década del sesenta, sin embargo, los desarrollos en filosofía y sociología de la ciencia revelaron que el modelo de ciencia natural que los sociólogos pretendían emular era sólo eso, un modelo, y que las consideraciones no empíricas generales -eso que Kuhn llamó en su momento “paradigma” y que refiere al conjunto de presuposiciones meta-teóricas y procedimientos relacionados no testeables contra evidencia experimental alguna- desempeñan un papel decisivo tanto en los problemas que se plantean las teorías como en los compromisos de los científicos acerca de qué cosa es un problema y un hecho, y de cuál es su significado.⁷ Se reveló también que esos paradigmas cambian y, que con ello cambian los problemas que enfrentan los practicantes de las disciplinas tanto como las respuestas que dan a ellos. El progreso de las ciencias naturales -según el conocido argumento de Kuhn- no era entonces simplemente acumulativo sino que se asemejaba a una serie de discontinuas revoluciones en las cuales un paradigma científico reemplaza a otro. Y dada esa discontinuidad, el historiador de la ciencia ya no estaba plenamente autorizado a extraer

⁷ Un balance de las nuevas perspectivas en Bernard-Pierre Lécuyer, “Bilan et perspectives de la sociologie de la science dans les pays occidentaux” en *Archives Européennes de Sociologie*, vol. XIX, N°2, 1978.

las supuestas contribuciones del pasado al presente sino que, para entender algo, debía reconstruir con mayor integridad la actividad científica tal como había sido en su propio tiempo. El resultado de todo ello fue, como era de esperar, una orientación más “historicista” que “progresiva” o “presentista” en la historia de la ciencia.

Ciertamente, la lección de Kuhn estaba extraída de un examen de la historia de las ciencias naturales y algunos consideraron que no debía ser transferida a las ciencias sociales que todavía estaban en una edad “pre-paradigmática”. Pero la mayoría estimó lo contrario. Precisamente a raíz de ese carácter pre-paradigmático, las historias de la teoría social estaban todavía más expuestas —o eran más vulnerables— a las aproximaciones “presentistas” o “progresivas” de su historia. En efecto, en la medida en que no existe un cuadro conceptual unificado sino un conjunto de escuelas o puntos de vista rivales, la historiografía simplemente se convierte en un escenario para dirimir batallas teóricas del presente. La conclusión estaba a la vista: en la medida en que la teoría carecía de una historia, los teóricos sociales carecían del conocimiento de algunas de las perspectivas que, o bien no habían sido transmitidas o bien lo habían sido pero de una manera distorsionada.

Otros argumentaron que si esa visión “presentista” ya no era una perspectiva plausible en la historia de las ciencias naturales, mucho menos podía serlo en las ciencias sociales, dada la naturaleza diversa a la vez que cambiante de la “materia” de estudio que enfrentan estas últimas. En consecuencia, el desarrollo de las teorías sociales no podía ser visto como un crecimiento o una aproximación enteramente unidireccional a una misma realidad y en tal sentido, tampoco como un simple proceso acumulativo. Y en razón de ello, las teorías sociales no debían ser vistas como ensayos —unos más logrados que otros— de aproximación a una supuesta “teoría de la Sociedad” inmanente a la historia sino como “los intentos por luchar con diferentes realidades, las respuestas a diferentes problemas, el resultado final de diferentes propósitos”.⁸

Fue entonces esa pérdida de confianza en el carácter acumulativo del conocimiento científico social y la consiguiente aceptación del carácter constitutivamente pre-paradigmático o multiparadigmático de la sociología lo que inspiró en los sociólogos una actitud más cautelosa hacia el pasado y abrió las puertas a una historia menos partisana, menos parroquial, más dispuesta a comprender el pasado de la teoría “en sus propios términos” que a someterlo a las demandas del presente de la

⁸ John D.Y. Peel, “Sociology and Its History”, en *Herbert Spencer. The Evolution of a Sociologist*, Basic Books, New York, 1971.

teoría o de la disciplina. Pues, en su afán por hallar en el pasado los “orígenes”, “anticipaciones” o “contribuciones” de las teorías pasadas al conocimiento sistemático corriente, la historiografía tradicional -argumentaron los proponentes de la nueva historia- terminaba avanzando toda clase de anacronismos e interpretaciones históricamente absurdas al transferir conceptos y criterios de clasificación que no estaban disponibles para los autores examinados. Más que una forma de historia, ese tipo de reconstrucciones era, a sus ojos, una forma de mitología.

Y es que, en efecto, la evidencia histórica recogida aquí y allá había comenzado a revelar que las categorías de los “padres fundadores” y la de los “textos clásicos”, que hasta entonces habían funcionado como principios de organización y comprensión de la historia de la sociología, eran, en realidad, el resultado de una *reconstrucción retrospectiva* más que una condición de existencia de la disciplina misma. En efecto, quienes habitualmente figuran como sus “padres fundadores”, nunca aspiraron, en rigor, a dicho estatus. Aunque en su mayoría fueron académicos, sólo uno de ellos desarrolló una carrera como sociólogo. El caso más obvio es Karl Marx, que identificó la sociología con el “despreciable positivismo” de Augusto Comte. Pero Weber es otro ejemplo prominente. Durante su breve carrera académica, fue profesor de economía y nunca enseñó sociología. En vida, no se consideró a sí mismo ni fue considerado por sus contemporáneos primariamente como sociólogo sino como historiador, economista y teórico de jurisprudencia. Incluso estuvo firmemente en contra de la creación de una cátedra de sociología y adoptó el término de “sociología” para referirse a su propia perspectiva sólo desde 1910 en adelante y fundamentalmente por razones de conveniencia, para distanciarse de las simpatías políticas (burocráticas y monárquicas) de los viejos miembros del *Verein für Sozialpolitik*. Por lo demás, *Economía y Sociedad* fue escrita como una sección para una comprensiva serie de libros sobre economía. Ferdinand Toennies enseñó filosofía, economía y estadística, y sólo después de su retiro se consagró a la enseñanza de la sociología. Durante la mayor parte de su vida académica George Simmel enseñó filosofía y sólo recibió la cátedra de sociología cerca de su muerte. De la generación de los “fundadores”, Emile Durkheim fue el único que hizo una carrera académica como sociólogo. Y es que, en rigor, para la época solamente en los Estados Unidos la sociología había llegado a establecerse como disciplina en el sistema universitario.⁹

⁹ Edward Shils, “Tradition, ecology and institution in the history of sociology” en *Daedalus*, vol. 99, N° 4; Wolf Lepenies, *Las tres culturas. La sociología entre la literatura y la ciencia*. F.C.E., México, 1994 y

Lo mismo puede predicarse para los textos considerados “clásicos”. Es curioso, pero además del psicoanálisis, la sociología es la única disciplina que ha desarrollado un intenso interés en los escritos de un pequeño grupo de escritores reconocidos como los padres fundadores. Ciertamente, en otras disciplinas tales como la economía y la ciencia política, también puede reconocerse la presencia de una serie de escritores faros o padres de la disciplina. Pero ninguna de ellas comparte con la sociología la definición de la identidad disciplinaria a partir del establecimiento de un reducido grupo de escritores, y mucho menos la pedagogía de los textos canónicos.

La formación de ese canon, sin embargo, tuvo lugar recién hacia fines de los años '40. Hasta entonces, en efecto, la sociología no había tenido una lista de “clásicos” en el sentido moderno de la palabra. Por el contrario, y tanto entre los comentaristas de la historia del pensamiento social como entre los practicantes de la sociología, predominó hasta entonces una visión “enciclopédica” antes que “canónica” de la ciencia social.¹⁰ En todo caso, las escasas referencias a los “padres fundadores” incluían nombres que actualmente no nos atreveríamos a clasificar como tales. Así, en *The Principles of Sociology*, aparecido en 1896, Franklin Giddings, el primer sociólogo en la Universidad de Columbia, consideraría a Adam Smith como al “padre fundador”. Pocos años más tarde, Victor Branford estimó que ese galardón debía ser concedido a Condorcet y Leibniz. Al primero por su rol como teórico y como activista en la organización práctica de la sociedad; al segundo por su contribución a la idea de la evolución social. En la célebre “Green Bible” de Robert Park y Ernest Burgess, *Introduction to the Science of Sociology*, aparecida en 1921, figuran 23 “trabajos representativos en la sociología sistemática”. Simmel y Durkheim están entre ellos, no así Weber, Pareto o Marx. Solamente un trabajo de Weber es mencionado en las notas, aunque la atención que se le concede es infinitamente menor que la tributada a Walker, Wallace, Wheeler, Wittenmyer, Woods o Worms. De manera que tan tarde como hacia los años '20 la idea de que existen ciertos textos clásicos que definen la identidad de la disciplina y que merecen especial atención y estudio no figura en las reconstrucciones más autorizadas de la disciplina. En la mayoría de los libros de texto que aparecieron con anterioridad a la formulación del canon las referencias a Durkheim, a Weber y a Pareto aparecen incluidas dentro de una larga lista de otros autores. Basta recordar, a

Anthony Giddens, *El capitalismo y la moderna teoría social*. Labor, Barcelona, 1994.

¹⁰ R. W. Connell, “Why is Classical Theory Classical” en *American Journal of Sociology*, vol. 102, Nº 6, mayo de 1997.

este respecto, dos de los compendios sin dudas más influyentes y consultados durante los años '30, *Contemporary sociological theories* [1928], de Pirtrim Sorokin, y *Social Thought from Lore to Science* [1938], de Howard Becker y Harry E. Barnes. Todavía más, el propio Sorokin se refería a Durkheim, Weber y Pareto como a autores de escuelas sociológicas totalmente diferentes. Nueve años más tarde, Talcott Parsons argumentaba haber descubierto una notoria “convergencia” entre todos ellos, y fue a partir de entonces que la disciplina hizo suya la idea de la existencia de un canon.¹¹ Por lo demás, que la selección ensayada por Parsons adquirió rango de canon puede advertirse en el hecho de que la historia de los debates en la teoría sociológica de los treinta años que siguieron a la posguerra giró efectivamente alrededor de las obras de Weber y Durkheim. Más aún, el carácter canónico de dichos autores lo revela el hecho de que aún las perspectivas más críticas a la lectura de los “clásicos” ensayada por Parsons no se caracterizarían por ofrecer visiones contra-canónicas sino reinterpretaciones de los mismos canonizados o, a lo sumo, argumentos y/o reclamos en favor de la ampliación del canon mismo, en especial, a propósito de las figuras de George Simmel y de Karl Marx.¹²

¿Y Durkheim? Fue extremadamente influyente, no hay duda, al menos en Francia, desde fines del siglo XIX hasta los años '20, pero tampoco fue considerado un clásico hasta los años '60. Fue ampliamente conocido entre los sociólogos americanos de su época –llegó incluso a formar parte del Consejo Asesor del *American Journal of Sociology* desde su segundo número hasta la primera guerra,¹³ pero no fue considerado más relevante que otros, como Gabriel Tarde, y, en general, sus ideas fueron tratadas muy desfavorablemente.¹⁴ Se lo criticó por sobre-enfatizar lo social y subestimar lo psicológico y el rol de lo individual. Lo que resultaba falto de plausibilidad a los ojos de los lectores norteamericanos era la perspectiva “realista” de los hechos sociales y las representaciones colectivas que habían conducido a Durkheim a creer en la existencia de un imposible “espíritu de grupo”. Aunque su intención de elevar la sociología a la

¹¹ No obstante, una visión “enciclopédica” de la historia de la sociología se la encuentra, todavía, en libros de textos aparecidos con posterioridad al establecimiento del canon, como en *Introductory Sociology* [1947], de Raymond Murray, o en el más conocido para los lectores hispano-parlantes *La teoría sociológica* [1955], de Nicholas Timasheff, traducido al español por el Fondo de Cultura Económica pocos años después.

¹² Véase, Jeffrey Alexander, “La centralidad de los clásicos” en Anthony Giddens, Jonathan Turner y otros, *La teoría social hoy*. Alianza, México, 1991.

¹³ Edward Tiryakian, “A problem for Sociological of Knowledge” en *Archives Européennes de Sociologie*, vol.7, 1966, pág. 336.

¹⁴ Véase el esclarecedor estudio de Jennifer Platt, “The United States Reception of Durkheim” en *Sociological Perspectives*, , vol. 38, N 1, 1995.

categoría de una ciencia fue en su momento reconocida así como admirado su trabajo empírico, Durkheim fue atacado por su fracaso en distinguir claramente entre lo normal y lo patológico. Quizá nada refleja mejor la posición de Durkheim en la sociología americana que el comentario de uno de uno de los colaboradores del volumen editado por Barry Barnes en 1925, *The History and Prospects of the Social Sciences*: "Space has permitted here the study only of Comte, Spencer and Ward. Obviously a balanced treatment would require a study also of the other great founders such as Bagehot, de Roberty, Gumprowicz, de Greef, Tarde, Giddings, Durkheim, Ratzenhofer, Small, Barth, Kidd, Simmel, Sumner and Ross".¹⁵

Esta visión de Durkheim predominó hasta fines de los años '30 y sólo a partir de entonces las cosas comenzaron a cambiar. El capítulo que Parsons consagró a Durkheim en *La estructura de la acción social* mejoró considerablemente su baja reputación entre los sociólogos americanos. Durante los '20 y los '30, además, la sociología americana adoptó un carácter más empírico y el interés en los métodos de investigación práctica se incrementó. Esto último llevó los trabajos empíricos de Durkheim a un primer plano de consideración y, si bien muchas de sus prescripciones abstractas continuaron siendo objeto de profundas reservas, sus desempeños prácticos comenzaron a ser admirados. Una recepción menos hostil se vió igualmente favorecida por la preminencia que a partir de los '30 ganaron otros centros académicos, como Harvard y Columbia, frente al Departamento de Sociología de la Universidad de Chicago, que, por distintas razones, se había mostrado poco hospitalaria hacia la obra de Durkheim.

Pero tampoco en Francia Durkheim fue considerado como el padre fundador hasta la década del '60. Fue extremadamente influyente, no hay duda, desde fines del siglo XIX hasta los años '20. Pero con posterioridad a la primera posguerra, la experiencia de institucionalización relativamente exitosa bajo su dirección comenzó a declinar y ya no pudo ser continuada en el plano de la investigación como tampoco en el plano institucional.¹⁶ Por lo demás, las tres figuras que dominaron la discusión sociológica en la inmediata posguerra, George Gurvitch, Raymond Aron y Jean-

¹⁵ Citado en Jennifer Platt, Jennifer Platt, op.cit. pág. 83.

¹⁶ Johan Heilbron, "Les métamorphoses du durkheimisme, 1920-1940" en *Revue Francaise de Sociologie*, 26 (2), 1985.

Stoetzel, fueron extremadamente críticos del legado durkheimniano y procuraron institucionalizar la disciplina a partir de un claro distanciamiento con el mismo.¹⁷

¿Y Max Weber? Fue sin duda en los Estados Unidos donde su obra alcanzó la más rápida y amplia difusión. Sin embargo, los trabajos más relevantes fueron traducidos recién después de la Segunda Guerra.¹⁸ Ciertamente, hacia las primeras décadas de este siglo existía un cierto conocimiento de Weber, pero lo cierto es que era conocido más como un *historiador económico* o como un *economista* que como *sociólogo*. En su autobiografía, Talcott Parsons recuerda no haber oído mencionar el nombre de Max Weber durante los años '20 ni en el Amherst College de Massachusetts ni en la London School of Economics.¹⁹ Hasta los años '30, la gran mayoría de los items de la bibliografía que incluyen una mención a Weber fue publicada en medios académicos no sociológicos o en libros no escritos por sociólogos y en su mayoría refieren a *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*.²⁰ El conocimiento de Weber en los USA se debió en principio a Frank Knight, un economista institucional y el primer traductor de Weber al inglés.²¹ En 1927 Knight tradujo *Wirtschaftsgeschichte* como *General Economic History*, pero la obra, no obstante, pasaría desapercibida. Una investigación reciente ha mostrado que quienes leen y difunden a Weber en los Estados Unidos son, en realidad, aquellos que se han graduado en Alemania, especialmente en la propia universidad de Weber, Heidelberg, y en su mayoría son de origen alemán. Se trata de Theodore Abel, Alexander von Schelting, Pitirim Sorokin, Howard Becker, Paul Honigsheim, Talcott Parsons, Albert Salomon, Carl Meyer, Adlph Lowe, Alfred Schutz, Hans Speier, Hans Gerth y Reinhard Bendix. Todos ellos escribieron sobre Weber desde los años '20 en adelante, pero no fue hasta los '30 que comenzaron a desplegar una labor activa en las universidades americanas.²²

¹⁷ Véase, Loïc Blondiaux, "Comment rompre avec Durkheim? Jean-Stoetzel et la sociologie française de l'après-guerre (1945-1958), *Revue Française de Sociologie*, N° XXXII, 1991 y Francis Farrugia, *La reconstruction de la sociologie française (1945-1965)*. L'Harmattan, Paris, 2000.

¹⁸ En orden sucesivo, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, 1930 (tr. Talcott Parsons); *Fromm Max Weber: Essays in Sociology*, 1946 (tr. Hans Gerth y C. W. Mills), que recoge un conjunto de ensayos extraídos de *Wirtschaft und Gesellschaft* (Economía y Sociedad); *The Theory of Social and Economic Organization*, 1947 (tr. Talcott Parsons y Henderson); y *The Methodology of the Social Sciences*, 1949 (tr. E. Shils y Finch).

¹⁹ Talcott Parsons, "On Building Social System Theory: A Personal History" en *Daedalus*, 99, 1970.

²⁰ H.H. Gerth y H.I. Gerth, "Bibliography on Max Weber" en *Social Research*, vol. 16, N° 1, 1949.

²¹ Edward Shils, "Tradition, ecology and institution in the history of sociology" en *Daedalus*, vol. 99, N° 4, 1970, pág. 823.

²² Jennifer Platt, "Weber's *verstehen* and the history of qualitative research: the missing link" en *The British Journal of Sociology*, vol. XXXVI (3), 1985; también, Peter Kivisto y William H. Swatos, Jr., *Max Weber. A Bio-Bibliography*, Greenwood Press, New York, 1988.

En Alemania, la influencia de Max Weber en la República de Weimar fue extremadamente selectiva y, considerada a la luz de la totalidad de su obra, bastante débil, al menos entre los profesores de sociología de entonces (Vierkant, Rumpf, von Wiese, Geiger, Freyer, Meusel y Dunckmann) quienes apenas se refirieron a ella. Los aspectos que mayor interés despertaron fueron los metodológicos, fundamentalmente de parte de Jaspers y Rickert. Ciertamente, la tesis de Weber sobre el protestantismo fue ampliamente discutida en los medios intelectuales alemanes, pero fundamentalmente por la comunidad de los historiadores.²³ Según la evidencia recogida por Helmut Fogt, la recepción se concentró sobre *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* y sobre las versiones impresas de “La ciencia como vocación” y “La política como vocación”. Por lo demás, entre 1922 y 1947 menos de 2.000 copias de *Economía y Sociedad* fueron vendidas frente a las 12.000 del ahora olvidado tratado de Gustav Schmoller, *Grundriss der allgemeinen Volkswirtschaftslehre* entre 1900 y 1920.²⁴ Esta débil influencia de Weber en Alemania ha sido más recientemente señalada por Gerard Schroeter. Según este último, en el período comprendido entre 1920 y 1933 Weber no tuvo ninguna influencia significativa en la sociología alemana del período en buena medida porque sus definiciones e ideas no congeniaban con el clima intelectual y las ideas dominantes de la época.²⁵ Las declaraciones que sobre Max Weber vertió en su momento Othmar Spann, creador de una teoría “orgánica” de la sociedad y por entonces uno de los escritores más reputados de la comunidad sociológica Alemana,²⁶ muestran claramente la colocación marginal de su obra entre sus contemporáneos. En efecto, cuando a principios de la década del '20, Marianne Weber comenzó a editar la obra de su marido, Spann observó que Weber había sido una persona “demoníaca, inquieta, que era capaz de afectar a otros por la fuerza de su personalidad, pero a quien se le había negado dejar a la posteridad una obra que pudiera perdurar... Su tiempo ha pasado, y la suya es una ciencia muerta”.²⁷ En suma, todo indica que en la sociología alemana la figura de Weber

²³ Edward Shils, “Tradition, ecology and institution in the history of sociology” en *Daedalus*, vol. 99, N° 4, 1970.

²⁴ Dirk Käsler, “The reception of Weber ‘s work during his lifetime” en *Max Weber: An Introduction to His Life and Work*, Cambridge, Polity Press, 1988; igualmente, Dirk Käsler, “Max Weber: The Living Classic” en Bernhard Schäfers, *Sociology in Germany. Development, Institutionalization and Theoretical Disputes*. Verlag Leske/Budrich, Opladen, 1994.

²⁵ Gerard Schroeter, “Max Weber as outsider: his normal influence on German Sociology in the Twenties”, *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, vol. 16(4), 1980.

²⁶ El capítulo que Raymond Aron consagró a su obra en su informe sobre la sociología alemana confirma esa reputación. Véase Raymond Aron, *La sociología alemana*, Paidós, Buenos Aires, 1953 (ed. original de 1935).

²⁷ Citado en Guenther Roth, “Marianne Weber y su círculo” en Marianne Weber, *Biografía de Max Weber*. F.C.E., 1995, pág 11.

fue por largo tiempo ignorada y es sólo hacia mediados de la década del '60, en ocasión del XV Congreso organizado por la Sociedad Alemana de Sociología en conmemoración del centenario de su nacimiento, que la atención hacia su obra experimenta una fase ascendente.²⁸ En rigor, las ideas de Weber devinieron eventualmente influyentes en Alemania, como ha señalado Edward Shils, "in consequence of his elaboration and deciphering in America",²⁹ especialmente, en la interpretación, que se volvería influyente, de Talcott Parsons en *La estructura de la acción social*, a tal punto que toda la polémica posterior con su enfoque implicó necesariamente una "desparsonización" de Weber.³⁰

En Francia, la fortuna de Weber no fue muy distinta. Su obra no fue discutida ni por Emile Durkheim ni por su escuela. Tampoco la *Revue Internationale de Sociologie* como los dos germanistas franceses de ese momento, Charles Andler y Lucien Ferr, le prodigaron la menor atención.³¹ En una fecha tan tardía como 1959 apareció la primera versión francesa de un texto de Weber, *Le Savant et le Politique*, traducido por Julien Freund y acompañado de un extenso ensayo de Raymond Aron.³² Hasta 1925, cuando Maurice Halbwachs publicó una reseña sobre *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* en una revista de historia y de sociología de la religión, su obra permaneció totalmente ignorada. Hacia mediados de la década del '30, con la crisis de la hegemonía de la escuela de Durkheim, la obra de Weber comienza a ser objeto de alguna atención. Celestin Bouglé encargó a Raymond Aron a su regreso de Alemania la redacción de una obra sobre la sociología alemana. En *La sociología alemana*, aparecida en 1935, Aron acordaría un lugar prominente (más de la tercera parte del texto) a un autor, sin

²⁸ Un dato revelador lo constituye el hecho de que la mayoría de los especialistas convocados para la reunión eran extranjeros: Talcott Parsons, Raymond Aron, Reinhard Bendix, Tome Bottomore, Pietro Rossi, entre otros.

²⁹ Edward Shils, "The Calling of Sociology", en Talcott Parsons, Edward Shils, Kaspar D. Naegle y Jesse R. Pitts, *Theories of Society. Foundations of Modern Sociological Theory*, The Free Press of Glencoe, USA, 1962, vol.2. pág 1150.

³⁰ Véase, Jere Cohen, Lawrence E. Hazelrigg y Whitney Pope, "De-Parsonizing Weber: A Critique of Parsons 's interpretation of Weber 's sociology" en *American Sociological Review*, vol.40, N°2, 1975; de los mismos autores, igualmente, "On the Divergence of Weber and Durkheim: A Critique of Parsons 's Convergence Thesis", *American Sociological Review*, vol.40, N°4, 1975. Asimismo, Irving Zeitlin, *Ideología y teoría sociológica*, Amorrortu, Bs. As., 1970 (ed. orig. 1968) y Anthony Giddens, *El capitalismo y la moderna teoría social*, Labor, Madrid, Barcelona, 1994 (ed. orig. 1971).

³¹ Véase, Monique Hirschhorn, "Max Weber et les durkheimiens. Brève histoire d'un rendez-vous manqué" en *Revue de l'Institut de Sociologie*, 3-4, 1983 y *Max Weber et la sociologie française*. L'Harmattan, Paris, 1988; asimismo, Michael Pollak, "Max Weber en France. L'itinéraire d'une oeuvre" en *Cahiers de l'I.H.T.P.*, 3, 1986 y "La place de Max Weber dans le champ intellectuel français" en *Droit et Société*, N°9, 1988.

³² Posteriormente aparecieron *La morale économique des grandes religions* (1960), *L'éthique protestante et l'esprit du capitalisme* (1964); *Essais sur la théorie de la science* (1965); *Le judaïsme antique* (1970) y la primera parte de *Économie et Société*, en 1971.

embargo, todavía ampliamente ignorado. Sería recién en la posguerra, y merced a los esfuerzos desplegados tanto por Aron como por Freund, que la obra de Max Weber comienza a ser introducida al público francés. En Italia también permaneció desconocido. No es posible hallar referencias a Weber en Pareto, en Rodolfo Mondolfo como tampoco en Antonio Labriola. Solamente en un protegido de Weber, Robert Michels, pero sin eco alguno.

En Inglaterra, la recepción de Weber fue casi paralela a la americana, aunque el proceso fue mucho más lento en la medida en que el establecimiento de la sociología como disciplina independiente fue más tardío. Las figuras tempranas que formaron la primera sociología británica, incluyendo a Benjamín Kidd, Graham Wallas, Leonard Hobhouse, Patrik Geddes y Edward Westermarck, formados todos bajo la tutela de Herbert Spencer y los pensadores asociados con la ilustración escocesa, mostraron escaso interés en sus contemporáneos alemanes. Entre los pensadores continentales, fueron los franceses, especialmente Le Play, Comte y Durkheim, antes que los alemanes, lo que tuvieron mayor impacto. En el período de entreguerras, los sociólogos británicos comenzaron a mostrar algún interés en el trabajo de Weber. Historiadores, especialistas en teología y en menor medida los sociólogos participaron del debate en torno a la ética protestante, estimulados en parte por la aparición, en 1926, del libro de Richard Tawney, *Religion and the Rise of Capitalism*. A su vez, los escritos metodológicos de Weber comenzaron a recibir atención, en especial, a través del trabajo de Morris Ginsberg, sucesor de Leonard Hobhouse y en realidad el único que por un largo período de tiempo sostuvo la única cátedra de sociología por entonces existente en el sistema universitario británico. Las apreciaciones de Ginsberg hacia Weber fueron aprobatorias aunque no exentas de crítica. Con todo, fue en la inmediata posguerra, cuando la sociología logró establecerse con mayor firmeza en el sistema universitario, que la figura de Weber ganó la atención de los sociólogos británicos, y ya para fines de los años '60 la literatura relativa al tema había experimentado un crecimiento significativo.³³ En resumen, todas estas fuentes confirman la impresión de que, hasta por lo menos los años '40, la presencia de Max Weber en el pensamiento sociológico no fue significativa.

En cambio, sus compatriotas George Simmel y Ferdinand Tonnies fueron extremadamente influyentes en los primeros cuarenta años de la sociología

³³ Peter Kivisto y William H. Swatos, Jr., *Max Weber. A Bio-Bibliography*, Greenwood Press, New York, 1988, págs. 34-35.

norteamericana.³⁴ El *American Journal of Sociology* publicó algunos de sus textos y ambos integraron su consejo editor. En la “Green Bible” antes referida, Simmel acaparó el mayor porcentaje de los textos seleccionados. Hacia los años ‘30 la difusión americana de Simmel llegó a Harvard a través de la enseñanza de Talcott Parsons. En el plan de su primera y más influyente obra, *La estructura de la acción social*, Parsons reservó un capítulo a Simmel que finalmente excluyó. En adelante, la presencia de Simmel fue apagándose –y no solamente en Estados Unidos- y hubo que esperar la crisis del funcionalismo para que Simmel fuera nuevamente recuperado y más tarde entronizado como un “clásico”.³⁵

¿Qué revelan entonces estas marchas y contramarchas experimentadas por las obras de los autores que acabamos de reseñar sino el carácter contingente de la atribución de lo “clásico” con que solemos identificar a un conjunto de autores? No se trata, claro, de restar importancia a esas obras como a sus autores, ni desde el punto de vista de una “sistemática” de la sociología ni desde el punto de vista de su “historia”. Sistemática: ¿quién se atrevería a dudar de la relevancia de sus contribuciones respecto de problemáticas tales como la acción social, el poder, la estratificación, la integración social, la autoridad, el conflicto, etc.? Historia: ¿cuán verosímil sería una historia de la disciplina en cuyos capítulos no figuraran sus nombres? Se trata, en todo caso, de reconocer que la fortuna de los llamados grandes textos es una función de los contextos y los discursos que favorecen y fomentan un interés en ellos. Sobre la suerte de Max Weber, Guenther Roth ha podido escribir:

En vida, Weber sólo fue un miembro de una galaxia de brillantes sabios, y no fue obvio que su voz penetraría en el fragor de la batalla y fuera oída en el futuro. Queremos creer que Marx, Durkheim y Weber sobrevivieron a su época por la calidad intrínseca de su realización, pero su tan decantada ‘influencia’ ha dependido de nuestra propia receptividad y de nuestras propias orientaciones.³⁶

La existencia de un clásico no es entonces un hecho ‘evidente’, sino un proceso mediatizado por diversos factores textuales y extra-textuales. La cambiante suerte experimentada por los autores mencionados revela que la “grandeza” de una obra está

³⁴ Donald Levine y otros, “Simmel’s Influence on American Sociology I”, en *American Journal of Sociology*, vol. 81 (4), 1976 y W.J. Cahnman, “Tonnies in America”, en *History and Theory*, vol. 16, 1977.

³⁵ Sobre Simmel en Alemania, véase H. J. Dahme, “A propos de l’histoire des études simmeliennes en Allemagne et de l’actuelle redécouverte de sa sociologie et de sa philosophie” en Patrick Watier (dir.), *Georg Simmel, la sociologie et l’expérience du monde moderne*. Meridiens Klincksieck, Paris, 1992.

³⁶ Guenther Roth, “Marianne Weber y su círculo” en Marianne Weber, *Biografía de Max Weber*. F.C.E.,

sujeta a variaciones y que el ingreso o egreso de ese honorable status no es un hecho definitivo. Hacia fines del siglo XIX, (poco más, poco menos) Herbert Spencer fue quizá la figura más influyente entre los aspirantes a sociólogos, al menos en Inglaterra, Francia y Estados Unidos. En 1937 Talcott Parsons abrió *La estructura de la acción social* certificando la muerte “teórica” de Spencer. “¿Quién lee hoy a Spencer?” se preguntaba en la primera línea de aquella obra. La extensa respuesta de Parsons era su tesis relativa a una reorientación “convergente” de la teoría social europea en favor de una renovada concepción de la acción social. La muerte de Spencer era la muerte de todo un sistema de pensamiento, la tradición positivista-utilitaria y el certificado de defunción, siempre según la tesis de Parsons, estaba firmado por Weber, Durkheim y Pareto. Treinta años después, neo-evolucionismo mediante, Spencer regresaba al centro de la escena y el mismo Parsons, uno de los animadores de ese neo-evolucionismo, había cambiado de opinión: terminó redactando el prólogo a la edición de un conjunto de ensayos del propio Spencer, *On Social Evolution. Selected Writings* (1972).

Una historia de la sociología no podría desconocer, por consiguiente, el proceso de las mediatizaciones a través de las cuales una obra se difunde, circula, es leída e interpretada. A partir de la segunda posguerra, como es por todos conocido, la disciplina se estructuró alrededor de las figuras de Weber y Durkheim; poco más tarde, se añadieron las de Simmel y Marx. Ese fue el código de la disciplina y ese código mediatizó el debate sociológico desde entonces. En una historia de la sociología de la segunda posguerra, dichos autores, o mejor dicho, las formas en que fueron interpretados, habrá de figurar sin duda en el primer plano de la reconstrucción historiográfica. No ocurriría lo mismo si volvemos la mirada hacia atrás, al menos si nuestra intención sigue siendo la de contar una historia de la sociología.

Los primeros reclamos y sus límites

Hacia fines de los años '60, Robert Merton se lamentaba de que en las reconstrucciones del pasado de la teoría sociológica los sociólogos confundían lo que debía ser claramente separado: la historia de la sistemática.³⁷ La sistemática, de acuerdo al argumento de Merton, representa la acumulación selectiva de aquellas partes de las teorías tempranas que han sido incorporadas a la práctica corriente de una disciplina en la medida en que han sobrevivido a la prueba de la investigación empírica, siendo su

1995, pág 11.

³⁷ Robert Merton, “Sobre la historia y sistemática de la teoría sociológica” en *Teoría y estructuras*

función instruir el desarrollo corriente de la práctica disciplinaria. La historia, en cambio, incluye aquellas concepciones teóricas que no sobrevivieron a las pruebas empíricas, es decir, las afirmaciones falsas o las doctrinas arcaicas del pasado, y su función es comprender las filiaciones complejas de las ideas, tratando de identificar los contextos intelectuales y sociales de las ideas y el modo en que los cambios en dichos contextos afectaron el desarrollo de aquellas ideas. En suma, la función de la historia sería comprender cómo y por qué la teoría sociológica adoptó la forma que adoptó.

Esa tendencia a confundir la historia con la sistemática estaba en el origen de una representación de la historia de la teoría sociológica que Merton encontraba del todo inaceptable. A este respecto, escribía lo siguiente:

Los sociólogos conservan una concepción muy estrecha, casi pickwickiana, de la historia de la teoría sociológica, como una colección de resúmenes críticos de teorías pasadas, sazónada con biografías breves de los teóricos importantes. Esto ayuda a explicar por qué casi todos los sociólogos se consideran calificados para enseñar y escribir la 'historia' de la teoría sociológica. [...] Pero esta concepción de la historia de la teoría no es en realidad ni historia ni sistemática sino un híbrido mal pensado".³⁸

¿Cuál era ese híbrido al que Merton hacía referencia? El que puede hallarse, sugería, en la mayoría de los "libros de texto" con los que se enseñaba -y se enseña aún todavía- la historia de la teoría sociológica. Más o menos por los mismos años, Alvin Gouldner efectuaba un comentario en la misma dirección. En su prefacio, de 1958, a la traducción y edición de los escritos de Emile Durkheim sobre el socialismo y Saint-Simon, *Socialism and Saint-Simon*, Gouldner argumentaba en favor de una historia del pensamiento sociológico que fuera más allá de los libros de texto. "La actual erudición sociológica norteamericana [...] ha tendido a dejar la 'mera' exégesis y el comentario histórico a los autores de libros de textos...".³⁹

Ahora bien, ¿por qué creía Merton que esas historias híbridas debían ser reemplazadas por una auténtica historia del pensamiento sociológico? ¿Dónde residían, a su juicio, las principales debilidades de las historias transmitidas por dicho género? En primer lugar, el defecto de dichas historias estaba, según Merton, en la fuente de los materiales escogidos para escribirlas. Se trataba generalmente de aquellos escritos publicados por los autores y en los que estos últimos describen sus sistemas teóricos. La

sociales, F.C.E., 1995 (ed. orig. 1968).

³⁸ Robert Merton, *op. cit.*, pág. 18.

³⁹ Alvin W. Gouldner, "Emile Durkheim y la crítica del socialismo" en *La sociología actual: renovación y crítica*. Alianza, Madrid, 1979, pág 343.

elección de este tipo de fuente, señaló Merton en su momento, pasaba así por alto la diferencia existente entre las versiones terminadas de los trabajos científicos tal como aparecían impresas y el curso real de la investigación que había seguido el investigador.

El informe público de la ciencia –escribía Merton- no proporciona, por tanto, muchas de las fuentes de materiales que se necesitan para reconstruir el curso real del desarrollo científico.⁴⁰

Para capturar este último, el historiador debe acudir entonces a otras fuentes, menos formalizadas, como los cuadernos de notas, las revistas científicas, la correspondencia, las autobiografías, las biografías, los escritos políticos, entre otras. Existe, por consiguiente, una diferencia importante en las “materias primas” necesarias para la historia y para la sistemática. Y esto es así porque los informes públicos de la ciencia no tienen como fin ayudar a los historiadores a reconstruir sus métodos sino instruir a sus contemporáneos acerca de sus contribuciones. De ahí la forma más lógicamente convincente que históricamente descriptiva de los mismos.

En segundo lugar, la debilidad de dichas historias “híbridas” radicaba, según Merton, en su tendencia a invocar una serie de “precursores”, “anticipaciones” y “esbozos” que, al presuponer demasiado rápidamente la existencia de una continuidad en la historia del pensamiento, se vedaban a sí mismas la posibilidad de acceder a una comprensión de las formas del desarrollo histórico del pensamiento. A este respecto, Merton escribía:

El historiador de las ideas corre el riesgo, ya sea de pretender encontrar una continuidad del pensamiento donde en realidad no existe, o de no identificar la continuidad donde sí existe. Al observar la conducta de los historiadores de las ideas se tiene la clase impresión de que, cuando se equivocan, tienden al primer tipo de error. Están prestos a invocar una firme corriente de precursores, anticipaciones y esbozos en muchos casos en que una investigación más concienzuda revela que son invenciones.⁴¹

Así, esos “híbridos mal pensados” no terminaban siendo ni buenos libros de historia ni buenas reconstrucciones sistemáticas de la teoría sociológica. Ciertamente, la crítica de Merton –tanto como la de Gouldner- no estaba destinada a desautorizar completamente los libros de textos como materiales de la enseñanza de la sociología. Entre otras cosas porque ambos reconocían la función relevante que ellos desempeñan

⁴⁰ Robert Merton, *op. cit.*, pág. 20.

⁴¹ Robert Merton, *op. cit.*, pág. 24.

en el establecimiento de una disciplina. En efecto, una vez establecida, toda disciplina produce sus “libros de texto”, una de cuyas principales funciones es precisamente la de proporcionar a sus practicantes como a sus iniciados una imagen de la actividad científica a la que refiere a través de una historia organizada sobre la base de una referencia a los “grandes textos” y “grandes autores” de los momentos fundacionales. El libro de texto viene así a cumplir una función social decisiva en la organización social de una disciplina: a través de la referencia a esos grandes textos y autores provee a sus practicantes de un sentido de pertenencia y participación en una larga tradición, asegurando de esta manera la existencia de creencias profesionales compartidas sobre la cuestión. Como subrayó en su momento Alvin Gouldner, “si bien puede no importar para la sustancia de una ciencia quién fue, de hecho, su ‘padre fundador’, no obstante, las creencias profesionales compartidas sobre la cuestión pueden ser importantes para la organización social de la disciplina y las autoimágenes de quienes las ejercen. Un ‘padre fundador’ es un símbolo profesional”.⁴² El libro de texto funda una tradición y por intermedio de ella produce y perpetúa una identidad disciplinaria.

Pero precisamente porque la función de los libros de textos es la producción y perpetuación de una identidad disciplinaria, esa tradición histórica a la que refieren resulta ser en la mayor parte de los casos un “artificio conceptual”, fundado en una subestimación de las diferencias entre los autores comentados y una sobreestimación de sus similitudes antes que en una verdadera historia del pensamiento sociológico.

En tal sentido, lo que tanto Merton como Gouldner pretendían sugerir era que esas historias híbridas no debían convertirse en un sustituto de una auténtica historia de la sociología y esto por dos series de razones. En primer lugar, los libros de textos no constituyen historias genuinas porque están elaboradas exclusivamente sobre la base de los documentos públicos de la ciencia y rara vez se presta atención a las fuentes menos formalizadas. Tampoco son genuinas historias debido a la recurrente tendencia a invocar una serie de “precursores”, “anticipaciones” y “esbozos” en muchos casos en que una investigación más concienzuda revelaría que son puras invenciones. Procediendo de esa manera, señalaba Merton, los sociólogos corren el riesgo de terminar escribiendo no una historia de la sociología sino su mitología.

En su momento, el argumento de Merton resultó extremadamente persuasivo. Las historias escritas por los sociólogos eran escasamente históricas si por ello

⁴² Alvin W. Gouldner, “Emile Durkheim y la crítica del socialismo” en *La sociología actual: renovación y crítica*. Alianza, Madrid, 1979, pág 347.

entendemos investigaciones consagradas a comprender y explicar el desarrollo de las ideas del pasado. Inclinas, como lo estaban, a buscar “contribuciones”, “anticipaciones”, terminaban cometiéndolo que por esos mismos años Quentin Skinner, desde un examen crítico de la historia intelectual, denominó como la “mitología de la prolepsis”, y que resulta de interesarse más “en la significación retrospectiva de una obra o una acción humana dadas que en su significado para el propio agente”. Una aproximación de esta naturaleza termina expuesta a una crítica que en general se dirige contra cualquier explicación de carácter teleológica, a saber: que “la acción queda a la espera de que el futuro le confiera su significado”.⁴³

No obstante su carácter persuasivo, el argumento de Merton se apoyaba, sin embargo, sobre algunos presupuestos que la filosofía y sociología de la ciencia de esos mismos años ya había comenzado a erosionar, argumentos, cosa curiosa, que el propio Merton refería, aunque sin extraer las debidas conclusiones. En efecto, Merton creía que, al igual que las ciencias naturales, las ciencias sociales eran ciencias empíricas. Su modelo de teoría, extraído también de su imagen de las ciencias naturales, consistía en codificar el conocimiento empírico y construir leyes de subsunción mediante procedimientos experimentales. El resultado sería la acumulación de conocimiento verdadero y era precisamente ese rasgo acumulativo del conocimiento el que ameritaba, según Merton, la separación entre historia y sistemática y, *a posteriori*, tornaría obsoleta esa veneración hacia las clásicas teorías sociológicas o pre-sociológicas que no era propia de un científico. De persistir, sería, en todo caso, sólo una afición de anticuario. Para que no quedaran dudas sobre su intención, Merton había estampado como epígrafe de su ensayo el siguiente *dictum* de Alfred North Whitehead: “Una ciencia que vacila en olvidar a sus clásicos está condenada al fracaso”. En el fondo, Merton pretendía que los sociólogos se decidieran de una buena vez a reconocer a la sociología como una ciencia y a reconocerse a sí mismos como científicos y que, en todo caso, el examen de las teorías pretéritas se hiciera con el firme propósito de utilizarlas como depósitos de datos, o bien como teorías no contrastadas o bien como “ejemplares” instructivos para “identificar un *buen* problema sociológico” y “aprender lo que constituye una buena solución teórica para el problema”. En suma, debían tratar a las teorías como vehículos de ulterior acumulación y codificación de la teoría.⁴⁴ A la

⁴³ Quentin Skinner, “Significado y comprensión en la historia de las ideas”, *Prismas*, 4, 2000, págs. 166-167.

⁴⁴ El modo en que el mismo Merton trató la obra de Simmel refleja claramente esta estrategia de lectura así como el libro de uno de sus discípulos. En efecto, en su proyecto originario, *Las funciones del*

historia de la ciencia o de la teoría sociológica, en cambio, le era reservada la tarea de explicar, sociológicamente, cuáles habían sido los obstáculos que difirieron el acceso al conocimiento sistemático. Sobre los aspectos cognitivos de ese conocimiento no había duda. Todo el problema residía en aplicar el método correcto. La historia o sociología de la ciencia era, pues, la historia o sociología del error o de las “influencias sociales” que habían inducido a ello.

Los nuevos desarrollos en filosofía y sociología de ciencia, como fuera notado más arriba, comenzaron a erosionar el modelo de ciencia natural en el que se amparaba el argumento de Merton, al exhibir que las consideraciones no empíricas generales desempeñan un papel decisivo tanto en la teoría como en los compromisos de los científicos acerca de qué cosa es un dato y cuál es su significado.⁴⁵ De tal suerte que la persistente diversidad de teorías y orientaciones sociológicas ya no podía ser imputada a los comprensibles tropiezos de una disciplina todavía en la edad del crecimiento sino a esas consideraciones no empíricas generales que, claro está, no dependen de -o están fundadas en- rigurosas observaciones sino en cosas tan generales como las tradiciones intelectuales, no verificables por naturaleza.

En tal sentido, aquellas marchas y contramarchas experimentadas por las obras de los autores con que solemos identificar la disciplina confirman eso que Wolf Lepenies ha denominado como *almacenaje*, es decir, el hecho de que con frecuencia los programas teóricos en principio rechazados no simplemente desaparecen o son olvidados sino que, luego de un tiempo de invernadero, reingresan a la corriente de la discusión. Pero más importante aún, revelan la dificultad del argumento mertoniano relativo a la acumulación de conocimiento y ponen de relieve el carácter problemático de la premisa empirista en la que está fundado, a saber, que el texto, “clásico” en este caso, contiene “en sí mismo” una verdad “oculta” que se trata de rescatar, verdad que es

conflicto social, la tesis doctoral de Lewis Coser elaborada bajo la tutela de Merton, pretendía ser una biografía intelectual de George Simmel. Merton lo disuadió de dicha empresa, convenciéndolo en cambio de la importancia de tratar a Simmel de manera sistemática y con fines de codificación teórica, es decir, siguiendo el procedimiento de codificación que había utilizado el mismo Merton a propósito de los postulados del funcionalismo. El libro finalmente terminó siendo eso: la reducción de la obra de Simmel a un conjunto de proposiciones sistemáticas relativas a las funciones positivas del conflicto social para la vida grupal. Véase, Gary D. Jaworski, “Contested Canon: Simmel Scholarship at Columbia and the New School” en *American Sociologist*, vol.29, Issue 2, Summer, 1998, págs 5-18.

⁴⁵ Para una crítica de la posición de Merton, véase, Richard Bernstein, *La reestructuración de la teoría social y política*. F.C.E., México, 1982; Jeffrey Alexander, *The Antinomies of Classical Thought: Marx and Durkheim*. University California Press, Los Angeles y California, Vol. 2, 1982; Steven Seidman, *Liberalism and The Origins of European Social Theory*, California University Press, California y Los Angeles, 1983 y Robert Alun Jones, “Review Essay: On Quentin Skinner”, en *American Journal of Sociology*, vol. 87, N° 2, 1981.

independiente del esquema y de las condiciones que presiden la interpretación del texto. Dicho de otro modo, que la verdad está autocontenida en el texto mismo y que no depende, por consiguiente, del observador.

Problemático a la luz de la filosofía y sociología de la ciencia, el argumento de Merton tampoco podía ser plenamente aceptado por los historiadores. En efecto, aún cuando la distinción entre “historia” y “sistemática” posee un sentido descriptivo en el sentido de que toda reconstrucción “histórica” del pasado tiende a ser más inclusiva que su contraparte “sistemática”, la distinción misma, como ha argumentado convincentemente Robert Alun Jones, difícilmente pueda ser aceptada por el historiador. En primer lugar, una declaración acerca de, pongamos por caso, *Las formas elementales de la vida religiosa*, no deja de ser histórica porque ella refiera a proposiciones de Durkheim que después fueron validadas. En la medida en que limitamos nuestras referencias a aquellas proposiciones de Durkheim que fueron confirmadas, no tenemos modo de distinguir entre historia y sistemática. Inversamente, una afirmación acerca de *Las Formas elementales de la vida religiosa* difícilmente podría ser histórica simplemente porque refiere a afirmaciones del autor que no fueron posteriormente confirmadas. Finalmente, la distinción misma ignora el hecho de que una extensa proporción de nuestras declaraciones acerca de, por poner un caso, *Las formas elementales de la vida religiosa*, y muchas de las más interesantes, no refieren a las proposiciones de Durkheim en sentido estricto sino más bien a ideas menos sujetas a los criterios de verdad y falsedad.⁴⁶ A la luz de ello, la intención de Merton de reservar a la “historia” el estudio de aquellas concepciones teóricas que no sobrevivieron a las pruebas empíricas, es decir, las afirmaciones falsas o las doctrinas arcaicas del pasado se revela como extremadamente estrecha.

¿Qué sería, entonces, lo definitivamente característico de una reconstrucción historia del pensamiento social o de la sociología? En primer lugar, el hecho de que nuestras declaraciones están referidas a eventos y objetos del pasado, pues es dicha referencia y los problemas que ella plantea lo que requiere de métodos, de técnicas, de entrenamiento y de una problematización de la relación de la teoría y los datos. Así, al escribir sobre algún autor del pasado, la tarea consiste en preguntar si nuestras declaraciones refieren a las acciones que dicho autor pudo haber realizado como a los sentidos que intentó transmitir. De otro modo, no se explica en qué sentido dichas

⁴⁶ Robert Alun Jones, “Review Essay: On Quentin Skinner”, en *American Journal of Sociology*, vol. 87, Nº 2, 1981, pág. 460.

declaraciones serían afirmaciones sobre Durkheim. Por lo demás, de no ser así, tampoco serían declaraciones históricas en la medida en que no serían en un sentido significativo declaraciones sobre el pasado.

Ahora bien, si esta última distinción es correcta, las recomendaciones programáticas de Merton relativas a una historia del pensamiento sociológico consistentes en determinar bajo qué condiciones el historiador podría certificar la ocurrencia de un *genuino* “pre-descubrimiento”, “redescubrimiento”, “anticipación” resultan incorrectas en el contexto de una investigación de carácter histórico por la sencilla razón de que son recomendaciones referidas no tanto a lo que los autores *realmente hicieron* o *intentaban hacer* sino a lo que *estuvieron haciendo a pesar de lo que ellos creían que estaban haciendo*. (Sobre este punto volveré más adelante) Y solo podemos hacer esto último a partir de una abstracción creada por nosotros mismos (supóngase cualquier concepto o doctrina contemporánea) a la luz de la cual evaluamos lo que dichos autores supuestamente estaban haciendo. El resultado de una actitud de esta naturaleza es lo que Quentin Skinner ha denominado como la “mitología de las doctrinas” y que puede adoptar diversas formas. Una de ellas es aquella según la cual, a partir de determinada similitud en la terminología, rápidamente “descubrimos” que tal autor “ha sostenido una concepción sobre algún tema al que en principio no puede haber tenido la intención de contribuir” por la sencilla razón de que no estaba a su disposición. La otra forma es partir de alguna *idea* o *doctrina* definida como un tipo ideal y salir a la búsqueda de las “anticipaciones” de la misma. Todo esto implica, claro está, la discutible presuposición de que la forma de la idea o de la doctrina es *inmanente* a la historia aún cuando haya escapado a la atención de diversos pensadores.⁴⁷

Si en lugar de ello decidimos enfocar los textos del pasado no como objetivaciones de abstracciones sin cuerpo (por ejemplo, el poder, la acción o la anomia) sino como “actos de habla” en los que se hace algo al decir algo, entonces la tarea ya no consiste en contar, como quería Merton, con un criterio para distinguir la “identidad substantiva”, la “equivalencia funcional” o el “grado de solapamiento” entre las ideas más tempranas y las más recientes -un procedimiento cuestionable en el contexto de una investigación de carácter histórico- sino en reconstruir contextualmente la actividad social real del pensamiento sociológico.

Con todo, y aunque formuladas sobre presupuestos discutibles, la distinción mertoniana se revelaría útil en tanto advertencia, pues era precisamente esa confusión

entre historia y sistemática denunciada por Merton la que en buena medida había conducido a los sociólogos a escribir una historia teleológica y “normativa”, una historia, por lo demás, que ha caracterizado, como ha sido señalado con anterioridad, las reconstrucciones del pasado de la disciplina en nuestro medio.

La ofensiva historicista

Los reclamos de Robert Merton en favor de una perspectiva histórica no fueron, sin embargo, en vano. En efecto, a partir de mediados de la década del sesenta y fundamentalmente, durante los últimos veinte años, la aparición de un conjunto de trabajos sobre el pasado de la sociología o de la teoría sociológica *históricamente* informados produjo una modificación sustantiva respecto de la situación descrita por Merton. Los desarrollos tempranos en la historia de la ciencia iniciados por Thomas Khun, los trabajos de George Stocking en historia de la antropología, y muy especialmente, las investigaciones emprendidas en el campo de la historia del pensamiento político por figuras como Quentin Skinner desencadenaron una crítica a las perspectivas historiográficas tradicionales y estimularon en el campo de la sociología nuevas aproximaciones relativas a la historia de la sociología en general y a la historia de los textos clásicos en particular. Una mayor sensibilidad hacia la dimensión *histórica* de la teoría sociológica promovió así una historia más comprehensiva a la vez que más sensible a los rasgos cambiantes de la ciencia social.

El primer signo claro -y que se revelaría promisorio- de una reversión de la situación fue la aparición, a mediados de la década del sesenta, del *Journal of The History of The Behavioral Sciences*, de la Universidad de Berkeley, bajo la dirección de George Stocking. En la editorial de su tercer número, Stocking advertía sobre la necesidad de desplazarse de una tipo de “historia” que Herbert Butterfield calificó en su momento como “whiggish history” y que Stocking dio en llamar como “presentista” en provecho de una orientación más histórica que denominaba como “historicista”. Stocking reconocía que existen, esquemáticamente, dos modos básicos de relacionarse con los textos o eventos del pasado. El primero, según afirmaba Stocking, se caracteriza por el intento de entender el pasado por las razones del pasado (“to understand the past for the sake of the past”) mientras que el segundo procede a la inversa, estudiando el pasado por las razones del presente (the study of the past for the sake of the present), un tipo de aproximación consistente en abstraer las cosas de su contexto histórico,

⁴⁷ Quentin Skinner, “Significado y comprensión en la historia de las ideas”, *Prismas*, 4, 2000.

juzgándolas a la luz de un sistema de referencia del presente. De esa manera, la *whiggish history* termina arrancando el fenómeno histórico individual del complejo marco de su contexto contemporáneo para verlo en una abstracta relación de analogía con el presente, siendo su efecto más inmediato el anacronismo. Así, quienes estudian el pasado por las razones del presente tienden a demandar al pasado algo más que la satisfacción motivacional de llegar a comprender el sentido de un texto o de un evento: quieren que ese pasado esté relacionado e incluso sea útil para la prosecución de las actividades profesionales del presente.⁴⁸

A mediados de los años setenta, una perspectiva historicista fue articulada en el campo de la historiografía sociológica anglosajona, entre otros, por John Peel,⁴⁹ Geoffrey Hawthorn⁵⁰ y Stefan Collini,⁵¹ en Inglaterra, y por Robert Alun Jones⁵² y Charles Camic⁵³ en los Estados Unidos. Hacia los mismos años, una similar revisión de la historia de la sociología se inició en Francia a instancias del “Groupe d’ Études Durkheimiennes”, una entidad de carácter internacional liderada por Phillipe Besnard y que reúne a especialistas en historia de la sociología francesa. La mayor parte de las investigaciones del grupo aparecieron en la *Revue Francaise de Sociologie*, y fueron consagrados a Emile Durkheim, a los durkheimianos y a sus rivales respectivamente.⁵⁴ En Alemania, una revisión de la historia de la sociología se ha puesto en marcha más recientemente.⁵⁵

⁴⁸ George Stocking, “On The Limits of ‘Presentism’ and ‘Historicism’ in The Historiography of The Behavioural Sciences” en *Journal of the History of Behavioural Sciences*, vol. 1, 1965, pág 213.

⁴⁹ J.D.Y. Peel, *Herbert Spencer. The Evolution of a Sociologist*, Basic Books, New York, 1971.

⁵⁰ Geoffrey Hawthorn, *Enlightenment and Dispair. A History of Social Theory*, Cambridge University Press, Cambridge, second edition, 1987 (primera edición 1976).

⁵¹ Stefan Collini, “Hobhouse, Bonaquet and The State: Philosophical Idealism and Political Argument in England 1880-918”, *Past and Present*, 72, 1976 y *Sociology and Idealism in Britain 1880-1920. L.T. Hobhouse and Political Argument in Inland 1880-1920*. Cambridge University Press, Cambridge, 1979.

⁵² Robert Alun Jones, “Durkheim ‘s response to Spencer: An Essay Toward Historicism in The Historiography of Sociology” en *The Sociological Quarterly*, vol. 15, 1974; “On Understanding a Sociological Classic” en *American Journal of Sociology*, N° 83, 1977 y “Durkheim in Context: a Replay to Perrin” en *The Sociological Quarterly*, vol. 16, 1975.

⁵³ Charles Camic, “The Utilitarians Revisited” en *American Journal of Sociology*, N° 81, 1979; “On the methodology on the History of Sociology: A replay to Jones” en *American Journal of Sociology*, N° 86, 1981 y “The Matter of Habit” en *American Journal of Sociology*, vol.91 (5), 1986.

⁵⁴ Véase, “A propos de Durkheim”, *Revue Francaise de Sociologie*, vol. 17 (2), 1976; “Les Durkheimiens”, *Revue Francaise de Sociologie*, vol. 20 (1), 1979; y “Sociologies Francaises au tournant du siècle. Les concurrents du groupe durkeimien”, *Revue Francaise de Sociologie*, vol. 22 (3), 1981; más recientemente, la revista consagró un número a la sociología francesa en la posguerra, véase “Reconstructions de la sociologie francaise (1945-1960)”, *Revue Francaise de Sociologie*, vol. 32 (3), 1991.

⁵⁵ A este respecto, véase, Volker Meja, Dieter Misgeld y Nico Stehr, *Modern German Sociology*, Columbia University Press, New York, 1987 y Bernhard Schäfers, *Sociology in Germany. Development, Institutionalization and Theoretical Disputes*. Verlag Leske/Budrich, Opladen, 1994.

Desde entonces, toda una nueva historiografía se ha abierto en distintas direcciones, cada una de las cuales prácticamente constituye un campo de investigación en sí mismo, razón por la cual no podrán ser examinados en el contexto de este capítulo. Al menos, el señalamiento de las principales áreas de investigación será suficiente para revelar la dimensión y riqueza de un campo en expansión. Un mapa indicativo de dichas áreas comprende la relectura de los clásicos, fundamentalmente en polémica con la interpretación de Talcott Parsons que se constituyó –durante tres decenios aproximadamente– en la interpretación dominante, la historia de la investigación empírica y su progresiva implantación en las instituciones universitarias, la emergencia de las asociaciones profesionales y su papel en la organización de la disciplina, el análisis de los procesos de institucionalización de la disciplina en los diferentes contextos nacionales y la recepción de los clásicos en los distintos contextos nacionales.

Por cierto, todas estas nuevas formas de aproximación al pasado de la sociología no forman lo que habitualmente se denomina una “escuela”. En principio, y como se afirmó anteriormente, ellas reconocen fuentes de inspiración diversas: las nuevas vías abiertas por la sociología de la ciencia de Thomas Kuhn en adelante, en unos casos; los trabajos de Quentin Skinner sobre el pensamiento político, en otros. De cualquier manera, y no obstante ello, puede decirse que esta nueva literatura comparte una serie de rasgos que permiten hablar de una nueva orientación en la historia de la sociología. ¿Cuáles son dichos rasgos?

En primer lugar, todos ellos reconocen que la interpretación corriente de los textos del pasado de la disciplina ha estado marcada por un ostensible anacronismo consistente en proyectar hacia el pasado cuestiones y problemas “presentes” que son inapropiados a aquel. Así, y para tomar un ejemplo, referir, como lo hizo en su momento Robert Nisbet, a la existencia de una tradición sociológica condensada en lo que el autor, siguiendo la perspectiva de Arthur Lovejoy, denomina como las “unit-ideas” revela la existencia de una confusión entre las preocupaciones “presentes” y aquellas que presidieron la producción de las obras del pasado.⁵⁶ En efecto, la evidencia histórica disponible permite advertir que el resultado de una perspectiva como la de Nisbet no es posible sino al precio de una *sobreestimación* de las semejanzas y una *subestimación* de las diferencias entre los autores examinados.

Ciertamente, la nueva historiografía no pretende sugerir que podemos estudiar el pasado sociológico sin una orientación *desde* el presente. Por el contrario, admiten la

existencia de una tensión entre el intento de recobrar el pasado “en sus propios términos” y el reconocimiento de que la selección sobre la base de nuestro criterio es inherente y por tanto inevitable a dicha empresa. En tal sentido, los partidarios de una perspectiva historicista admiten que nuestros intereses y problemas de investigación están históricamente determinados, es decir, determinados desde nuestro presente, pues es a partir de él que determinamos la *validez* o el carácter significativo de los objetos que sometemos a investigación. Pero una cosa es reconocer que no podemos estudiar el pasado de la teoría sociológica sin una orientación *desde* el presente y otra muy distinta es confundir el *pasado* con el *presente*. Una cosa es reconocer la importancia de Marx para la teoría sociológica y otra muy distinta es afirmar, como lo hizo Zeitlin, por ejemplo, en su momento, que el desarrollo de la teoría sociológica debía ser comprendido como una respuesta al fantasma de Marx.⁵⁷ Pues, en rigor, tanto Durkheim como los primeros sociólogos americanos (Summer, Ward, Cooley y Giddings) estuvieron mucho más obsesionados con el fantasma de Spencer que con cualquier otro. En Alemania, incluso, el impacto general de Spencer, aunque por mucho tiempo ignorado, fue considerable, especialmente en Ferdinand Tonnies, que consagró tres ensayos a su obra.⁵⁸ Más contemporáneamente, ni en las obras de Zaniecki, MacIver o Sorokin puede detectarse un eco de tal debate con la figura de Marx. Por lo demás, disponerse a rastrear la presencia de dicho debate en las teorías del intercambio, en el interaccionismo simbólico o en el funcionalismo es, francamente, una empresa infructuosa. Unos pocos ejemplos bastan. *Teoría y estructura sociales*, de Robert Merton, contiene referencias a Marx pero ellas son muy pocas comparadas con las referencias a Lazarsfeld o a Parsons. Aún cuando el mismo Parsons pudo apreciar la importancia de Marx, en *La estructura de la acción social* este último recibió de lejos mucha menos atención que Alfred Marshall. En suma, la tesis de Zeitlin luce más una como reivindicación de la obra de Marx que como una exacta reconstrucción historiográfica del desarrollo de la teoría sociológica e ilustra inmejorablemente ese tipo de historia destinado más a defender y legitimar una determinada opción analítica que a una reconstruir históricamente el pasado de las teorías.

De aquí entonces la necesidad, subrayada con insistencia por la nueva historiografía, de aplicar un método histórico a los textos del pasado de la sociología, lo

⁵⁶ Robert Nisbet, *The sociological tradition*. Basic Books, Nueva York, 1966.

⁵⁷ Irving Zeitlin, *Ideología y teoría sociológica*, Amorrortu, Bs. As., 1997 (edición original 1968).

⁵⁸ John D.Y. Peel, *op. cit.*, 1971, pág. 317.

que implica, en principio, abordarlos “en sus propios términos” (“understand the science of a given period in its own terms”),⁵⁹ procurar entonces revelar lo que los autores intentaron hacer al escribir esos textos, lo que supone averiguar qué cuestiones se plantearon, a qué audiencias se dirigían y en qué debate buscaron intervenir, puesto que los textos del pasado son en una extensa medida, como ha argumentado John Peel, “the attempts to grapple with different reality, the answers to different problems, the upshot of different purposes”.⁶⁰

En segundo lugar, la nueva historiografía afirma la necesidad de conceder a los agentes históricos un “acceso privilegiado” a sus propias intenciones en el sentido de que nuestras descripciones, por seguir el ejemplo del autor, de Durkheim deben caer dentro y hacer uso del rango de descripciones las cuales podrían ser aplicadas a lo que estaba haciendo. De lo contrario, si nuestras declaraciones sobre Durkheim siguen criterios descriptivos y clasificatorios no disponibles para Durkheim, es difícil admitir cómo estas últimas pueden ser declaraciones sobre Durkheim.⁶¹

En tercer lugar, los voceros de esta nueva historiografía son particularmente sensibles a las visiones “progresistas” y “acumulacionistas” que están presentes en las reconstrucciones habituales de la historia del pensamiento sociológico. Las críticas se fundan en razones de orden epistemológico a la vez que ontológicas. Por un lado, y como lo ha expuesto John Peel, tales visiones estimulan una perspectiva en la cual “the history of the sociology is merely quarried to provide spurious pedigrees for current claimants to sociological legitimacy”.⁶² Por el otro, la visión acumulacionista transfiere apodadamente a las ciencias sociales la perspectiva de las ciencias naturales sobre el desarrollo de la teoría. Según Peel, esta extrapolación resulta problemática en la medida en que las ciencias naturales, a diferencia de las sociales, presuponen (y demuestran) la existencia de objetos o fuerzas intransitivos (independientes del pensamiento), cosas materiales poseídas de sus propios poderes causales tendenciales. Por lo tanto, el progreso y la acumulación teórica son aquí posibles bajo la forma de aproximaciones cada vez más precisas a dichos objetos y de exámenes cada vez más profundos sobre los mecanismos que los constituyen. En las ciencias sociales, en

⁵⁹ Robert Alun Jones, “Understanding a Sociological Classic”, pág. 283.

⁶⁰ John D.Y. Peel, *op. cit.*, pág. 164.

⁶¹ Robert Alun Jones, “On Understanding a Sociological Classic” en *American Journal of Sociology*, N° 83, 1977.

⁶² John Peel, *op. cit.*, 1971, pág. IX.

cambio, el objeto de investigación –relaciones sociales sostenidas en tiempo y espacio– es una realidad cambiante, temporal y espacialmente. En palabras del autor:

[...] in very important respects the subject-matter of sociology is not an unchanging stuff, as the basic constituents of physical nature are, and so its development cannot be a growing, overall unidirectional approximation to it, nor can it be a process of simple cumulation. [...] In fact, however, each new emerging social context, in all its uniqueness, enlarge sociology's subject and provides not only a new subject-matter but new occasions for theorizing. So there is an important sense in which Marx and Dahrendorf, Spencer and Parsons, Weber and Bendix are neither competitors nor associates in theory-building. Very often the theories of the classical sociologist are neither true nor false in the light of the purposes which have led *us* to theorize; because they are in large measure the attempts to grapple with a different reality, the answers to different problems, the upshot of different purposes. Many 'refutations' of Marx or Weber are not properly such at all, but the discovery that their theories do not fit twentieth-century stratification or certain types of modern organization".⁶³

Por cierto, y como lo afirma explícitamente, Peel no desea afirmar que no existe acumulación en la sociología. Por el contrario, a lo largo de su historia la sociología ha experimentado una serie de avances importantes. Un buen número de problemas y tópicos son ahora mejor comprendidos que antes y la acumulación también es visible en la variedad de métodos disponibles hoy para el practicante de la disciplina. Pero es precisamente a raíz de la unicidad final de cada instancia de la sociología que resulta realmente válido comprender la historia de la sociología. En tal sentido, afirma Peel:

we can learn from this past, not because it can tell us directly things that we ought to know, but because we can see in it that theories are the product of particular purposes and a particular subject-matter. We hope to make our own, and can be made more aware of our situation -what our purposes require and what our subject-matter permits- by contrasting it with theirs. Though we have inherited a great deal from Spencer, his interest for us now lies in how different he was from us. It no less part of the sociological tradition to learn the implications of our purposes better by contrasting them with those of our predecessors".⁶⁴

Sin embargo, aunque sin cuestionar el carácter acumulativo de la ciencia, algunos han lanzado serios desafíos a las versiones más "racionalistas" en la historia de la ciencia aduciendo que la investigación histórica revela que a lo largo de su historia las ciencias sociales exhiben la existencia de "lapsed alternatives", es decir, conceptos, teorías, o argumentos que en su momento fueron desechados no porque se demostraron cognitivamente errados o inadecuados sino porque fueron víctimas de presiones culturales que terminaron por desacreditarlos y marginalizarlos. A este respecto, en una

⁶³ John D.Y. Peel, *op. cit.*, 1971, págs. 263-264, las cursivas son del autor.

⁶⁴ John Peel, J.D.Y. Peel, *Herbert Spencer. The Evolution of a Sociologist*, Basic Books, New York, 1971, pág. 264.

documentada investigación acerca del concepto de *habitus*, Charles Camic muestra que la puesta en movimiento de dicho concepto –presente tanto en los trabajos de Weber como de Durkheim- estuvo intrínsecamente ligada al intento de promover la joven disciplina como un campo autónomo hacia fines del siglo XIX y principios del XX. Al poco tiempo, sin embargo, el concepto fue progresivamente desalojado de las declaraciones programáticas relativas a la fundación y estatus de la sociología como una ciencia social dada su apropiación por parte de uno de los campos rivales, el movimiento de la “nueva psicología” científica y conductista y usado para referir a un fenómeno esencialmente biofisiológico antes que social o cultural. Fue en ese contexto, entonces, que sociólogos de distintas orientaciones juzgaron oportuno ceder el concepto a la psicología antes que correr el riesgo de tornar confuso el programa independiente de la nueva disciplina a través de su defensa.⁶⁵

Finalmente, algunos han argumentado la necesidad de no centrar la investigación histórica en los autores clásicos y en sus conceptos más prominentes por dos razones. En primer lugar, porque tomar a los clásicos como punto de partida de la investigación sobre el pasado de la sociología es una forma de “presentismo”, consistente en aceptar definiciones presentes de qué textos y autores del pasado es legítimo examinar. En segundo lugar, porque al focalizar la investigación sobre aquellos temas que están en el primer plano de sus escritos antes que sobre el tejido ramificado de aquellos temas, conceptos e ideas que constituyen su trasfondo, termina constriñendo nuestra comprensión histórica al limitar el rango de las cuestiones envueltas en sus textos, con el riesgo proporcionar una pintura distorsionada o truncada de las teorías del pasado.⁶⁶

La “controversia historicista”: hacia un historicismo atemperado

La ofensiva historicista en el campo de la historiografía sociológica despertó, como era de esperar, un conjunto de réplicas, la mayoría de las cuales se concentraron en las principales presuposiciones relativas a la metodología de interpretación de los textos sugerida por el historicismo. Algunos señalaron el carácter estrecho de una concepción de la historia del pensamiento sociológico que privilegia el punto de vista del autor o de los autores examinados. Se trataría de una “historia subjetiva”, útil pero insuficiente, dado que los significados lingüísticos del texto como las intenciones del

⁶⁵ Charles Camic, “The Matter of Habit” en *American Journal of Sociology*, 95 (1), 1986.

⁶⁶ Charles Camic, “The Utilitarians Revisited”, en *American Journal of Sociology*, vol.85, N°3, 1979, págs. 517-518.

autor no agotan su significación objetiva. Capturar esta última es el desafío del observador (el historiador), equipado con un conocimiento más amplio de la historia del pensamiento que el autor o autores estudiados.⁶⁷

Otros advirtieron que el “contexto inmediato” de un texto no agota su significado. Ciertamente, considerar, según el principio metodológico defendido por el historicismo, el sentido del texto en el contexto de las convenciones de la época y acudir a las respuestas de la audiencia de su época para decidir sobre el sentido de lo que el autor quiso decir o comunicar resulta pertinente en la medida en que la interrogación de las respuesta de la audiencia puede recordarnos sentidos del texto que habíamos descuidado o una particular interpretación que había sido pasada por alto. Sin embargo, cabe la posibilidad de que las “audiencias” de un determinado texto hayan interpretado mal dicho texto y que dicha interpretación errada haya devenido convencional. Para convencerse de esto no hay más que pensar, por ejemplo, en las sucesivas controversias acerca del sentido de las obras de Weber o de Durkheim.⁶⁸

Del mismo modo, es discutible la pretensión de que la audiencia de los textos pasados haya estado constituida exclusivamente por sus contemporáneos o que el contexto inmediato del debate agota las “conversaciones” en las que participa un autor. Es posible pensar en una audiencia más amplia para dichos textos y, en tal caso, los problemas tratados son cuestiones que son parte de una más larga disputa, especialmente, con la más extensa tradición de la filosofía occidental. Los problemas relativos a la autoridad, la clase así como el problema de los fundamentos últimos de la verdad moral y política son problemas de la tradición que son comunes a la tradición de occidente en la que se inscribe la tradición sociológica. La ambición del autor puede haber sido, por ejemplo, la de resolver problemas que sus contemporáneos no tomaron como problemas relevantes o significantes, pero que escritores o pensadores más tempranos sí tomaron como significativos. Y en la medida en que existen tales conversaciones alternativas, no debiéramos atarnos a las convenciones o problemas de su propio tiempo.⁶⁹ Finalmente, no es improbable que las intenciones del autor no hayan

⁶⁷ Harry M. Johnson, “Comment on Jones ‘s ‘On Understanding a Sociological Classic’” en *American Journal of Sociology*, vol. 84, N° 1, 1978; igualmente, Mark Gould, “Voluntarism and Utilitarianism: A Critique of Camic ‘s History of Ideas” en *Theory, Culture and Society*, vol.6, 1989.

⁶⁸ Stephen Turner, “Contextualism and The Interpretation of The Classical Sociological Texts” en *Knowledge and Society*, vol. 4, 1983.

⁶⁹ Así, y para tomar un ejemplo del estudio que nos ocupa, los prólogos redactados por Germani a las obras de Harold Laski y Erich Fromm refieren, como tendremos oportunidad de ver, a un debate relativo a la cultura occidental o, más precisamente, a la “cultura moderna” que trasciende el contexto meramente local del mismo modo que la presencia constante del debate relativo a la sociedad de masas (Mannheim)

sido las que la audiencia llegó a capturar porque las intenciones del autor eran tanto o más profundas que terminaron escapando a sus lectores. A este respecto, la forma superficial de un texto puede conducir a una mala o errónea interpretación.

Se ha subrayado, igualmente, el carácter discutible de la suposición de la tesis intencionalista defendida por el historicismo según la cual las declaraciones de intencionalidad del autor comprenderían total y exactamente el rango de la intención autorial como el del significado del texto. El precio de un argumento en esa dirección, razonan sus críticos, es el desconocimiento de elementos de autonomía textual. La existencia de un texto escrito, en efecto, y a diferencia del lenguaje oral, amerita una distinción o diferenciación entre el sentido textual y la intención autorial, dado que el primero escapa al horizonte de vida de su autor. Lo que un autor dice ahora ya no es lo mismo que lo que dicho autor intentó decir. El sentido de un texto, por consiguiente, ya no depende del hecho contingente de quién fue su autor sino que está determinado en parte por la situación del intérprete y en tal sentido, por la totalidad del curso objetivo de la historia.

Asimismo, la tesis intencionalista está sostenida en un “objetivismo” no menos discutible. Si por un lado afirma que los textos del pasado están determinados por la intención autorial y por el contexto de las convenciones lingüísticas de la época, por el otro, absuelve de esa presuposición teórica al intérprete mismo, y en ese sentido, adopta una posición antirreflexiva (lo que predica sobre su objeto no se aplica a sí mismo). Llevado al extremo, dicho objetivismo termina constituyendo el reverso de una teoría de la interpretación bajo la forma de la copia, exponiéndose así a la crítica que desde hace ya décadas se ha aplicado a cualquier forma de objetivismo, a saber, que no es posible aprehender el mundo por fuera de una perspectiva o marco de referencia a partir del cual se lo interroga.⁷⁰

Se señaló, igualmente, que al enfatizarse el contexto o la situación particular en el que un texto fue producido como único anclaje para la comprensión de su sentido, se termina otorgando un privilegio al presente sobre el pasado que resulta discutible, pues pasa por alto el concepto de *tradición*. De modo que, no obstante el carácter cambiante

sugiere que Germani transita por diferentes conversaciones. En tal sentido, podríamos preguntarnos, ¿cuál es la conversación de la obra de Germani? ¿la sociedad de masas y el totalitarismo? ¿el mundo moderno? ¿la modernización? ¿los debates en torno al peronismo? ¿el desarrollo económico y el desarrollo político? ¿la relación entre élites y sociedad en una sociedad de masas?

⁷⁰ Steven Seidman, “Beyond Presentism and Historicism. Understanding the History of Sociology”, en *Liberalism and The Origins of European Social Theory*, California University Press, California y Los Angeles, 1983.

de las condiciones socio-históricas que dan lugar a discontinuidades en la historia de la ciencia, las sucesivas generaciones de científicos están ligados por tradiciones, por una herencia de instituciones y compromisos culturales compartidos. Si aceptamos entonces que la tradición vincula el pasado con el presente nuestra visión del desarrollo histórico de la ciencia social necesita ser modificado. En tal sentido, no podemos desconocer que, no obstante la particularidad idiomática en la que los problemas relativos a la ciencia social son formulados en épocas diferentes, ellos remiten a cuestiones, preguntas y argumentos que provienen de sus predecesores.⁷¹

Por último, la noción de contexto, esgrimida una y otra vez por los historicistas, no se ha revelado menos problemática. Sencilla a primera vista, la noción, a la que suele acudir para resolver los problemas de comprensión de una acción o de un texto, presenta, en rigor, tantos problemas como soluciones. Su uso en ciencias sociales como en historia cultural presenta, en principio, un problema de definición. A veces el contexto es definido con cierta precisión, otras de manera vaga, en unos casos de manera estrecha y rígida, en otros de manera amplia y flexible. ¿Qué es contexto? ¿Qué implica el uso de dicho término? ¿Dónde comienza y donde termina el contexto? En rigor, el contexto no puede implicar las condiciones antecedentes y/o contemporáneas de la obra o el texto de un autor determinado, ya que los “hechos” de un tal contexto son infinitos en número, y nos condenaríamos a un sin fin y fútil ejercicio de elaboración de los hechos más triviales y banales. Por el contrario, comprender el pasado “en sus propios términos” significa comprender el fenómeno, en este caso un texto o un conjunto de textos, en términos del sistema de acción y pensamiento del que forma parte. Dicho de otro modo, los hechos de dicho contexto serán aquellos que puedan ser postulados como hipótesis potencialmente explicativas del texto o de los textos en cuestión. Se trata, por consiguiente, de “cerrar el contexto” de las declaraciones pasadas (hechos de discurso) limitándolo a un conjunto de hechos discursivos que resulten relevantes para la comprensión de lo que hemos decidido examinar. Pero todo ello muestra, en definitiva, que el concepto de contexto no es algo hallado, que se lo encuentra ya disponible, sino que es seleccionado (mediante abstracción) y construido como una función de la explicación que se trata precisamente de proporcionar. En suma, lo que cuenta como un contexto depende de lo que uno desea explicar como de la teoría que ha asumido (por ejemplo, en unos casos el énfasis recaerá sobre el contexto

⁷¹ Sobre el concepto de tradición y su relevancia en el contexto de una historia del pensamiento, véase el extraordinario libro de Edward Shils, *Tradition*. Faber and Faber, Boston, 1981.

institucional, en otros sobre el contexto intelectual o ideológico, etc.). No hay, por consiguiente, uno sino múltiples contextos, y el fenómeno que deseamos estudiar tendrá inevitablemente la marca y los límites del contexto que hemos seleccionado para estudiarla.⁷² Más que a desautorizar su uso, las consideraciones críticas formuladas a propósito de la noción de contexto apuntan en realidad a una relación crítica y reflexiva con la misma. En todo caso, ponen de manifiesto el carácter plural la idea misma de contexto y la necesidad de tratar el análisis contextual más como *un* método que como *el* método de una historia cultural o intelectual.

En resumen, el conjunto de estas últimas consideraciones críticas ponen de relieve que el acto mismo de la comprensión de un texto (o de una acción) es más complejo a la vez que menos sustancial de lo que los propios partidarios de un enfoque historicista de la historia de la sociología estaban dispuestos a admitir en un inicio. No obstante, continúa siendo una verdad que las intenciones de un actor, en la medida en que somos capaces de recobrarlas, nos ofrecen una clave o una llave para comprender la formación y la trayectoria de los textos de los autores que hemos decidido abordar. De otro modo, terminamos cometiendo lo que Quentin Skinner ha llamado la “mitología de la prolepsis” que resulta de interesarse más “en la significación retrospectiva de una obra o una acción humana dadas que en su significado para el propio agente”.⁷³ Una aproximación de esta naturaleza termina expuesta a una crítica que en general se dirige contra cualquier explicación de carácter teleológica, a saber: que “la acción queda a la espera de que el futuro le confiera su significado”,⁷⁴ una actitud, esta última, que viene a contrariar el axioma más elemental de una concepción de la acción humana de Weber en adelante, a saber, su carácter *significativo*. Del mismo modo, si bien es cierto que las convenciones del contexto inmediato no constituyen el *locus* exclusivo de los textos, ellas son, no obstante, uno de los *locus* posibles y, en tal sentido, merecen ser consideradas.

Last but no least, la críticas de los historicistas obligaron a los defensores de las aproximaciones “presentistas” a reflexionar sobre los supuestos sobre los que descansaba su propia práctica interpretativa, lo que significó, lo cual no es poco, la adopción de una relación más reflexiva con la práctica interpretativa como con la tradición de la sociología. Por último, y a pesar de todas las cualificaciones que ha

⁷² Véase para esto el instructivo ensayo de Peter Burke, “Context in Context” en *Common Knowledge*, vol. 8, N°1, 2002.

⁷³ Quentin Skinner, “Significado y comprensión en la historia de la ideas”, *Prismas*, 4, 2000, pág. 166.

⁷⁴ Quentin Skinner, “Significado y comprensión en la historia de la ideas”, *Prismas*, 4, 2000, pág. 167.

debido a experimentar una perspectiva historicista y contextualista en historia de la sociología, la distinción entre la “historia de la teoría” y su “sistemática” conserva cierta importancia metodológica, pues el precio seguro de pasarla por alto será seguramente la edificación de historias “parroquiales” de la teoría. En tal sentido, aún cuando tanto historiadores como teóricos de la sociología tienen un interés en los textos del pasado de la sociología, ambos están interesados por diferentes razones, formulan diferentes cuestiones y de ese modo reciben diferentes respuestas.

Capítulo II

La sociología en la institución universitaria

Resumen: Este capítulo reconstruye el contexto intelectual e institucional que caracterizó la primera etapa de la trayectoria de Gino Germani. Desde comienzos de los años '40 la sociología experimenta un importante proceso de institucionalización. En esos años aparecen, en efecto, una institución especializada para los estudios sociológicos, el *Instituto de Sociología* de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, la primera publicación oficial consagrada a la materia, el *Boletín del Instituto de Sociología*, y la primera colección de libros especializada, la "Biblioteca de Sociología", de la editorial Losada, dirigida por uno de los miembros del nuevo instituto. En resumen, la sociología cuenta con su propio sistema de publicaciones y sus instituciones diferenciadas. El capítulo entonces examina esa experiencia de institucionalización, un aspecto de la historia de la sociología argentina tradicionalmente descuidado en la literatura sobre el tema. Asimismo, y contra una visión tradicionalmente negativa de la experiencia, el capítulo documenta la relativa importancia asignada a la investigación empírica en el plan de actividades del Instituto y una mejor disposición y apertura hacia la experiencia de la sociología empírica norteamericana. Finalmente, y sobre la base de un esquema de referencia relativo a los indicadores más significativos del proceso de institucionalización de una disciplina, el capítulo evalúa el fenómeno en Argentina a través de una comparación con la experiencia de implantación de la disciplina en los países centrales como en América Latina.

Institucionalización

La literatura relativa a la historia de la sociología en la Argentina ha transitado por dos errores antitéticos pero complementarios: el primero ha consistido en afirmar, desde una perspectiva "normativa", que no hubo sociología antes de Germani. El segundo, en cambio, en avanzar lisa y llanamente —y contranormativamente— la proposición inversa, a saber, que sociología hubo mucho antes de Germani. De esta manera, aunque que por razones diferentes, ambas perspectivas se privan de capturar la unicidad cualitativa del fenómeno en cuestión. En el primer caso, por suponer un curso *teleológico* en el que la "sociología científica" aparece como resultado de —y en ruptura con— una prehistoria que la precede. No obstante el aparente acento rupturista, en el fondo dicha perspectiva "normaliza" la emergencia del fenómeno al reintegrarlo en una cadena evolutiva de la que es su resultado o término final. En el segundo caso, la unicidad cualitativa del fenómeno en cuestión queda oscurecida, porque, deseosa de encontrar sociología en todos los momentos en que ella fue invocada, corre el riesgo de abolir el carácter contingente de las experiencias y disolver al mismo tiempo la especificidad de cada una de ellas, como si la sociología fuera un entidad transhistórica investida de idéntica vocación y animada por una misma misión histórica.¹ La única manera de sortear el dilema planteado entonces consistiría en abandonar una perspectiva

¹ La perspectiva "antinormativa", no obstante su además, en el fondo no es menos normativa, sólo que se limita a enjuiciar la norma legítima y a proponer otra en su lugar.

“normativa” en provecho de una concepción de la sociología como una actividad de trabajo entre otras, y sometida a un conjunto análogo de contingencias heterogéneas en su principio.

Una disciplina se institucionaliza –ha señalado Edward Shils– una vez que la misma puede ser estudiada como un tema mayor más que como una materia adjunta; cuando es enseñada por profesores especializados en el tema y no por profesores que hacen de eso una tarea subsidiaria de su profesión principal; cuando existen oportunidades para la publicación de trabajos sociológicos en revistas sociológicas más que en revistas consagradas a otros temas; cuando hay financiamiento y provisión logística y administrativa para la investigación sociológica a través de instituciones establecidas en lugar de que esos recursos provengan del propio investigador; y cuando existen oportunidades establecidas y remuneradas para la práctica de la sociología (enseñanza y aprendizaje) así como una “demanda” relativa a los resultados de la investigación sociológica.² La aparición de sociedades científicas es, igualmente, otro elemento que subyace al proceso de institucionalización de una disciplina, aunque a menudo su carácter y composición experimentan cambios a medida que el tamaño, el contenido y la complejidad de la disciplina se alteran. Finalmente, y en la medida en que el desarrollo de herramientas y problemas comunes es parte de un proceso de institucionalización disciplinaria, la emergencia de libros de textos es un claro indicador de la misma.³

Si convenimos en que éstos son los indicadores de la institucionalización de una disciplina, indudablemente la sociología no fue plenamente institucionalizada hasta 1957, cuando fueron creados oficialmente el Departamento y la Carrera de sociología. Hasta esa fecha, en efecto, la mayoría de los practicantes de la sociología no vivía de su profesión y la materia era todavía impartida por profesores que hacían de eso una tarea subsidiaria de su profesión principal. Por lo demás, apenas existía financiamiento y provisión logística y administrativa para la investigación sociológica a través de instituciones establecidas.

Sin embargo, y por cuanto la institucionalización de una empresa intelectual es siempre, de hecho, una cuestión de grado, el examen de la sociología en la Argentina

² Véase, Edward Shils, “Tradition, Ecology, and Institution in the History of Sociology” en *Daedalus*, vol. 99, Nº 4, 1970, pág. 778.

³ Véase, Stephen Cole, “Continuity and Institutionalization in Science: a Case Study of Failure” en Anthony Oberschall (ed.), *The Establishment of empirical sociology: studies in continuity, discontinuity, and institutionalization*. Harper and Row, publishers, New York, 1972.

amerita una consideración mas cautelosa, en principio porque la evidencia empírica disponible revela que durante la primera mitad de la década del '40 algunos de los indicadores de la existencia de una disciplina ya están presentes. Veamos algo a este respecto.

¿Cuál era, por entonces, la situación de la sociología en el sistema universitario? Hacia fines de los años '40, el circuito de circulación del discurso sociológico no trascendía el espacio de unas cuantas asignaturas que integraban los programas de enseñanza de la filosofía y el derecho. La sociología se enseñaba en las facultades de Derecho, Letras y Humanidades de las universidades de Buenos Aires, La Plata, Córdoba, el Litoral y Tucumán. En la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA la enseñanza de la materia se inició en 1898 con Antonio Dellepiane, que fue sucedido desde 1904 por Ernesto Quesada. A partir de 1924, la cátedra fue asumida por Ricardo Levene. En la Facultad de Derecho de la misma universidad la enseñanza de la sociología comenzó a impartirse en 1908 y estuvo a cargo de Juan Agustín García, secundado por Alfredo Colmo, Leopoldo Maupas, Horacio Carlos Rivarola y Agustín Alvarez. En la universidad de La Plata, la materia se dictó en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales y estuvo a cargo de Juan Agustín García, Ernesto Quesada y Carlos Octavio Bunge mientras que en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la misma universidad la enseñanza de la sociología fue asumida por Ricardo Levene. En la universidad de Córdoba el primer curso de Sociología se inició en 1907 en la Facultad de Derecho, a cargo de Isidoro Ruiz Moreno y, un año más tarde el lugar fue ocupado por Enrique Martínez Paz. De 1918 en adelante, la enseñanza de la materia fue asumida por Raúl Orgaz. La materia era igualmente enseñada en el Instituto de Humanidades de dicha universidad por Alfredo Poviña. En la universidad del Litoral la sociología se enseñaba en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Santa Fé, y en la Facultad de Ciencias Económicas de Rosario. En la primera la materia fue impartida por Gustavo Martínez Zuviría, Luciano Molinas y José Oliva. Desde 1941 asumió la cátedra Francisco Ayala. En Rosario, Jorge F. Nicolai inició su enseñanza y fue sucedido por Alberto Baldrich.⁴ Tal era la situación de la enseñanza de la sociología hasta fines de los años '30. En principio, la disciplina había logrado implantarse en los principales centros de educación superior pero de manera fragmentada. No contaba aún con una asociación ni con un órgano de expresión capaz de nuclear a sus principales interesados y

⁴ Alfredo Poviña, *Historia de la sociología en Latinoamérica*. Fondo de Cultura Económica, México, 1941.

otorgarles un sentido de identidad y pertenencia.

El programa

A partir de los años '40, sin embargo, la sociología mejora su colocación tanto en el campo cultural en general como en el sistema universitario en particular. Un claro indicador de esto último es la creación, en 1940, del *Instituto de Sociología* de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Su creación se inscribió en el contexto de la importancia que, desde la Reforma en adelante, habían adquirido las tareas de investigación en el ámbito universitario.⁵ Dos años más tarde aparecía el *Boletín del Instituto de Sociología*, la primera publicación oficial consagrada a la materia, y que sería editada con regularidad desde 1942 a 1947.⁶ En su gran mayoría, las colaboraciones para el *Boletín...* bajo la forma de artículos o reseñas bibliográficas provenían de personas insertas en el sistema académico, y más específicamente, de quienes tenían a su cargo la enseñanza de la disciplina, lo que sugiere un importante grado de especificidad disciplinaria. Al año siguiente, una experiencia similar –sobre la que volveré más adelante– era emprendida en la Universidad Nacional de Tucumán, a partir de la creación del Instituto de Investigaciones Económicas y Sociológicas.

A comienzos de la década del '40, igualmente, aparece la primera colección de libros de sociología, la “Biblioteca de Sociología”, de la editorial Losada, dirigida por uno de los miembros del nuevo Instituto, Francisco Ayala, un emigrado español que tenía a su cargo la enseñanza de la asignatura en la Universidad del Litoral. Entre 1941 y 1947 la colección de Ayala editó ocho títulos, la mayoría de los cuales fueron incluidos en los programas de enseñanza de la sociología. En 1947 apareció el primer tratado relativo al tema, el *Tratado de Sociología*, redactado por el mismo Ayala y editado por la misma editorial en tres gruesos y macizos volúmenes. Por lo demás, y prácticamente desde su creación, el Colegio Libre de Estudios Superiores había abierto

⁵ En efecto, a partir de los años '20, y como parte de un proyecto tendiente a fomentar y canalizar la investigación científica, emergen una serie de institutos de investigación: en 1921 el de Investigaciones Históricas, en 1922 el de Literatura Argentina y Filología, en 1924 los Gabinetes de Historia de la Civilización e Historia del Arte, en 1927 los de Literaturas Clásicas, Filosofía, Historia Antigua y Medieval, Didáctica y Sociología Argentina. Este último, no obstante, comenzó a funcionar en 1940. Véase, Pablo Buchbinder, *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires*. Editorial Universitaria, Buenos Aires, 1997, cap. VIII, “La institucionalización de la investigación científica”.

⁶ Véase, Hernán González Bollo, *El nacimiento de la sociología empírica en la Argentina: el Instituto de Sociología, Facultad de Filosofía y Letras (UBA), 1940-1954*. Buenos Aires, Dunken, 1999.

sus puertas a la difusión y enseñanza de la sociología.⁷

En resumen, puede afirmarse que hacia esos años la sociología ha alcanzado cierto grado de institucionalización y visibilidad pública en el sentido que existe como algo relativamente diferenciado de otras disciplinas del mundo social: tiene su propio sistema de publicaciones y sus instituciones diferenciadas. Además de una mayor inserción en la institución universitaria a través de las cátedras y del Instituto, ha sido reconocida por una de las editoriales más importantes e innovadoras del momento, como la editorial Losada, como por una de las instituciones más dinámicas del campo intelectual en la Argentina durante esos años, el Colegio Libre de Estudios Superiores.

Esa inserción de la sociología en el sistema universitario se establece y consolida en estrecha relación con la Nueva Escuela Histórica. En efecto, el Instituto fue creado y dirigido durante los primeros siete años por Ricardo Levene. Graduado en Derecho en la Universidad de Buenos Aires, Levene era para entonces dueño de una destacada trayectoria en los medios universitarios y académicos vinculados a la disciplina histórica. Hacia 1930 era director del Instituto de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras y del Instituto de Historia del Derecho de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, ambos de la Universidad de Buenos Aires, y director del Instituto de Historia Política de la Universidad Nacional de la Plata. Desde 1923, y tras la renuncia de Quesada, Levene era titular de sociología en la Facultad de Filosofía y Letras y, desde 1924, titular de la cátedra homónima en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de la Plata. Asimismo, era una de las figuras más representativas de la Nueva Escuela Histórica, cuya emergencia marca el momento de profesionalización de la disciplina.⁸ De modo que esa sociología nace con los tics

⁷ En la primera mitad de los años '30 Raúl Orgaz y Alfredo Poviña dictaron cursos de sociología en el Colegio Libre que serían publicados en la revista de la institución, *Cursos y Conferencias*. De Orgaz, "El problema de la realidad de lo social", 1932 y de Poviña "La sociología en las universidades argentinas", "La sociología relacionista" y "El fenómeno económico y la vida social" en 1932, 1933 y 1934 respectivamente. En 1946 Francisco Ayala dictó en el colegio un curso sobre la sociología y el problema del método y ese mismo año publicó en la revista un extenso ensayo relativo al problema, "Dos discusiones sobre método sociológico", en *Cursos y conferencias*, Año XV, vol. XXIX, N° 171, junio de 1946. Más tarde, el propio Germani dictaría una serie de cursos sobre distintas temáticas: "Fundamentos de psicología social", "Relaciones entre escuela y sociedad", "Ideología y personalidad", "Análisis de la crisis contemporánea", "Sociología de las élites", "La tradición positivista (Mill, Comte y Durkheim)" y "Sociología industrial". Sobre el Colegio Libre de Estudios Superiores, véase el excelente trabajo de Federico Neiburg, *Los intelectuales y la invención del peronismo*. Alianza, Buenos Aires, 1998, cap. IV.

⁸ Véase, Fernando Devoto (comp.), *La historiografía argentina en el siglo veinte*. Buenos Aires, CEAL, 1993. Para una visión crítica, Tulio Halperin Donghi, "La historiografía en la hora de la libertad" en *Argentina en el callejón*. Ariel, Bs. As., 1995 y "Un cuarto de siglo de historiografía argentina" en *Desarrollo Económico*, N° 25, enero-marzo de 1986.

propios de una disciplina, la historia, en proceso de profesionalización.⁹ En rigor, y como ha sido documentado, este solapamiento de historia y sociología, que fue especialmente pronunciado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, se inició con la creación, en 1912, de la Sección Historia de la Facultad de Filosofía.¹⁰ En virtud de esta innovación organizacional, la cátedra de sociología, que hasta entonces había permanecido en la órbita del Doctorado en Filosofía, pasó a depender simultáneamente de las secciones de Historia y Filosofía, y estuvo en el origen de un proyecto institucional destinado a fomentar los estudios históricos. Todavía más. Desde su ingreso en la facultad como profesor de sociología, Ricardo Levene utilizó la cátedra como un espacio de organización y planificación de sus investigaciones históricas referidas especialmente a la evolución económica del Virreinato y a la influencia de los factores económicos en la Revolución de Mayo. La creación del Instituto, ocurrida bajo el decanato de otro historiador, Emilio Ravignani, que durante un tiempo estuvo encargado de Investigaciones de la Sección Historia antes mencionada, venía a coronar en realidad una vieja aspiración de la Facultad, pues ya en 1927, bajo el decanato de Coriolano Alberini, se había aprobado una ordenanza que creaba el Instituto.

Para llevar a cabo su empresa, Levene reclutó un espectro variado de profesores de sociología con trayectorias profesionales disímiles (abogados de formación e inclinados a los estudios históricos en unos casos, y a la filosofía social, en otros) y orientaciones ideológicas diversas (liberales y nacionalistas). Más que un cuerpo organizado en torno a ciertos principios intelectuales o disciplinarios, el Instituto era, en rigor, un espacio de coexistencia ideológica. En calidad de Adscriptos Honorarios, el Instituto quedó integrado por Francisco Ayala (1906), Alberto Baldrich (1898), Jordán Bruno Genta (1901), Raúl Orgaz (1888), Alfredo Poviña (1904) y Renato Treves (1907). Asimismo, y en calidad de Adscriptos Honorario Correspondientes, se sumaron a la empresa Antonio Carneiro Leão y Gilberto Freyre, por Brasil, José Medina Echavarría y Lucio Mendieta y Nuñez, por México, Justo Prieto, por Paraguay,¹¹ Roberto MacLean y Estenós, por Perú y Germán Arciniegas, por Colombia. Asimismo,

⁹ La profesionalización de la disciplina histórica en la Argentina ha sido examinada en Fernando Devoto (comp.), *La historiografía argentina en el siglo XX*. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1993.

¹⁰ Véase, Diego Pereyra, "Antes de Germani. La sociología en la Universidad de Buenos Aires en los albores del siglo veinte" (mimeo). Tesis de Maestría, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 2001.

¹¹ En 1936 enseñó sociología en la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA.

Levene había procurado el apoyo de Roger Bastide, que por entonces enseñaba sociología en la Universidad de San Pablo y del norteamericano William Rex Crawford, que durante el año 1943 estuvo en la Universidad de Buenos Aires.

En su composición, el Instituto tenía una estructura federativa: todos sus miembros eran profesores de sociología en universidades del interior. Renato Treves, un emigrado italiano, enseñaba sociología en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Tucumán desde 1940 en adelante; Jordán Bruno Genta enseñaba sociología en el Instituto Nacional del Profesorado de Paraná desde 1936 y en 1940 había publicado *Sociología política*, trabajo que presentó para optar por el cargo de Profesor Adjunto de Sociología en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de Santa Fé y fue adjunto de sociología de la Facultad de Ciencias Económicas, Comerciales y Políticas de Rosario; Francisco Ayala, un emigrado español, enseñaba sociología en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional del Litoral desde 1941; Alberto Baldrich, lo hacía en la Facultad de Ciencias Económicas, Comerciales y Políticas de Rosario. Raúl Orgaz y Alfredo Poviña enseñaban sociología en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Córdoba y en el Instituto de Humanidades de la misma universidad desde 1941 en adelante. Tanto Baldrich como Poviña eran, asimismo, profesores adjuntos de la cátedra de sociología de Levene en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, cargo que desempeñaron desde 1941 a 1945.

Todos sus miembros eran abogados de formación. De los argentinos, y con excepción de Alberto Baldrich, que se había formado en la Universidad de Buenos Aires, todos se habían formado en la Universidad Nacional de Córdoba. Renato Treves, italiano, se había doctorado en jurisprudencia en la Universidad de Turín en 1929 con una tesis sobre el Saint-simonismo en Italia y había enseñado filosofía del derecho en las universidades de Roma, Messina y Urbino mientras que Francisco Ayala se había formado en derecho en su España natal. Ayala había sido un alto funcionario de la República Española y desde los años de la Guerra Civil decidió permanecer en la Argentina. Fue un activo colaborador de la revista *Sur* y del diario *La Nación*.¹² Raúl Orgaz, activo militante socialista, era una personalidad destacada en los ambientes intelectuales y políticos. Llegó a ser senador en 1932 y candidato a vicepresidente en 1937. Tanto Ayala como Orgaz fueron socios activos del Colegio Libre de Estudios

¹² En su sección de "Diarios", el *Boletín del Instituto de Sociología* reproducía los títulos de los artículos de Ayala en el diario *La Nación*.

Superiores y publicaron artículos en la revista del Colegio, *Cursos y Conferencias*. En 1946 Ayala dictó en el Colegio Libre un curso sobre la sociología y el problema del método y ese mismo año, publicó en la revista del Colegio un extenso ensayo sobre el tema.¹³ Tanto Jordán Bruno Genta como Alberto Baldrich provenían de las filas del integrismo católico. El primero fue interventor en la Universidad del Litoral a partir del golpe militar de 1943 mientras que el segundo, hijo de un general de brigada, se convertiría en uno de los principales propagandistas del régimen militar inaugurado en 1943 y al año siguiente sería designado Ministro de Educación de la Nación.¹⁴

Al frente de su empresa, Levene había logrado establecer en unos pocos años una importante red de intercambio y fluidas relaciones con los diferentes institutos de sociología por entonces existentes, especialmente con Estados Unidos, Brasil y México. La sociología nacía así como un proyecto regional. Incluso hacia mediados de la década del '40, la tentativa de creación de un *Instituto Internacional de Sociología en América* acompañada de la organización de un Primer Congreso Americano de Sociología, ambas pro hijadas por el mismo Levene, señalan el carácter continental que este último pretendía imprimirle a la empresa.¹⁵ Según el relato del propio Levene, la idea tanto del Instituto como del congreso habían surgido de un intercambio epistolar con Roger Bastide, por entonces en Brasil, y en parte en respuesta a la suspensión, motivada por la guerra, de las actividades del *Instituto Internacional de Sociología* en Europa, hasta ese momento, la única asociación de carácter internacional que reunía a los practicantes de la disciplina.¹⁶

¹³ Véase, Francisco Ayala, "Dos discusiones sobre método sociológico" en *Cursos y conferencias*, Año XV, vol. XXIX, N° 171, junio de 1946.

¹⁴ En 1937 Baldrich había dictado una conferencia en el Círculo Militar referida a "Las instituciones armadas y la cultura"; en 1943 y 1944 se refirió a la Revolución de junio de 1943 en dos conferencias dictadas en la Universidad Nacional de Tucumán, "La revolución en Tucumán. Crítica del Régimen caído el 4 de junio de 1943" y "La revolución en Tucumán. El capitán Psichari, un héroe de Francia" respectivamente.

¹⁵ Ricardo Levene, "El Instituto Internacional de Sociología en América" en *Boletín del Instituto de Sociología*, N 3, 1944.

¹⁶ El Instituto Internacional de Sociología fue creado por René Worms en 1893, en París. Desde entonces y hasta la Primera Guerra, el IIS celebró ocho congresos internacionales y entre 1927 y 1937 otros cinco encuentros. Con excepción de Emile Durkheim y sus seguidores, dada la áspera rivalidad que mantenían con René Worms, el IIS contó entre sus miembros a los sociólogos y economistas más prominentes de la primera mitad del siglo XX: G. Simmel, G. Tarde, F. Toennies, M. Weber, W. Sombart, von Wiese, K. Mannheim, P. Sorokin, W. Ogburn y F. Znaniecki, entre otros. Hacia fines de los años '20 más de 100 personas eran miembros del IIS, en su mayoría provenientes de la Europa Oriental. Diecinueve de sus miembros eran americanos, doce de ellos de USA, cuatro de Argentina, dos de México y uno de Brasil. Antes de 1930 Benjamin Cornejo y Antonio Dellepiane serían designados presidente y vicepresidente respectivamente del comité ejecutivo de la organización. El IIS editó desde 1898 la *Revue Internationale de Sociologie* y los *Annales dell'Institut International de Sociologie*, que reproducía las actas de los sucesivos congresos. Las actividades del instituto se vieron interrumpidas durante las dos guerras mundiales y fueron reanudadas a partir de la segunda posguerra bajo la dirección del demógrafo italiano

En la fundamentación del proyecto, Levene confesaba que “el ambiente ya está preparado para inaugurar en América un nuevo Instituto Internacional de Sociología, que a su tiempo se vincularía con el antiguo Instituto”. Asimismo, afirmaba que, dado el desarrollo alcanzado por la enseñanza de la sociología en el continente, era necesario “intensificar la orientación americanista de dicha enseñanza”. Para tal fin, el Instituto americano debía estar precisamente consagrado al estudio de la realidad social americana tanto en el orden político, social, económico y cultural así como a promover la investigación social y el intercambio de publicaciones y viajes de estudio. Finalmente, el proyecto contemplaba la edición de una publicación especializada y la pronta realización de un congreso internacional.

La iniciativa de Levene fue acogida con entusiasmo en Estados Unidos por el entonces presidente de la Unión Panamericana, Leo S. Rowe y por uno de los principales animadores de la sociología norteamericana, L.L. Bernard,¹⁷ que consagró al tema una nota en *The American Sociologist* -reproducida en el Boletín del Instituto- recomendando a Levene a la presidencia del Instituto.¹⁸ La iniciativa de Levene fue recibida con beneplácito igualmente por algunos de los representantes más destacados de la disciplina en la región, tales como Roger Bastide, Luis Recaséns Siches, Roberto Mac-Lean Estenós, Germán Arciniegas y Raúl Orgaz, entre otros.¹⁹ Aunque finalmente dicho proyecto se frustró por falta de acuerdo entre Levene y la Unión Panamericana,²⁰

Corrado Gini, que presidió la institución entre 1950 y 1965. Durante toda la primera mitad del siglo XX el IIS, la primera organización internacional de la disciplina, obraría como uno de los foros más importante de discusión sobre asuntos relativos al mundo social. El papel de esta institución en la formación e institucionalización de la disciplina permanece todavía inexplorado. Una historia oficial y por demás hagiográfica en Ulrike Schuerkens, “Les Congres de l’Institut International de Sociologie de 1894-1930 et l’internationalisation de la Sociologie” en *Revue Internationale de Sociologie*, 6, 1, 1996. La figura de René Worms y su importancia en la organización internacional de la disciplina en Roger L. Geiger, “René Worms, l’organicisme et la organization de la sociologie” en *Revue Francaise de Sociologie*, vol. XXII, 1981.

¹⁷ En los años ‘30 L.L. Bernard había presidido la *American Sociological Society*. En los ‘20 había pasado una temporada en sudamérica estudiando el desarrollo de las ciencias sociales en la región, y se mostró especialmente interesado en la experiencia argentina, a la que consagró un estudio pronto devenido un texto de referencia de la historiografía de la disciplina. Véase Luther Lee Bernard, “The development and present tendencies of sociology in Argentina” en *Social Forces*, VI, N°1, 1927, págs. 13-27. En su trabajo Bernard subrayó la ausencia de generalización estadística, la falta de interés de los sociólogos por investigar los hechos de la vida contemporánea -falta que atribuía al dominio de la filosofía de la historia en los estudios sociológicos- y se mostró preocupado por la reacción contra el método científico que, según argumentó, podría afectar el desarrollo de la disciplina en la Argentina. Estas impresiones, como se verá enseguida, serían compartidas por Levene y, años más tarde, estarían presentes en la visión de Germani de la historia de la disciplina, visión en la que la presencia de una tradición antipositivista en la sociología argentina habría obrado como un obstáculo a la introducción de la investigación empírica.

¹⁸ L.L. Bernard, “El instituto Panamericano de Sociología” en *Boletín del Instituto de Sociología*, N 3, 1945, págs. 144-146.

¹⁹ Véase el intercambio epistolar reproducido en los números 3 y 4 del Boletín del Instituto de Sociología.

²⁰ Aunque el director de la Unión Panamericana, Leo Rowe, aprobó el proyecto, no estuvo dispuesto en

el mismo revela el dinamismo que había alcanzado por entonces la sociología en América Latina en particular, y en el continente americano en general.²¹ El *Boletín* editado por el Instituto reflejaría claramente esta aspiración internacionalista de Levene. En efecto, en cada uno de los números de la publicación mencionada se observan reiteradas colaboraciones de sociólogos del resto de América Latina y de USA (Brasil, México, Paraguay, Bolivia, Venezuela, República Dominicana, USA, Chile, Perú, Uruguay, Ecuador).

La investigación empírica

Ahora bien, ¿qué propósitos perseguía el Instituto de Sociología? ¿Qué preocupaciones presidieron su creación? En el discurso de inauguración, pronunciado en 1940, Ricardo Levene anunciaba con cierto regocijo que “la crisis filosófica que aquejó a esta disciplina de contenido complejo” había felizmente concluido. Esto significaba para Levene la existencia de un relativo acuerdo -que luego se probaría que no era tal- sobre el objeto de la disciplina. A este respecto, y de algún modo haciendo suyo el diagnóstico que poco tiempo atrás L.L. Bernard había trazado del estado de la disciplina en Argentina, Levene definía a la sociología como “el estudio de la serie de los hechos sociales, siguiendo el proceso de su evolución [pero que] no debe confundirse con las anticipaciones deslumbrantes de la Filosofía de la Historia sobre la marcha de la humanidad”.²² Asimismo, Levene identificaba la disciplina con el “planteamiento objetivo y solución de los problemas nacionales” y alentaba a la realización de un Censo General necesario tanto “para el estudio como para los planes de la reforma social”²³.

De esta manera, Levene ensayaba una clara demarcación respecto de la filosofía

cambio a financiarlo y, ante el reclamo de Levene de que el Instituto se creara en el marco de la Unión Panamericana, se mostró partidario de que se constituyera como un cuerpo independiente. Rowe sugirió a Levene financiar el Instituto con las cuotas de sus afiliados, sugerencia que Levene estimó inconveniente. Esas diferencias, al parecer, impidieron que el proyecto finalmente prosperara.

²¹ Poco antes, una tentativa similar a la de Levene e igualmente frustrada había sido emprendida desde México por Lucio Mendieta y Núñez, entonces director del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional de México. Mendieta propuso la creación de una Sociedad Interamericana de Sociología que nucleara a todas las asociaciones e institutos de sociología en los distintos países de la región y a la vez que estimulara su creación en aquellos países donde no existiera. El proyecto procuraba convertir a la Sociedad Interamericana en un canal de intercambio de publicaciones y trabajos de investigación entre los sociólogos norteamericanos y latinoamericanos. Véase, Lucio Mendieta y Núñez, “The Integration of Social Research in the Americas” en *American Sociological Review*, vol.7 (2), 1942.

²² Ricardo Levene, “El Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras” en *Boletín del Instituto de Sociología*, N° 1, FFyL, Universidad de Buenos Aires, 1942, págs.6.

²³ Ricardo Levene, “El Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras” en *Boletín del Instituto de Sociología*, N1, FFyL, Universidad de Buenos Aires, 1942, págs.6-7.

de la historia -gesto que ha sido típico de la profesionalización de la historia y que amplificando replicando las observaciones de L.L. Bernard - procurando fundar el discurso sociológico sobre la autoridad que era capaz de ofrecer un conocimiento “objetivo” de los hechos. Pero esta aspiración profesionalista a un conocimiento objetivo de esos hechos no estaba, sin embargo, disociada de ciertos ideales de reforma social. De ahí su énfasis en que “aparte de la labor doctrinaria, el Instituto de Sociología se aplicará preferentemente a la investigación de nuestra realidad social”

Dentro del cuadro de lo que Levene denominaba como Sociología General, destacaba la Morfología como el estudio de la forma, volumen y la densidad social, y la Sociografía, o “descripción de la actualidad, investigación de los fenómenos sociales correlacionados entre sí”. Respecto a este último punto, Levene destacaba la experiencia de la sociología norteamericana, en especial, de aquella sociología consagrada a estudiar el ritmo de crecimiento de las ciudades y las influencias diversas de la inmigración.

La referencia a la experiencia norteamericana resulta significativa en un contexto en el que –como se verá más adelante- la literatura sociológica alemana acaparaba la atención de los profesores de sociología. Ciertamente, existen antecedentes de un conocimiento de la literatura norteamericana entre nuestros primeros sociólogos, especialmente en Raúl Orgaz, que siguió muy de cerca las obras de Charles Ellwood, Franklin Giddings y Lester Ward, pero es recién hacia los años '40 que la referencia a la sociología norteamericana -especialmente empírica y conocida entonces como “sociografía” (término acuñado por el sociólogo holandés Steinmetz, que servía para caracterizar toda la tradición de investigación empírica originada en Europa a partir de los trabajos de Charles Booth en Inglaterra y de Jean-Baptiste Le Play, en Francia) comienza a ser invocada como parte de un programa de reorientación de la enseñanza de la sociología.

En efecto, la prédica de Ricardo Levene en favor de la investigación empírica y su referencia a la experiencia norteamericana no eran por entonces un dato aislado. Una opinión en la misma dirección podía encontrársela igualmente en otros practicantes de la disciplina, especialmente en Renato Treves y Miguel Figueroa Román, que tenían a su cargo la enseñanza de la sociología en la Universidad de Tucumán y estaban bastante familiarizados con la experiencia de la investigación social desarrollada en los Estados Unidos y en torno. Como se señaló anteriormente, en 1941 la Universidad Nacional de Tucumán creó el Instituto de Investigaciones Económicas y Sociológicas. Dirigido por Renato Treves, el instituto fue creado con el objetivo de “realizar y difundir

investigaciones tendientes a lograr un mejor conocimiento de la realidad social como medida previa indispensable para que se pueda actuar sobre la misma procurando su mejoramiento”.²⁴ El nuevo instituto promovió una serie de investigaciones empíricas sobre la clase obrera en Tucumán. Como parte de dicho programa, Treves había emprendido una investigación sobre los conventillos, publicada como apéndice de un libro precisamente titulado *Introducción a las investigaciones sociales* y Miguel Figueroa Román, un estrecho colaborador de Treves, que más tarde sucedería a aquel en la dirección del instituto, había iniciado un estudio de similares características sobre la clase obrera en Tucumán, titulado “Sociografía de la clase obrera en Tucumán”. Hacia mediados de la década, y con el objeto de difundir sus investigaciones, el Instituto inició la edición de la serie *Cuadernos de Sociografía y Planeación* y, en 1946, aparecía el primer volumen, *Sociografía y Planificación*, de Miguel Figueroa Román, editado por la Universidad Nacional de Tucumán.

En *Introducción a las investigaciones sociales*, aparecido en 1942, Treves afirmaba que “por lo que se refiere a las investigaciones sociales y sociográficas es fácil comprobar que en Latinoamérica no se encuentran investigaciones que puedan compararse con las realizadas, por ejemplo, en Pittsburgh, no solamente por la cantidad de datos y observaciones recogidas, sino también por la organización técnica y el espíritu que las anima”.²⁵ A este respecto, Treves refería los seis volúmenes de la *Pittsburgh Survey*, la primera gran investigación sociográfica norteamericana, así como a *The Unemployment Survey* y *The New Survey of Pittsburgh* como modelos ejemplares de investigación sociográfica. Asimismo, y aún reconociendo la importancia que había adquirido en los últimos años la enseñanza de la sociología en América Latina, Treves lamentaba no obstante la existencia de “una cierta desorientación sobre sus propios problemas y objetos así como una tendencia hacia un peligroso enciclopedismo”. En tal sentido, instaba a establecer una más estrecha relación entre enseñanza teórica e investigación práctica de los problemas regionales, señalando que la sociología no debía ser reducida a una ciencia natural ni a una disciplina metafísica. Aún cuando admitía la diferencia entre sociología y sociografía, advirtiendo el peligro de que la sociología deviniera en una pura investigación empírica, reconocía la necesidad de incrementar el

²⁴ Citado en *Boletín del Instituto de Sociología*, N° 5, 1947, pág. 245. Para difundir sus investigaciones el Instituto de Tucumán inició la serie “Cuadernos de Sociografía”. En 1946 apareció *Planificación y sociografía*, de Miguel Figueroa Román.

²⁵ Renato Treves, *Introducción a las investigaciones sociales*, Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán, 1942, pág. 39.

trabajo de investigación en la Argentina. En todo caso, señalaba que la investigación sociográfica debía ser emprendida por las universidades puesto que ello facilitaría emancipar a ésta de los intereses particulares. Finalmente, Treves presentaba un cuadro favorable de la marcha de la sociología norteamericana y en especial, de los avances realizados en el plano de los métodos sociológicos, subrayando el método de la entrevista y la historia de vida. Por último, señalaba la necesidad de mirar “la experiencia americana” con el fin de encontrar allí puntos de apoyo para la creación y organización de institutos universitarios de investigación como modo de contrarrestar aquella tendencia hacia el enciclopedismo.

Opiniones similares –y todavía más enfáticas- eran vertidas por su colaborador, Miguel Figueroa Román. En el prefacio a *Sociografía y Planificación*, su autor afirmaba: “La ciencia oficial no ha otorgado aún carta de ciudadanía, entre nosotros, a la planificación ni a la sociografía. En las universidades no se enseña la moderna técnica de la organización estatal ni se procura un conocimiento integral de la realidad social. Los institutos de investigación sólo accidentalmente se ocupan de los problemas sociales y en ningún caso sistematizan la adquisición de los conocimientos necesarios para su estudio”.²⁶

Figueroa Román se lamentaba de la falta de estudios estadísticos en sociología, elogiando, no obstante, la solitaria labor realizada en este terreno por José Figuerola, al frente de la Dirección de Estadística del Departamento del Trabajo y “autor de la única obra estadística que se ha editado” y las “obras de Alejandro Bunge, en especial, *La Nueva Argentina*”. La referencia a la experiencia norteamericana habría de constituir un componente central de los reclamos de Figueroa Román. “Es curioso –decía- pero existe hasta una incomprensible falta de información de nuestros estudiantes sobre el desarrollo de esta disciplina [la sociografía]. ¿Cómo es posible que nuestros sociólogos no hayan dado categoría de comentario a una orientación de la ciencia que ocupa miles de volúmenes en los Estados Unidos?”²⁷ -la excepción, según el autor, era *Sociología: teoría y técnica*, de José Medina Echavarría, el único trabajo en lengua castellana que había llamado la atención sobre la investigación social en los Estados Unidos. En plan de especulación, Figueroa Román atribuía esta situación a la orientación de la enseñanza universitaria predominante, “formada sobre viejos moldes europeos, de

²⁶ En Miguel Figueroa Román, *Sociografía y planificación*, Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán, 1946, pág. 11.

²⁷ En Miguel Figueroa Román, *op. cit.*, 1946, págs. 196-197.

sentido preferentemente humanístico, y de escaso valor práctico”. A diferencia de lo que ocurre en los Estados Unidos –continuaba– en las universidades argentinas “se enseña sólo la sociología teórica, la historia de la ciencia y la evolución del pensamiento sociológico, lo que sin duda sirve para dar jerarquía al espíritu, pero que debe llevar el complemento indispensable a la sociología aplicada, con sus métodos de investigación y su vinculación a la realidad social”. En lugar de ello, razonaba Figueroa Román, “se debe enseñar, como en los Estados Unidos, los principios metodológicos de la sociografía, con trabajos de seminario que familiaricen a los estudiantes en las investigaciones sociales. Es preciso que, al mismo tiempo y en torno de la universidad, se formen los institutos científicos de investigación social y que los gobernantes acudan a ellos antes de dictar leyes orientadoras y reformadoras”.²⁸

Sobre el estado de la investigación social, el diagnóstico era desalentador: “Estamos desgraciadamente en la época de los *muckrakers* o recolectores de fango, porque todas las actividades en el campo social se reducen al comentario de tipo periodístico, llamativo y superficial. Se pronuncian discursos, se publican libros, pero todo es labor liviana, sensiblera, para llamar la atención sobre el individuo que la realiza más que sobre el problema. No hay trabajos serios, metódicos, de aliento”.²⁹

La referencia a los *muckrakers* revela que Figueroa Román seguía de cerca la literatura y el desarrollo de la disciplina en los Estados Unidos. En efecto, hacia los años '20 y '30, la sociología americana, que había nacido del maridaje entre toda clase de reformadores sociales y sociólogos académicos (en su momento, el mismo Robert Park, una de sus figuras más célebres, se describiría a sí mismo como “one of the first and humbler *muckraker*”) había comenzado a experimentar un proceso de profesionalización que implicó, por un lado, una revuelta contra la “sociología de sillón” (*armchair 's sociology*) y por el otro, una intento por romper la alianza con los reformadores sociales en orden a dotar a la sociología de una nueva identidad profesional. En suma, todo indica en principio que la opinión favorable a la incorporación de la investigación empírica en sociología estaba más extendida de lo que habitualmente se supone y que la “experiencia norteamericana” comenzaba a convertirse en un tópico recurrente de algunas figuras de la sociología local. Como puede apreciarse, los reclamos de Treves como de Figueroa Román aspiraban no solamente a otorgar rango universitario a la investigación social sino también a

²⁸ En Miguel Figueroa Román, *op. cit.*, 1946, pág. 197.

²⁹ En Miguel Figueroa Román, *op. cit.*, 1946, pág. 196.

introducir cambios sustanciales en los modos de enseñanza de la disciplina.

Una inspección de lo publicado en el *Boletín del Instituto de Sociología* testimonia esta apertura tanto hacia la investigación empírica como a la experiencia norteamericana estrechamente asociada a ella. En principio, William Rex Crawford dictó en el Instituto de Sociología una conferencia sobre las escuelas de sociología en Norteamérica”, que fue publicada en el primer número del *Boletín* (Nº 2, 1942); al año siguiente apareció el artículo de Carl Taylor, “La sociología rural y la investigación sociológico-rural en los Estados Unidos” (Nº 2, 1943) y posteriormente aparecieron dos ensayos escritos por un sociólogo norteamericano sobre dos sociólogos norteamericanos.³⁰ Asimismo, Gino Germani reseñó cinco obras norteamericanas sobre problemas metodológicos;³¹ también fueron reseñados el libro de Wilbert Moore, *Industrial relations and the social order y Estudio del hombre*, de Ralph Linton (Nº 5, 1947). Por lo demás, el *Boletín* publicaba periódicamente los sumarios de las principales publicaciones norteamericanas del campo: *American Journal of Sociology*, *American Sociological Review*, *The Public Opinion Quarterly*, *Rural Sociology*, *Social Forces*, *Sociology and Social Research* y *Sociology. A Journal of International Relations*.

A su vez, la recepción favorable de que fue objeto la aparición, en 1941, del libro de José Medina Echavarría, *Sociología: teoría y técnica*, entre algunos de los miembros del nuevo Instituto refleja bien tanto esa mayor sensibilidad hacia la investigación empírica como una mejor disposición hacia la sociología norteamericana. Al año siguiente de su aparición, en efecto, el *Boletín del Instituto de Sociología* consagró una nota al libro en su sección central firmada por uno de sus miembros, Francisco Ayala. En la nota Ayala señalaba lo siguiente: “La ocasión de este Boletín me incita a dejar registrada en sus páginas la aparición de un libro que no vacilo en considerar desde ahora como un acontecimiento de relieve extraordinario dentro del campo de la producción sociológica en nuestro ambiente cultural, ni pronosticarle un huella prolongada y profunda”.³² Aunque será motivo de un comentario más extenso en

³⁰ Véase, L. L. Bernard, “Charles A. Ellwood, sociólogo norteamericano de los valores sociales” y “Edward Ross, sociólogo norteamericano. Su carrera sociológica”, aparecidos en el Nº 3 y 5 del *Boletín* respectivamente.

³¹ Las reseñas de Germani incluyeron las siguientes obras: *The use of personal documents in psychological science*, de Gordon Allport; *Gaugin Public Opinion*, de H. Cantril, *Experimental Sociology*, de E. Greenwood, *Social Research*, de G. Lundberg y *Origin of American Sociology*, de L.L. Bernard.

³² Francisco Ayala, “Sociología: teoría y técnica” en *Boletín del Instituto de Sociología*, F.F.y L., Nº1, 1942, pág. 101.

el décimo capítulo de esta tesis, bastará por ahora con consignar que *Sociología: teoría y técnica* desplegaba un extenso argumento acerca de la imperiosa necesidad de integrar la teoría con la investigación social, y al mismo tiempo subrayaba, en un capítulo consagrado precisamente a “la investigación social y sus técnicas”, la importancia de la experiencia norteamericana al respecto. En este sentido, no es improbable que la referencia de Levene a la sociología norteamericana se haya originado luego de la lectura del libro de Echavarría, que, según consta en un manuscrito de su autoría, lo impresionó muy favorablemente.³³ En cualquier caso, desde entonces *Sociología: teoría y técnica* se constituyó en un importante libro de texto y fue rápidamente incluido en los programas de enseñanza de la materia. En la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA el libro de Echavarría formó parte del programa desde 1942 hasta 1954 y, años más tarde, fue incorporado al programa de la asignatura dictada en la Facultad de Ciencias Económicas y de Derecho y Ciencias Sociales de la misma universidad.

En resumen, los términos de la declaración de Levene abrían así las puertas a un clima relativamente más favorable hacia las investigaciones empíricas, un *métier* que hasta ese momento no formaba parte de las rutinas de trabajo de los practicantes de la disciplina. En efecto, hasta entonces la investigación social (*social research*) y la enseñanza de la sociología no eran actividades conexas. En rigor, quienes se autoidentificaban como “sociólogos” no estaban interesados en la investigación social y lo mismo ocurría a la inversa. Ciertamente, desde fecha temprana, tanto Juan Agustín García, Ernesto Quesada como Ricardo Levene expresaron una serie de inquietudes en torno a la necesidad de emprender investigaciones empíricas sobre la realidad social, pero dichas expresiones no trascendieron el estatuto de declaraciones puramente programáticas y, por lo demás, en sus escritos sociológicos no es posible hallar trazo alguno de investigaciones empíricas.

Y es que, en rigor, en la Argentina, como ocurría en realidad por entonces en el resto del mundo, la investigación social empírica, si por ella entendemos el estudio sistemático de los problemas sociales como la pobreza, la salud y la prostitución

³³ Ricardo Levene, “Sociología: teoría y técnica, por Echavarría”, en Biblioteca Museo y Archivo Ricardo Levene, Buenos Aires, Box 4, archivo 9 (sin fecha). En el texto de Levene, que reproduce básicamente afirmaciones de Echavarría, puede leerse lo siguiente: “La naturaleza del objeto de la sociología en cuanto realidad vital, quiebra el dualismo de la naturaleza y el espíritu” o “Teoría e investigación mantienen un juego de recíprocos servicios y una relación de exigencias mutuas”. También paráfrasis de la crítica de Echavarría a la posición de Hans Freyer: “cuando Freyer cree haber escapado del dilema tradicional de su herencia científica y declara que la sociología es una ciencia de la realidad –es decir, ni ciencia del logos ni de la naturaleza en estricto sentido- no hace sino desvanecer un falso problema, dejando abierto el verdaderamente importante”.

realizado a partir de diversas técnicas como observaciones de campo o análisis estadísticos basados en fuentes secundarias provenientes de datos demográficos, socioeconómicos e institucionales, no se originó en las universidades sino en las agencias estatales. En efecto, aunque una historia de la investigación empírica en la Argentina es todavía una asignatura pendiente, algunos trabajos recientes -algunos de los cuales muestran un esfuerzo de documentación en esa dirección- permiten afirmar que en nuestro medio la investigación empírica se originó en distintos departamentos de gobierno y como parte de una serie de preocupaciones de las élites políticas relativas al mundo del trabajo y la "cuestión social" y estrechamente conectada con los planes de reforma social.³⁴ Así, además de los tres censos realizados durante la segunda parte del siglo XIX, la creación, a comienzos del siglo XX de un conjunto de organismos estatales estimuló la prosecución de investigaciones sociales. En 1907 fue creado el Departamento Nacional de Trabajo, que contempló tres divisiones: Legislación, Estadística e Inspección y Vigilancia, además del Consejo del Trabajo y el Registro de Colocaciones. Al frente de la División de Estadística se encontraba Alejandro Bunge, secundado por José Figuerola, reformistas sociales de orientación católica. Entre 1913 y 1930 se emprendieron diez estudios por muestreo en barrios populares y durante la década del '30 el Departamento del Trabajo realizó el primer censo nacional de desocupados, dos estudios de campo sobre presupuestos de familias obreras y una serie de encuestas sobre el costo de la vida popular. Asimismo, Bunge y Figuerola realizaron para el Consejo Nacional de Educación el IV Censo Escolar, del Analfabetismo y la Vivienda. Un foco importante para el impulso de la investigación empírica provino también de la Facultad de Ciencias Económicas, creada en 1913 y la *Revista de Economía Argentina*, dirigida por Alejandro Bunge, uno de los laboratorios de la investigación empírica en la Argentina más importante. De algún modo, *Una nueva argentina*, el libro de Alejandro Bunge aparecido en 1940, reunía el trabajo acumulado por Bunge al frente de la revista y sintetizaba de algún modo la investigación empírica hasta entonces realizada.

Pero nuevamente, esa investigación social no era vista por la mayoría de aquellos que se reclamaban sociólogos como sociología. Dicho en otros términos,

³⁴ Véase, Hernán Otero, "Estadística censal y construcción de la Nación. El caso Argentino, 1869-1914" en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Buenos Aires, N° 16-17, 1997/1998; Eduardo Zimmermann, *Los reformistas liberales. La cuestión social en la Argentina, 1890-1916*. Buenos Aires, Sudamericana, 1995; Hernán González Bollo, "Ciencias sociales y sociografía estatal. Tras el estudio de la familia obrera

investigador social y sociólogo eran dos roles separados. Hasta la segunda posguerra, en efecto, la demanda de sociología y de investigación social fueron, en rigor de verdad, demandas independientes una de la otra. Tan es así que los esfuerzos de los sociólogos por establecer y legitimar su disciplina en el sistema universitario no se realizaron sobre la base de la investigación empírica sino acudiendo a expedientes conceptuales no directamente vinculados con ella. La tarea de justificación de la disciplina pasaba por la construcción de grandes esquemas conceptuales o teorías universales de la sociedad. En rigor, el foco intelectual de legitimización de la disciplina estuvo colocado en el desarrollo de amplios y generales esquemas de evolución y cambio social. Esto explica que la mayoría de los sociólogos académicos hayan sido escritores de libros de textos antes que investigadores, y que las primeras técnicas de investigación social así como los primeros esfuerzos realizados en dirección a la investigación social empírica hayan tenido lugar por fuera del sistema universitario.

En tal sentido, la creación del *Instituto de Sociología* constituye quizá el primer intento en la dirección de una incorporación de la investigación empírica a la definición de la profesión, en algunos casos, y de unificación del rol del investigador social con el rol del sociólogo, en otros, algo, esto último, que hasta entonces sólo había tenido lugar en los Estados Unidos. ¿Qué indicadores respaldan esta última afirmación? En primer lugar, la introducción de un plan de investigaciones empíricas en el contexto de las actividades emprendidas por el Instituto de Sociología. En efecto, es precisamente en este marco donde Gino Germani emprende una serie de investigaciones sobre la clase media en la Argentina,³⁵ y en la que logró reunir a un grupo egresados de la Facultad para la realización de los cuestionarios y las entrevistas. Uno de los colaboradores en la investigación sobre la clase media fue Aníbal Villaverde, que enseñaba sociología desde 1940 en la Universidad Nacional de Cuyo. En el *Boletín*, Villaverde reseñó el libro de Miguel Figueroa Román, *Planificación y sociografía* y el de Donald Pierson, *Teoría e Pesquisa em Sociología*, un discípulo de Robert Park y profesor de Sociología y Antropología Social en la Escuela Libre de Sociología y Política de San Pablo, lo que testimonia su interés e inquietud por la investigación social empírica. Todavía más. En su reseña –por demás elogiosa– de la obra de Pierson, Villaverde afirmaba que el autor “se orienta hacia una concepción científica de la sociología tomando como punto de

porteña, 1899-1932” en *Estudios Sociales*, Año IX, 1999.

³⁵ Resultados parciales de la investigación sobre la situación de las clases medias aparecieron publicados en los primeros números del *Boletín de Sociología*, en dos entregas de 1943 y 1944.

partida la investigación concreta de las cosas y los hechos sociales. Cree que la sociología es una ciencia de carácter universal, que está por encima de las diversas denominaciones regionales o nacionales que es costumbre adjudicarle”.³⁶ Los términos de dicha reseña sugieren entonces que la referencia a la investigación empírica era ya una distinción realizada al interior del campo y no como algo ajena a este último.

Asimismo, desde su primer número, el *Boletín del Instituto de Sociología* contó con una sección, que estaría a cargo de Germani, titulada “Datos sobre la realidad social argentina contemporánea”, y destinada a recoger y analizar información estadística relevante.³⁷ La sección reunía la siguiente información: a) datos sobre la evolución de las tasas demográficas, que incluían comparaciones entre provincias y ciudades y cuadros de la evolución de las migraciones externas con respecto a la población total; b) datos relativos a la estructura económica, tales como estadísticas referidas a exportación e importación, volumen físico de la producción, ocupación en la industria, consumo de energía, carga transportada, evolución bursátil, niveles de precios, dinero circulante, préstamos bancarios, deuda pública, costo de vida, etc.; c) datos sociales, tales como conflictos entre obreros y patrones, concurrencia a las reuniones sindicales, suicidios y criminalidad, datos de la cultura y de la educación por niveles y por tipo de estudios, tasas de escolarización, edición de libros argentinos y extranjeros clasificados por rama, importaciones y exportaciones de libros, etc., todo lo cual pone de manifiesto la importancia asignada a la investigación empírica. En rigor, la información estadística revelada era francamente admirable. En dicha sección, por lo demás, el *Boletín* incluyó los primeros resultados de una típica investigación social empírica o sociografía, como era común entonces denominarla, titulada “Influencia de las cárceles en las zonas pobres de sus inmediaciones. El ‘campo de las carreras’ en Santiago del Estero”, realizada por Amalio Olmos Castro, presidente de la Junta Honoraria de Investigaciones Sociológicas de Santiago del Estero.³⁸

Otro indicador de la importancia acordada a la investigación empírica es el tipo de información publicada por el *Boletín del Instituto*, pues la misma constituye un signo de los materiales (o la materia prima) a partir de la cual una disciplina trabaja. A este

³⁶ Aníbal Villaverde, en *Boletín...*, N°5, 1947, pág. 263-264.

³⁷ Además de Germani, la compilación y presentación de los datos referidos a las distintas provincias fueron realizadas también por Eduardo Prieto, Roberto Fraboschi y Plácido Horas.

³⁸ En efecto, la investigación fue realizada sobre la base de un censo a 106 familias obreras en el que se recogía información relativa a alimentación, vivienda, vestido, asistencia médica e instrucción y concluía con una serie de recomendaciones relativas a la necesidad de mejorar la condición de los habitantes de las inmediaciones de las cárceles para “impedir que se considere más dichoso la vida en un penal que

respecto, en la sección de “Noticias Bibliográficas” el *Boletín* daba a conocer los informes, memorias y balances de las diferentes agencias estatales: del Banco Central, del Banco Hipotecario, de los Ministerios de Hacienda, Agricultura, de la División de Estadística del Departamento Nacional del Trabajo del Ministerio del Interior, de la División de Estadística y Personal del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, entre otros.

La preocupación por el desarrollo de la investigación empírica se vería reflejada igualmente en los persistentes reclamos de su director, Ricardo Levene, por vincular al Instituto con la realización del Cuarto Censo Nacional. En efecto, en el mismo acto de inauguración del Instituto, Levene afirmaba lo siguiente:

[...] para llevar adelante las investigaciones de la Morfología social argentina, el primer instrumento de trabajo es el Censo. El deber de los organismos como este Instituto es solicitar de las autoridades la realización del Censo Nacional, siendo insuficientes los censos parciales levantados en estos años, como el agropecuario e industrial. El último censo ha cumplido más de un cuarto de siglo, de indudable valor para el estudio comparativo, pero es ya un documento histórico que no proyecta la imagen de la Argentina de hoy, con sus trece millones de habitantes, cinco millones más que en 1914.[...] No es necesario agregar que el Censo General y permanente es tan esencial para el estudio como para los planes de la reforma social”.³⁹

El reclamo de Levene se vería finalmente satisfecho. Por su intermedio, en efecto, y en representación del nuevo Instituto de Sociología, Gino Germani integraría la Comisión Asesora Honoraria en Demografía con el objeto expreso –según argumentaba Levene- de presentar los puntos de vistas del Instituto con relación a los aspectos metodológicos del Censo.⁴⁰ Más todavía, en una de las reuniones celebradas en el Instituto, Levene, refiriéndose al nombramiento de Germani, señaló la importancia de la participación del Instituto en la elaboración del Censo en la medida en que ello facilitaría “la utilización del censo en los estudios demográficos”. Y a este respecto, Levene concluía que era “necesario crear no sólo una conciencia estadística, sino además destacar la necesidad de una *metodología para la investigación social*”.⁴¹ Nuevamente, todo esto indica la importancia asignada a la sociografía y el hecho de que

fuera de él”. En *Boletín del Instituto de Sociología*, N° 3, 1944, pág. 282-286.

³⁹ Ricardo Levene, “El Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras” en *Boletín del Instituto de Sociología*, N° 1, FFyL, Universidad de Buenos Aires, 1942, págs.6-7.

⁴⁰ Germani participó en la comisión asesora hasta julio de 1945 y su tarea al frente de la misma quedaría reflejada en dos artículos aparecidos en el *Boletín del Instituto de Sociología*, “Los censos y la investigación social”, de 1943 y “El Instituto de Sociología y el Cuarto Censo Nacional”, una nota dirigida al Consejo Nacional de Estadísticas y Censos, de 1945.

los problemas específicos relativos a la investigación social estaban siendo incorporados al lenguaje de los sociólogos.

Esta importancia asignada a la investigación empírica se vería igualmente reflejada en el proyecto de creación del Instituto Internacional de Sociología en América, una de cuyas funciones debía consistir, de acuerdo al proyecto de Levene, en emprender, en “colaboración activa con el Estado” [...] la realización de censos decenales y la coordinación de trabajos sociográficos o descripciones objetivas de la actualidad que faciliten el conocimiento de las manifestaciones de la vida social contemporánea”.⁴²

En suma, que la idea de orientar la sociología hacia el desarrollo de investigaciones empíricas era parte del proyecto auspiciado por Levene desde el Instituto lo revela el hecho que, a la hora de trazar un balance de la experiencia de su experiencia al frente de la cátedra y el Instituto, acompañara dicho balance con la publicación de un ensayo de Rex Hopper sobre la sociología en América Latina en el que este último sometía a dura crítica las tendencias antipositivistas que habían imperado en la disciplina en América Latina durante la década anterior y que habían hecho de ella una disciplina más filosófica que empírica.⁴³ En su escrito, Rex Hopper argumentaba que la “ampliamente difundida tendencia a rechazar los así llamados cimientos positivistas de la sociología, en favor de la tesis que la conducta humana no se somete al uso de un método científico” significaba una regresión al mito, como alternativa a la ciencia, cuando todo parecía indicar la íntima relación existente entre la civilización occidental y el desarrollo de las ciencias naturales. En tal sentido, Hopper subrayaba la necesidad de unir la sociología a la causa de la ciencia con el fin de someter “la conducta humana al escrutinio científico”.⁴⁴

Además de esta importancia acordada a la investigación empírica, el programa de Levene incluía otras tres áreas de interés. Por un lado, el estudio de las Ideas Sociales Argentinas y de sus figuras más representativas, desde la Revolución de Mayo en adelante. Por el otro, el “estudio de las representaciones colectivas, su estructura y

⁴¹ En *Boletín del Instituto de Sociología*, N°7, reunión del 26 de abril de 1945, pág. 272.

⁴² Ricardo Levene, "El Instituto Internacional de Sociología en América" en *Boletín del Instituto de Sociología*, N 4, 1945, pág. 7.

⁴³ Doce años más tarde, nada paradójicamente, Rex Hopper integraría el plantel de los profesores visitantes reclutados por Germani con el fin de suplir las carencias de personal idóneo y modernizar la enseñanza de la disciplina. Hopper vino a la Argentina en 1959 y tuvo a su cargo el desarrollo de la temática “cambio social” y “teoría estructural-funcional” en Teoría sistemática” en el marco del curso de Sociología Sistemática dictado por Gino Germani.

⁴⁴ Rex D. Hopper, “La sociología en la América Latina” en *Boletín del Instituto de Sociología*, N 5, 1947.

proceso”, que sería emprendido por una Sociología Cultural que Levene identificaba con la tradición de Durkheim. Al lado de ella, un sociología moral y religiosa, destinada a examinar las “acciones y reacciones espirituales, como un sistema de ideas y de fuerzas sociales que eleva la vida individual”. Ambas, sociología cultural y sociología moral religiosa, “exalta[n] la vida social como fuente de energías superiores y estimula[n] a los individuos a amar el ideal y a luchar por él”. Finalmente, Levene subrayaba la necesidad de iniciar el estudio del “carácter nacional” que juzgaba como “inexplorado”, es decir, de las “ideas, sentimientos y creencias dominantes” sugiriendo emprenderlo desde una posición “equidistante de las concepciones unitarias como la interpretación económica de Carlos Marx y la ideológica de Max Weber”.⁴⁵

Así, y como reflejo de estos intereses, el Instituto quedó organizado en seis secciones: 1) Teoría e historia de la Sociología; 2) Historia de las ideas sociales argentinas; 3) Investigaciones sobre la morfología y aspectos estadísticos de la realidad argentina contemporánea; 4) Investigaciones sobre la sociología cultural o ideológica argentina como estudio del carácter nacional; 5) Investigación sobre la Sociología Moral y Religiosa argentina como estudio de un sistema de ideas de fuerzas sociales y de fe; 6) Bibliografía y documentos sociales argentina⁴⁶

Como puede apreciarse, más que unidad o acuerdo, las declaraciones de Levene reflejaban una profunda heterogeneidad de temas, enfoques y propósitos. Junto al énfasis en el carácter de “planteamiento objetivo” de los problemas que según Levene debía distinguir a la sociología, estaba también presente la idea de una disciplina no solamente “positiva” sino también “normativa”, dirigida a estimular en los individuos el amor y la defensa de los ideales morales. Bajo una misma nomenclatura, la sociología se abría así al estudio histórico de las ideas sociales, al estudio de los sentimientos y creencias que forman el carácter de una nación, al examen del presente a través de su morfología, así como al estudio de las doctrinas sociológicas. De todas maneras, la amplitud y heterogeneidad de la definición enunciada por Levene no debiera, sin embargo, sorprender. En realidad, ella no hacía más que reflejar la heterogeneidad del *staff* que componía el Instituto. De algún modo, Levene se las arreglaba para conformar a todos y dar cabida a todas esas formas, muy distintas por cierto, de representarse la práctica de la disciplina.

⁴⁵ Ricardo Levene, “El Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras” en *Boletín del Instituto de Sociología*, N° 1, FFyL, Universidad de Buenos Aires, 1942, pág. 7.

⁴⁶ En *Boletín del Instituto de Sociología*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, N° 1, 1942.

En tal sentido, la capacidad organizativa de Levene no se vería acompañada de una análoga capacidad en la dirección intelectual de su proyecto. En efecto, Levene logró dotar a la disciplina de sus principales bases organizativas pero no alcanzó a imprimirle una orientación intelectual. ¿Por qué? Quizá sea posible ensayar una respuesta sobre la base de una serie de razones bastante comprensibles. En primer lugar, Levene no llegaría a enunciar una determinada concepción de la sustancia y el método de la sociología que fuera capaz de inspirar a sus colaboradores. Por el contrario, su posición al frente del nuevo Instituto habría de estar caracterizada por un marcado eclecticismo, dispuesto a tolerar y admitir las diferentes formas de abordar y entender la práctica de la sociología. En segundo lugar, de haber intentado imponer tal dirección, ello hubiera conducido probablemente a un fracaso del proyecto mismo. En efecto, el éxito de la empresa comandada por Levene residía en que había logrado obtener el apoyo de profesores cuyas carreras ya habían sido confirmadas con anterioridad al ingreso del Instituto y que, por distintas razones, tenían cierto grado de compromiso con la sociología y su enseñanza o con disciplinas vecinas. De manera que no era concebible que ellos estuvieran dispuestos a aceptar una concepción única de la naturaleza de la ciencia social. En tal sentido, la empresa de reunirlos por su común simpatía hacia la sociología no podía sino estar fundada sobre la base de una concepción ecléctica, capaz de admitir los diferentes puntos de vistas que ellos mismos representaban. De ahí también la necesidad de adoptar una definición extremadamente amplia de la disciplina como para garantizar el éxito de la empresa. En todo caso, lo cierto es que esa heterogeneidad arrojaba algunas dudas sobre el optimismo de Levene respecto a una supuesta superación de la “crisis filosófica” que había aquejado a la disciplina en décadas pasadas.

No obstante ello, la creación del Instituto de Sociología marca, por diversos motivos, cierto grado de discontinuidad con respecto a la etapa inmediatamente precedente. En principio, la emergencia del Instituto operó cierta unificación de un campo hasta entonces disperso. En efecto, el Instituto fue la primera institución que logró articular las diferentes cátedras de sociología existentes en el país, proporcionando de este modo un espacio de debate, intercambio y reconocimiento mutuo. La edición del *Boletín...* reforzó la situación al ofrecer un canal de expresión y comunicación para quienes entonces tenían a su cargo la enseñanza de la materia. Por ello mismo, la enseñanza y difusión del conocimiento sociológico ya no quedaba limitada al espacio de la cátedra sino que era incorporada a un espacio más amplio de intercambio y discusión.

En efecto, el Instituto celebraba reuniones periódicas en las que se debatían cuestiones relativas a la marcha de la disciplina y se evaluaba el estado de las investigaciones en curso. Entre 1940 y 1945 se celebraron un total de 42 reuniones. A su vez, cabe recordar que muchos de los textos publicados en el *Boletín* eran fruto de conferencias dictadas en el marco del Instituto (entre 1942 y 1947 se dictaron 10 conferencias). Todo ello sugiere que éste último había llegado a establecer cierto grado de rutina institucional para el desarrollo, el intercambio y la comunicación intelectual. Por lo demás, las reuniones del Instituto contaban con la participación de egresados y alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras que Levene había logrado reclutar de su curso de Sociología y a quienes había encomendado una serie de investigaciones monográficas sobre distintos pensadores argentinos así como la participación en algunas de las investigaciones empíricas programadas por el Instituto, participación que se vería reflejada a través sus primeras colaboraciones en el *Boletín*. En suma, todo ello sugiere que el Instituto había logrado convertirse en un espacio de intercambio y sociabilidad intelectual.

El aliento a las investigaciones empíricas es otro indicador significativo de esa discontinuidad. Ciertamente, aunque modesto, el grado de incorporación de la investigación empírica al Instituto de Sociología no era, para la época, nada desdeñable. A partir de su segundo número, el *Boletín...* incorporó una sección titulada precisamente “Investigaciones del Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras”. Dentro de las mismas se incluyó la investigación de Gino Germani sobre la clase media y los estudios referidos a sociólogos argentinos. Solamente por efecto de la “ilusión retrospectiva” o del persistente “anacronismo” de proyectar el presente hacia el pasado los historiadores de la sociología tanto como los propios partidarios de la investigación empírica han tendido a exagerar los términos del “retraso” en lo que a la sociología empírica respecta. Pues, y como ha sido documentado para el caso de los países centrales, si bien los orígenes de la investigación empírica se remontan a una fecha tan temprana como la Europa del siglo XVII, la misma no llegó a convertirse sino tardíamente como una rama regular del desarrollo de la sociología profesional.⁴⁷ En

⁴⁷ Paul Lazarsfeld, “The Sociology of Empirical Social Research” en *American Sociological Review*, vol. 27, N° 6, 1962. El origen europeo de la tradición de las técnicas de investigación empírica pone en entredicho, por lo demás, nuestra corriente asociación entre dichas técnicas y los Estados Unidos. Pues, y como recuerda Lazarsfeld, la mayoría de las técnicas de la investigación empírica surgieron y se desarrollaron en Europa. Así, por ejemplo, los métodos de muestreo fueron una derivación de los *survey* sobre la vida y el trabajo en Londres de Charles Booth; el análisis factorial fue inventado por el británico Spearman; la investigación sobre la familia, con especial énfasis en la cuantificación, fue desarrollado por

rigor, en las sociedades de la Europa occidental, y no obstante los progresos experimentados desde el siglo XVII en adelante, la investigación empírica carecía, hacia mediados de la década el '30, de prestigio, de inserción en el sistema universitario, de apoyo financiero, de libros de textos y de un grupo suficiente de devotos como para constituir una masa crítica.

Así, por ejemplo, en Alemania, aunque la investigación social empírica experimentó un notable florecimiento desde mediados del siglo XIX hasta la Primera Guerra, la misma careció de continuidad y no alcanzó a ser institucionalizada ni en las universidades ni en las organizaciones como la *Verein für Socialpolitik*.⁴⁸ A este respecto, no obstante los esfuerzos desplegados por Max Weber y otros, la investigación empírica cuantitativa no llegaría a integrarse al desarrollo de la sociología en Alemania. Las razones ofrecidas por los comentaristas son variadas y de distinta naturaleza: el predominio del historicismo y la filosofía idealista en la tradición cultural alemana que favoreció una aproximación intuitiva y fenomenológica a los fenómenos sociales; el hecho de que la sociología no fue institucionalizada como disciplina en la universidad alemana, la falta de recursos, y más en general, la existencia, en la universidad, de un clima intelectual hostil hacia ese tipo de investigación y una general apatía de parte de los colegas de Weber, los llamados “socialistas de cátedra”. En Francia, no obstante la fuerte tradición cuantitativa de la demografía francesa y la escuela de Le Play, los elementos reformadores de la tradición de Le Play lo separaron de la tradición de la sociología como una disciplina especial y, además, su escuela no logró arraigarse en el sistema universitario francés, lo que contribuyó a su extinción. La escuela de Durkheim, en cambio, resultó victoriosa, pero sus trabajos cuantitativos, como *El suicidio*, no tuvieron una influencia decisiva en el desarrollo de la sociología y, con excepción de los estudios de demografía, hubo poca investigación cuantitativa en la sociología francesa hasta los comienzos de la segunda posguerra. En realidad, los trabajos de investigación cuantitativa de Durkheim fueron pocos. Ciertamente, en esos años Maurice Halbwachs publicó un estudio sobre el suicidio que fue incluso considerado superior, al menos desde el punto de vista estadístico, al de Durkheim. Sin embargo, el rápido desarrollo de

Le Play en Francia; en Italia, Alfredo Nicéforo trabajó intensamente en las posibilidades del uso de la medición en problemas sociales y psicológicos, y sus ideas alcanzaron su expresión más clara en el desarrollo de los indicadores del progreso; Max Weber se mostró entusiasmado con las posibilidades que la cuantificación ofrecía a la investigación social mientras que Ferdinand Toennies inventó un coeficiente de correlación.

⁴⁸ Paul Lazarsfeld y Anthony Oberschall, “Max Weber and Empirical Social Research” en *American Sociological Review*, 30, 1965 y Anthony Oberschall, *Empirical social research in Germany 1848-1914*.

la investigación etnológica en la sociología francesa y la antropología terminaron por sofocar el desarrollo de la tradición cuantitativa.⁴⁹ En Inglaterra, aunque la tradición de la investigación cuantitativa tuvo un hondo arraigo, particularmente a través del desarrollo del *social survey*, toda la investigación social, en rigor de verdad, se desarrolló fuera del sistema universitario británico, y de manera bastante independiente de la sociología. Con excepción de la Escuela Económica de Londres, en la que, gracias a la presencia de los Webbs, la sociología académica estimuló la investigación social cuantitativa, hasta los años '50 no hubo investigación cuantitativa de ninguna clase en las universidades británicas.⁵⁰ Finalmente, en los Estados Unidos, donde la investigación cuantitativa logró mayor arraigo, existió mucho antes de establecerse en las universidades y encontró allí más resistencias de las que habitualmente se imaginan.⁵¹ En rigor, cuando hacia fines del siglo XIX la sociología ganó reconocimiento académico hubo mucho menos énfasis en la investigación empírica que en Inglaterra, Francia o Alemania. Los primeros sociólogos, como Lester F. Ward o Graham Sumner, estuvieron mucho más interesados en hacer de la sociología una ciencia cultural o en ensayar grandes comparaciones históricas a la manera de Spencer que en la investigación empírica misma.

Además de la importancia acordada a la investigación empírica, un examen de lo publicado en el *Boletín del Instituto de Sociología* durante esta primera etapa revela que fueron tres las áreas de interés que estimularon mayormente la producción intelectual. La primera de ellas, de carácter netamente historiográfico y animada fundamentalmente por Ricardo Levene, giraba en torno a la necesidad de reconstruir las formas y tradiciones de pensamiento social argentino. Los títulos de numerosos ensayos publicados en el *Boletín del Instituto de Sociología* son claramente expresivos de esta

Paris, Mouton, 1965.

⁴⁹ El informe que sobre el estado de la sociología francesa redactó Claude Lévi-Strauss hacia mediados de la década del '40 muestra claramente esta tendencia: "en las obras de Durkheim y Mauss -escribía el autor- la sociología y la antropología son inseparables. [...] Con Mauss la influencia etnográfica se hace dominante", en Claude Lévi -Strauss, "La sociología francesa" en George Gurvicht y Wilbert Moore, *Sociología del siglo XX*. Editorial El Ateneo, Bs. As, 1956, pág. 8.

⁵⁰ Véase, Albert J. Reiss, "Sociology", en *International Encyclopedia of the Social Sciences*, vol. 15-17, 1968, págs 1-21; igualmente las monografías de David Elesh, "The Manchester Statistical Society: A Case Study of Discontinuity in the History of Empirical Social Research" y Stephen Cole, "Continuity and Institutionalization in Science: A Case Study of Failure" en Anthony Oberschall (ed.), *The Establishment of Empirical Sociology. Studies in Continuity, Discontinuity, and Institutionalization*. Harper & Row, New York, 1972.

⁵¹ Paul Lazarsfeld, "The Sociology of Empirical Social Research", *American Journal of Sociology*, vol.27, (6), 1962; Anthony Oberschall, "The Institutionalization of American Sociology" en Anthony Oberschall (ed.), *op. cit.*, págs. 187-252; más recientemente, Antoine Savoye, *Les débuts de la sociologie empirique. Etudes socio-historiques (1830-1930)*. Meridiens Klincksieck, Paris, 1994.

inquietud. Como representativos de este interés cognoscitivo pueden mencionarse los siguientes ensayos: “Inferencias sobre las ideas sociales de Rivadavia”, de Ricardo Piccirilli, “Las ideas sociales y políticas de Monteagudo”, de Angel Castellán, “Las ideas sociales de Hipólito Vieytes”, de Rodolfo Trostiné. A su vez, el *Boletín* contenía una sección titulada “Galería de Sociólogos Americanos” en la que se daban a conocer o bien breves ensayos o bien información bibliográfica sobre diversos pensadores latinoamericanos. Por último, la existencia de proyectos de investigación en curso dentro del Instituto de Sociología relativos a este tópico pueden rastrearse en la crónica de las reuniones de sus miembros que aparecen publicadas en el *Boletín*, y que informan sobre investigaciones de alumnos o egresados acerca del pensamiento de Juan B. Justo, por Nelly Martínez, de Juan B. Terán, por Efraín Calmens, de Juan Agustín García, por Angel Castellán, de José Ingenieros, por Plácido Alberto Horas y de José María Ramos Mejía, por Aníbal Villaverde, entre otros.⁵²

La segunda, en cambio, estaba referida al status teórico y metodológico de la sociología. Tanto en el modo de plantear el problema como en la terminología utilizada, esta discusión aparecía muy marcada por la tradición alemana. La cuestión planteada se resumía en los siguientes interrogantes: ¿era la sociología una ciencia del espíritu o una ciencia positiva? ¿Debía regirse por el método de la comprensión o por métodos naturalistas? En la mayor parte de los ensayos consagrados a este tópico, el dilema fue sorteado a partir del establecimiento de una distinción entre investigación empírica o sociografía y sociología pura o ciencia de la cultura. De acuerdo a ella, la sociografía, guiada por métodos naturalistas, era concebida como una disciplina auxiliar de la sociología, quedando reservada a esta última la tarea de conocer aquella dimensión de la vida social que, dada su naturaleza eminentemente espiritual, exigía una aproximación en los términos de una comprensión intuitiva.⁵³ La tercera, finalmente, giraba en torno a la enseñanza y organización de la disciplina así como a la posibilidad de una sociología latinoamericana. Reflejo de estas preocupaciones son los ensayos consagrados a comentar el desarrollo y la enseñanza de la sociología en el resto de América Latina así como la presencia reiterada de noticias relativas a la organización del Instituto Internacional de Sociología en América, la programación de un instituto de la Opinión

⁵² Los resultados de dichos trabajos fueron publicados en el tercer número del *Boletín*, casi enteramente consagrado a ello.

⁵³ Entre los artículos representativos de esta preocupación pueden mencionarse, entre otros, los siguientes: “La causa y la condición de la sociología” y “Libertad y determinismo en la sociología de Max Scheler”, de Alberto Baldrich; “Sociología: teoría y técnica”, de Francisco Ayala y “Los problemas generales de la

Pública y la organización y realización del cuarto Censo Nacional.⁵⁴

Es entonces en este contexto que Germani ingresa al Instituto de Sociología y su participación incluyó distintos tipos de colaboraciones: además de una serie de comentarios bibliográficos y artículos que aparecieron en el Boletín del Instituto, y en los que se revela un interés manifiesto por los desarrollos de la sociología norteamericana, Germani tuvo a su cargo igualmente la dirección de la sección de Investigaciones del Instituto y desarrolló en dicho contexto sus primeras investigaciones empíricas. Como responsable de la III Sección del Instituto, “Investigaciones sobre la Morfología y Aspectos Estadísticos de la Realidad Argentina Contemporánea”, una suerte de *annual review* sobre la Argentina contemporánea, su tarea (en la que colaboró Eduardo Prieto durante el primer año) estuvo consagrada a la recopilación y publicación de información relativa a la estructura social de la Argentina. Los informes elaborados por Germani fueron publicados regularmente bajo el título “Datos de la Realidad Argentina Contemporánea” en los volúmenes del Boletín correspondientes a 1942, 1943, 1944 y 1945. La información recopilada por Germani recogía datos relativos a la composición de la población, a la evolución de la actividad económica, (comercio exterior, producción, inflación, negocios internos, finanzas), del mercado de trabajo y las condiciones sociales (ocupación, costo de vida, huelgas) y de la dimensión cultural (instrucción pública, producción bibliográfica, etc.).

Además de dicha sección, Germani tenía a su cargo igualmente la sección “Investigaciones del Instituto”. La investigación más importante fue la referida a la clase media en la Argentina, que se había originado en 1940 como trabajo monográfico desarrollado en el marco del Instituto por un grupo de alumnos y egresados de la Facultad de Filosofía y Letras.⁵⁵ Cuando al año siguiente se incorpora Germani, la investigación adquirió mayor importancia y fue incluida como proyecto propio del Instituto. La investigación resultaba notablemente novedosa en el campo tanto por su enfoque (era la primera vez que se realizaba un estudio de sociografía urbana y suburbana) como por el estilo metodológico de investigación (el recurso al método de

sociología”, de Justo Prieto.

⁵⁴ A este respecto, pueden recordarse, entre otros, los siguientes ensayos: “El Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras”, de Ricardo Levene; “Acerca del Instituto de la opinión pública”, de Agustín Podestá; “El Instituto Internacional de Sociología en América”, de Ricardo Levene; “Organización del Instituto Indigenista Boliviano”, de Josemo Murillo Vacarezza; “La enseñanza de la sociología en San Pablo”, de Roger Bastide y Fernando de Azevedo” y “La sociología en las universidades americanas”, de Alfredo Poviña.

⁵⁵ Véase para esto las sesiones del 15/10 y del 29/ 10 de 1940 reproducidas en el *Boletín...*, vol. I 1943, pág. 281/282.

casos y a los procedimientos sociométricos norteamericanos.

La participación de Germani en el Instituto de Sociología estuvo igualmente conectada con la preparación del Cuarto Censo Nacional. En efecto, y por expreso encargo de Ricardo Levene, su director, Germani fue designado como representante del Instituto ante la Comisión Asesora Nacional que tuvo a cargo de la preparación del IV Censo Nacional.⁵⁶ En el desempeño de esta tarea, Germani abordó problemas metodológicos vinculados con la realización del Censo que incluyó la preparación de notas técnicas y una serie de recomendaciones de orden teórico-metodológicas relativas a la forma más óptima de realización así como un informe de los resultados alcanzado en las discusiones de la Comisión.

Durante este período, la actividad de Germani estuvo referida también a cuestiones de metodología en el estudio de la opinión pública y de las actitudes sociales. El tema, que fue abordado en varias sesiones del Instituto, dio lugar a una conferencia dictada en el Instituto en 1944 bajo el título “Métodos de investigación en psicología social” y a un ensayo publicado con el título de “Métodos cuantitativos en la investigación de la opinión pública y de las actitudes sociales”.⁵⁷ Tanto en su conferencia como en su ensayo, Germani ofrecía un detallado panorama de los métodos y las teorías, especialmente las desarrolladas en el marco de la sociografía norteamericana, centradas en el concepto psicosocial de actitud, que habrá de constituir un aspecto importante de su futuro enfoque del estudio de los fenómenos sociales.

El ensayo “Anomia y desintegración social”, publicado por Germani en 1945 cierra, de alguna manera, sus primeros desarrollos en el campo a la vez que anuncia una serie de preocupaciones que regirán su posterior producción intelectual: el proceso de secularización e individuación como característicos de un proceso de transición de una sociedad tradicional a una sociedad moderna, las tensiones sociales originadas como consecuencia de un proceso de industrialización y los efectos sociales patológicos desencadenados como consecuencia de procesos de rápida transición y de cambio. En dicho ensayo, además, Germani realiza una síntesis admirable de algunos trabajos de la sociología clásica, especialmente de la escuela francesa –Durkheim y Halbwach- con las tradiciones americanas de la psicología social y de la sociología urbana, estas últimas

⁵⁶ Germani participa en la Comisión Asesora hasta julio de 1945 y su tarea al frente de la misma quedaría reflejada en dos artículos aparecidos en el *Boletín del Instituto de Sociología*, “Los censos y la investigación social”, de 1943 y “El Instituto de Sociología y el Cuarto Censo Nacional”, una nota dirigida al Consejo Nacional de Estadísticas y Censos, de 1945.

⁵⁷ EN *Boletín del Instituto de Sociología*, N°3, 1944, págs. 85 –107.

apenas conocidas en nuestro medio. Comparado con los trabajos publicados hasta entonces en el *Boletín*, el ensayo de Germani exhibía un rasgo peculiar: aparecía rodeado de la compañía de un conjunto de autores que no figuraban en el sistema habitual de referencia de los practicantes de la disciplina: Kurt Rietzler, Erich Fromm, Karl Mannheim, Talcott Parsons, William Ogburn, William Thomas y Florian Znaniecki. En cierto modo, el ensayo -sobre el que volveré en la segunda parte de esta tesis- hacía las veces de un manifiesto: era a la vez la presentación de un nuevo cuadro de referencia para la disciplina y una invitación a comprometer a ésta con un examen de los problemas políticos y sociales del presente.

Balance de la experiencia

No es tarea sencilla intentar trazar un balance de estos primeros años en los que la institucionalización de la sociología parece avanzar con mayor firmeza que en el pasado. Como se ha dicho, la enseñanza de la materia ya había sido incorporada en nuestro medio con anterioridad a la creación del primer Departamento de Sociología y la carrera homónima. El grado de actualización intelectual de los profesores que por entonces enseñaban sociología era francamente admirable. Un examen de lo publicado en el *Boletín* muestra, en efecto, que la mayoría de ellos tenía un conocimiento de las principales obras de las figuras que por entonces eran reconocidas como parte de la tradición intelectual de la disciplina, tanto en Francia, Alemania, Inglaterra como Estados Unidos. De Francia conocían los trabajos de René Worms, Emile Durkheim, Celestín Bouglé, Armando Cuvillier, George Davy, Maurice Halbwachs y George Gurvitch, entre otros. De Alemania, los de Henrik Rickert, Max Weber, Alfred Weber, Alfred Vierkandt, Karl Mannheim, Hans Freyer, Georg Simmel, Othmar Spann y Leopold von Wiese. Muchos de ellos no ignoraban los escritos sociológicos de Lester Ward, Franklin Giddings, Charles Ellwood y Robert Park.

Ahora bien, ¿qué forma había adoptado entonces esa primera incorporación de la sociología entre nosotros? ¿Qué tipo de producción intelectual realizaban nuestros sociólogos? Los trabajos de intención sociológica que publicaban los "sociólogos de cátedra" consistían o bien en exposiciones y comentarios de las principales doctrinas sociológicas de fines del siglo XIX y principios del XX, o bien en ensayos de naturaleza historiográfica destinados a explorar la formación de la nacionalidad argentina. En efecto, la búsqueda de una definición del "carácter nacional", de su proceso formativo y de sus rasgos peculiares fue una de las notas particulares de esa sociología de cátedra.

En forma paralela, la sociología de cátedra prohió el proyecto de definir los contornos de una "sociología nacional" y más tarde latinoamericana. Hacia los años '40, este proyecto fue articulado de manera doctrinaria, entre otros, por Gilberto Freyre, en Brasil, y Alfredo Poviña, en la Argentina. En un ensayo publicado en el *Boletín de Instituto de Sociología*, Freyre argumentaba que la sociología es "una ciencia nacional, ya que los hechos sociales tienen una originalidad que salta a los ojos" y por tanto, no puede ser considerada como "una ciencia natural, absoluta, independiente de influencias regionales de cultura que otorgan sentido particular a sus interpretaciones".⁵⁸ En distintos ensayos aparecidos por esos años, Alfredo Poviña elaboró un argumento en la misma dirección.⁵⁹ En suma, el proyecto de una sociología nacional y americanista y el establecimiento de una tradición nacional figuró como uno de los puntos más prominentes de la agenda de la naciente sociología.

Además, su papel principal era como profesionales de la sociedad o como maestros universitarios y, en general, no se esperaba de ellos que realizaran investigaciones empíricas. La enseñanza de la disciplina, por lo demás, no se realizaba con el fin de formar sociólogos sino de ofrecer a los estudiantes de otras carreras una suerte de complemento cultural relativo a un conocimiento de los fenómenos sociales. En suma, la inserción de la sociología en el contexto universitario no era todavía la de una disciplina autónoma sino "auxiliar" de las disciplinas ya establecidas.

Con todo, los esfuerzos realizados en la dirección de una institucionalización de la disciplina no fueron menores. En principio, la tarea de actualización bibliográfica emprendida a instancia del Instituto fue considerable, ya sea a través de la sección de reseñas bibliográficas que cubría buena parte de lo que se publicaba por esos años en América Latina y en menor medida en el extranjero, como a través de la sección de "noticias bibliográficas" que llevaba un registro de la aparición de obras de sociología publicadas en idioma español, inglés, francés e italiano así como de las principales revistas regionales e internacionales del campo. En los cinco números editados de 1942 a 1947 se publicaron un total de 84 reseñas bibliográficas (78 libros y 8 trabajos). En su gran mayoría, los libros reseñados eran obras autoidentificadas como de sociología y escritas por quienes enseñaban la materia, lo que revela ya cierto grado de especificidad disciplinaria. Asimismo, el *Boletín* publicaba periódicamente los sumarios de las

⁵⁸ En Gilberto Freyre, "Factores sociales en la formación de la sociología brasileña", *Boletín del Instituto*, N2, 1942.

⁵⁹ En Alfredo Poviña, "La sociología nacional y sus antecedentes americanos" y "Hay sociología en América y hay sociología de América", en *Ciencias Sociales*, N° 24, vol. IV, diciembre de 1953.

publicaciones regionales y extranjeras más importantes del campo: de la mexicana *Revista Mexicana de Sociología*, de la brasileña *Sociología* y de las americanas *American Journal of Sociology*, *American Sociological Review*, *The Public Opinion Quarterly*, *Rural Sociology*, *Social Forces*, *Sociology and Social Research* y *Sociology. A Journal of International Relations*.

Dicha actualización era visible igualmente en el relevamiento al que se había entregado el Instituto solicitando la redacción de ensayos sobre el estado de la cuestión de la sociología en los diferentes contextos nacionales y que contribuyeron a otorgarle a la disciplina un carácter latinoamericano. Igualmente importantes fueron los esfuerzos destinados a edificar una red de relaciones con las diferentes instituciones de América Latina vinculadas al campo, esfuerzos, todos ellos, animados por el proyecto de consolidar la disciplina a nivel continental, dotándola de firmes bases institucionales y organizativas, como de definir los contornos temáticos de una sociología latinoamericana.

En lo que a la investigación empírica, no puede negarse que bajo la jefatura de Levene se observan los primeros esfuerzos destinados a incorporar la investigación empírica al *métier* del sociólogo. En efecto, durante la gestión de Levene se impulsó el estudio e investigación sobre diversos aspectos de la realidad social nacional (demografía, economía, cultura, trabajo, criminalidad, las clases medias en la ciudad de Buenos Aires, etc.). Esta importancia asignada a la investigación se vio confirmada por el fuerte compromiso y la amplia colaboración que manifestó el Instituto en la preparación de IV Censo Nacional. No menos expresivo de este interés en la investigación empírica fue la aparición de las primeras investigaciones de campo (en el sentido moderno del término) emprendidas a instancia del Instituto (como las relativas a las clases medias) así como las tentativas similares que fueron realizadas en la Universidad de Tucumán por un miembro de dicho Instituto, Renato Treves, y continuadas más tarde por Miguel Figueroa Román.

Sin embargo, un examen de lo publicado en el Boletín alcanza para advertir que esos primeros ensayos de investigación empírica serían obra exclusiva de Germani y su pequeño grupo de colaboradores,⁶⁰ y apenas llegarían a despertar el interés de los

⁶⁰ En la recopilación de los datos para la sección "Datos sobre la realidad social Argentina contemporánea" Germani contó con la colaboración de Eduardo Prieto y algunos de los informes fueron elaborados igualmente por Roberto Fraboschi y Plácido Horas. Asimismo, en las encuestas realizadas en el marco de la investigación sobre la clase media colaboraron Nélide Dell'Occhio, Susana Molesz, Delia Irene Prieto Funes, María Luisa Rubertino, Roberto Fraboschi y Aníbal Villaverde.

restantes miembros del Instituto. En rigor, la investigación empírica como tal no era un tipo de actividad especialmente valorado por los miembros del Instituto. En efecto, de los 58 artículos aparecidos en el *Boletín del Instituto de Sociología* entre 1942 y 1947, sólo seis trataban de asuntos de “morfología social” –una de las direcciones que Levene, como se recordará, había subrayado como relevante en el programa del nuevo Instituto– y de ellos, cinco estaban firmados por Germani.⁶¹ En su casi totalidad, los artículos estaban consagrados o bien a un examen de las teorías sociológicas, o bien a la historia de las ideas sociales o bien se trataba de informes de la enseñanza de la disciplina en universidades nacionales y del extranjero. La única excepción a la regla, quizá, es Ricardo Levene, pero sus trabajos tenían un carácter más historiográfico que sociológico, e igualmente Renato Treves, que escribió un primer libro titulado precisamente *Introducción a las investigaciones sociales*, publicado por la Universidad Nacional de Tucumán en 1942, que contenía una investigación empírica sobre los conventillos en Tucumán. Por lo demás, en la primera parte de su libro Treves lamentaba la “tendencia hacia un peligroso enciclopedismo” entre los sociólogos latinoamericanos a la vez que señalaba la necesidad de crear institutos universitarios de investigaciones sociales similares a los existentes en los Estados Unidos como modo de contrarrestar dicha tendencia.

Ciertamente, Levene logró reunir a un nutrido grupo de discípulos (Teresa Colombo, Nérida Dell’ Occhio, Efraín Calmens, Teresa Amalia Cappa, Angel Castellán, Irma Nelly Martínez, Aníbal Villaverde, Héctor Bravo, Héctor Mazziotti, Raúl Pinetta y Bella Rabinovich), reclutados entre egresados y ex-alumnos del curso de sociología que el mismo Levene tenía a su cargo, pero la mayoría de ellos se inclinaron por la historia de las ideas más que por la investigación social. Ninguno de ellos, por lo demás, terminó desarrollando una carrera en el campo. En rigor, esto no hacía más que reflejar los intereses del mismo director del Instituto, que estaban en la historia más que en la sociología. Ciertamente, el Instituto fue el asiento de las primeras investigaciones de campo, pero con excepción de la investigación de Germani sobre la clase media en Buenos Aires, el resto de las investigaciones registradas en el Instituto estaban referidas al pasado más que al presente, y específicamente al pasado de las ideas. Se trataba de estudios sobre las doctrinas sociales de los pensadores argentinos (José María Ramos Mejía, José Ingenieros, Juan Terán, Carlos Octavio Bunge, Ernesto Quesada, etc.)

⁶¹ Véase, Federico Neiburg, *Los intelectuales y la invención del peronismo*. Alianza, Buenos Aires, 1992, pág. 188.

conducidas de acuerdo al llamado método genético.

Esta tímida atención prestada a la investigación empírica, no obstante algunos signos significativos en favor de ella, puede explicarse en parte porque la formación misma de la mayoría de los miembros del Instituto nos los predisponía a ello. En efecto, en su mayoría, los miembros del Instituto (Francisco Ayala, Alberto Baldrich, Raúl Orgaz, Alfredo Poviña, Jordán Bruno Genta, Renato Treves y Miguel Figueroa Román) eran, como ya se ha dicho, graduados en derecho, una disciplina que inclinaba mucho más hacia la reflexión sobre las ideas que hacia la investigación empírica, y mucho menos hacia la investigación empírica de carácter cuantitativo. La formación inicial de Germani en administración y contabilidad, en cambio, le proporcionaba una destreza especial en el manejo de las estadísticas, colocándolo así en mejores condiciones para ajustarse a las competencias que demanda la investigación empírica, y especialmente, la de carácter cuantitativo.

En tal sentido, el que Germani no encontrara obstáculos a la realización de sus proyectos de investigación y a su estilo particular de trabajo no puede ser tomado rápidamente como un indicador suficiente del respaldo y la aprobación de que aquellos eran objeto, aunque del mismo modo, esa misma ausencia de obstáculos obliga a tomar distancia respecto a la imagen de un medio intelectual enteramente hostil al tipo de investigaciones a las que era afecto, al parecer, solamente Germani.

Además de la formación, otro elemento que posiblemente conspiró contra la posibilidad de una más firme institucionalización de la investigación dentro del Instituto fue la estructura misma del instituto como el tipo de inserción de sus miembros. En principio, los institutos habían sido concebidos en relación estrecha y directa con las tareas de la enseñanza de la materia correspondiente. Su dirección recaía sobre el profesor titular de la materia y, en tal sentido, los institutos pertenecían a la cátedra, o mejor dicho, eran un apéndice de la cátedra. Su estructura, tanto en términos de personal como de infraestructura, era relativamente simple: se componía de un aula, un director ad-honoren y uno o dos empleados con funciones técnicas. Por lo demás, quienes formaban parte de los institutos lo hacían en calidad de adscriptos honorarios, y todo ello, sin duda, constituía un obstáculo a la posibilidad de un mayor compromiso con las tareas del Instituto, y especialmente con el desarrollo de una investigación.⁶² Aún

⁶² A raíz de ello, precisamente, en 1940 se sancionó una ordenanza que obligaba a los adscriptos honorarios a un mayor compromiso con la institución. Véase, Véase, Pablo Buchbinder, *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires*. Editorial Universitaria, Buenos Aires, 1997

suponiendo, dada su formación, una falta de interés por la investigación de parte de los principales miembros del *staff*, ese obstáculo era tal también para aquellos que, como Germani, y quizá algunos de sus colaboradores, aspiraban a realizar una labor de investigación.⁶³ Se trataba en realidad de un problema institucional, en la medida en que el Instituto no preveía la asignación de recursos para el desarrollo de investigaciones. Es posible que la tentativa de Levene de crear un Instituto Panamericano de Sociología y solicitar a la Unión Panamericana el apoyo financiero para el sostenimiento de la empresa procurara remediar, al menos en parte, el problema. Pero, como se vió más arriba, el intento se frustró por la negativa de aquella financiar el proyecto. En tal sentido, y no obstante los esfuerzos de Levene en esa dirección, las posibilidades de una carrera en la disciplina se hallaban bloqueadas. Ninguno de los que hicieron sus primeras armas en el marco de las actividades emprendidas por el Instituto llegaría a desarrollar una carrera de sociólogo ya sea en la enseñanza o en la investigación. La única excepción a la regla -que no hace más que confirmar esa regla- fue el caso de Germani, pero hasta 1955 sólo pudo cultivar la disciplina en espacios no oficiales.

Además, presionados por justificar su lugar en el sistema académico, los esfuerzos que durante todo este tiempo realizaron los sociólogos para justificar su existencia en el universo de las disciplinas fueron esfuerzos hechos no a través del trabajo y la experiencia sino de una demostración de que ellos tenían un lugar propio en la jerarquía de la ciencias. En ese sentido, consagraron mucho de su tiempo a la tarea de dilucidar los fundamentos metodológicos de la nueva ciencia, pero ofrecieron pocas pruebas de su rendimiento. Hacia la segunda mitad de los años '40, Francisco Romero trazaba un balance de la situación de las disciplinas sociales que reflejaba de algún modo esta situación: "psicólogos y sociólogos -afirmaba- han hablado de la psicología y de la sociología, pero es evidente que la psicología no debe hablar de la psicología sino de los hechos psíquicos, y la sociología no consiste en discurrir sobre la sociología sino en examinar los fenómenos sociales".⁶⁴

Pero nuevamente, este estado de cosas no era un rasgo exclusivamente latinoamericano y mucho menos una peculiaridad argentina. En rigor de verdad, en Europa las cosas no lucían muy diferentes. Allí también los sociólogos hablaban mucho

⁶³ El propio Germani confesó en su momento que no recibía ninguna remuneración por sus investigaciones. En Joseph Kahl, "Gino Germani: modernización" en *Tres Sociólogos Latinoamericanos*, UNAM, México, 1986.

⁶⁴ Francisco Romero, "Indicaciones sobre la marcha del pensamiento filosófico en la Argentina" en *Sobre la filosofía en América*. Raigal, Buenos Aires, 1952, pág. 21.

de la sociología pero poco de la sociedad, algo que Henri Poincaré pondría de manifiesto cuando señalaba que la sociología era una ciencia que producía todos los años una nueva metodología pero que nunca producía algún resultado. Como no había mucha sustancia en dichos debates metodológicos sino solo una discusión en torno a principios sin ningún refuerzo o guía de la experiencia, la teoría permaneció vacía y sin dirección. Asimismo, y en la medida en que no hubo resultados que fueran capaces de probar la validez o la eficacia de dichos principios, las autojustificaciones metodológicas de la sociología resultaron relativamente vacuas y carecieron de poder persuasivo.⁶⁵

La obra institucional realizada no era menor. Examinada a la luz del contexto internacional, en efecto, esta temprana institucionalización de la sociología en Argentina parecía aventajar a la que había sido alcanzada por entonces en los países centrales. Pues, con excepción de los Estados Unidos, la instalación de la disciplina en el sistema universitario de los principales países europeos no había cosechado más que modestos resultados.⁶⁶ En Inglaterra, la única cátedra de sociología existente hasta la segunda posguerra fue que la que tuvo a su cargo Leonard Hobhouse en la Escuela Económica de Londres, desde 1907 en adelante, y reasumida a partir de 1930 por su discípulo Morris Ginsberg. El único periódico dedicado al tema durante ese tiempo, *The Sociological Review*, no tenía, por lo demás, ninguna conexión con la Escuela Económica de Londres.⁶⁷ En Francia, la experiencia de institucionalización relativamente exitosa iniciada a instancias de Durkheim comenzó a declinar con posterioridad a la primera posguerra y ya no pudo ser continuada en el plano de la investigación como tampoco en el plano institucional. Hacia fines de la década del '30, en efecto, sólo existían tres puestos de profesor de sociología en las Facultades de Letras, que estaban a cargo de George Davy, Jean Stoetzel y George Gurvitch. La licenciatura sería creada recién en 1958.⁶⁸ En Italia, las cosas no parecen muy distintas.

⁶⁵ En Edward Shils, "The Calling of Sociology", en Talcott Parsons, Edward Shils, Kaspar D. Naegle y Jesse R. Pitts, *Theories of Society. Foundations of Modern Sociological Theory*, The Free Press of Glencoe, USA, 1962, vol.2..

⁶⁶ Edward Shils, "Tradition, ecology and institution in the history of sociology" en *Daedalus*, vol. 99, N° 4, 1970.

⁶⁷ Geoffrey Hawthorn, *Enlightenment and Dispair. A History of Social Theory*, Cambridge University Press, Cambridge, second edition, 1987 y Stefan Collini, *Sociology and Idealism in Britain 1880-1920. L.T. Hobhouse and Political Argument in England 1880-1920*. Cambridge University Press, Cambridge, 1979 y Martin Albrow, "Sociology in the United Kingdom after the Second World War" en Nikolai Genov (ed.), *National Traditions in Sociology*. Sage Publications, London, 1989.

⁶⁸ Sobre la experiencia de la escuela de Durkheim, Johan Heilbron, "Les métamorphoses du durkheimisme, 1920-1940" en *Revue Française de Sociologie*, 26 (2), 1985. Más en general, A. Drouard, "Reflexion sur une chronologie: le developpement des sciences sociales en France de 1945 a la fin des

En la primera mitad del siglo, y a iniciativa de Conrado Gini, la sociología había sido introducida como materia obligatoria para el doctorado en ciencias sociales y materia facultativa para el doctorado en ciencias políticas en la Escuela de Ciencias Sociales y Políticas de la Universidad de Padua. No obstante, el reclamo hecho por el propio Gini en una fecha tan tardía como 1950 relativo a la necesidad de fundar cátedras de sociología (en lugar de estar limitadas al estatuto de cursos) manifiesta claramente cuál era por entonces la posición de la disciplina en el sistema universitario. Las primeras dos cátedras de sociología, en efecto, recién serían creadas en 1960 y en 1962, la primera en el Magisterio de la Universidad de Roma, a cargo de Franco Ferrarotti y la segunda en la Facultad de Economía de la Universidad de Ancona, a cargo de Alexandro Pizzorno.⁶⁹ Finalmente en Alemania, la importancia y la vitalidad de la tradición teórica ha oscurecido la posición institucionalmente débil de la sociología hasta los años '20. Hasta esa fecha, en efecto, no hubo cátedras de sociología ni revistas dedicadas al tema. Es recién a partir de entonces que la sociología es reconocida en el sistema universitario a partir de la creación de diversas cátedras de sociología, pero que sólo pudieron establecerse en las nuevas universidades más que en las viejas y más prestigiosas. Sin embargo, el advenimiento del nazismo interrumpió esta experiencia iniciada a instancias de -y fomentada por- las autoridades de la República de Weimar y no fue hasta mediados de los años '50 que la disciplina, que entonces contaba con solamente nueve cátedras, comenzó a instalarse gradual pero firmemente en las universidades alemanas hasta la creación, en 1967, en Beliefeld, de la primera facultad de sociología.⁷⁰ En resumen, y en términos institucionales, en los países tradicionalmente concebidos como la "cuna" de la sociología, la disciplina sólo había

année soixante" en *Revue Française de Sociologie*, N° XXIII, 1982; Loïc Blondiaux, "Comment rompre avec Durkheim? Jean-Stoetzel et la sociologie française de l'après-guerre (1945-1958)", *Revue Française de Sociologie*, N° XXXII, 1991 y, Francis Farrugia, *La reconstruction de la sociologie française (1945-1965)*. L'Harmattan, Paris, 2000.

⁶⁹ Véase, Conrado Gino, "L'évolution de la sociologie en Italie" en *Bulletin International de Sciences Sociales*, vol.II, 2, 1950; Victor A. Rapport, Stephen Cappannari y Leonard Moss, "Sociology in Italy" en *American Sociological Review*, vol.22 (4), 1957; Diana Pinto, "La sociologie dans l'Italie de l'après-guerre, 1950-1980" en *Revue Française de Sociologie*, XXI, 1980; Carlo Giuseppe Rossetti, "Un débat sur la sociologie italienne. Réponse a Diana Pinto" en *Revue Française de Sociologie*, N° XXIII, 1982, y, Filippo Barbano, *Storia, temi e problemi 1945-1960*. Carocci, Roma, 1998.

⁷⁰ Edward Shils, "Tradition, ecology and institution in the history of sociology" en *Daedalus*, vol. 99, N° 4, 1970; M. Rainer Lepsius, "Sociology in Interwar Period: Trends in Development and Criteria for Evaluation" en Volker Meja, Dieter Misgeld y Nico Stehr, *Modern German Sociology*, Columbia University Press, New York, 1987; Johannes Weiss, "Sociology in the Federal Republic of Germany" en Nikolai Genov (ed.), *National Traditions in Sociology*, Sage Publications, London, 1989; más recientemente, Bernhard Schäfers, *Sociology in Germany. Development, Institutionalization and Theoretical Disputes*. Verlag Leske/Budrich, Opladen, 1994.

logrado un integración parcial en el sistema universitario.⁷¹ Comparada entonces con esa situación, las conquistas institucionales de la sociología en la Argentina exhibían un mayor grado de amplitud y consistencia.

Sin embargo, y no obstante esta paulatina y relativamente firme instalación de la sociología en el sistema universitario, la disciplina carecía de una orientación teórica definida y no había alcanzado a definir con claridad su dominio de objeto como sus límites respecto a las otras ciencias sociales. En rigor, hacia mediados de la década del '40, tres orientaciones generales predominan en la sociología académica: la primera de ellas, representada por Levene mismo, orientada hacia la sociología histórica. La segunda, de raíz más filosófica, representada por Alberto Baldrich, y, finalmente, una orientación más empírica que comprende los estudios empíricos de matriz sociográfica ensayados por el joven Germani. Aún cuando las tres orientaciones coexisten sin conflicto, lo publicado en el Boletín durante este tiempo revela el claro predominio de las discusiones teóricas de estilo tradicional-profesoral, y solo una pequeñísima parte estaba dedicada a la orientación empírica representada por Germani.

Pero nuevamente, esta ausencia de una orientación teórica definida como de una clara definición de su especificidad temática y metodológica no era un rasgo exclusivo de la sociología latinoamericana. Una situación similar podía observarse también en los países centrales según lo consignado en los informes sobre la situación de la disciplina que hacia mediados de la década del '40 recogieron Georges Gurvitch y Wilbert Moore.⁷² Así, por ejemplo, en su examen del caso inglés, Jay Rumney señalaba la universalidad y diversidad de intereses que caracterizan la sociología británica.⁷³ En principio, el Instituto de Sociología reunía a practicantes de distintas disciplinas (antropólogos, biólogos sociales, geógrafos, demógrafos, psicólogos sociales, historiadores, economistas, entre otros), y no había acuerdo respecto al lugar de la sociología en el concierto de esas otras disciplinas. Algunos se mostraban escépticos sobre la existencia de una ciencia sociológica positiva, otros se lamentaban por la falta de ideas rectoras en la disciplina y no faltaban quienes se quejaban de la ligereza con que los sociólogos trataban entidades tan vastas como la civilización, la raza o el carácter nacional. En su informe sobre los Estados Unidos, Robert E.L. Faris reconocía

⁷¹ Asimismo, y salvo algunas diferencias, la implantación de la disciplina en países como Austria, Hungría, Polonia, Japón y los países escandinavos tuvo lugar por los mismos años. Véase, Birgitta Nedelmann y Piotr Sztompka (eds.), *Sociology in Europe*. Walter de Gruyter, Berlin-New York, 1993.

⁷² George Gurvitch y Wilbert Moore, *Sociología del siglo XX*. Editorial El Ateneo, Bs. As, 1956.

⁷³ Jay Rumney, "La sociología británica", *op. cit.*, págs. 53-75.

que el desarrollo de la tradición sociológica había seguido hasta entonces “un proceso de andar a tientas”.⁷⁴ Aquí también la sociología estaba representada por una diversidad de escuelas, tradiciones y campos temáticos: estudios ecológicos urbanos, contactos raciales y culturales, estudios de psicología social, una sociología de la vida popular (*folk sociology*), etc. Faris reconocía igualmente que, aunque el concepto de la disciplina había ganado cierta claridad respecto de las formulaciones más generales y vagas de los tiempos de Lester Ward, la definición de los límites de su universo temático era todavía una asignatura pendiente que no podía ser alcanzada mientras persistieran “los jefes de escuelas con sus respectivos séquitos” y las “declaraciones espectaculares de nuevas concepciones”. En Francia, según el informe preparado por Lévi-Strauss,⁷⁵ el vacío ocasionado por la desaparición de la primera generación de discípulos de Durkheim durante la guerra no había sido todavía llenado. En cierto modo, la tradición de Durkheim fue continuada por su sobrino Marcel Mauss pero con él la impronta etnográfica se volvió dominante, a tal punto que la sociología perdió todo carácter distintivo. Al lado de la figura de Mauss comenzó a emerger la de George Gurvitch, que aspiraba a edificar los fundamentos de la disciplina sobre la base de un claro distanciamiento respecto de la ortodoxia durkheimniana. Lévi-Strauss concluía su informe sugiriendo la necesidad de que la sociología renunciara a las “teorías generales” como al intento de “descubrir orígenes y leyes de evolución”, entregándose en cambio a un programa de investigaciones concretas, sugerencia que permite advertir el estado de indeterminación en que se hallaba la disciplina respecto a la definición de sus tareas y dominios temáticos. Finalmente, en su informe sobre Alemania, Leopold von Wiese,⁷⁶ si bien sometía a crítica la opinión extendida por entonces de que Alemania era la patria de la filosofía puramente especulativa, incapaz de exhibir el desarrollo de una sociología empírica y descriptiva, no dejaba de reconocer, haciendo suya la idea sugerida por Barry Barnes y Howard Becker, de la existencia de una pluralidad de visiones de la disciplina encarnadas por las distintas denominaciones en las que se mezclaban criterios clasificatorios de índole político, temático y disciplinario: sociología histórica, sociología del conocimiento, sociología sistemático-empírica, psicosociología, etnosociología, enciclopedismo, sociosofía, sociología marxista y sociología católica. En suma, diversidad de representaciones, falta de unidad temática y

⁷⁴ Robert E.L. Faris, “La sociología norteamericana”, *op. cit.*, págs. 32-52

⁷⁵ Claude Lévi-Strauss, “La sociología francesa”, *op. cit.*, págs.1-31.

⁷⁶ Leopold von Wiese, “La sociología alemana”, *op. cit.*, págs. 76-115.

metodológica eran los rasgos más conspicuos del estado de la disciplina para entonces. La disciplina se hallaba en una suerte de “impasse” respecto a la definición de sus tareas, de su universo temático como de su enfoque metodológico, situación que permite comprender la posición ecléctica adoptada por Levene: en rigor, no existía entonces una orientación teórica capaz de unificar la existencia de esa pluralidad de visiones de la disciplina.

Capítulo III

La sociología durante el peronismo: católicos y nacionalistas

Resumen: este capítulo examina las principales transformaciones operadas en la enseñanza de la sociología durante el peronismo. Contra una visión tradicional, que prácticamente ha omitido un análisis de los estudios sociológicos durante el período, el capítulo procura poner de relieve el sorprendente dinamismo de los representantes locales de la disciplina, una de cuyas consecuencias es el no menos sorprendente crecimiento institucional que experimenta la disciplina durante esos años expresado en la aparición de una serie de institutos de investigaciones sociológicas, en la constitución de asociaciones profesionales nacionales y regionales y en los fluidos vínculos regionales e internacionales establecidos con instituciones afines. Finalmente, el capítulo examina la producción intelectual de quienes controlan por entonces las principales instituciones del campo procurando presentar un mapa de las principales orientaciones intelectuales que dominaron la concepción y la enseñanza de la sociología durante el período.

Transformaciones institucionales

Si hasta principios de la década del '40 la vida universitaria, no obstante los cambios más generales que modificaron el clima cultural y político, se había desarrollado de acuerdo a las pautas que regían desde la reforma en adelante (tanto los mecanismos ascenso y promoción del personal científico, los contenidos y estructura curriculares así como la actividad de los institutos de investigación no sufrieron transformaciones importantes), ya hacia 1943 y en sintonía con el golpe militar de ese año, las casas de estudios experimentan transformaciones significativas.¹ El avance y la influencia, gradual pero firme, de los sectores católicos y nacionalistas en la vida política y cultural del país alcanzaría dimensión institucional con la política educativa del nuevo régimen. Se restableció la enseñanza obligatoria de la religión católica y en la Universidad de Buenos Aires se reconoció como título habilitante para la enseñanza de la filosofía, de la psicología moral y del latín el diploma de Doctor en Teología. Dos de los personajes más influyentes de la ofensiva católico-nacionalista contra el reformismo tenían a su cargo la enseñanza de la sociología e integraban el consejo honorario del Instituto dirigido por Levene: Jordán Bruno Genta y Alberto Baldrich.

Con el ascenso del peronismo al poder la intervención a las universidades alcanzó dimensiones que llegaría a superar las intervenciones que tuvieron lugar durante la gestión del gobierno de Uriburu como las ocurridas durante el régimen político instaurado a partir de 1943.² Con la asunción de Perón, Oscar Ivanissevich fue

¹ Véase, Tulio Halperín Donghi, *Historia de la Universidad de Buenos Aires*. EUDEBA, Buenos Aires, 1962; Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en la década del '60*. Puntosur, Buenos Aires, 1991.

² La vida universitaria durante el peronismo ha sido examinada por Carlos Mangone y Jorge A. Warley, *Universidad y peronismo (1946-1955)*. CEAL, Buenos Aires, 1984 y Pablo Buchbinder, *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires*. Editorial Universitaria, Buenos Aires, 1997.

nombrado delegado interventor de la Universidad de Buenos Aires y el elenco que acompañó la gestión del nuevo interventor se compuso predominantemente de sectores católicos y conservadores.³ En 1946 fueron intervenidas las universidades de Buenos Aires, Córdoba, La Plata, Cuyo, Litoral y Tucumán. Centenares de profesores universitarios fueron obligados a renunciar o fueron simplemente cesanteados. La mayoría de los profesores titulares fueron separados de sus cargos y fueron remplazados por sus adjuntos, en unos casos, y por sus jefes de trabajos prácticos, en otros. Según la información recogida por Félix Luna, hacia fines del '46 los docentes desplazados de las universidades nacionales alcanzaban a un tercio del cuerpo (sobre un total de 1250 docentes, 423 fueron cesanteados y 820 renunciaron).

La ley 13.031, sancionada en 1947 resumió la política universitaria del peronismo. Sus objetivos fundamentales fueron terminar con los postulados de la reforma (autonomía y cogobierno). El sistema de elección de autoridades implicaba que el estado se aseguraba el control de los principales resortes de la institución. Tanto los rectores como los profesores (previa terna elevada por la Universidad) eran designados por el Poder Ejecutivo. La representación estudiantil fue prácticamente suprimida, concediéndole una mínima representación investida de voz pero privada de voto. Con todo, en general se observa que, no obstante los drásticos cambios operados en el plantel docente, ni el contenido de la enseñanza ni el de los planes de estudio experimentaron transformaciones significativas. No obstante, fue en las facultades de humanidades donde los sectores clericales y reaccionarios lograron un mayor poder. La *Revista de la Universidad de Buenos Aires* testimonia como ninguna la presencia de dichos sectores. Entre 1947 y 1954 la publicación fue dirigida por el padre Hernán Benítez y en sus páginas abundaron las notas de cuño filosófico tomista mezclado con una reivindicación del hispanismo.

Ciertamente, y como ha sido documentado, la intervención de Perón a las universidades no puede explicarse sino en el contexto de una profunda división entre intelectuales y peronismo. En efecto, la mayoría de los intelectuales de prestigio se contaron en las filas del antiperonismo. Su pertenencia masiva a la tradición liberal los llevó a una abierta oposición al régimen político de Perón. La activa participación de

Véase, igualmente, Tulio Halperín Donghi, *op. cit.*, Buenos Aires, 1962; Silvia Sigal, *op. cit.*, Buenos Aires, 1991, y Mario Toer, *El movimiento estudiantil de Perón a Alfonsín*. CEAL, Buenos Aires, 2 volúmenes, 1988.

³ Las relaciones entre catolicismo y peronismo han sido ampliamente documentadas por Lila Caimari en *Perón y la Iglesia Católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*. Ariel, Buenos

las principales organizaciones estudiantiles, de las autoridades universitarias como del cuerpo de profesores en las campañas que impulsaban el desplazamiento de las autoridades militares del régimen político instaurado en 1943 como, poco después, en las principales manifestaciones antiperonistas terminaron por sellar una relación hostil hacia un gobierno que, en rigor, careció de una política cultural propia, limitándose en cambio a una gestión autoritaria de las universidades.

Católicos y nacionalistas

Ahora bien, y dado este contexto más general, ¿qué ocurrió en los medios sociológicos en particular? En la literatura referida a la historia de la sociología en la Argentina, el período comprendido entre 1946 y 1955 ha sido prácticamente ignorado, sometido las más de las veces a un juicio más ideológico que historiográfico. Un examen más atento de dicho período permite poner de relieve la complejidad de una experiencia de la que solamente tenemos una imagen bastante general a la vez que negativa. En principio, y como veremos más adelante, observada desde el punto de vista institucional, el examen de esa experiencia revela, al menos en lo que a la sociología se refiere, que durante dicho período se establecieron las principales bases organizativas de la disciplina y la enseñanza de la sociología experimentó un mayor grado de inserción en el sistema universitario.

En el plano intelectual, lo que ocurrió en los medios sociológicos no escapó al patrón más general que rigió la vida cultural en los espacios oficiales. Las expresiones liberales y socialistas perdieron expresión dentro de un campo que fue prácticamente ocupado por sectores provenientes del nacionalismo católico. En 1946 Raúl Orgaz fue separado del cargo en la Universidad Nacional de Córdoba; Ricardo Levene renunció a la cátedra en 1947 y Francisco Ayala y Gino Germani se refugiaron en el Colegio Libre de Estudios Superiores (el primero emigró al poco tiempo a Costa Rica). Germani había sido relevado de su actividad en el Instituto de Sociología y en la universidad a comienzos de 1946. Sectores de la derecha católica, como Octavio Derisi y Juan Ramón Sepich habían articulado un intensa compañía acusando a Germani de profesar el “comunismo”.⁴ Renato Treves, que había llegado a la Argentina en 1939 escapando del fascismo italiano, y había enseñado en la Universidad Nacional de Tucumán desde 1940

Aires, 1995.

⁴ Entrevista con Eduardo Prieto, agosto de 1996; véase, igualmente, la carta de descargo de Germani dirigida a Ricardo Levene, 7 de mayo de 1946, en Archivo Personal Gino Germani.

en adelante, decidió emprender el regreso a Italia en 1946.⁵

De ahí en adelante y hasta las postrimerías del peronismo, la enseñanza de la sociología quedó bajo el control de sectores provenientes del catolicismo nacionalista y del nacionalismo católico. La presencia, en la Primera Reunión Nacional de Sociología celebrada en 1950, de destacadas figuras del movimiento católico como los presbíteros Egidio Esparza, Julio Meinvielle y Juan Sepich, y del nacionalismo, como Marcelo Sánchez Sorondo, revela algo del nuevo clima espiritual en el que habría de desarrollarse la enseñanza de la sociología. La trayectoria de quienes durante este período tuvieron a su cargo la enseñanza de la disciplina no hará más que confirmar ese nuevo clima.

En efecto, la mayoría de ellos provenía de las filas del catolicismo nacionalista, esa novedosa expresión ideológica que había cristalizado durante los '30 en los círculos de los Cursos de Cultura Católica.⁶ Muchos tenían una acreditada militancia en el movimiento católico y la mayoría de ellos fueron colaboradores de las principales revistas y semanarios católicos y nacionalistas de las décadas del '30, '40 y '50 como *Criterio*, *Sol y Luna*, *Nueva Política* y *Dinámica Social*.⁷ Una reivindicación de la tradición y el pasado hispánicos, un catolicismo integrista, un repudio al régimen liberal, la lucha contra el comunismo y el revisionismo historiográfico definían los artículos comunes de una fe política y cultural común. Algunos contaban con mayores antecedentes académicos que otros, pero ninguno, hasta entonces, había alcanzado el rango de profesor titular. El peronismo significó para algunos la posibilidad de mejorar su posición en el campo académico; para otros, la posibilidad de iniciarla.

Como se vió en el capítulo II, Alberto Baldrich, hijo de un general de brigada, era una de las figuras más destacadas del integrista católico y llegaría a convertirse en uno de los principales propagandistas del régimen militar inaugurado en 1943. Ese mismo año fue designado Interventor Nacional de la provincia de Tucumán y al año siguiente Ministro de Justicia e Instrucción Pública de la Nación. Entre fines de los '30 y principios de los '40 enseñó sociología en la Escuela Superior de Guerra y fue profesor titular de sociología en la Facultad de Ciencias Económicas, Comerciales y

⁵ Sobre la experiencia de Treves en la Argentina, véase Renato Treves, *Sociología e socialismo. Ricordi e incontri*. Franco Angeli, Milan, 1990.

⁶ Las circunstancias y el modo en que los caminos de católicos y nacionalistas se cruzaron en esos años en los Cursos de Cultura Católica ha sido documentado por Loris Zanatta en *Del Estado liberal a la nación católica. Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo, 1930-1943*. Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 1996.

⁷ Sobre las revistas mencionadas, véase Noemí Girbal-Blacha y Diana Quatrocchi-Woisson (eds.),

Políticas de Rosario. Entre 1941 y 1945 se desempeñó igualmente como profesor adjunto de la asignatura en la cátedra de Ricardo Levene en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA y fue miembro honorario del Instituto de Sociología. A partir de 1947 asumió la titularidad de la cátedra en la Facultad de Ciencias Económicas.

Tercera del Franco se graduó en derecho en 1946 en la Universidad Nacional de Córdoba, donde fue alumno de Poviña. Dos años más tarde, fue designado profesor adjunto de sociología en la Facultad de Derecho de la UBA y en la Facultad de Filosofía y Letras de la misma universidad, y se desempeñaba, al mismo tiempo, como funcionario en el Ministerio de Agricultura de la Nación. En 1952 presentó como tesis doctoral un trabajo titulado “Sociología de las formas políticas (fundamentación de una teoría Culto-Política)”, pero la tesis, por motivos que desconocemos, no fue aprobada. Ese mismo año reemplazó a Poviña en Filosofía y Letras y, al año siguiente, asumió la dirección interina del Instituto de Sociología de dicha facultad.

Juan Pichón Rivière provenía de las filas del catolicismo. Nacido en Lyon, Francia, se graduó en derecho en la Universidad de Buenos Aires, y se doctoró en jurisprudencia en la misma facultad en 1946, con una tesis titulada *Esbozo de una antropología en función de la política y de la educación*. Durante los años '30 impartió algunos seminarios en los Cursos de Cultura Católica y escribió y publicó algunos ensayos sobre sociología.⁸ En la primera mitad de los años '40 fue asesor técnico del Consejo Nacional de Educación y escribió una serie de trabajos e informes sobre el problema de la educación.⁹ Hacia fines de los años '30 había iniciado una investigación sobre la familia en la antigua estancia criolla que apareció en la revista *Criterio*,¹⁰ y a comienzos de los años '40 prosiguió dicha investigación en el marco del Instituto de Sociología dirigido por Levene a partir de una comparación entre la “antigua estancia criolla” durante la colonia y su diferencia con la estancia moderna, y parte de cuyos resultados expuso en su momento en sucesivas reuniones del Instituto.¹¹ El plan de la investigación contemplaba un examen de la familia en la estancia, la educación, los

Cuando opinar es actuar. Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1999.

⁸ Véase, Juan Pichón Rivière, *Essais sociologiques*, en 1927 (inédito), texto anotado por Charles Blondel; “Principios de sociología” en *Revista Humanidades* de la Universidad Nacional de La Plata, tomo XIX, 1929; “Los problemas de la sociología genética” en *Orientación*, N° 8, 1931.

⁹ Véase, Juan Pichón Rivière, “La formación de la personalidad argentina” y “La edad escolar”, informes elevados al Consejo Nacional de Educación (C.N.E.) en 1939 y el proyecto “La educación política”, presentado al C.N.E. en 1944.

¹⁰ Juan Pichón Rivière, “La familia en la antigua estancia criolla” en *Criterio*, julio de 1940.

¹¹ Véase, “Reuniones del Instituto” en *Boletín del Instituto de Sociología*, N°1, 1942. Asimismo, Juan Pichón Rivière, “Elementos de la antigua estancia criolla” en *Anales del Instituto Popular de Conferencias*, 1942.

vínculos personales, los caracteres psicológicos del hombre de estancia y la formación del hombre argentino. La investigación contó, a su vez, con la colaboración de un grupo de alumnos y egresados que añadieron estudios de casos como la estancia en Salta, la Rioja, la estancia y su relación con la inmigración en el litoral y, finalmente, un examen de la literatura sobre la estancia y la educación y la formación del carácter nacional. A partir de mediados de los años '40 Rivière comenzó a desempeñarse como auxiliar del curso de "Economía Política" de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, a cargo de Carlos Llerena -autor de un tratado de sociología-¹² y enseñaba sociología en el Instituto Superior de Filosofía del Colegio del Salvador, institución esta última en la que también impartía sociología Egidio Esparza, asistente a la Primera Reunión Nacional de Sociología.

En 1947 Pichón Rivière accedió por concurso al cargo de profesor adjunto de sociología en la cátedra de Alberto Baldrich de la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA con breve ensayo titulado "La concepción orgánica de la sociedad en la doctrina tomista". Al mismo concurso se presentó también Gino Germani con un extensa monografía -que será comentado más adelante- titulada *Teoría e investigación en la sociología empírica*, y en el que abordaba el problema de las relaciones entre teoría e investigación con el propósito más general de mostrar "la posibilidad de una ciencia empírica de la realidad social". No obstante, Germani no pudo exponer sus argumentos porque fue eliminado de la lista de aspirantes por carecer de "antecedentes en docencia e investigación".

José Miguens provenía también de las filas del catolicismo. Entre 1942 y 1950 fue miembro del Consejo Superior de la Acción Católica y en 1949, junto a Juan Pichón Rivière, se contó entre los fundadores de la Asociación Católica de Filosofía. Se graduó en derecho en la UBA y en los años '40 se contó entre los jóvenes católicos que formaron parte del Instituto Alejandro Bunge de Investigaciones Económicas creado en 1943 y liderado por José Figuerola. Entre 1944 y 1945 pasó una temporada en Harvard realizando estudios de sociología bajo la dirección de Pitirin Sorokin y Talcott Parsons, y a partir de 1947 fue designado profesor adjunto de sociología en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales (junto con Tecera del Franco) y en Ciencias Económicas en la cátedra de Alberto Baldrich.

Francisco Valsecchi, que por un tiempo fue adjunto de sociología en la cátedra

¹² Véase, "Crónica de la Facultad", en *Revista de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales*, Año II, N° 7, 1947, pág. 954.

de Alberto Baldrich, en Ciencias Económicas, provenía también de las filas del catolicismo. Se había doctorado en Ciencias Económicas en la UBA y en dicha facultad enseñaba igualmente Economía Política e Introducción al estudio de la filosofía y de las ciencias sociales. Entre fines de los '30 y principios de los '40 publicó una serie de trabajos relativos a la cuestión social, muchos de ellos editados por la editorial de la Acción Católica Argentina.¹³ Fue uno de los más activos promotores de la creación del Secretariado Económico Social de la Acción Católica, institución que presidió durante varios años y que colocó la cuestión social en el centro de las preocupaciones de los católicos. En 1938 publicó *Silabario Social. Principios fundamentales de la Doctrina Social Católica*, editado en tres tomos (los dos restantes aparecieron en 1943) por la Junta Central de la Acción Católica, y en la que reunía su amplia labor doctrinaria en los Cursos de Cultura Católica. Durante los años del peronismo, el primer tomo del libro, consagrado a "La sociología y la doctrina social católica", figuró en los programas de la sociología tanto en Ciencias Económicas como en Derecho.

César Pico era una figura central del nacionalismo católico. En los '20 fue uno de los jóvenes fundadores de los Cursos de Cultura Católica que fomentaron el resurgimiento de los estudios tomistas. A fines de los '30, y en el contexto del debate suscitado en los medios católicos respecto a la posición frente al fascismo, defendió la adhesión de los católicos al fascismo contra las posiciones más liberales que, inspiradas en la tesis de Jacques Maritain, apoyaban la democracia.¹⁴ Desde 1948 reemplazó a Levene en la cátedra de sociología en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de la Plata junto a Italo Luder como su adjunto.

En este contexto, la trayectoria de Alfredo Poviña, no obstante su condición de católico, no eran del todo congruente con las anteriores. Discípulo de Raúl Orgaz, Poviña se hallaba más vinculado con las instituciones más tradicionalmente representativas de la tradición liberal. En los '30 había enseñado en el Colegio Libre de Estudios Superiores y publicó algunos trabajos en la revista del colegio. En 1946, y quizá por solidaridad con quien había sido su maestro, se contó entre los profesores renunciantes. Entre 1941 y 1945 fue adjunto de sociología en la cátedra de Ricardo

¹³ Véase, Francisco Valsecchi, "La armonía de los factores de la producción y las asociaciones profesionales", Editorial Acción Católica, 1937; "La vivienda popular", Juventud Obrera Católica, 1948. Asimismo, "La autoridad política. Aspectos sociológicos de su naturaleza, límites y funciones" y "Ensayo sociológico acerca de las clases sociales", ambos editados en 1947 por la editorial de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires.

¹⁴ Véase, César Pico, *Carta a Jacques Maritain sobre la colaboración de los católicos con los movimientos de tipo fascista*, citado en Lila Caimari, *op. cit.*, pág. 66.

Levene en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA y miembro honorario del Instituto dirigido por este último. No obstante estos antecedentes, durante el peronismo su carrera académica, lejos de cortarse, no hizo más que mejorar. En 1948 ganó por concurso la titularidad de la cátedra de sociología en la Facultad de Filosofía y Letras y dos años más tarde asumía la titularidad del Instituto de Sociología.

La otra excepción es Miguel Figueroa Román, que durante el peronismo continuó enseñando sociología en la Universidad Nacional de Tucumán y desarrolló - como veremos más adelante- una activa tarea en el Instituto de Sociografía y Planeación de dicha universidad. Figueroa Román era de tradición liberal, “más liberal que Poviña”, según el testimonio de algunos que lo conocieron¹⁵ y, a diferencia de los otros, admiraba la sociología norteamericana y tenía una amplia formación en lo relativo a las principales técnicas de investigación sociológicas. Estaba especialmente interesado en las cuestiones relativas a la planificación social y era un seguidor de la obra del sociólogo alemán Karl Mannheim. Desde un comienzo -como se vio en el capítulo II- insistió en la necesidad de incorporar la investigación empírica en la enseñanza de la sociología y habrá de convertirse en un crítico de las orientaciones más librecas y filosóficas de la disciplina.

La sociología católica

Hacia fines de los '30, el interés por la sociología en los medios católicos apareció conectado con dos series de cuestiones: la llamada “cuestión social”, que hacia esos años se convirtió en una preocupación central tanto de la Iglesia como del laicado y la crítica al positivismo y al naturalismo de la cultura nacional.

En 1938 apareció el primer tomo de *Silabario social. Principios fundamentales de la Doctrina Social Católica*, de Francisco Valsecchi, con prólogo de Gustavo Franceschi. “Principios sociológicos” era precisamente el subtítulo de este primer volumen en el que su autor exponía los principios sociológicos que era necesario conocer para adquirir el criterio social cristiano y juzgar los fenómenos sociales a la luz de la doctrina católica. “La Iglesia -argumentaba Valsecchi- debe pronunciar su palabra orientadora también en la ciencia sociológica”.¹⁶ El libro de Valsecchi se había originado en las directivas del Episcopado Argentino de fines de los '30 tendiente a

¹⁵ Entrevista con Fernando Cuevillas, 2004.

¹⁶ Francisco Valsecchi, *Silabario social. Principios fundamentales de la Doctrina Social Católica*. Junta Central de la Acción Católica, Buenos Aires, 1938, pág. 14.

difundir la doctrina social de la Iglesia a través de un programa de estudios sociales que debía comprender dos órdenes de estudios: uno referido a los fundamentos sociológicos y el otro a los problemas económicos sociales. La sociología -según el autor, debía ser estudiada a la luz de la doctrina católica y su objeto no consiste solamente en “investigar los fenómenos sociales tal como se manifiestan en la realidad sino que también indica cuál ha de ser la estructura y la vida de la sociedad según el plan establecido por Dios y consiguientemente señala cuál ha de ser la acción que debe desarrollarse para conformar la realidad social con el ideal cristiano. La sociedad así concebida es la que ha de estudiar todo católico”.¹⁷ El segundo volumen estará consagrado a los principios económico-sociales, en los que Valsecchi exponía la doctrina de la función social de la propiedad y el justo salario mientras que el tercero examinaba las asociaciones de clase y las asociaciones profesionales “como agentes naturales de la restauración cristiana de la sociedad”.

En 1938 apareció, asimismo, *Estructura noética de la sociología*,¹⁸ de Octavio Derisi, que reproducía sus clases en los Cursos de Cultura Católica y en el que su autor articulaba un duro ataque contra las tentativas de hacer de la sociología una ciencia positiva. Fundado en la filosofía de Santo Tomás, el estudio, que se inscribía en el contexto más general de la reacción espiritualista contra el positivismo y el naturalismo de la cultura nacional, se proponía “establecer a la vez la verdadera estructura noética de la sociología, impuesta por la naturaleza de su objeto, para llegar a la conclusión de que el conocimiento de lo social no se sistematiza como ciencia, sino como filosofía práctico-moral”.¹⁹ Derisi emprendió su estudio preocupado, según reconocía, por “la difusión que en nuestros círculos de enseñanza superior han adquirido las teorías de la escuela sociológica francesa”.²⁰ No obstante reconocer el renacimiento de la metafísica especialmente en su versión espiritualista, Derisi advertía que “no hay que creer [...] que han desaparecido del todo lo adoradores del ídolo de la ciencia levantado por Comte, todavía hay quienes sueñan con el ideal futuro de una incorporación total de los problemas filosóficos a los cuadros noéticos de la ciencia”.²¹ Derisi ofrecía como signos de esa difusión la visita de Celestín Bouglé, uno de los discípulos más importantes de la

¹⁷ Francisco Valsecchi, *op. cit.*, pág. 14.

¹⁸ *Cursos de Cultura Católica*, Buenos Aires, 1938.

¹⁹ Octavio Derisi, *Estructura noética de la sociología. Ensayo de crítica constructiva acerca de la naturaleza epistemológica de la sociología elaborada en torno a la teoría sociológica de E. Durkheim*, en *Cursos de Cultura Católica*, Buenos Aires, 1938, pág. 10.

²⁰ Octavio Derisi, *op. cit.*, págs. 10-11.

²¹ Octavio Derisi, *op. cit.*, pág. 25.

escuela durkheimiana, y una nota que hacia fines de los '20 Ricardo Levene había consagrado al tema.²² La de Derisi era también una polémica al interior del mundo católico, dirigida contra “muchos sociólogos católicos que pretenden adosar a la sociología normativo-filosófica que estudia el deber ser de la sociedad, otra sociología que estudia científicamente la sociedad tal como ella fenomenológicamente se presenta a la observación”.²³ Dado el carácter eminentemente moral del acto social, Derisi oponía a los intentos de hacer de la sociología una ciencia empírica una concepción de la sociología en tanto filosofía práctica, y, en tal sentido, como una ética, constituida por principios normativos.²⁴

En 1940 Juan Sepich publicó *Estructura de lo social. Ensayo sobre su reducción trascendental*, editado por *Sol y Luna*, un estudio destinado a revelar “las condiciones y principios que hacen posible la realidad social”.²⁵ Entre las versiones hostiles a una concepción de la sociología en tanto ciencia debe consignarse igualmente *Fundamentación metafísica de la sociología*, de Doncel Menossi, según la cual, “ellos - Augusto Comte y sus discípulos- pretenden construirnos una sociología fundamentada en la experiencia, vale decirnos en lo variable, en lo que no es, y nada más que en lo experimentable: en la dispersión de la realidad, que por lógica consecuencia nos daría una desrealidad”.²⁶

Una crítica similar al positivismo y al naturalismo sociológico podía hallársela igualmente en una toda una literatura de origen extranjero, que por esos años no dejaría de propagarse -y muchas de cuyas obras, incluso, fueron traducidas al castellano- y que reflejaba las preocupaciones del mundo católico en general hacia la sociología.²⁷ Así,

²² Ricardo Levene, “Notas sobre la escuela sociológica de E. Durkheim” en *Humanidades*, Universidad Nacional de la Plata, vol. XIX, 1929.

²³ Octavio Derisi, *op. cit.*, pág. 64.

²⁴ Octavio Derisi, *op. cit.*, pág. 91.

²⁵ Juan Sepich era una figura central del catolicismo nacionalista. En los '30 fue docente en los Cursos de Cultura Católica de Buenos Aires. Entre 1937 y 1950 dirigió la Escuela de Filosofía de la Acción Católica creada por Tomas Casares. Fue colaborador de las revistas *Criterio*, *Sol y Luna* y *Dinámica Social*. Véase, “Homenaje Académico al Prof. Pbro. Juan Ramón Sepich (1906-1979)” en *Instituto de Filosofía, Facultad de Filosofía y Letras*, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 1980.

²⁶ Doncel Menossi, *Fundamentación metafísica de la sociología*, Rosario, 1947, pág. 7, citado en Juan F. Marsal, *La sociología en Argentina*. Fabril Editora, Buenos Aires, 1963.

²⁷ Entre las obras que ganaron mayor circulación merecen mencionarse los *Principios de Sociología Cristiana*, de Mary Concilia O'Brien, Poblet, Buenos Aires, 1948; el *Tratado elemental de sociología cristiana*, José María Llovera, Gili, Barcelona, 1934, que “leíamos mucho porque era de algún modo la Doctrina Social de la Iglesia”, según el testimonio de Fernando Cuevillas, entrevista con el autor, 2004. Igualmente, *Corso elementare di Sociologia* (Jaeopo, 1933) y *Institucion di sociologia* (Jaeopo, 1947), de J. Bianchi, *Schema di sociologia* (1935) de Luigi Bellini, *Introduzione a la sociologia* (1945), de J. Leclerq, y *Essai de sociologie* (1935), de Luigi Sturzo. El repertorio de obras ha sido elaborado sobre la base de entrevistas con José Luis De Imaz y Fernando Cuevillas, el examen de la bibliografía de los programas de enseñanza de sociología durante el período y una consulta de la Biblioteca Personal de

por ejemplo, en la obra del brasileño Tristán de Athayde, cuya *Introducción a la sociología*, editada por el Club de Lectores en 1942, alcanzó un enorme éxito en los medios católicos no solo de Argentina, llegando a ser traducida a varios idiomas. En efecto, en su obra Athayde sometía a dura crítica las concepciones científicas de la sociología que identificaba con la figura de “Durkheim y de la gran mayoría de los sociólogos americanos” y que, según argumentaba, constituían la expresión integral y el término de la evolución del comunismo.²⁸ En un argumento similar al esgrimido entre nosotros por Octavio Derisi, Athayde defendía una idea de una sociología en tanto ciencia normativa y práctica. [La sociología] -decía- “forma parte de las ciencias morales y no de las ciencias naturales. La base de la sociología no es la biología sino la ética [...] La sociología es una *geistwissenschaft*, como la llamaba Dilthey, y no una *naturwissenschaft*”.²⁹ Todos los textos mencionados, emblemáticos de la posición de cierto sector del catolicismo hacia la sociología, figurarían en la bibliografía de los programas de enseñanza de sociología, especialmente, en las facultades de Ciencias Económicas y de Derecho y Ciencias Sociales.

Pero no eran esas las únicas posiciones del mundo católico frente a la sociología. Junto a las versiones metafísicas y antisociológicas, como las de Octavio Derisi, Juan Sepich y Doncel Menossi, había otras, más eclécticas, que si bien se mostraban críticas hacia todas las expresiones del naturalismo sociológico y no estaban dispuestas a renunciar a asignar a la disciplina un carácter normativo, adoptaron una posición más comprensiva hacia la disciplina, llegando incluso a reconocer la importancia de la investigación empírica como una tarea relevante. Es el caso, por ejemplo, de la versión articulada por Athayde, que representa, a diferencia de la de Derisi, una posición intermedia, que admite dentro de la sociología a la investigación empírica. “La ciencia social completa –según el autor- se basaría en la observación empírica de los fenómenos y en la interpretación filosófica de ellos”.³⁰ Así, para Athayde, la ciencia social cristiana se componía de tres partes: a) la sociología o filosofía social; b) la sociografía (o empirismo social) y c) la socioprudencia o acción social. Una posición similar puede advertirse en los *Apuntes de sociología*, de monseñor Ramón J. Castellano, en los que su autor reconocía que “la sociología debe a A. Comte y a su escuela el valioso aporte

Francisco Valsecchi. Agradezco especialmente a las autoridades de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad Católica Argentina la posibilidad de consultar esta última.

²⁸ Tristán de Athayde, *Introducción a la sociología*. Club de Lectores, Buenos Aires, en 1942, págs. 18-24.

²⁹ Tristán de Athayde, *op. cit.*, pág. 31.

recogido sobre la base de la observación de los hechos y fenómenos sociales. Rechazamos en absoluto la interpretación determinista del positivismo [...] pero valoramos la indiscutible importancia de las leyes sociales, sin cuyo conocimiento nos acercáramos a un espiritualismo de mala ley y no comprenderíamos la realidad social”.³¹ Asimismo, y dentro de las versiones más simpáticas hacia la sociología, había algunas que ofrecían una concepción *enciclopédica* de la misma, como por ejemplo, *el Tratado de Sociología Cristiana* del canónigo Llovera como la obra de Valsecchi, en la que la sociología aparece como el conocimiento que resume y sintetiza y reúne la doctrina social, la acción social, la política, las cuestiones laborales, el derecho político y la economía.

Esta presencia del pensamiento católico en los medios sociológicos alcanzó dimensión institucional a través de la elaboración de dos proyectos disciplinarios. Aunque uno de ellos finalmente no llegara a concretarse, la existencia misma del proyecto habla de la vitalidad de dicha cultura en ciertos medios intelectuales durante el período. En efecto, en 1947 los Cursos de Cultura Católica se transformaron en el Instituto Católico de Cultura dirigido por el canónigo Luis María Etcheverry Boneo. Para 1951 quedó formalmente constituida la Escuela Superior de Economía, bajo la dirección de Francisco Valsecchi, que contemplaba un plan de estudios de cuatro años.³² Un año más tarde, la institución elaboró un ambicioso plan relativo a una Escuela de Ciencias Sociales. Se trató del primer intento de crear una carrera de ciencias sociales en la Argentina. El plan de la nueva escuela, que fue anunciado a través de un informe de la UNESCO, consistía en una carrera de especialización de cuatro años organizada en torno de cuatro módulos temáticos: una introducción a la ciencia social, estadística y sociografía, historia de las doctrinas sociales y psicología social.³³ En el plantel de sus profesores figuraban José Miguens, Juan Pichón Rivière, Emilio Mignone, Horario Godoy y George Uscatescu. Por razones que ignoramos, el proyecto nunca llegó a concretarse, aunque habría de convertirse en el antecedente más importante para la creación, años más tarde, de la Escuela de Sociología de la Universidad Católica Argentina.

³⁰ Tristán de Athayde, *op. cit.*, pág. 10.

³¹ Ramón J. Castellano, *Apuntes de sociología*, Córdoba, 1951, pág. 17, citado en Juan F. Marsal, *La sociología en Argentina*. Fabril Editora, Buenos Aires, 1963.

³² Véase, Francisco Valsecchi, “La reconstrucción de la ciencia económica sobre el fundamento ético-cristiano”, Discurso de Inauguración de la Escuela Superior de Economía, Cursos de Cultura Católica, Publicación N°1, Colección Doctrina, Buenos Aires, 1952.

³³ Véase, “School of social sciences, Catholic Institute of Culture, Buenos Aires. Four-year training

Organizaciones formales de la disciplina y articulación internacional

Durante el período examinado, los representantes de la disciplina, especialmente Alfredo Poviña, Alberto Baldrich y Tecera del Franco, desplegaron una activa labor organizativa y de articulación con las principales organizaciones internacionales de la disciplina. En 1950, y a iniciativa de Poviña, tuvo lugar la Primera Reunión Nacional de Sociología, presidida por Alfredo Poviña y coordinada por Tecera del Franco. El evento reunió por primera vez a todos los que tenían a su cargo la enseñanza de la sociología en las distintas universidades del país.³⁴ La crónica del evento, que fue objeto de comentario en distintos medios académicos,³⁵ muestra algo de las expectativas abiertas en torno al cultivo de la sociología. En el discurso de apertura, Carlos María Lascano, decano interventor en la Facultad de Derecho, además de saludar la realización del evento dado “el relieve nacional de la sociología y la creciente importancia de su estudio en base a su sistemática”, afirmaba que “una vivencia espiritual basada en una tradición de nuestra cultura genuina, está llamada a trasuntar una sociología. Por ello, a la par de dar a esta reunión jerarquía universitaria y académica, hace imprescindible entrar en la conciencia de nuestro auténtico ser sociológico cultural, de nuestra realidad popular y de nuestra verdad nacional”. [...] “apadrina esta primera reunión -continuaba- uno de los señeros preceptos de la flamante Constitución de la República, en el sentido de procurar conocer la esencia de lo argentino, la realidad espiritual, económica, social y política del país”.³⁶ Por su parte, Alfredo Poviña calificó el evento como “un magno acontecimiento para nosotros, y creemos también que redundará en provecho de toda nuestra actividad intelectual y práctica, tanto en el orden de nuestra organización social interna como de carácter internacional, porque, como ha dicho recientemente un político, no un sociólogo, nunca jamás en la historia humana ha habido más necesidad

course (1952-1955)” en *International Social Science Bulletin*, Unesco, VII, 2, 1955, págs. 271-273.

³⁴ Por Córdoba asistieron Alfredo Poviña, Francisco Torres, Alberto Díaz Biale, Ricardo Smith y Guillermo Terrera. Por La Plata, Italo Luder y Cesar Pico; por el Litoral, Sara Faisal, Alicia Eguren de Catella y Juan Bonet Da Forno; por Cuyo, Plácido Horas y Julio Soler Miralles; por Tucumán Francisco Mulet, Miguel Figueroa Román y Miguel Herrera Figueroa; por Catamarca Juan Villaverde y, finalmente, por Capital Federal, Ramón Alsina, Alberto Baldrich, Gino Germani, José Enrique Miguens, Juan Pichón Rivière y Fernando Cuevillas, entre otros.

³⁵ Véase, Fernando Cuevillas, “Primera Reunión Nacional de Sociología Argentina” en *Revista de Estudios Políticos*, Madrid, Nº 54, 1950; “Primera Reunión Nacional de Sociología” en *Revista de la Facultad de Ciencias Económicas*, Nº3, 1950 y “Primera Reunión Nacional de Sociología” en *Revista de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales*, Año VI, Nº 23, 1951.

³⁶ En “Discurso del Señor Decano, Doctor Carlos María Lascano, en ocasión de la Primera Reunión Nacional de Sociología” en *Revista de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales*, Año V, Nº 20, 1950, págs. 999 y 1000.

que ahora de sociólogos para promover la paz y la seguridad a través de la educación, la ciencia y la cultura”.³⁷

En el encuentro quedó oficialmente creada la *Academia Argentina de Sociología*, dependiente de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires. Presidida por Alberto Baldrich, la nueva academia -que tendría, no obstante, una existencia efímera- quedó integrada por Alfredo Poviña y César Pico como vicepresidentes, Tecera del Franco y José Enrique Miguens, en calidad de secretarios, Alicia Eguren de Catela, como tesorera y Ricardo Smith, Miguel Figueroa Román y Julio Soler Miralles como vocales.

Ese mismo año hubo intentos de fundar una Sociedad Argentina de Sociología. Al parecer, las relaciones entre Poviña y Alberto Baldrich nunca habían sido del todo amistosas. Según el testimonio de Fernando Cuevillas, en realidad existían dos grupos, el de Ciencias Económicas, liderado por Alberto Baldrich y el grupo de Córdoba, liderado por Poviña, que también tenía sede en Buenos Aires, especialmente en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y en la Facultad de Derecho de la misma universidad.

Entre los promotores de la creación de la nueva asociación se contaron Miguel Figueroa Román y el propio Gino Germani, que en ocasión del Segundo Congreso de Planificación del Noroeste Argentino, celebrado en 1950, presentó un proyecto destinado a crear una asociación consagrada a los estudios sociológicos.

Las posibilidades y las necesidades de los estudios sociológicos en la Argentina -decía-, el renovado interés que también se observa en nuestro país, su brillante tradición en este campo, el número y valor de los especialistas con que cuenta, todo apunta hacia la necesidad de coordinar y fomentar la obra científica en el campo de la sociología creando un organismo *ad hoc* destinado a asegurar un contacto permanente y vivo entre los estudiosos, al par que coordinar, integrar y fomentar sus trabajos de investigación y de gabinete y, en general, su actividad científica en las disciplinas sociales. [...] las íntimas conexiones que existen entre la planificación y los estudios sociológicos -continuaba-, el alcance de orden nacional y panamericano que ha asumido este Segundo Congreso Integral del Noroeste Argentino y, por último, el hecho no menos importante de que se hallan aquí reunidos tantos especialistas en el campo de la sociología y las ciencias sociales, todas estas circunstancias de carácter teórico y práctico a la vez, apuntan claramente a la conveniencia de que la constitución de la Asociación Argentina de Sociología surja de una iniciativa de este Congreso. Será, además, particularmente auspicioso para el futuro de la entidad el que desde su origen tenga una conexión simbólica con la planificación. Si bien sus propósitos han de ser de orden teórico, no ha de faltar como uno de sus objetivos más importantes el de promover el conocimiento de la realidad social argentina, pues la constitución de una

³⁷ En Fernando Cuevillas, “Primera Reunión Nacional de Sociología Argentina” en *Revista de Estudios Políticos*, Madrid, N° 54, 1950, págs. 179-180.

sociología nacional basada sobre la investigación concreta y sistemática de los diferentes aspectos de la vida del país constituye sin duda un antecedente necesario para la planificación”.³⁸

Al parecer, la Sociedad Argentina de Sociología quedó finalmente constituida al año siguiente. Con sede en la Universidad Nacional de Córdoba y en las facultades de Derecho y de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, la nueva asociación estuvo presidida por Alfredo Poviña y durante seis meses Germani se desempeñó como vicepresidente. Sin embargo, dada su falta de personería jurídica, la nueva asociación funcionó de manera informal hasta 1959. Pero esta parte de la historia será tratada más adelante.

Asimismo, en 1950, Alfredo Poviña, Alberto Baldrich y Tecera del Franco asistieron en representación de la Argentina al Primer Congreso Mundial de Sociología organizado por la *Association International de Sociologie* -que más tarde adoptará el nombre de *International Sociological Association* (ISA)- y junto a un grupo de sociólogos latinoamericanos reunidos en la ocasión, fundaron la *Asociación Latinoamericana de Sociología* (ALAS), la primera asociación profesional de sociólogos de tipo regional en el mundo. Alfredo Poviña y Tecera del Franco fueron designados presidente y secretario respectivamente.³⁹ La nueva asociación se proponía fomentar las relaciones entre las asociaciones y sociólogos latinoamericanos, propiciar el intercambio por medio de reuniones, congresos y publicaciones sobre problemas de sociología teórica y aplicada y coordinar la labor científica entre los institutos y asociaciones afiliadas. De ahí en adelante Poviña, “alma y motor de ALAS”, según una crónica de entonces-⁴⁰ ejercería el control de la nueva asociación hasta bien entrados los años ‘60.

En 1951 ALAS celebró en Buenos Aires el Primer Congreso Latinoamericano de Sociología, que contó con la asistencia de sociólogos de toda la región. Durante todos estos años, la asociación mantuvo una intensa actividad organizativa. Celebró tres congresos regionales (Buenos Aires en 1951, Río de Janeiro en 1953 y Quito en 1955) y promovió con relativo éxito la creación de sociedades nacionales de sociología. En el

³⁸ Gino Germani, “Propuesta de fundación de la Sociedad Argentina de Sociología”, *circa*, 1950, inédito.

³⁹ Además de los mencionados, entre los miembros fundadores de ALAS se contaron igualmente José Arthur Ríos (Brasil), Rafael Bernal Jiménez (Colombia), Astolfo Tapia Moore y Marcos Goycoolea Cortés (Chile), Luis Bossano y Angel Modesto Paredes (Ecuador), Roberto MacLean Estenós (Perú) y Rafael Caldera (Venezuela).

⁴⁰ “Argentina: La Asociación Latino-Americana de Sociología” en *Revista Internacional de Sociología*, N°4, 1957.

año de su creación, fueron afiliadas a la nueva asociación las sociedades ya existentes, como la Academia Argentina de Sociología, la Sociedad Brasileña de Sociología y la Sociedad Mexicana de Sociología. Al año siguiente, la asociación ya sumaba cuatro nuevas afiliaciones: la Sociedad Chilena de Sociología, el Instituto Peruano de Sociología, la Sociedad Venezolana de Sociología y el Instituto Colombiano de Sociología.

Además de favorecer la comunicación y el intercambio entre los distintos sociólogos de la región, las distintas reuniones de ALAS contribuyeron también a la emergencia de una conciencia regional como a la elaboración de una agenda común de problemas y objetivos que debía encarar la disciplina. Así, se sugirió intensificar la investigación de la realidad social latinoamericana en el contexto del proyecto de edificación de sociologías nacionales y su posterior integración en una sociología latinoamericana; se recomendó la inclusión de la enseñanza teórica y práctica de los métodos de investigación social en los programas de sociología de las universidades e institutos; se decidió promover la creación de un Departamento de Ciencias Sociales y cátedras de sociología en las Escuelas militares así como un Departamento de Sociología Rural para América Latina, un Instituto Sociográfico de América Latina, con sede en Bolivia y un Instituto Demogenético en Buenos Aires. Asimismo, se recomendó solicitar a las “clases productoras” así como a los poderes públicos la creación de un Instituto de sociología de la vida industrial; se creó una comisión encargada de unificar la terminología usada en ciencias sociales por los autores latinoamericanos, proyectándose la edición de una Enciclopedia de Ciencias Sociales en castellano sobre la base de la nomenclatura internacional e hispano-portuguesa; se recomendó, asimismo, la introducción de la enseñanza de la sociología en la educación primaria y secundaria así como la creación de cátedras de sociología de la educación en las facultades e institutos de pedagogía, la elaboración de cursos de sociología destinados para las clases trabajadoras y las escuelas militares y el estudio de los sindicatos y la seguridad social.

La Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, el Instituto de Filosofía del Derecho y Sociología y la *Revista de Derecho y Ciencias Sociales* de la Facultad de Derecho de la UBA, dirigida desde 1948 en adelante por Mario Amadeo, obraron como un canal importante de expresión de las actividades de los sociólogos durante el período. En principio, el Instituto de Filosofía del Derecho y Sociología propició la Primera Reunión Nacional de Sociología, se constituyó en sede de la asociación

regional (ALAS) y allí tuvo lugar la realización del Primer Congreso Latinoamericano organizado por esta última. La revista, asimismo, contó habitualmente con colaboraciones de Fernando Cuevillas, Juan Antonio Villoldo, José Miguens y Alfredo Poviña, entre otros. Los artículos y libros de todos ellos eran comentados tanto en la revista de la UBA como en la *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, que Poviña había dirigido entre 1936 y 1943. Los intercambios académicos comenzaron a tornarse frecuente, tal como aparece consignado en las crónicas universitarias de las publicaciones del período. Así, en 1950 Enrique Miguens, invitado por Alfredo Poviña, dictó en la cátedra de sociología de la Universidad Nacional de Córdoba a cargo de aquel una conferencia sobre “Modernidad del positivismo sociológico”. A su vez, Alberto Díaz Bialet, adjunto de Poviña, fue invitado por Alberto Baldrich a dictar una conferencia sobre “Sociología y Política” en el Instituto de Sociología que dirigía en la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA.⁴¹ Todo ello pone de relieve la existencia de lazos estrechos y de una cierta comunidad entre quienes se reclamaban sociólogos.

Durante el período considerado, asimismo, los representantes locales de la disciplina participaron activamente en los principales eventos regionales e internacionales de una disciplina por entonces en expansión en los países centrales (en el capítulo IX trataré en detalle esta última cuestión). Como fuera mencionado más arriba, en 1950 Alfredo Poviña, Juan Pichón Rivière y Tecera del Franco conformaron la delegación argentina al Primer Congreso Mundial de Sociología organizado por la *International Sociological Association* (ISA).⁴² En el congreso Poviña fue designado miembro del Comité de Enseñanza y Formación Profesional de la ISA.

Ese mismo año, Alfredo Poviña y Tecera del Franco asistieron al XIV Congreso Internacional organizado en Roma por el *Institut International de Sociologie* (IIS).⁴³

⁴¹ En *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, “Sección Universitaria”, Año XXXVII, N° 3-4, 1950, págs. 1088 y 1092.

⁴² Las ponencias respectivas abordaron distintos aspectos del tema central del congreso, el de las relaciones internacionales en el contexto de la posguerra. En su ponencia titulada “The Sociological Subject in International Relations”, Poviña sugirió no limitar el tratamiento sociológico de las relaciones internacionales a la sola relación entre los estados sino también incluir la nación y sus diferentes fuerzas vivas como objeto del análisis. En “L’entente internationale et la sociologie” Pichon Rivière abordó el problema de las modernas técnicas de producción y comunicación de masas y sus efectos despersonalizadores. Se refirió igualmente a la comunicación de masas como una amenaza a la familia y a la comunidad en tanto instancias de formación y comunicación de valores compartidos y destacó que el nuevo orden mundial debería afirmarse a partir del reconocimiento de las cualidades y diferencias personales más que sobre su estandarización. Finalmente, Tecera del Franco examinó el problema de la relación entre ideologías políticas y realidades socio-culturales enfatizando el carácter cultural y socialmente limitado de las primeras. En *International Social Science Bulletin*, vol III (2), 1951.

⁴³ Véase, Alfredo Poviña, “La enseñanza de la sociología en las etapas de la educación” y Tecera del Franco, “La opinión pública y la guerra fría” en separatas de las *Actas del XIV Congreso Internacional de*

Tres años después, el mismo Poviña y Alberto Baldrich asistieron al Segundo Congreso Mundial de Sociología organizado por el ISA, en Liège y Poviña fue ratificado como miembro del comité antes mencionado para el período 1953-1956. Al año siguiente, más precisamente en 1954, el *Institut International de Sociologie* celebró su decimosexto congreso en Beaume, Francia. La delegación argentina estuvo compuesta por Alberto Baldrich y un conjunto de comunicaciones preparadas en el marco del Instituto de Sociología bajo la dirección de Tecera del Franco. En una crónica de la época, las presentaciones de Argentina eran descriptas como “un ejemplo de ‘sociología nacional’ en su concepción estatal. [...] Trabajos interesantes ciertamente que desde los ‘fundamentos ontológicos’ (o científicos) de la sociología de la Argentina hasta sus títulos indican bien cuál es su tendencia, puesto que marcan el fundamento ontológico metafísico de una sociología particular”. [...] y esto se extiende hasta el estudio de las estructuras sindicales que, en ciertos casos, presentan una descripción, y en otros, una ética de las gentes de la República Argentina”.⁴⁴

A través de esta activa participación en los principales eventos y organizaciones de la disciplina los representantes locales de la disciplina lograrían articular una importante red de contactos a nivel regional como internacional con las principales organizaciones formales de la disciplina. A poco de fundarse, la nueva asociación regional (ALAS), controlada por Poviña, fue afiliada al Institut International de Sociologie (IIS) como a la International Sociological Association (ISA), creada en 1949⁴⁵ y lo mismo ocurrió con la *Academia Argentina de Sociología*, dirigida por Alberto Baldrich.⁴⁶

La investigación

La década peronista fue, asimismo, pródiga en instituciones sociológicas. En efecto, durante esos años varias universidades acogieron en su seno a institutos de sociología, que vinieron a sumarse a los ya existentes, el de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA y el de Sociografía y Planeación, de la Universidad de Tucumán, fundados en 1941 y 1945 respectivamente, y el de Filosofía del Derecho y Sociología de

Sociologia, Società Italiana di Sociologia, Roma, 1950.

⁴⁴ Emile Sicard, “Notas sobre el Décimosexto Congreso del Instituto Internacional de Sociología” en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. XVII, N° 2 y 3, 1955, pág. 607.

⁴⁵ Véase, “ALAS y el Primer Congreso Latinoamericano de Sociología”, en *Boletín del Instituto de Sociología*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, N°6, 1952.

⁴⁶ Véase, “The World Congress of Sociologists” en *International Social Science Bulletin*, vol III (4), 1951, pág. 542.

la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales y el Instituto Alejandro E. Bunge de Investigaciones Económicas y Sociales”, fundados en 1943 respectivamente. Así, fueron creados el Instituto de Sociología de la Facultad de Ciencias Económicas, en 1947, el de Investigaciones Sociológicas, en 1949, el de Sociología Argentina y Bonaerense del Ministerio de Educación de la Provincia de Buenos Aires en 1950; el de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Rosario, en 1951 y el de Estudios Políticos y Sociales, de la Escuela Superior de Estudios Políticos y Sociales de la Universidad de Cuyo, Mendoza, en 1952.⁴⁷

En el Instituto de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires las actividades prosiguieron con relativa normalidad hasta 1947, pero a partir de entonces los rasgos más promisorios de la experiencia iniciada a instancias de Levene –no obstante sus notas ambiguas- se interrumpieron. Ese año Levene renunció tanto a la dirección del Instituto como a la cátedra. A partir de 1947 el Instituto de Sociología fue reasignado como una sección del Instituto de Filosofía, este último bajo la dirección de Carlos Astrada, y algunos de sus miembros abandonaron su Consejo Honorario (Raúl Orgaz, Renato Treves y Francisco Ayala). Las actividades más rutinarias del Instituto cesaron. Ya no se celebraron las reuniones periódicas habituales y se abandonaron los proyectos de investigaciones empíricas en curso. En rigor, en 1948 el Instituto fue virtualmente cerrado y fue reabierto en 1952 bajo la dirección de Alfredo Poviña y, al año siguiente, la dirección fue asumida por el adjunto de Poviña en la cátedra, Tecera del Franco. En rigor, la estructura del Instituto quedó reducida a dos personas, Tecera del Franco, como director y Mario García Acevedo, como auxiliar docente. Pero en lo que a las actividades del instituto concierne, la situación no varió demasiado a partir de su reapertura. En 1952 el Instituto retomó la edición del *Boletín de Instituto de Sociología*. Sin embargo, en los cuatro números que se editaron entre 1952 y 1954 ya no se informa de actividad interna alguna. En rigor, todos ellos estuvieron destinados fundamentalmente a difundir las actividades de ALAS. Los tres primeros reprodujeron los trabajos presentados al Primer Congreso Latinoamericano de Sociología mientras que el último número recogió las conferencias que dictara el sociólogo alemán Hans Freyer en la Facultad de Filosofía y Letras, organizadas por el mismo instituto y la Institución Cultural Argentino Germana.

⁴⁷ La información sobre algunos de los institutos ha sido muy difícil de reconstruir. He procurado suplir esa falta con la segunda edición de la *Guía de instituciones y sociedades en el campo de las ciencias sociales*, publicada por Unión Panamericana, Washington 6, D.C., 1954.

No ocurrió lo mismo con el Instituto de Sociografía de la Universidad Nacional de Tucumán, fundado en 1945 y dirigido por Miguel Figueroa Román, que prosiguió la labor realizada hasta entonces por el Instituto de Investigaciones Económicas y Sociológicas fundado en 1941 por Renato Treves. A partir de 1946 comenzó a depender del Colegio Libre de Estudios Superiores y estaba estrechamente vinculado con las cuestiones de la planificación. En los considerandos de su fundación, Figueroa Román señalaba la necesidad de “salir de los límites fríos de la sociología doctrinaria para entrar en el campo de la sociología aplicada”, lo que implicaba emprender estudios sociológicos “orientados en un sentido práctico y pragmático”. En tal sentido, el propósito más general del nuevo instituto habría de consistir en “realizar investigaciones tendientes a un mejor conocimiento de la realidad social como medida previa para actuar sobre la misma”.

Más específicamente, el instituto contemplaba las siguientes actividades: a) realizar los estudios necesarios para aplicar y desarrollar la planeología en el país; b) procesar por medio de conferencias, publicaciones, congresos, etc. la formación de una conciencia colectiva acerca de la planeación, de sus alcances y de su necesidad; c) dar a esta labor un sentido americanista, vinculándose a los organismos similares de los países hermanos; d) tomar a su cargo la labor docente en las carreras organizadas de acuerdo a lo que establezcan los programas de cada departamento y orientar la especialización de los graduados; e) proyectar planificaciones parciales e integrales a requerimiento del Estado o de particulares, pudiendo percibir la remuneración que se convenga, la que ingresará al tesoro universitario; f) realizar investigaciones socio-económicas en la zona del norte del país; g) procurar el desarrollo de la técnica necesaria para estas investigaciones y la formación de los investigadores.

Como puede apreciarse, el plan del instituto de Tucumán era francamente ambicioso, tanto en el plano de la investigación como en el de la enseñanza y la formación de investigadores, y llegaría a convertirse sin dudas en el instituto más activo durante los años del peronismo. En 1946 organizó el Primer Congreso de Planificación Integral del Noroeste Argentino y el mismo Figueroa Román tuvo una activa participación en congresos internacionales relativos a la temática. En 1950 participó del Congreso de Planificación de los Ángeles, California, organizado por la *American Society of Planning Officials* y, dos años más tarde, en el XV Congreso Internacional organizado por Institut International de Sociologie (IIS), celebrado en Estambul, Turquía.

Asimismo, el Instituto desplegó una activa y significativa tarea editorial de difusión de sus investigaciones. En 1946 apareció el libro de Figueroa Román, *Planificación y Sociografía* y, dos años más tarde, del mismo Figueroa Román, *Planeación sanitaria en Tucumán*. A su vez, el Instituto prosiguió su tarea editorial a través de la edición de los *Cuadernos de Sociografía y Planeación* que contemplaba tres series: “Colección Noroeste”, Colección América” y Colección Universal” referidos, respectivamente, a “problemas regionales”, “problemas americanos” y “Teoría. Investigaciones de interés general”. En 1949 apareció *Planeación Integral del Valle de Amaicha*, de Figueroa Román en colaboración con Francisco J. A. Mulet; en 1951, y en colaboración con Bernardo Serebrinsky, *Nivel mental y estado socioeconómico*; al año siguiente, del mismo Figueroa Román, *Planología. Fundamentación sociológica* y poco después, y del mismo Figueroa Román, *Higiene Mental y medicina socio-psicosomática*. En 1950, asimismo, el instituto de Tucumán lanzó la edición de una publicación especializada, la *Revista Argentina de Sociología*, editada por el *Instituto de Sociografía y Planeación* asociado al Colegio Libre de Estudios Superiores.⁴⁸

El Instituto de Investigaciones Sociológicas -el único de todos ellos de carácter privado- fundado y dirigido por José María Bolaño, hijo de una tradicional familia de Corrientes, fue creado con el objeto de “llevar a cabo la investigación científica pura y aplicada de la sociología en forma metódica y sistemática” así como “formar una generación de estudiosos que posean una clara conciencia y sentido conceptual de los problemas de fondo de la sociedad al propio tiempo que la mayor aptitud práctica para conocer y aprehender directamente la realidad social”, en suma, formar “una escuela de sociólogos, capaz de cumplir una elevada misión en bien del progreso y perfeccionamiento humanos, dentro de sus formas de convivencia”.⁴⁹ Además de esta tarea de investigación y formación, el Instituto se propuso, igualmente, realizar una labor de divulgación de las obras del pensamiento sociológico a través de un programa editorial. Para tal fin, y con el apoyo de la editorial Kraft, Bolaño inició la publicación de una “Biblioteca Universal de Sociología”. El primer volumen fue una colección de ensayos de Emile Durkheim, *Sociología y filosofía*, traducido por el mismo Bolaño y acompañado de un extenso y bien informado estudio preliminar.⁵⁰ Posteriormente, la

⁴⁸ Dirigida por Miguel Figueroa Román, el comité de la revista estaba integrado por Alfredo Poviña, Bernardo Canal Feijóo, Gino Germani y Bernardo Serebrinsky.

⁴⁹ José María Bolaño, “Exposición de motivos” en Emile Durkheim, *Sociología y filosofía*, Instituto de Investigaciones Sociológicas, Kraft, 1952, pág. 8.

⁵⁰ José María Bolaño, “Estudio Preliminar” en Emile Durkheim, *Sociología y filosofía*, Instituto de

Biblioteca editó *Arte y sociedad*, de Herbert Read y *Las multitudes argentinas*, de José María Ramos Mejía.

El Instituto de Sociología de la Facultad de Ciencias Económicas, dirigido por Baldrich, fue creado con el objetivo de “reunir material informativo, estadístico y bibliográfico sobre el estado de la sociología y de sus estudios y acerca de la cuestiones y acontecimientos relativos a la materia. Intensificar el conocimiento de la sociología, teórica y aplicada”. Organizado en torno de la cátedra de Baldrich, el instituto contaba con dos Jefes de Investigaciones, José Miguens y Juan Pichón Rivière, ambos profesores adjuntos de la cátedra, y un grupo de auxiliares de la misma.⁵¹ Al año siguiente de su creación, inició la edición de los *Cuadernos del Instituto de Sociología* destinada a publicar las investigaciones de sus miembros. El Instituto editó tres cuadernos, aparecidos en 1948, 1949 y 1950 respectivamente. El primero estuvo a cargo de Enrique Miguens, *Introducción a una sociología de la empresa industrial*, el segundo de Alberto Baldrich, *Libertad y determinismo en el advenimiento de la sociedad política argentina* y el tercero de Juan Pichón Rivière, *Análisis sociológico de la ciudad*.

Ciertamente, algunos de ellos no tuvieron una existencia más que nominal, como el es el caso del Instituto de Santa Fe, creado y dirigido por Sara Faisal. Con excepción del instituto de Tucumán y quizá del de Ciencias Económicas, la actividad de los restantes fue bastante exigua. En general, estaban integrados por muy pocas personas (no más de tres o cuatro) que no percibían, a su vez, remuneración alguna, con excepción del Director (en algunos caso también ad-honoren) y carecían de fondos para el desarrollo de investigaciones. El Instituto dirigido por Bolaño, no obstante las expectativas que motivó su creación –fue objeto de una nota en el *American Journal of Sociology*⁵², por entonces la revista de sociología más tradicional y prestigiosa del campo- limitó sus actividades a las tareas de divulgación. El instituto de Derecho, dirigido por Ramón Alsina -y cuya sección de sociología era coordinada por Rodolfo Tecera del Franco, José Miguens, Gastón Terán y Fernando Cuevillas, limitó sus actividades al dictado de conferencias y a la lectura y comentario de textos de derecho y

Investigaciones Sociológicas, Kraft, 1952, págs. 17-63. El volumen fue objeto de un elogioso comentario de Fernando Cuevillas, “Emilio Durkheim, Sociología y Filosofía” en *Revista de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales*, Bs. As., año VII, N°28, 1952.

⁵¹ La estructura del Instituto se completaba con dos ayudantes de trabajos prácticos (Luis Gil Montoya y Jorge Salimei), un auxiliar docente (José Manuel Pardo) y un auxiliar administrativo (Hugo J. Alcorta). Con excepción del último, todos ellos eran contadores de profesión.

⁵² “Instituto de Investigaciones Sociológicas, Buenos Aires, Argentina” en *American Journal of*

dogmática jurídica.⁵³ El de Filosofía y Letras, como se vió más arriba, estuvo prácticamente consagrado a difundir las actividades de ALAS. De cualquier modo, esa existencia, aunque nominal, atestigua un reconocimiento institucional de la disciplina como una general aceptación de la misma en los círculos académicos.

La enseñanza

En lo que a la enseñanza respecta, durante los años del peronismo esta última no hizo más que expandirse. Si hasta 1940 existían 9 cátedras de sociología, diez años más tarde el número de cátedras había trepado a 16 -casi el doble de las existentes diez años atrás- distribuidas en las distintas universidades con un total de 30 profesores entre titulares y suplentes.⁵⁴ La reforma en los planes de estudios de 1953 mejoró la situación, al extender la enseñanza de la materia a todas las facultades de derecho, económicas y filosofía, y dentro de estas últimas, la materia fue incluida en las carreras de geografía y pedagogía. La reforma incorporó asimismo el dictado de una "Sociología Argentina" para las carreras de filosofía, geografía y pedagogía.

Con relación a sus contenidos, la enseñanza experimentó transformaciones importantes, aunque más profundas y significativas en algunos espacios institucionales que en otros. Era habitual en los programas de enseñanza la inclusión de una sección dedicada al justicialismo, obligatoria por resolución del Ministerio de Educación, en la que se comentaban distintos aspectos de la doctrina oficial. El programa de sociología de la Facultad de Filosofía y Letras, que hasta 1947 estuvo a cargo de Levene, experimentó en manos de Poviña -que accedió en 1948, por concurso, a la titularidad de la cátedra- algunas variaciones. Fueron suprimidos los puntos relativos a la sociología argentina e iberoamericana y se añadieron algunos relativos al problema de la multitud, los conductores y a la tipología del liderazgo, acompañados con textos de Gustave Le Bon y Gabriel Tarde. El programa de Tecera del Franco de 1954 incluía un punto sobre la sociología comprensiva de Max Weber, una sociología del sindicato, otra del Estado y otra de la Nación y un punto consagrado a la Investigación sociológica y sus técnicas. Sobre este último punto, Tecera del Franco incluso recomendaba como bibliografía básica el libro de texto quizá más importante sobre la materia, *Técnicas de la investigación social*, de G.A. Lundberg, traducido por el F.C.E. en 1949.

Sociology, LVIII, N°1, 1952, pág. 97.

⁵³ Una crónica de sus actividades en *Revista de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales*, 1945-1955.

⁵⁴ Véase, German Kratochwil, "Estado actual de la sociología en la Argentina" en *Revista Latinoamericana de Sociología*, vol. XV, N°1, marzo 1970.

A diferencia de Filosofía y Letras, en la Facultad de Ciencias Económicas el programa experimentó cambios más significativos. La orientación de la enseñanza adquirió un matriz predominantemente católico, especialmente, a partir de 1947, cuando la titularidad del curso fue asumida por Alberto Baldrich con la colaboración de José Miguens y Juan Pichón Rivière como profesores adjuntos.⁵⁵ La unidad relativa a las escuelas sociológicas comprendía un examen de las obras de Aristóteles, Santo Tomás de Aquino y Tristán de Athayde, además de un análisis de la escuela contractual y materialista. La bibliografía abundaba en literatura proveniente del mundo católico: los Cursos de Cultura Católica de Julio Meinvielle de los años '30 reunidos en dos volúmenes *La concepción católica de la economía* y *La concepción católica de la política*, algunos textos de Jacques Maritain, los anteriormente mencionados de Octavio Derisi y de Juan Sepich, la *Introducción a la sociología* del filósofo católico brasileño de tendencia escolástico-tomista Tristan de Athayde, y *Principios de sociología cristiana*, de M. Consilia O'Brien, entre otros. A partir de 1953 el programa incluía dos unidades sobre el justicialismo, "su oposición y crítica a las ideologías capitalista y marxista", "sus antecedentes en el pensamiento aristotélico, en el cristianismo y en la tradición hispano-criolla" y un examen del "Segundo Plan Quinquenal a la luz de la sociología". En la Universidad Nacional de La Plata las cosas lucían similares. Aquí también la orientación católica se impuso una vez que César Picó reemplazó en 1948 a Ricardo Levene en la Facultad de Humanidades. A una literatura sociológica más convencional (Durkheim, Gurvitch, Simmel, Sorokin, Max Weber, entre otros), Pico añadía la lectura de las obras completas de Ortega y Gasset y de Santo Tomás. Finalmente, algo no muy distinto ocurría en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, cuya enseñanza estaba a cargo de Tecera del Franco y José Enrique Miguens.

La producción sociológica y sus principales orientaciones intelectuales

Como se ha afirmado más arriba, en términos generales la enseñanza de la sociología durante este período reflejó de algún modo el rasgo quizá más general de la situación universitaria durante el peronismo: el predominio de las orientaciones católicas y nacionalistas.

Un examen de algunos de los trabajos publicados por quienes tuvieron a su cargo la enseñanza de la sociología permite formarse una idea del tono que había

⁵⁵ Hasta 1946 el curso estuvo a cargo de Enrique Díaz de Guijarro. Véase, Programas de Sociología de la Facultad de Ciencias Económicas.

adquirido la disciplina, un tono del que no estaba ausente la celebración del régimen político vigente. En un trabajo presentado en el Primer Congreso Nacional de Filosofía, “La idea sociológica de ‘comunidad’” Poviña, apoyándose en la distinción de Ferdinand Toennies entre comunidad y asociación, concluía que “la Argentina, nuestra patria, constituye una perfecta comunidad nacional, dotada de todos los atributos de tal: históricamente proyectada, políticamente organizada y económicamente estructurada. [...] dotada de un espíritu social, fecundo y creador, que constituye la esencia de la nacionalidad argentina, bendecida y protegida por Dios, fuente de toda razón y justicia”.⁵⁶ En muchas de las ponencias presentadas por los sociólogos locales al Primer Congreso Latinoamericano de Sociología organizado por ALAS en Buenos Aires en 1951 las expresiones celebratorias del nuevo régimen político se combinaron con reivindicaciones del hispanismo, la tradición católica y un rechazo al liberalismo y al comunismo.

Así, Julio E. Soler Millares expresaba que “si toda formación social que se da en la realidad concreta responde a una necesidad interna que hay que descubrir [...] aquellas leyes generales constitutivas de modos convivenciales a las que técnicamente designamos como ‘esquema estructural primario no son sino un desarrollo de la ley interna de realización de lo humano, que llamamos ley moral o ley natural, como muy bien lo saben quienes ven en el universo la totalidad de lo real referida, como a su origen primero y a su destino definitivo, el Ser perfectísimo, substancia sobrenatural increada, a Dios”⁵⁷. Antonio Villoldo expresaba algo en la misma dirección cuando señalaba como elementos constitutivos de una sociología latinoamericana “la civilización greco-latino-cristiana, de origen ibérico, que rebrota en la actualidad con irrevocable decisión de ser, precisamente latinoamericana, en orquestación sinfónica de múltiples personalidades nacionales; y que a estas horas lucha con denuedo por acunar, en superación sintética, la estructura de Tercera Edad que salve, reconcilie y transfigure los elementos más nobles del Coloniaje, y la Emancipación, de la Edad Media y la

⁵⁶ Alfredo Poviña, “La idea sociológica de comunidad” en *Actas del Primer Congreso Nacional de Filosofía*, Universidad Nacional de Cuyo, tomo III, 1949, págs. 1762-1763. El congreso contó con una activa participación del resto de los profesores de sociología. Además de Poviña, en la sesión “La filosofía de la historia, la cultura y la sociedad” participaron igualmente Alberto Baldrich, “Libertad y determinismo en el advenimiento de la sociedad política”; José Miguens, “Acontecimiento y actuación en el estudio de la realidad social”; Juan Pichón Rivière, “Distingo entre persona y personalidad. La persona propiamente dicha y sus propiedades y accidentes desde el punto de vista sociológico”; César Picó, “Los usos, causa formal de la sociología. Sumaria exposición y justificación de la tesis de Ortega” y J. S. Miralles, “Ubicación de la sociología y carácter de su enseñanza”.

⁵⁷ Julio Soler Miralles, “Los conceptos estructurales en la sociología como ciencia de la realidad” en *Boletín del Instituto de Sociología*, N° 8, 1952, pág. 185.

Modernidad, vividas en la parte austral del continente; y ello mediante la afirmación del racio-vitalismo grecorromano católico, manifiesto en las soluciones económicas, políticas y sociales que están a la vista”.⁵⁸ Por su parte, Miguél Herrera Figueroa recordaba que “el adecuado desenvolvimiento de una comunidad sólo se logra asentado en el orden” y que “el totalitarismo comunista” corroe los “valores de la persona” y “la vida privada” mientras que Alberto Baldrich subrayaba la necesidad de no olvidar los “valores que en plenitud ejemplar están en el mundo clásico de Grecia, de Roma y de la Cristiandad”. Finalmente, Juan Pichón Rivière se consagraba a un “análisis sociológico de la Nueva Constitución Argentina” argumentando que esta última concilia “perfectamente la personalidad individual y la sociedad mediante la personalidad social del individuo y las sociedades intermedias”⁵⁹ mientras que Tecera del Franco, quizá quien habría de articular una posición de manera más doctrinaria, procuraba fundamentar una teoría del sindicato como una “institución natural”, dotada de un carácter “social y ético” frente a una concepción política y de clase del mismo, que, entendía, no puede ocultar la raíz ideológica marxista, que destiñe la idea de acción gremial, para esgrimir propósitos de acción política demasiado conocidos”.⁶⁰

Aunque tediosa, la cita *in extenso* de estos párrafos se justifica en la medida en que ofrece un cuadro aproximado del tono, las inquietudes y las preocupaciones de buena parte de los profesores de sociología de entonces. Las conferencias que el conocido sociólogo alemán Hans Freyer, el representante oficial de la sociología alemana durante el régimen nazi, dictara en 1953 en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires contribuirá quizá más que ninguna otra cosa a simbolizar las posiciones políticas de quienes durante el período comandaron los destinos de la disciplina.⁶¹

Con todo, y si bien esas referencias señalan más o menos el clima ideológico en los estudios sociológicos del período, visto más de cerca, el panorama no tuvo la

⁵⁸ Antonio Villoldo, “Existencia de una sociología Latino-Americana” en *Boletín del Instituto de Sociología*, N° 8, 1952, pág. 200.

⁵⁹ Juan Pichón Rivière, “Las instituciones sociales. ‘La personalidad social del individuo en la nueva Constitución Argentina’”, en *Boletín del Instituto de Sociología*, N° 7, 1953, pág. 144.

⁶⁰ Tecera del Franco, “Teoría sociológica del sindicato” en *Boletín del Instituto de Sociología*, N° 7, 1953, págs. 149-157.

⁶¹ Las conferencias de Freyer fueron organizadas por el Instituto de Sociología y la Institución Cultural Argentino Germana y reproducidas en el *Boletín del Instituto de Sociología*, N° 9, 1954, acompañadas de un prólogo de Tecera del Franco. El sociólogo alemán disertó igualmente en el Instituto de Filosofía del Derecho y Sociología y la cátedra de Sociología de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la UBA. Véase, “Presentación de Hans Freyer” en *Revista de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales*, año VIII, N°36, 1953.

homogeneidad que aparenta. En principio, no hubo una concepción única de la sociología. Aunque en general esta última tendió a ser vista como parte integrante de las humanidades antes que de las ciencias, las posiciones fueron variadas. Algo de esto se advierte ya en la Primera Reunión Nacional de Sociología, cuyo temario giró en torno de la definición de la sociología como dominio de conocimiento y su relación con otras disciplinas, especialmente con la filosofía y la relación entre sociología e investigación social, cuestiones todas estas que, como se vió en el capítulo anterior- venían siendo objeto de debate en el campo. Así, por ejemplo, tanto Soler Miralles como Eguren de Catella argumentaron a favor de una relación estrecha entre sociología y filosofía social. El primero reconoció que “la querrela entre filosofía social y sociología se esclarece delimitando el trabajo teórico a cumplirse por la sociología, al tiempo que se la distingue, sin separarla, de la tarea filosófica, evitando caer en los autonomismos que derivan de la postura científica positiva”⁶² mientras que la segunda advertía que “no me adhiero a la inclinación de dejar fuera de la sociología a una reflexión filosófica expresa, que siempre es un fundamento omnipresente, así como tampoco pongo entre paréntesis a la realidad. [...] ¿En nombre de qué vamos a excusar al sociólogo de meditar sobre los grandes temas de la sociología? “¿En nombre de un ‘eso es metafísica’, pronunciado peyorativamente?”⁶³

Sin embargo, Plácido Horas adoptó un posición más ecléctica. Criticó las expresiones extremas del naturalismo y el culturalismo sociológicos y -apoyándose en las formulaciones de Max Weber- argumentó en favor de una metodología sociológica en la que “explicación y comprensión se sirven mutuamente”. Incluso Horas reconocía -contra una interpretación en clave culturalista de Max Weber por entonces extendida y que será discutida más adelante- que “Weber permanece en la caracterización empírica de la sociología, y no se pierde en el terreno de la filosofía social, que es capítulo aparte, aunque vinculado a la sociología”.⁶⁴ Miguel Figueroa Román, incluso, articuló una posición crítica hacia las posiciones partidarias de una relación estrecha entre filosofía y sociología, subrayando la necesidad de convertir a la sociología en una disciplina empírica. “Habiendo orientado sus mejores esfuerzos hacia la teorización filosófica en busca de los principios fundamentales -afirmaba- la investigación sociológica ha

⁶² Julio Soler Miralles, “Filosofía Social y Sociología”, en Fernando Cuevillas, “Primera Reunión Nacional de Sociología Argentina” en *Revista de Estudios Políticos*, Madrid, Nº 54, 1950, pág. 192.

⁶³ Alicia Eguren de Catella, “Sociología y filosofía social” en Fernando Cuevillas, *op. cit.*, pág. 195.

⁶⁴ Plácido Horas “Metodología y técnicas de investigación en sociología” en Fernando Cuevillas, *op. cit.*, pág. 188.

descuidado las raíces de su estructura, que estaban en la vida misma, y ha pasado superficialmente sobre esa realidad concreta para generalizar sobre la base poco firme de las apreciaciones de gabinete”.⁶⁵

Pero concepciones bastante diferentes de la sociología fueron articuladas incluso por aquellos que no obstante compartían un suelo cultural común, la cultura católica. En efecto, por un lado estaban las expresiones más reaccionarias del catolicismo, provenientes del tomismo, como las de Alberto Baldrich, César Picó y Juan Pichón Rivière, portavoces de una versión metafísica de la sociología, para quienes los fundamentos de la sociología se hallaban en la teología y la metafísica y se declaraban enemigos acérrimos de hacer de la sociología una ciencia positiva. Para todos ellos la sociología era una ciencia práctica y normativa, una provincia de la política antes que de la ciencia. Fue Baldrich el que articuló de manera doctrinaria esta posición al definir su concepción de la sociología como orientada -decía- “en el concepto clásico de esta ciencia que la comprende como parte principal de la política, tal como fue definida y estructurada en sus líneas esenciales por Aristóteles; continuada y perfeccionada en sentido cristiano por Santo Tomás y los grandes maestros de la escolástica moderna; y también como ha sido realizada por Hegel en su *Filosofía del Derecho*. Según este criterio filosófico, la sociología es la ciencia del Ethos Social, es decir la ciencia del Estado [...] esta posición supone la crítica de la sociología contemporánea que se concibe y pretende realizar como ciencia natural, independiente de la Filosofía moral”.⁶⁶

En una dirección no muy diferente concebía la sociología Juan Pichón Rivière. En las primeras páginas del ensayo “La concepción orgánica de la sociedad en la doctrina tomista” con el que en 1947 accedió por concurso al cargo de profesor adjunto de sociología en la cátedra de Alberto Baldrich de la Facultad de Ciencias Económicas (UBA), Pichón Rivière declaraba: “El autor de este trabajo pretende encarar la realidad social desde el punto de la doctrina aristotélico-tomista, pero sólo en lo que atañe a los problemas que dan a esta doctrina su carácter orgánico.[...] La razón y la voluntad no crean -continuaba el autor-; ordenan según la naturaleza humana, cuyas leyes han sido establecidas por Dios. La sociedad es una realidad frente al hombre, una realidad creada

⁶⁵ Miguel Figueroa Román, “Planeación y sociografía”, en Fernando Cuevillas, *op. cit.*, pág.190.

⁶⁶ Alberto Baldrich, “Notas sobre la enseñanza de la sociología en América y la Argentina. c) Rosario”, en *Boletín del Instituto de Sociología*, FfyL, Buenos Aires, N° 1, 1942, pág. 259; igualmente, Alberto Baldrich, “La causa y la condición de la sociología” en *Boletín del Instituto de Sociología*, FfyL, Buenos Aires, N° 2, 1943.

por Dios. El objeto de la ciencia social es investigar cuáles son las leyes naturales del ser social para fundar sobre ellas las instituciones humanas”.⁶⁷

Pero ni Poviña, ni José Enrique Miguens ni incluso Tecera del Franco llegarían a suscribir esas tesis. En principio, Poviña se mostraría celoso respecto a los intentos de fundar una sociología católica. Sobre la base de una distinción entre filosofía social y sociología, la una, normativa, que estudia el deber ser, la otra, empírica, que se ocupa del ser, Poviña alojaba todas las expresiones de sociología católica en el campo de la filosofía social antes que en el de la sociología. “La filosofía social tiene, -decía- a nuestro modo de ser, su más legítima y justa forma de expresión en la doctrina social católica, llamada impropriamente sociología cristiana. El cristianismo no es una sociología ni puede serlo. [...] La llamada sociología cristiana es una doctrina social, de tipo filosófico, y, por tanto, normativo, del deber ser social a la luz de los principios supremos del cristianismo. En una palabra, hay una filosofía social cristiana más bien que una sociología cristiana”.⁶⁸

Aunque proveniente de las filas del catolicismo, José Miguens articuló una visión de la sociología en tanto ciencia positiva. En un ensayo referido a una reforma del Código de Malinas, Miguens saludaba dicha reforma reconociendo que la misma presentaba una importante “rectificación” respecto a la manera en que había sido encarada la sociología dentro del mundo católico consistente en confundir la sociología con dos disciplinas distintas, la filosofía moral, por un lado, y la política, por el otro. El mismo Miguens se jactaba de haber sido “uno de los primeros que en nuestro país reaccionaron contra esta orientación”, reconociendo que el saber sociológico “es un saber de tipo teórico y no práctico, que es un saber no normativo y que es un saber científico-positivo”.⁶⁹ Incluso, una visión menos prejuiciosa a la vez que más informada presentaba Miguens de la sociología norteamericana. En un ensayo sobre la sociología funcionalista de Robert Merton escrito durante estos años escribía: “Sociólogos insuficientemente informados -*contradictio in terminis*- después de superficiales exámenes concluyen que en Estados Unidos se está todavía en una etapa empírica de la sociología. Para refutarlos diremos que a nuestro juicio ocurre allí todo lo contrario, es decir, que lo más brillante que actualmente produce la sociología norteamericana son

⁶⁷ Véase, Juan Pichón Rivière, “Advertencia” en “La concepción orgánica de la sociedad en la doctrina tomista”, págs. 1 y 2.

⁶⁸ Alfredo Poviña, *Cuestiones de ontología sociológica*. Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 1949, pág. 63.

⁶⁹ José Miguens, “La nueva reforma del Código de Malinas” en *El conocimiento de lo social y otros*

los libros sobre teoría social y que en estos aspectos está probablemente a la cabeza de todos los demás países. Tamaña disparidad de opiniones no puede explicarse solamente por falta de información. Hay también un enfoque errado, común entre nuestros sociólogos, sobre lo que es sociología y lo que debe ser su teoría propia”.⁷⁰ Todavía más. Sus intentos de ofrecer una conceptualización sociológica de la noción de empresa económica estuvieron inspirados en buena medida en las nuevas aproximaciones realizadas en esos años por la tradición de la sociología industrial americana y francesa.

El mismo Tecera del Franco, en su presentación de las conferencias del sociólogo alemán Hans Freyer articuló una concepción ecléctica de la sociología, alejada tanto de sus versiones filosóficas como empiristas. “Ya deben abandonarse -decía- los tiempos de las sociologías de gabinete, de aquellos que buscaban las verdades sólo en los anaqueles de las bibliotecas y en las letras de algún libro de autor mientras más extranjero y extraño mejor. Puede excusarse, pero también advertirse, a quienes invaden la sociología con ingenuidad profana o con ropaje de méritos de otros órdenes de pensamiento y que tantas veces han hecho así un triste papel, pero lo que es peor han desprestigiado a esta ciencia. También es hora de que los filosofismos sociológicos se batan en retirada. Sus especulaciones podrán ser todo lo valiosas que se pretenda, pero ellas no constituyen sociología. Esta no es un capítulo de las preocupaciones filosóficas. Igual cosa puede decirse a los empirismos naturalistas. Las conclusiones de los psicólogos o de los biólogos son esencialmente ajenas a la sociología”.⁷¹

Esa diversidad en las concepciones de la disciplina también se vió reflejada en los temas y objetos de análisis que fueron recortados por una producción intelectual por lo demás bastante escasa y fragmentaria. En este plano tampoco hubo unidad sino fragmentación y proyectos diferentes. En algunos casos, la sociología adquirió los rasgos de una crítica reaccionaria del mundo moderno, especialmente en los trabajos de Alberto Baldrich y Juan Pichón Rivière. En Baldrich resuenan algunos de los motivos más característicos de la crítica al capitalismo y a la sociedad burguesa provenientes del nacionalismo católico, en especial, la denuncia del carácter clasista de los principios pretendidamente absolutos y universales de la libertad, la igualdad y la fraternidad cuya imposición, argumentaba Baldrich, habían conducido al caos creado por la sociedad burguesa y el reclamo de una recuperación y restauración de los valores del mundo

ensayos. Perrot, Buenos Aires, 1953, pág. 94.

⁷⁰ José Enrique Miguens, “Merton y la teoría funcionalista de la sociología”, en *Revista de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales*, Año VIII, N°36, 1953, pág. 1518.

⁷¹ Rodolfo Tecera del Franco, “Prológo”, *Boletín del Instituto de Sociología*, N°9, 1954, pág. 21.

clásico y del Cristianismo. En *Análisis sociológico de la ciudad* (1950) Juan Pichón Rivière articuló una visión sociológica de matriz católica-conservadora, muchos de cuyos motivos ya habían sido anticipados en su tesis doctoral de 1946, *Esbozo de una antropología en función de la política y de la educación*: una concepción orgánica de la sociedad de raíz tomista, una crítica a la tradición liberal-individualista-utilitaria y una reivindicación de las sociedades intermedias o los “órganos naturales de la sociedad” (la familia, la empresa económica, la profesión, la clase y el municipio) en tanto instancias de integración social alternativas a la gran urbe moderna y la ciudadanía abstracta. En su examen sociológico de la ciudad Pichón Rivière articuló –recogiendo algunos motivos orteguianos, muy recurrentes, por la demás, en la literatura sociológica del período-⁷² una crítica a la civilización urbana-mercantil, subrayando especialmente el carácter artificial de las aglomeraciones urbanas, la deshumanización de la vida en las grandes urbes en las que la actividad del hombre es reducida al hacer técnico, el carácter impersonal de la vida moderna y el consecuente desamparo de los individuos y la imposibilidad de la formación de la personalidad en un orden en el que lo económico domina sobre lo político. A esa urbe mercantilizada y artificial, heredera de la tradición del liberalismo individualista y “en la que el hombre común se halla desamparado y perdido en el anonimato”, Rivière oponía la visión de un orden fundado en la ciudad en tanto “colonia natural de la familia”, espacio de una “auténtica democracia” fundada sobre las jerarquías naturales y en la familia como su núcleo social básico.

En rigor, el grupo de sociólogos católicos agrupados en la Facultad de Ciencias Económicas enfocó aquellos temas que, como el de la importancia de las asociaciones intermedias (la familia, las corporaciones, las profesiones, el municipio) y la cuestión de la autoridad estaban en el centro de las preocupaciones del movimiento católico y podía hallárselos igualmente en los manuales de sociología cristiana más corrientes. En *Silabario Social*, Francisco Valsecchi se ocupó de las asociaciones intermedias y consagró más tarde un ensayo sobre el problema de la autoridad política editado por la

⁷² El filósofo César Pico fue uno de los principales promotores de una sociología inspirada en las enseñanzas de Ortega y Gasset. En una ponencia presentada en el Primer Congreso Nacional de Filosofía, Pico reivindicó la noción de “usos” -acuñada por el filósofo español- como aquella que ofrece una conceptualización adecuada de los hechos sociales, argumentando que ni la tradición durkheimniana, no obstante ciertas semejanzas, ni el formalismo sociológico, ni las disquisiciones de Max Weber y “menos todavía la moderna sociología norteamericana” habían podido dar con semejante distinción. César Pico, “Los usos, causa formal de la sociedad. Sumaria exposición y justificación de la tesis de Ortega y Gasset”, en *Actas del Primer Congreso Nacional de Filosofía*, Universidad Nacional de Cuyo, tomo III, 1949, págs. 1744-50. De acuerdo al testimonio de Fernando Cuevillas, “César Pico era como el hermano de Ortega y Gasset, se sabía todo. En realidad, todos nosotros éramos muy orteguianos”. Entrevista con Fernando Cuevillas, 2004.

Facultad de Ciencias Económicas, (*La autoridad política. Aspectos sociológicos de su naturaleza, límites y funciones*, 1947). La cuestión de la “jefatura” fue un tema recurrente en las reflexiones de Juan Pichón Rivière. “La jefatura –decía en un ensayo de fines de los ‘40-, función esencial en toda empresa, entraña una responsabilidad más que un derecho, y una aptitud antes que una responsabilidad. Nuestra educación no tiene en cuenta esta categoría política tan importante como es la jefatura, ni le interesa la formación de la conciencia del jefe, en todo varón. Todo ciudadano debe saber mandar y obedecer en una democracia auténtica. [...] El varón es jefe, no sólo en el grupo familiar sino en los distintos sectores de la sociedad. Es notoria la menor capacidad de la mujer para la filosofía, para ‘vivir’ lo objetivo, lo trascendente intelectual”.⁷³

José Miguens, en cambio, se consagró a una conceptualización sociológica de la moderna empresa industrial. Tanto en su primer trabajo, *Introducción a una sociología de la empresa industrial* (1948) como más tarde en *Sociología económica. Los presupuestos económicos de las teorías económicas modernas* (Depalma, Bs.As., 1958), una continuación del anterior, inspirada en buena medida en las nuevas aproximaciones realizadas en esos años por la tradición de la sociología industrial americana y francesa, Miguens procuró edificar de la empresa capitalista una visión alternativa a las visiones liberales y socialista, confiando en que una correcta conceptualización de la empresa industrial podría aportar una parte de la solución al problema de la llamada “cuestión social”, problema originado precisamente, según argumentaba, en las dificultades para ordenar los elementos humanos de que se compone una empresa industrial. En un argumento similar al que por esos mismos años había comenzado a esgrimir la CEPAL, Miguens señalaba dos limitaciones de las teorías clásicas y neoclásicas en la comprensión del fenómeno económico: su descuido de los factores sociales que influyen sobre la realidad económica como los grupos económicos, el poder, el dinero, el prestigio profesional y político, etc, y, consecuentemente, la debilidad de un enfoque individualista y racionalista en el comprensión tanto de la toma de decisiones de los agentes económicos como del funcionamiento mismo del sistema productivo.

Tercera del Franco recobró uno de los proyectos que habían despertado cierto interés en algunas expresiones de la sociología local como en el campo de la

⁷³ Juan Pichón Rivière, *Medida Política del hombre*, Librería y Editorial El Ateneo, Bs.As., 1948, págs. 46-47 y 60. El autor volvió en sobre el tema en *Análisis sociológico de la ciudad* (1950) y en “La jefatura de la empresa económica desde el punto de vista de la sociología”, folleto de 9 págs., 1958.

historiografía: el de una sociología nacional. Así, en 1950 la editorial Perrot publicó sus clases de un curso relativo al tema, *Aporte para una sociología de la cultura argentina*. “El estudio de la sociología nacional puede emprenderse con la confianza de que real y efectivamente existe y se proyecta en nuestro ser, un Orden Social Argentino, que trataremos de desentrañar”.⁷⁴ El libro repasaba la historia política y cultural del país desde los días de la independencia hasta el advenimiento de ese nuevo orden social que según el autor había comenzado en 1945 y en cuyo retorno al hispanismo Tecera del Franco veía el encuentro de la nación con sus propias raíces. Poco más después, en *Sociología de las formas políticas. Fundamentación de una teoría Culto-Política* (1952) Tecera del Franco ponía de relieve la importancia del conocimiento sociológico de la cultura nacional para la edificación de un sistema político auténtico. “[...] todo orden político –decía- debe asentarse sobre la verdad socio-cultural del mundo. Cuando no es así tienen clara explicación científica los más graves desequilibrios y estremecimientos político-sociales. Cabría una rebelión del ‘ser social’ contra forzados lineamientos políticos que no reconocen en su fundamento una realidad efectiva que les corresponde. [...] Desde la sociología, en este sentido, se está llamado a proporcionar los elementos primordiales de trabajo a la Política como ciencia práctica”.⁷⁵

Con argumentos no muy diferentes, y en sintonía con la historiografía nacionalista y revisionista por entonces en boga, Fernando Cuevillas elaboró una defensa del caudillaje como forma de dominación natural a los países hispanoamericanos en la medida en que dicha forma política expresa “vivencias colectivas, creencias comunitarias, estructuras éticas, modos de actuar, maneras de concebir y de llevar a la práctica las cosas y, por último, formas institucionales sociales, que tienen su origen en complejÍsimas raíces temperamentales, informadas por valores culturales tradicionales, formados a través del tiempo”.⁷⁶ La Constitución de 1853, según el autor, al prohibir la reelección del presidente, implicaba, además de un acto antidemocrático, un acto de desconfianza tanto hacia los ciudadanos como hacia los dirigentes, que estaba en las antÍpodas del caudillaje, como rasgo de las sociedades políticas hispanoamericanas. Se trataba, en palabras de Cuevillas, de un intento irracional de querer imponer a lo social formas exóticas, que van en dirección contraria

⁷⁴ Rodolfo Tecera del Franco, *Aporte para una sociología de la cultura argentina*. Perrot, Buenos Aires, 1950, pág. 6.

⁷⁵ Tecera del Franco *Sociología de las formas políticas. Fundamentación de una teoría Culto-Política* (1952), págs. 1-2.

⁷⁶ Fernando Cuevillas, “El régimen del caudillaje en Hispanoamérica” en *Boletín del Instituto de*

a “las creencias especulativas, éticas y estéticas de los pueblos”. En ese sentido, razonaba Cuevillas, la sanción de la Constitución del ‘49, al incluir la posibilidad de reelección, no había hecho otra cosa que dar forma legal a un hecho de la cultura. Comentarios en la misma dirección formuló el autor en un extenso comentario consagrado a la aparición de *Conducción política*, del entonces presidente Juan Domingo Perón.⁷⁷

Por su parte, Alfredo Poviña continuó haciendo lo que mejor sabía hacer: presentar de manera esquemática y resumida un examen y comentario de las principales doctrinas sociológicas del pasado como del presente y reconstruir las principales fuentes, acontecimientos y etapas de la historia de la sociología latinoamericana.⁷⁸

En cualquier caso, el panorama de las expresiones sociológicas durante el período no es el de la unidad intelectual ya sea en torno de ciertas problemáticas, ya sea en torno a los principios y las tareas que conciernen a la disciplina sino el de la diversidad e incluso rivalidad de concepciones. Quizá la nota común fue, con algunas excepciones, las expresiones de recelo hacia la sociología empírica, y en especial, hacia la sociología norteamericana, juzgada unas veces de “practicista”, otras de “naturalista” o como “mero catálogo de fenómenos sociales”, pero en cualquier caso siempre de manera negativa, juicios ciertamente fundadas más en la ignorancia que en un conocimiento de dicha tradición. El hecho de que Plácido Horas, refiriéndose a la investigación social y sus técnicas, incluyera en primer término entre estas últimas el “sistema monográfico de Le Play” es un claro indicador del carácter desactualizado y los obstáculos que había a una recepción más favorable a la sociología empírica norteamericana. Por lo demás, y si bien los programas de enseñanza incluyeron la referencia a los principales métodos y técnicas de investigación social a través de la incorporación de algunos libros de texto referidos al tema, no fue este un capítulo relevante de la enseñanza de la sociología

Una impresión diferente puede extraerse de la observación de la evolución de la disciplina en el plano institucional. En efecto, en un puñado de años, quienes tuvieron bajo su control la enseñanza de la sociología emprendieron una serie de iniciativas

Sociología, N° 7, 1953, pág. 75.

⁷⁷ Fernando Cuevillas, reseña sin título sobre *Conducción política*, de Juan Domingo Perón, en *Revista de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales*, Año VII, N° 30, 1952.

⁷⁸ Alfredo Poviña, “La evolución de los estudios sociológicos en la Argentina”, *Revista Internacional de Sociología*, Madrid, N° 20, 1947; “La sociología nacional y sus antecedentes americanos”, y “Hay sociología en América y hay sociología de América”, ambos en *Ciencias Sociales*, N° 24, vol. IV, 1953; “Die Jungsten Fortschritte der Soziologie in Lateinamerika” en *Kölner Zeitschrift für Soziologie*, Año 4,

tendientes a legitimizar la enseñanza de la sociología en el sistema universitario y llegaron a consolidar posiciones tanto a nivel local, como regional e internacional. A nivel local, además del incremento del número de cátedras y de la creación de una serie de institutos, los principales representantes de la disciplina lograron nacionalizar la enseñanza de la sociología a través de la celebración de la Primera Reunión Nacional de Sociología como de la creación de la primera institución de carácter nacional, la *Academia Argentina de Sociología*. El lanzamiento de la *Revista Argentina de Sociología* debe ser inscripto, igualmente, en ese proceso de nacionalización del campo.

A nivel regional, habían creado y tenían bajo su control la primera asociación regional de sociólogos, que lograron implantar con relativo éxito en los principales países de América Latina. En el plano internacional, habían logrado una importante articulación con las principales organizaciones internacionales de la disciplina, afiliando la Academia Argentina de Sociología y la Asociación Latinoamericana de Sociología a las dos organizaciones internacionales de la disciplina, el *Institut International de Sociologie* (IIS) y la *International Sociological Association* (ISA). En suma, a través de esa activa tarea organizativa los representantes locales de la disciplina habían logrado nacionalizar el campo, invistiéndolo asimismo de una dimensión regional e internacional y terminaron de consolidar una posición en el campo a través de una fuerte articulación internacional en un momento en que la disciplina había comenzado a experimentar -como se verá más adelante- un proceso de creciente internacionalización. Quizá nada ilustra mejor el relativo éxito alcanzado el hecho que una publicación de la UNESCO recientemente creada, el *International Social Science Bulletin*, encargara a Poviña la redacción de un ensayo destinado a exponer el estado de la sociología latinoamericana en el siglo XX⁷⁹

Mientras tanto, y como fuera anticipado más arriba, Germani fue relevado en el Instituto. En 1947 se presentó al concurso para adjunto de sociología en la Facultad de Ciencias Económicas pero fue eliminado de la lista de aspirantes. En 1950 participó durante un tiempo en los intentos de fundación de la Sociedad Argentina de Sociología. Redactó un proyecto para tal fin -comentado más arriba- e incluso durante unos seis meses se desempeñó como vicepresidente. A su vez, participó activamente de las principales actividades desarrolladas durante este período: asistió a la Primera Reunión

vol.1, 1951-1952.

⁷⁹ Alfredo Poviña, "Latin American Sociology in the Twentieth Century" en *International Social Science Bulletin*, vol.IV (3), 1952.

Nacional de Sociología en representación del Instituto de Sociología de la UBA en el que revistaba como Jefe de Trabajos Prácticos. Participó del Primer Congreso Latinoamericano de Sociología, y era, además, miembro del ALAS, del Instituto del Sociografía y Planeación de la Universidad Nacional de Tucumán, y del Institut International de Sociologie.

No obstante, de ahí en adelante, y hasta 1955, Germani desarrolló una intensa actividad intelectual en espacios no oficiales, como editor y traductor, por un lado, y como profesor de sociología y psicología social en el Colegio Libre de Estudios Superiores, por el otro. Dirigió dos colecciones de libros, "Ciencia y Sociedad", en la editorial Abril y "Biblioteca de Psicología Social y Sociología" en Paidós. En 1946 dictó en el Colegio Libre su primera conferencia "Bosquejo de una psicología social para una época de crisis". Aunque sólo llegaría a publicar dos artículos en la revista del colegio, *Cursos y Conferencias*, su actividad como profesor en dicha institución fue relativamente intensa, especialmente, desde 1950 en adelante, y en la filial de Rosario, la única que sobrevivió hasta 1954. (La de Buenos Aires fue cerrada en 1952) Además del curso mencionado anteriormente, en el período comprendido Germani dictó los siguientes cursos: "Fundamentos de psicología social", "Relaciones entre escuela y sociedad", "Ideología y personalidad", "Análisis de la crisis contemporánea", "Sociología de las elites", "La tradición positivista (Mill, Comte y Durkheim)" y "Sociología industrial".⁸⁰ Los temas de los cursos que Germani dictó en el Colegio Libre reflejan un conjunto de preocupaciones y la presencia de ciertas problemáticas que estarían presentes igualmente -como se verá más adelante- en su actividad editorial.

En los diez años de gobierno peronista, Germani estrechó sus vínculos con los círculos intelectuales opositores al régimen. A través de ambas actividades logró establecer una importante red de relaciones a través de las cuales fue ganando cierta legitimidad y reputación en el campo. Así, en 1946 fue invitado a dictar un curso en el Instituto del Profesorado Secundario de la provincia de Catamarca. La invitación fue cursada por Norberto Rodríguez Bustamante, que se desempeñaba entonces como director de las secciones de Filosofía y Pedagogía de dicho Instituto y que años más tarde se convertiría en un estrecho colaborador suyo en la fundación del Departamento de Sociología. Al año siguiente, la invitación se extendió a la Universidad Nacional de Tucumán y a iniciativa del *Instituto de Sociografía y Planeación* (a cargo del sucesor de

⁸⁰ Para esto último, véase, Federico Neiburg, *Los intelectuales y la invención del peronismo*. Alianza, Buenos Aires, 1998, pág. 203-204.

Renato Treves en la cátedra de Sociología de dicha universidad, Miguel Figueroa Román). Ambos establecimientos, tanto el Instituto del Profesorado como el Instituto de Sociografía mantenían estrechas relaciones con el Colegio Libre de Estudios Superiores.

Durante este período, la labor intelectual de Germani estará consagrada fundamentalmente a dos grandes cuestiones. En primer lugar, a redefinir, a partir de una discusión metodológica, el perfil de la disciplina y hacer de ella una ciencia empírico-analítica, una apuesta que más tarde recibiría el nombre de “sociología científica”. Esta redefinición habría de contemplar no solamente un debate metodológico sino también una reestructuración del estatuto de la sociología en el contexto de las disciplinas vecinas, como el psicoanálisis, la psicología social y la antropología, una cuestión, esta última, que se verá claramente reflejada en su actividad editorial.

La segunda cuestión que retendrá su atención intelectual estará consagrada a explorar las transformaciones sociales que habían dado origen al fenómeno político peronista. Germani desarrollaría esta última actividad a través de sus cursos en el Colegio Libre de Estudios Superiores, de la que resultaron los dos ensayos referidos al tema, y que serían publicados en la revista del colegio, *Cursos y Conferencias*, bajo el título de “Repercusiones sociales de los cambios económicos en la Argentina, 1940-1950” y “La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo” en 1952 y 1956 respectivamente. Los próximos capítulos de la tesis estarán consagrados a examinar su actividad editorial.

Capítulo IV

Proyecto editorial y proyecto intelectual

Resumen: este capítulo presenta una caracterización general de la cuestión que aborda esta segunda parte de la investigación: la trayectoria de Gino Germani como editor y traductor, y la importancia que reviste su análisis para una historia intelectual de la sociología en la Argentina. Tradicionalmente descuidado en la literatura sobre el tema, este aspecto de la trayectoria de Germani constituye un elemento decisivo para comprender las preocupaciones intelectuales y políticas que estuvieron en el origen de la orientación sociológica preconizada por Germani, para apreciar, en suma el sustrato o movimiento cultural en el que se inscribió su empresa intelectual. En la primera parte se exponen los principales rasgos de la trayectoria editorial de Germani y se examina, a la luz de la evidencia empírica disponible, el impacto de los materiales editados tanto en su visión de la disciplina como en la organización de la enseñanza de la sociología. La segunda parte presenta una serie de consideraciones metodológicas que fueron adoptadas para examinar esta dimensión de su trayectoria en el contexto de una historia de la sociología.

Como ya se ha dicho, en Argentina los estudios dedicados al surgimiento y desarrollo de las ciencias sociales, y en especial, de la sociología, son tan escasos como fragmentarios.¹ La trayectoria intelectual de Gino Germani, un indiscutido protagonista de dicho proceso, tampoco ha merecido la suficiente atención de parte de los historiadores. La literatura relativa a la figura de Gino Germani ha girado fundamentalmente en torno a dos aspectos. Una buena parte de ella estuvo consagrada a discutir sus hipótesis sobre el peronismo.² La otra, en cambio, se ha ocupado de poner de relieve su importancia en el proceso que condujo a la institucionalización de la sociología como disciplina universitaria.³ Pero en rigor de verdad *no se ha hecho, todavía, una historia cultural e intelectual de la sociología en la Argentina*. Sabemos poco, muy poco, de las fuentes que alimentaron la imaginación sociológica durante el período. La imagen probablemente más corriente es aquella en la que la sociología de entonces aparece dominada por el estructural-funcionalismo, imagen que, más que

¹Para el caso específico de la sociología, véase, Juan F. Marsal, *La sociología en la Argentina*. Buenos Aires, Compañía General Fabril Editora, 1963; Eliseo Verón, *Imperialismo, lucha de clases y conocimiento. Veinticinco años de sociología en Argentina*. Tiempo Contemporáneo, Bs.As., 1974; Francisco Delich, *Crítica y autocrítica de la razón extraviada. Veinticinco años de sociología*. El Cid Editor, Venezuela, 1977; y Torcuato Di Tella, "La sociología argentina en una perspectiva de veinte años", en *Desarrollo Económico*, vol. 20, N° 79, octubre-noviembre de 1980.

² Véase, Miguel Murmis y Juan C. Portantiero, *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Siglo XXI, Bs. As., 1971; Tulio Halperin Donghi, « Algunas observaciones sobre Gino Germani, el surgimiento de peronismo y los migrantes internos », Peter H. Smith, "Las elecciones de 1946 y las inferencias ecológicas" y Eldon Kenworthy, "Interpretaciones ortodoxas y revisionistas del apoyo inicial del peronismo" en Manuel Mora y Araujo e Ignacio Llorente, *El voto peronista. Ensayos de sociología electoral*. Sudamericana, Bs.As., 1980. Juan Carlos Torre, « Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo » en *Desarrollo Económico*, vol. 28, N° 112, enero-marzo de 1989; y Federico Neiburg, *Los intelectuales y la invención del peronismo*. Alianza, Buenos Aires, 1998.

³ Juan F. Marsal, *op. cit.*; Eliseo Verón, *op. cit.*; y Enno Liedke Filho, "Sociologia e sociedade Brasil e Argentina (1954-1984)". *Cuadernos de Sociología*, N° 2, maio de 1990, Porto Alegre, Brasil.

aclararla y tornarla comprensible, no ha hecho más que simplificarla.

De los pocos estudios dedicados al análisis de su papel como promotor del desarrollo de las ciencias sociales en la Argentina, ninguno ha reparado, por lo demás, en su intensa actividad editorial y su posible significación tanto respecto a su propia producción intelectual como a la constitución de dicho campo disciplinario.

En efecto, a partir de 1944 y durante un período que comprende aproximadamente unos veinticinco años, Gino Germani desarrolla en la Argentina una activa tarea editorial como director de las colecciones “Ciencia y Sociedad”, de la editorial Abril y “Biblioteca de Psicología y Sociología”, de Paidós. Traducciones, estudios preliminares y prólogos a distintas obras de origen extranjero caracterizan una intensa actividad de difusión intelectual. Renovación del vocabulario, difusión de nuevos conceptos y perspectivas disciplinarias y apertura hacia nuevas formas de pensamiento social: he ahí algunas de las operaciones constitutivas del proyecto editorial de Germani. Esta segunda parte de la investigación estará precisamente consagrada a explorar este aspecto relativamente poco conocido de su trayectoria intelectual: *el concerniente a su papel como editor y traductor*. ¿Con qué propósito? El de revelar, por un lado, el modo en que Germani construye, a través de la selección de un linaje de textos, los perfiles de una tradición intelectual, y el de analizar, por el otro, la significación de los materiales de las colecciones de Germani en la definición de las orientaciones teóricas e ideológicas de la sociología y en la formación de sus intereses cognoscitivos.

Sin embargo, deberá advertirse que no se trata de un estudio de las editoriales en las que Germani tuvo a su cargo las colecciones mencionadas -o no lo es en sentido estricto. Tanto la editorial Abril, pero más acusadamente Paidós, contaron en sus fondos editoriales con una variedad tal de colecciones dedicadas a distintas especialidades del campo de las humanidades⁴, que si resulta difícil analizarlas a todas en detalle, por una parte, dicho análisis, por la otra, trasciende los intereses y los alcances de nuestra investigación. Tampoco es éste un estudio sobre la historia del campo editorial en la Argentina -nuevamente, o no lo es en sentido estricto. Más bien se trata de un análisis de los proyectos editoriales que Germani llevara a cabo en dichas editoriales con el fin

⁴ Puede apreciarse tal variedad en el siguiente listado de colecciones con que contaba la editorial Paidós: Biblioteca de Psicología evolutiva; Biblioteca de psicología educacional y ciencias de la educación; Biblioteca de psicología de la personalidad; Biblioteca filosófica; Biblioteca temas del siglo XX; Biblioteca de educación física; Biblioteca de psicometría; Biblioteca psicologías del siglo XX y Biblioteca de psicología profunda.

de poner de relieve las estrategias intelectuales puestas en práctica y el modo en que los materiales publicados contribuyeron a dotar de un perfil y un contenido preciso a la imaginación sociológica en Argentina durante esos años.

Gino Germani, editor y traductor

En 1944, Germani escribe el prólogo a *Política Exterior de los Estados Unidos*, de Walter Lippmann, para la editorial Abril; en 1946 efectúa un estudio introductorio a *La libertad en el Estado Moderno* de Harold Laski y, un año después, traduce, acompañado de un estudio preliminar, *El miedo a la libertad* de Erich Fromm. En 1949 escribe un estudio preliminar a *Estudios de psicología primitiva* de Bronislaw Malinowski, y prologa *El peligro de ser 'gentlemen' y otros ensayos*, de Harold Laski; en 1950 traduce, acompañado de un prólogo, *Psicoanálisis y sociología*, de Walter Hollischer y, al año siguiente, escribe el prefacio a *El carácter femenino*, de Viola Kleim; finalmente, en 1953 realiza un estudio preliminar a *Espíritu, persona y sociedad*, de George H. Mead y, tres años más tarde, escribe la presentación a la edición castellana de *Razón y naturaleza. Un ensayo sobre el significado del método científico*, de Morris R. Cohen, aparecido en la "Biblioteca Filosófica" de la editorial Paidós dirigida por Enrique Butelman.

Hasta aquí los textos en los que la participación de Germani aparece comprometida bajo la forma de la traducción o del prólogo. Pero la lista de los títulos editados en su colección se amplía. Citemos aquellos más significativos: *Adolescencia y cultura en Samoa* (1945) y *Sexo y temperamento* (1947) de Margaret Mead; *La personalidad neurótica de nuestro tiempo*, de Karen Horney (1946), *El retorno de la razón*, de Guido de Ruggiero (1949), *La sociología alemana contemporánea*, de Raymond Aron (1953), *Psicoanálisis del antisemitismo*, de Nathan Ackerman y Marie Jahoda (1954); *La sociedad abierta y sus enemigos*, de Karl Popper (1957); *La personalidad básica*, de Michel Dufrenne (1959); *Carácter y estructura social*, de Hans Gerth y C. Wright Mills (1961); *La muchedumbre solitaria*, de David Riesman (1964) y *El Estado democrático y el Estado autoritario* (1968), de Franz Neumann, entre otros.

Ahora bien, ¿qué intereses teóricos, ideológicos y políticos estaban en juego en esa actividad editorial? ¿Qué problemáticas deseaba el editor someter a debate? ¿Provocaron renovaciones ideológicas significativas? y, en caso de que así fuera, ¿en qué direcciones? ¿Cómo dialogaban esos textos con el resto de las producciones del campo intelectual? En fin, ¿en qué proyecto político-cultural se inscribieron?

A primera vista, la respuesta a estos interrogantes no pareciera sencilla, dada la pronunciada heterogeneidad del material editado; en él conviven, en efecto, una diversidad de tradiciones tanto teóricas como disciplinares. Así, si dentro de las primeras podemos reconocer ciertas expresiones de la Escuela Crítica de Frankfurt, el culturalismo, el psicoanálisis reformista, la *gestalttheorie* y el interaccionismo simbólico, dentro de las segundas, la pluralidad no es menos evidente: antropología, psicoanálisis, teoría política, y psicología social. De manera que la selección del material que a través Abril y Paidós introduce Germani en la Argentina durante estos años no pareciera obedecer a una específica orientación disciplinaria y menos todavía a una tradición cultural determinada. No hay, por tanto, homogeneidad en el plano disciplinario como tampoco en el de las tradiciones intelectuales.

La lista de los materiales editados revela entonces la existencia de un diálogo que Germani mantiene con diversas tradiciones intelectuales. En principio, este hecho, por sí solo, obliga a reconsiderar una imagen bastante corriente sobre su producción intelectual, imagen, según la cual, el estructural-funcionalismo habría desempeñado un rol decisivo en la misma. En efecto, en la visión de sus contemporáneos, la figura de Germani quedó inmediatamente identificada con el estructural-funcionalismo de Talcott Parsons.

Así, a mediados de la década del sesenta, Milcíades Peña, con el seudónimo de Alfredo Parera Dennis, se pronunciaba de manera tajante al calificar la perspectiva de Germani como “ginoparsoniana”.⁵ Años después, Eliseo Verón caracterizaba la “sociología científicista” de Germani como aquella en la que “la perspectiva predominante es, inequívocamente, la del estructural-funcionalismo”. Poco después, y aunque con mayores reservas, Francisco Delich identificaba la influencia del estructural-funcionalismo parsoniano en lo que denominaba como el segundo momento de la producción intelectual de Germani -representado por la edición de *Política y sociedad en una época de transición*- aunque advertía que “las preocupaciones e hipótesis de Germani desbordan largamente las propias categorías parsonianas (que por lo demás no son utilizadas sino infrecuentemente)”.⁶ Sólo recientemente esa imagen ha sido puesta en entredicho, pero, hay que reconocerlo, de parte de un sociólogo

⁵ Alfredo Parera Dennis [seud. de Milcíades Peña], “Gino Germani sobre C.W. Mills o las enojosas reflexiones de la paja seca ante el fuego” en *Fichas de investigación económica y social*, Año II, N° 2, 1964. Un comentario sobre esto en Horacio Tarcus, *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*. El Cielo por Asalto, Buenos Aires, 1996.

⁶ Francisco Delich, *Crítica y autocrítica de la razón extraviada. Veinticinco años de sociología*. El Cid

norteamericano. En efecto, Irving Horowitz ha caracterizado como “superficial” la deuda de Germani hacia Parsons, afirmando que su obra debe ser considerada como “una unión singularmente creativa” de la escuela italiana del poder (Pareto y Mosca) y “la escuela alemana de la autoridad” (Simmel, Weber y Mannheim). En su opinión, es esto último, en todo caso, lo que explicaría la existencia de una fuerte afinidad entre su perspectiva y la de Talcott Parsons.⁷

Ciertamente, y aunque el problema será examinado en el capítulo XII de esta investigación, adelantemos en principio no se trata de negar la importancia de la figura de Parsons en la obra de Germani como tampoco de afirmarla *a priori*. Una aproximación al problema exigiría, en principio, reconstruir el contexto intelectual en el que tuvo lugar el ingreso de Parsons en la Argentina y especificar, seguidamente, qué problemáticas y qué aspectos de esta última encontraron mayor eco en los textos de Germani. En todo caso, lo cierto es que el predominio de aquella imagen, a la vez que ofrece una estrecha caracterización de los orígenes intelectuales de la obra de Germani en particular y de la sociología del período en general, terminó por convertirse en un obstáculo al reconocimiento de las fuentes alternativas al estructural-funcionalismo que, a juzgar por la lista de los títulos editados por Germani, alimentaron, igualmente, la constitución de la tradición sociológica en la Argentina. En tal sentido, un examen de las colecciones en cuestión abre un territorio de exploración sobre un conjunto de materiales culturales cuyo análisis podría contribuir a trazar, estimo, una *primera aproximación relativa a una historia cultural e intelectual de la sociología académica en la Argentina*.

En efecto, y como se ha visto en el capítulo anterior, la institucionalización de la sociología se inició a comienzos de los años '40 y, en la segunda mitad de los '50 adquirió finalmente el rango de una disciplina académica. En 1956, en efecto, Germani asumía la dirección del Instituto de Sociología y al año siguiente eran creados, bajo su dirección, el Departamento de Sociología y la carrera de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

Y bien, ¿qué conexiones pueden discernirse entre el proyecto editorial y esta otra actividad de creación institucional? ¿Cuáles serían las repercusiones del mismo en la organización de los planes de estudios y en los contenidos de la enseñanza de la

Editor, Venezuela, 1977.

⁷ Irving Louis Horowitz, “Modernización, antimodernización y estructura social. Reconsiderando a Gino Germani en el contexto actual”, en Raúl Jorrot y Ruth Sautu (comp.), *Después de Germani. Exploraciones sobre la estructura social de la Argentina*. Buenos Aires, Paidós, 1992.

flamante disciplina? Por cierto, se podría objetar el sentido mismo de estas preguntas, aduciendo, ya sea que su actividad editorial no reviste interés alguno para aprehender la concepción que Germani se hacía de la sociología o que los títulos editados por Germani eran, en rigor de verdad, textos de ocasión, fruto de una actividad marginal de su trayectoria intelectual. Se podría aducir, igualmente, que los materiales de su biblioteca no resultarían relevantes para la construcción de la sociología como disciplina. Pero ¿cómo interpretar entonces la presencia de dichos materiales en la bibliografía que integraba los programas de enseñanza de la sociología en el primer lustro de vida del Departamento y la Carrera? ¿Cómo un hecho puramente residual?

En efecto, y tomando como referencia los programas con que se enseñó la sociología durante dicho período no puede menos que advertirse una presencia significativa de los materiales editados en Abril y Paidós respectivamente.⁸ La presencia de dicha literatura se haría sentir igualmente en la confección de las “Fichas”, el tipo de organización del material bibliográfico empleado por entonces y consistente en una selección de textos -algunos de ellos inéditos y traducidos por profesores o alumnos avanzados- y destinado a hacer accesible a los estudiantes el material de lectura relacionado con la disciplina. Por lo demás, el que los mismos alumnos o investigadores del Departamento de Sociología comenzaran a revistar como traductores de la editorial revela el carácter estrecho de los vínculos entre ambas esferas de actividad intelectual.⁹

Pero hay más. En 1961 aparecía la célebre antología *De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, preparada especialmente por Gino Germani y Jorge Graciarena como material bibliográfico para la carrera. En su prefacio, los editores recomendaban como lectura obligatoria además del libro de Ralph Linton, *Cultura y personalidad* y *El carácter femenino*, de Viola Kleim, *El miedo a la libertad*, de Erich Fromm. Los dos últimos títulos mencionados, como se recordará, habían sido editados por Germani en Abril y posteriormente reeditados en Paidós. Sobre el último de ellos, los editores añadían: “un libro excelente que complementa de manera general casi todo el programa” (Las bastardillas son nuestras).¹⁰ De esta manera, el libro de Erich Fromm era consagrado como un *libro de texto* (“textbook”) de la nueva disciplina.¹¹

⁸ Véase, “El Departamento y la Escuela de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Informe del director”, Bs. As., 1961.

⁹ Entre los traductores ligados al Departamento de Sociología se contaron Eliseo Verón, Miguel Murmis, Ricardo Malfé, Jorge García Bouza, Raquel Ferrario, Mireya Fayard, Jorge Balán y Elizabeth Jelin, entre otros.

¹⁰ La antología fue reeditada en 1964 sin modificaciones.

¹¹ A través de un análisis del dispositivo paratextual que presidió cada una de las ediciones del libro de

Ciertamente, la transformación de *El miedo a la libertad* en un “libro de texto” de una introducción a la sociología se vió favorecida por la emergencia de un nuevo contexto intelectual e institucional que remite, por un lado, a la creación de una nueva disciplina, la sociología, y el surgimiento conexo de nuevos roles sociales y, por el otro, a un cambio en la audiencia de la sociología.

En efecto, el establecimiento de una nueva disciplina pone en juego un interrogante relativo a la identidad, tanto de la disciplina como de sus practicantes. En el universo de las ciencias sociales, la elaboración de una tradición intelectual es una respuesta a dicho interrogante. Una tradición intelectual proporciona, en efecto, un canon, es decir, un grupo de *escritores de referencia* así como un conjunto de *problemas* que son juzgados como relevantes para la disciplina. La existencia de un canon ofrece un foco simbólico, un lenguaje compartido y distintivo y, de esa manera, alguna clase de identidad profesional para sus practicantes. Los libros de textos cumplen, a este respecto, una función de primera importancia. Ofrecen una imagen de la actividad científica en cuestión a través de una reconstrucción de la historia de la disciplina que consiste, básicamente, en referencias a los grandes textos y autores. A este respecto, Alvin Gouldner ha escrito que “si bien puede no importar para la sustancia de una ciencia quién fue, de hecho, su ‘padre fundador’, no obstante, las creencias profesionales compartidas sobre la cuestión pueden ser importantes para la organización social de la disciplina y las autoimágenes de quienes las ejercen. Un ‘padre fundador’ es un símbolo profesional”.¹² Así, los libros de textos fundan una tradición, la de los llamados “clásicos” y proveen así a sus practicantes de un sentido de pertenencia y participación en una larga tradición.

Asimismo, en la Argentina, el nacimiento de la sociología como disciplina universitaria coincidió con un proceso de ampliación del sistema de educación superior que se reflejó en el nacimiento de nuevas disciplinas. Así, además de la carrera de Sociología, fueron creadas las de Ciencias de la Educación y la de Psicología. Por lo demás, durante los primeros años de la década del sesenta, fue precisamente la facultad

Fromm, he analizado los cambios de significado que experimentó como consecuencia de las diferentes formas de difusión y circulación de que fue objeto hasta su definitiva conversión en un “libro de texto” de enseñanza de la sociología. En Alejandro Blanco, “La sociología por escrito: un episodio de su historia intelectual” en *Revista de Ciencias Sociales*, Universidad Nacional de Quilmes, N°13, noviembre de 2002.

¹² En Alvin W. Gouldner, “Emile Durkheim y la crítica del socialismo” en *La sociología actual: renovación y crítica*. Alianza, Madrid, 1979, pág 347.

que nucleaba las nuevas carreras,¹³ la de Filosofía y Letras, la que registró el mayor número de nuevos inscriptos. En el caso de Sociología, los números reflejan con elocuencia un ascenso significativo de su población estudiantil.¹⁴

La emergencia de una audiencia masiva de estudiantes requiere de profesores entrenados en la difusión de los contenidos de la nueva disciplina. Esa actividad de difusión exige una destreza suficiente en los géneros del comentario y la exposición como para identificar y transmitir los problemas que son considerados como relevantes para la disciplina. Un libro de texto cumple, a este respecto, una función central en esa actividad de difundir, comentar y exponer algo nuevo al operar como un símbolo condensador de aquello que interesa a los practicantes de la disciplina.

Ahora bien, aún cuando el examen de las condiciones brevemente reseñadas puede contribuir a explicar la *necesidad* misma de los libros de textos, el mismo no resulta suficiente para explicar la *elección* de Germani por el libro de Fromm, un libro, por lo demás, que en sí mismo no fue de ningún modo concebido como un libro de texto. Ciertamente, podría argumentarse que la elección de Germani obedeció a la falta de literatura sociológica disponible en español durante esos años, y en especial, a la escasez de “libros de texto”. La evidencia histórica disponible debilita, sin embargo, la plausibilidad de dicho argumento.

Veamos en primer lugar lo relativo a los “libros de texto”. En 1942, la colección “Biblioteca de Sociología”, de la editorial Losada, dirigida por Francisco Ayala, editó el *Manual de Sociología*, de Morris Ginsberg; cinco años más tarde, el mismo Ayala publicó en Losada los tres gruesos y macizos volúmenes de su *Tratado de sociología* y en 1952 la editorial Aguilar, de Madrid, editó su *Introducción a las ciencias sociales*. Tres años más tarde, esta última editorial publicó la *Sociología*, de W. F. Ogburn y M. F. Nimkoff. A su vez, en 1945 el Fondo de Cultura Económica editó los dos volúmenes de la *Historia del pensamiento social*, de Howard Becker y Harry E. Barnes, quizá uno de los libros “clásicos” en lo que al género de libros de texto se refiere, y, en 1961, *La teoría sociológica. Su naturaleza y desarrollo*, de Nicholas Timasheff. El mismo

¹³ Entre 1959 y 1964 la población de la Facultad de Filosofía y Letras experimenta un incremento de 146% frente a las facultades más tradicionales, como Ingeniería o Derecho o Medicina, que apenas aumentan su población. Véase, Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Puntosur, Buenos Aires, 1991, págs 86-87.

¹⁴ Eliseo Verón, *op. cit.*, 1974. La evolución de los nuevos inscriptos en el Departamento de Sociología de la Universidad de Buenos Aires es la siguiente: 1960: 483; 1961: 487; 1962: 420; 1963: 349; 1964: 319; 1965: 483; 1966: 533; 1967: 365; 1968: 510; 1969: 419. Norberto Rodríguez Bustamante, “Sociology and reality in Latin America: the case of Argentina”, *International Social Sciences Journal*, vol. XXXI, N°1, 1979, pág. 97.

Germani editó en 1956 en su colección *Sociología. La ciencia de la sociedad*, de Jay Rumney y Joseph Maier y, en 1958, la colección “El hombre, la sociedad y la historia”, de la editorial Galatea/NuevaVisión, dirigida por León Duvjone, editó *Los fundadores franceses de la sociología contemporánea: Saint-Simon y Proudhon*, de George Gurvicht y, al año siguiente, del mismo autor, *Tres capítulos de la historia de la sociología: Comte, Marx y Spencer*. Pocos años más tarde, en 1962, aparece el *Tratado de Sociología*, dirigido también por Gurvicht y editado por la “Colección Universitaria. Serie Filosofía y Ciencias Sociales” de la editorial Kapeluz.

La evidencia histórica en lo que respecta a la literatura sociológica propiamente dicha, como se verá en los próximos capítulos, tampoco permite apoyar el argumento relativo a una falta de disponibilidad de literatura sociológica en idioma castellano. En resumen, aunque ciertamente no muy numerosa, la literatura sociológica disponible en español muestra que las posibilidades de elección de Germani no eran tan estrechas como a primera vista pudiera pensarse. Por tal motivo, la explicación de la inclinación de Germani por la obra de Fromm como “libro de texto” de una introducción a la sociología pareciera exigir la necesidad de contemplar razones diferentes a las de un supuesto páramo bibliográfico.

En cualquier caso, no hay duda del peso alcanzado por la literatura editada en Abril y Paidós en la bibliografía que integraba los programas de estudios del Departamento y de la Carrera de Sociología respectivamente, y la consiguiente necesidad de someterla a examen, en principio, por dos razones íntimamente conectadas. En primer lugar, porque la información consignada revela el carácter estratégico que buena parte de esa literatura habría de jugar en la constitución del perfil disciplinario de la naciente sociología como en el rumbo tomado por la disciplina una vez institucionalizada. En segundo lugar, porque el análisis de dicha literatura nos permitirá capturar un aspecto de esos momentos fundacionales de la disciplina, el relativo a las problemáticas que se articularon y fueron constitutivas en la institucionalización de la disciplina, lo que posiblemente nos permitiría revelar algunos rasgos idiosincráticos del desarrollo intelectual de la sociología en Argentina en comparación con lo que ocurrió en otros países de América Latina.

El método

Ahora bien, ¿cómo debiéramos abordar esta dimensión de la trayectoria de Germani? ¿Sería posible tematizarla como un aspecto adicional de su proyecto de

institucionalización de una “sociología científica” en la Argentina? Tal ha sido, al menos hasta el momento, la perspectiva dominante. Y sin embargo, el examen más superficial de su actividad como editor y traductor sería suficiente para sospechar de la pertinencia de la misma.

Recordemos en principio los nombres de los autores editados: Walter Lippmann, Harold Laski, Erich Fromm, George H. Mead, Bronislaw Malinowski, Walter Hollitscher, Viola Kleim, Guido de Ruggiero, Franz Neumann, entre otros. Ninguno de ellos, curiosamente, podría ser fácilmente adscrito a la categoría de sociólogo. La cualidad de sus textos difícilmente tolerarían ser encasillados como sociológicos *stricto sensu*. A excepción del nombre de George H. Mead, que ha inspirado toda una tradición de investigaciones en el campo de la sociología norteamericana, la del interaccionismo simbólico, ninguno de los autores mencionados suele figurar en los índices onomásticos de los manuales de sociología más corrientes.

Un material entonces difícil de clasificar. El linaje de los textos se abre en diferentes direcciones. Ni escritos por sociólogos ni textos sociológicos, entonces, la selección del material que introduce Germani en la Argentina no pareciera obedecer a un criterio disciplinario específico y menos todavía a una tradición cultural determinada. Por consiguiente, dichos materiales no vienen a suplir la supuesta carencia de bibliografía sociológica en nuestro medio. ¿No deberíamos entonces proceder a una *ruptura del contexto de lectura* en el que ha sido inscrita hasta el momento la trayectoria y la producción intelectual de Germani?

Pero, ¿de qué contexto hablamos? Para decirlo rápidamente: el contexto de lectura regido por la hipótesis del “padre fundador” de la sociología, aquel que nos constriñe a ver en los distintos momentos de la trayectoria de Germani una ilustración del proceso de constitución de la sociología científica y/o moderna en la Argentina. Romper ese contexto implica entonces *sustraer la inteligibilidad de su trayectoria y de su obra del cuadro de una historia teleológica de la sociología como disciplina*.

Por cierto, no es que Germani fuera ajeno a la preocupación relativa al perfil teórico y metodológico de la sociología como disciplina. A esta problemática, bien lo sabemos, consagraría un buen número de ensayos que más tarde reuniría en un libro titulado precisamente *La sociología científica: apuntes para su fundamentación*. El problema estriba, antes bien, en aprehender su intervención editorial y otras de similar estilo como momentos o tránsitos hacia un fin preciso y previsto, la constitución de la sociología como saber de carácter científico, en analizar esos momentos *desde un fin*

que se supone conocido. Y bien, podríamos preguntarnos, ¿cuál es ese fin que debemos suponer como conocido? ¿qué sentidos debemos asignar y de qué sentidos debemos privar a la expresión “sociología científica”? Por lo demás, ¿debería añadir que el nombre de la colección “Ciencia y Sociedad” es sustituido por el más explícito, en términos disciplinarios, de “Psicología Social y Sociología” recién a comienzos de la década del sesenta, cuando Germani comparte la dirección de la colección con Enrique Butelman?

Quizá entonces debemos desplazarnos por un momento de la perspectiva del “padre fundador” de la sociología científica, pero no porque esa perspectiva no sea interesante en sí misma, sino porque muchas veces un compromiso acrítico con ella nos empuja a observarlo *todo* como una confirmación de lo que esa perspectiva ya presupone. He ahí el error de la perspectiva teleologista: dar por sentado lo que debiera ser precisamente el objeto de interrogación: los sentidos asociados al sintagma “sociología científica”. En lugar de proceder de esa manera, se trataría de poner de relieve *qué proyecto de ciencia social va definiendo Germani con los materiales de las colecciones a su cargo*.

Para tal fin, he intentado interrogar dichos materiales desde una doble perspectiva: como organizadores de un campo de problemáticas políticas y sociales y como materiales culturales que alimentaron la imaginación de las ciencias sociales en Argentina durante el período. Una interrogación en esa dirección nos permitiría poner de relieve las tradiciones intelectuales con las que dialogara la sociología y, de esa manera, reconstruir el horizonte de las preocupaciones políticas que dieron origen a ese diálogo. Al mismo tiempo, ofrecería la posibilidad de explorar los rasgos que adquirió en la Argentina la sociología como tradición intelectual y disciplinaria y, de ese modo, poner de manifiesto la especificidad y las modalidades de desarrollo de la tradición sociológica en contextos nacionales específicos caracterizados por problemáticas igualmente específicas. En suma, el propósito de la misma ha sido doble: poner de relieve, por un lado, el contacto Germani con diversas tradiciones de pensamiento y los modos de su recepción y, por el otro, analizar la significación de los materiales de la biblioteca de Germani en la definición de las orientaciones teóricas e ideológicas de la disciplina. Es precisamente en este sentido que, entendemos, esta investigación estaría en condiciones de reconstruir los orígenes culturales e intelectuales de la sociología académica en la Argentina.

Proyecciones

La sociología y la historia de la cultura han puesto de relieve de qué manera el nacimiento de ciertos movimientos culturales e intelectuales ha estado frecuentemente asociado con determinados emprendimientos editoriales tanto como la importancia que adquieren los circuitos informales de sociabilidad intelectual -del que esas empresas constituyen una de sus tantas expresiones- en la dinámica de las innovaciones culturales.¹⁵

A este respecto, y en relación con las distintas formas de asociación intelectual, Raymond Williams¹⁶ distingue las instituciones propiamente dichas y las “formaciones”, concepto que incluye a los movimientos, los círculos y las escuelas que en determinados momentos expresan algunas de las tendencias de la producción literaria y artística. “Las formaciones -escribe Williams- son más reconocibles como tendencias y movimientos conscientes (literarios, artísticos, filosóficos o científicos) que normalmente pueden ser distinguidos de sus producciones formativas”.¹⁷ A diferencia de las instituciones, las formaciones se caracterizan por el reducido número de sus miembros tanto como por la rapidez con que se constituyen y se disuelven. Asimismo, el carácter relativamente laxo de las relaciones que caracteriza a las formaciones dota a estas últimas (a diferencia, nuevamente, de las instituciones, en las que las relaciones entre sus miembros están sujetas a regulación) del carácter acentuadamente informal de un grupo de amigos. Y es que para Williams lo que caracteriza a las formaciones, lo que define su unidad en tanto tal no es tanto la existencia de una determinada doctrina o un programa ideológico sino una constelación de actitudes y valores compartidos.¹⁸

En sus inicios, la actividad editorial de Germani puede ser tratada entonces como formando parte de una “formación”, de un cierto movimiento o círculo intelectual que provocaría nuevas cristalizaciones institucionales, y que en ese sentido es parte importante de una renovación no solamente en los hábitos intelectuales sino también en el espectro de las instituciones universitarias. A este respecto, no es un dato menor el

¹⁵ Anna Boschetti, *Sartre y “Les temps modernes”*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1990. En lo que respecta a la Argentina, véase, Dora Barrancos, *La escena iluminada. Ciencia para trabajadores 1890-1930*. Buenos Aires, Plus Ultra, 1996; Adolfo Prieto, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires, Sudamericana, 1988; y Noemí Girbal-Blacha y Diana Quatrochi-Woisson, *Cuando opinar es actuar. Revistas argentinas del siglo XX*. Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1999.

¹⁶ Raymond Williams, *Marxismo y literatura*. Barcelona, Península, 1980, especialmente cap. 7. Igualmente del mismo autor, *Cultura. Sociología de la comunicación y del arte*. Barcelona, Paidós, 1982.

¹⁷ Raymond Williams, *Marxismo y literatura*. Barcelona, Península, 1980, pág.141.

¹⁸ Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, *Literatura/Sociedad*. Buenos Aires, Hachette, 1993, especialmente cap. IV.

hecho de que los nombres de los integrantes de la empresa cultural de Paidós terminarían desempeñando, con posterioridad a la caída del peronismo, roles protagónicos en el proceso que condujo a la institucionalización de nuevas disciplinas. En 1956 Gino Germani asumía la dirección del primer Departamento de Sociología; en el mismo año, Jaime Bernstein hacía lo propio en la primera carrera de Psicología de Rosario; al año siguiente, Enrique Butelman, que se desempeñaba entonces como profesor de Psicología en el Departamento de Sociología, sucedería a Marcos Victoria en la dirección de la carrera de Psicología de la Universidad de Buenos Aires.

Por cierto, la empresa editorial de Germani se inscribiría, a su vez, en el contexto de una serie de iniciativas similares (revistas y proyectos editoriales) entre las que cabe consignar, en primer lugar y especialmente, el papel cumplido por una institución clave del campo cultural de entonces como el Colegio Libre de Estudios Superiores, que hiciera las veces de una universidad paralela durante la década del gobierno peronista. En efecto, y como ha sido demostrado,¹⁹ muchas de las figuras más relevantes de la renovación universitaria acaecida con posterioridad a la caída del peronismo tuvieron una activa participación en dicha institución. Entre ellos, claro está, el caso de Gino Germani.

Pero también habría que mencionar un conjunto de iniciativas editoriales - revistas y distintas colecciones- que sin duda desempeñaron un papel importante en el campo cultural en tanto círculos de sociabilidad intelectual alternativos a los oficiales. Es el caso en principio de la revista *Centro*, -heredera de *Verbum*- órgano del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras, aparecida en 1951.²⁰ Igualmente, de *Imago Mundi*, aparecida en 1953, y a la que su director, José Luis Romero, en una visión retrospectiva, no vacilaría en calificar como el de una “shadow university”, una universidad en las sombras.²¹ Ese mismo año, aparece el primer número de la revista *Contorno*, cuya importancia ha sido reiteradamente señalada.²²

¹⁹ Federico Neiburg, *Los intelectuales y la invención del peronismo*. Buenos Aires, Alianza, 1998, especialmente, cap. IV.

²⁰ Véase, Carlos Mangone y Jorge A. Warley, *Universidad y peronismo (1946-1955)*. Buenos Aires, CEAL, 1984.

²¹ Felix Luna, *Conversaciones con José Luis Romero. Sobre una Argentina con historia, política y democracia*. Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1978. Sobre *Imago Mundi*, Oscar Terán, “Imago Mundi: de la universidad de las sombras a la universidad del relevo” en *Punto de Vista*, Año XI, N° 33, setiembre/diciembre 1988 y José Omar Acha, “*Imago Mundi* (1953-1956) en una coyuntura historiográfica-política” en *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, Universidad Nacional de Quilmes, N°3, 1999.

²² Véase, Carlos Mangone y Jorge A. Warley, *Universidad y peronismo (1946-1955)*. Buenos Aires, CEAL, 1984; Oscar Terán, “Rasgos de la cultura argentina en la década de 1950” en *En busca de la ideología argentina*. Buenos Aires, Catálogos Editora, 1986.

En lo que se refiere a las iniciativas editoriales propiamente dichas -que serán tratadas con más detalle en el próximo capítulo- cabe mencionar la editorial Losada, especialmente sus colecciones “Biblioteca de Filosofía” y “Biblioteca de Sociología”; la colección “Esquema”, de la editorial Columba, dirigida por José Luis Romero; la editorial Raigal, dirigida por Antonio Sobral; las colecciones dirigidas por Gregorio Weinberg en la editorial Lautaro; la editorial Hormé, especializada en temas de psiquiatría, y, finalmente, la editorial Deucalión.

En tal sentido, la exploración de ciertas zonas del campo editorial bien puede ofrecernos la posibilidad de identificar tendencias culturales, movimientos ideológicos y proyectos políticos característicos del campo cultural en un momento determinado. En nuestro caso, podría decirse que los impulsos modernizadores introducidos por la sociología en el campo intelectual y disciplinario argentino estuvieron fuertemente asociados a la empresa editorial de Germani. Como se mostrará a lo largo de esta investigación, buena parte de la historia de los debates de esa disciplina (y de la trayectoria intelectual de quien en ese momento se asume como su impulsor) puede rastrearse en los textos editados. Ellos revelan el movimiento cultural en el que se inscribió el desarrollo de la sociología de ese momento en la Argentina y ofrecen, consiguientemente, una oportunidad para ensayar una lectura de la obra de Germani a la luz de sus proyectos editoriales.

Finalmente, y dado que esta exploración del proyecto editorial de Germani se inscribe en el contexto de una historia de la disciplina durante el período, un examen de la trayectoria de Germani como editor y traductor habrá de proporcionar sin duda elementos de juicio extremadamente importantes para rehacer dicha historia. Y ello por la sencilla razón de que la constitución de un campo disciplinario supone, entre otras cosas, la elaboración de una tradición intelectual que lo identifica. Ahora bien, ¿cómo se construye una tradición intelectual? ¿A partir de qué materiales y de qué operaciones? ¿Qué relaciones establece con el pasado nacional y/o con las tradiciones existentes? Pero también, ¿qué relaciones establece con otros campos disciplinarios? En tal sentido, el análisis de los proyectos editoriales de Germani ofrece la posibilidad de adelantar una respuesta al menos aproximada a algunos de dichos interrogantes.

Capítulo V

Mundo editorial y sociabilidad intelectual

Resumen: este capítulo reconstruye el contexto editorial en el que tuvo lugar la actividad editorial de Gino Germani. En tal sentido, presenta un estado del campo y de sus principales transformaciones. En la primera parte se examinan las principales colecciones de ciencias sociales y humanidades aparecidas especialmente entre mediados de la década del '40 y mediados de la década del '50, procurando discernir las principales direcciones intelectuales, tendencias culturales, movimientos ideológicos y proyectos políticos característicos del campo cultural del período. En la segunda parte, se examinan los orígenes de las colecciones que Germani tuvo a su cargo, el alcance de las mismas, el público al que iban dirigidas y las principales preocupaciones que estuvieron en su origen. En la tercera parte se analizan las relaciones entre industria editorial y campo cultural, y se sugieren algunas hipótesis sobre el funcionamiento del campo editorial en un contexto político determinado. A este respecto, el capítulo muestra que la industria editorial jugó un papel clave en la formación de la oposición cultural al peronismo. Para quienes durante el decenio peronista habían quedado cesantes o decidieron abandonar la universidad, el mundo editorial obró en principio como un espacio de socialización intelectual, haciendo las veces de una comunidad intelectual alternativa a la cultura oficial y a través de cual fueron tejiendo lazos de solidaridad interna que luego se harían extensivos a otros ámbitos de la práctica intelectual, como el Colegio Libre de Estudios Superiores y en publicaciones como *Cursos y Conferencias*, *Imago mundi* y *Centro*. Junta a estas últimas, en suma, la industria editorial fue, durante toda la década peronista, una de las instancias a través de la cual toda una vida intelectual extra estatal logró mantenerse y diversificarse.

El auge de la industria editorial

Las editoriales Abril y Paidós fueron fundadas en 1941 y 1945 respectivamente. Ahora bien, ¿en qué contexto surgieron? ¿Cuál era en ese momento la situación del mercado editorial? Aunque desgraciadamente escasa, la literatura existente acuerda en definir el período comprendido entre 1936 y 1956 como el de mayor prosperidad de la industria editorial argentina.¹ En efecto, hacia fines de la década del '30, el mundo de la producción editorial local experimenta un verdadero despegue como consecuencia del colapso total de la industria editorial española provocado por la Guerra Civil (1936-1939). Esta última significó la virtual parálisis de la actividad editorial española, la más importante hasta ese momento en lengua castellana. A este hecho se sumó además la emigración a América Latina de conocidos intelectuales republicanos e importantes editores.² Argentina y México serían, a este respecto, los países más beneficiados. En el caso mexicano, y con relación a las ciencias sociales, hay que pensar en el Fondo de Cultura Económica, fundada por Daniel Cosío Villegas en 1934; en la Argentina, el

¹ Raúl Bottaro, *La edición de libros en Argentina*, Buenos Aires, Troquel, 1964; Antonio Eustacio García, *Desarrollo de la industria editorial en Argentina*. Buenos Aires, Fundación Interamericana de Bibliotecología Franklin, 1965; y, Jorge Rivera, "El auge de la industria cultural (1930-1955)" en *Capítulo*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1968.

² Leandro De Sagastizábal, *La edición de libros en la Argentina*. EUDEBA, Buenos Aires, 1995.

caso emblemático es la editorial Losada, fundada por Gonzalo Losada y dotada de un nutrido catálogo de colecciones con las temáticas más diversas.³

Según la información consignada por los autores⁴, si hasta la 1936-37 la producción editorial crece de manera moderada, a partir de ese último año experimenta un crecimiento notable. En efecto, entre 1937 y 1938 la producción local de libros aumentó en un 143 por ciento, hasta alcanzar valores máximos en el trienio 1944-1946. Así, entre 1943 y 1944 el número de casas editoriales ascendió de 69 a 156, y durante toda la década peronista el número se mantuvo por encima de 100. Todavía más. Durante el período comprendido entre 1936 y 1939, que coincide con la fundación de Losada, Sudamericana y Rueda, posiblemente los tres sellos editoriales más sólidos y expansivos de la década siguiente, el total de obras registradas asciende a 5.536 contra las 2.359 estimadas globalmente para el período comprendido entre 1900 y 1935. La cifra del total de ejemplares editados en el país es igualmente ilustrativa de la expansión de la industria: entre 1936-1940: 34.290.000; entre 1941-1945: 123.700.000; entre 1946-1950: 145.800.000, registrándose un pequeño descenso en el período comprendido entre 1950-1955 (137183.000 ejemplares) como consecuencia de la crisis económica nacional y la recuperación de las industrias editoriales mexicanas y españolas.

Esta nueva situación contribuyó a la consolidación de una importante industria editorial nacional que habría de impactar, igualmente, en el resto del continente. En efecto, el libro de factura local no solamente domina el mercado interno; también, al poco tiempo -fundamentalmente en los años que van de 1942 a 1947- se convierte en un significativo rubro de las exportaciones no tradicionales. Los libros argentinos conquistan el hasta entonces inaccesible mercado español y su difusión alcanza también los mercados de importantes ciudades latinoamericanas como México, Santiago, Lima, Bogotá, Caracas, Río de Janeiro y Montevideo.

Este extraordinario crecimiento de la industria del libro está a su vez en el origen de la aparición de un conjunto de nuevas especialidades profesionales, entre las que cabe destacar las de asesor literario, director de colección y traductor, y que llegarán a convertirse para muchos autores en una actividad paralela de sus respectivos campos de trabajo. Por lo demás, el auge de la industria cultural durante el período consignado

³ Entre las colecciones más importantes cabe mencionar las siguientes: "Novelistas de Nuestra Época", "Gran Teatro del Mundo", "Biblioteca de Estudios Literarios", "Biblioteca Contemporánea", "Biblioteca Filosófica", "Biblioteca del Maestro", "Biblioteca de Pedagogía" y Biblioteca de Sociología".

⁴Ver nota 1

puede apreciarse igualmente en la edición de publicaciones periódicas. A este respecto, Jorge Rivera ha señalado el período comprendido entre 1944 a 1949 como el período del *boom* de publicaciones periódicas.⁵ Así, si hasta 1943 el total de publicaciones argentinas había alcanzado los 1200 títulos, en 1944 el número asciende a 2720 y manteniéndose en alrededor de los 2000 hasta 1949 y descendiendo a 1500 posteriormente.

Industria editorial y ciencias sociales

En lo que hace a la literatura más específicamente relacionada con las humanidades y las ciencias sociales en general, en el período estudiado pueden reconocerse dos momentos relativamente diferenciados. En el primero de ellos, a comienzos de la década del '40, la editorial Losada, y en menor medida Imán, constituyen los focos de difusión más importantes. En el segundo momento, que se inicia a fines de la década del '40 y se continúa en los '50, surgen una serie de iniciativas editoriales que, aunque dotadas de una amplitud y extensión menor a las que serían capaces de exhibir Losada y Paidós, introducen no obstante importantes renovaciones bibliográficas en el campo editorial. Entre las más significativas cabría mencionar las editoriales Lautaro, Deucalión, Columba, Raigal y Galatea/Nueva Visión.

En lo que respecta al primer momento, fue sin dudas la editorial Losada la principal animadora del campo editorial durante esos años. Fundada en 1938 por Gonzalo Losada, hacia fines de la década del '60 había publicado más de 2000 títulos.⁶ Su catálogo contaría con más de 40 colecciones. “Novelistas de Nuestra Época”, “Gran Teatro del Mundo”, “Biblioteca de Estudios Literarios” y la “Biblioteca Clásica y Contemporánea” fueron quizá sus colecciones literarias más importantes. La editorial contaría igualmente con importantes colecciones en el campo de la educación, como la “Biblioteca del Maestro” y la “Biblioteca de Pedagogía”. Para 1968 esta última había editado más de 100 títulos. Asimismo, y además de la “Biblioteca de Estudios Económicos” y la “Biblioteca de Filosofía Jurídica y Social”, la editorial contaría con dos colecciones de singular relieve, la “Biblioteca Filosófica”, dirigida por Francisco Romero, con más de 100 títulos editados, y, una colección de sociología, la “Biblioteca de Sociología”, que habría de recaer en las manos de un emigrado español, Francisco

⁵ Jorge Rivera, *Op. cit.*, pág. 4.

⁶ *Editorial Losada S.A.. Catálogo 1938/1968*. Buenos Aires, 1968. La información consignada en adelante comprende dicho período.

Ayala, llegado a la Argentina en 1939.⁷

La colección bajo la dirección de Francisco Ayala editaría los siguientes títulos: *Las formas de la sociabilidad*, de George Gurvitch (1941), traducido por el mismo Ayala y, del mismo autor, *Las tendencias actuales de la filosofía alemana* (1944); *La sociología, ciencia de la realidad. Fundamentación lógica del sistema de la sociología*, de Hans Freyer (1944), también traducido y prologado por Ayala; *Manual de Sociología*, de Morris Ginsberg (1942); *Comunidad. Estudio sociológico*, de Robert M. MacIver (1944); *Sociología Argentina*, de José Ingenieros (1946), y *El problema de las generaciones en la historia del arte en Europa*, de Wilhelm Pinder (1946). El director de la colección había proyectado igualmente la edición *Comunidad y sociedad*, de Ferdinand Tönnies,⁸ que aparecería finalmente en 1947.

Por su parte, y también a comienzos de la década del '40, la editorial Imán lanza al mercado su colección "Panorama de la filosofía y de la cultura", que recoge un conjunto de trabajos del filósofo italiano residente en la Argentina Rodolfo Mondolfo, entre los que se destacan *Moralistas griegos* (1941), *La filosofía política en Italia en el siglo XIX* (1942), *En los orígenes de la filosofía de la cultura* (1942), *El genio helénico* (1942), *Rousseau y la conciencia moderna* (1943), *Ensayos críticos sobre filósofos alemanes* (1947) y *El infinito en el pensamiento de la Antigüedad Clásica* (1952). De otro italiano residente en la Argentina, Renato Treves, la editorial publicaría un ensayo sobre Croce, *Benedetto Croce, filósofo de la libertad*. Por lo demás, de Croce la editorial daría conocer *Materialismo histórico y economía marxista* (1942), *Ética y política* (1952), *Lo vivo y lo muerto en la filosofía de Hegel* (1943) *Shakespeare* (1944) y *Ariosto* (1946).

En lo que hace al segundo de los momentos mencionados, debe mencionarse a la colección "Tratados Fundamentales", dirigida por Gregorio Weinberg, de la editorial Lautaro, y de la que formaban parte, entre otros, Manuel Sadosky y Rodolfo Puigrós. La colección de Weinberg daría a conocer, además de ensayos filosóficos e historiográficos, como *Las etapas de la filosofía matemática* (1945), de León Brunschvicg y el *Tratado teológico-político*, de Baruch de Spinoza (1946), prologado por León Dujovne, algunos textos fundamentales de la antropología cultural. El primer

⁷ Además de su desempeño al frente de la nueva biblioteca, Francisco Ayala ya era por entonces un asiduo colaborador del diario *La Nación* y de la revista *Sur*. Asimismo, enseñaba sociología en la Universidad del Litoral, tarea que desarrollaría igualmente en el Colegio Libre de Estudios Superiores y era miembro honorario del Instituto de Sociología de la Universidad de Buenos Aires.

⁸ De Tönnies, el Fondo de Cultura Económica había ya publicado en 1942 los *Principios de Sociología*.

libro editado fue el de Levy-Bruhl, *La mentalidad primitiva* en 1946; al año siguiente apareció *Cuestiones fundamentales de antropología cultural*, de Franz Boas y *Las funciones mentales en las sociedades inferiores*, de L. Levy-Bruhl. Aunque su aparición finalmente se viera frustrada,⁹ la colección había previsto igualmente la edición de *Las formas elementales de la vida religiosa*, de Emile Durkheim.

En la misma editorial, Weinberg dirigía también la colección “Crítica y polémica” que editó en 1950 *Cartas de la cárcel*, de Antonio Gramsci. Esta primera edición, según lo ha consignado José Aricó en su estudio sobre la recepción del pensador italiano en América Latina,¹⁰ constituye el primer indicio de un interés creciente por la obra del filósofo italiano como de los cruces de la cultura liberal-democrática y de izquierda.¹¹ A instancias de Gregorio Weinberg, dichos textos fueron publicados bajo la dirección de Héctor Agosti y con la participación, entre otros, del propio Aricó. Los textos editados fueron, en orden sucesivo, los siguientes: en 1958, con prólogo de Héctor Agosti, apareció *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*; dos años después, *Los intelectuales y la organización de la cultura*; en 1961 *Literatura y vida nacional*, también con prólogo de Agosti. Finalmente, en 1962 *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado Moderno*, traducido y prologado por José Aricó. En “Crítica y polémica” apareció asimismo *El existencialismo*, de George Lefevre.

Testimonio de una voluntad de renovación y actualización es igualmente la aparición, a comienzos de la década del ‘50 de la editorial Deucalión que, bajo la dirección de Osiris Troiani, lanza al mercado la colección “Todo lo nuevo” con la siguiente inscripción:

Todo lo nuevo, lo vivo, lo que fermenta actualmente en el conturbado espíritu de nuestro tiempo. Y no el saber profano de los digestos, sino la síntesis precisa y cristalina, en la que el rigor se trueque en fervor, y viceversa. Y no, tampoco, las vulgarizaciones, que ponen al alcance de que cada cual la reflexión ajena; simplificar es tergiversar; en cada disciplina, en cada tema, el descubridor, el teórico eminente, la primera autoridad mundial. En vez de la meditación serena y cordial, la violencia, el desafío y el frenesí; no vivimos un siglo de oro, éste es un siglo de hierro y de fuego. Las últimas direcciones de la sociología, la

⁹ En la entrevista que mantuve con Gregorio Weinberg, octubre de 2000, este último me confesó que la edición del libro de Durkheim se frustró como consecuencia de un allanamiento policial.

¹⁰ José Aricó, *La cola en el diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*. Buenos Aires, Puntosur, 1988.

¹¹ En una investigación reciente, *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 1996, Horacio Tarcus afirma que la editorial Lautaro formaba parte del “aparato de difusión cultural” del comunismo en la Argentina y operó como uno de los focos de renovación y actualización de la cultura marxista local.

política como ciencia y como aventura, las concepciones cambiantes de la economía. La filosofía en sus tres vertientes más activas: el catolicismo, un marxismo “abierto” (las comillas del original) y el existencialismo. Psicoanálisis, ocultismo, cibernética, sexología. La poesía actual y la poesía viva del pasado. El arte abstracto, la canción popular. Una animada descripción del espíritu contemporáneo.

El catálogo de la colección incluía textos provenientes de distintas disciplinas del mundo social, especialmente de la filosofía, la psicología y la sociología. En 1953 aparece *Sociología del conocimiento*, de George Gurvitch y Robert Merton; al año siguiente, *Sociometría y psicodrama*, de Jacobo L. Moreno, y en el mismo año, *Existencialismo y marxismo*, de Maurice Merleau Ponty.

Hacia mediados de esa década surge también una editorial importante que habría de alcanzar una proyección significativa en nuestro medio intelectual. Nos referimos a Galatea/Nueva Visión, de la que cabe mencionar aquí la existencia de dos colecciones, dirigidas ambas por León Dujovne, “El hombre, la sociedad y la historia” e “Ideas de nuestro tiempo”. La primera de ellas era presentada a los lectores en los siguientes términos:

Ernst Cassirer, que fue una de las mentes más lúcidas de nuestro siglo, decía que la historia es una de las dos fuentes principales para el conocimiento del hombre. La otra es, a su juicio, el arte. Más la historia no es obra del hombre aislado sino del hombre en sociedad. Y, a su turno, el estudio de la historia y de la sociedad humanas sólo artificialmente o por meras razones prácticas de división de tareas puede ser separado del estudio del hombre que, integrado en sociedad, es sujeto del proceso histórico. Así, la antropología, la sociología, la historia y la reflexión filosófica sobre esta última se hallan entre sí estrechamente ligadas. Por eso esta colección lleva el título de “El hombre, la sociedad y la historia”. En ella eludiremos toda restricción debida a razones de tendencia o ideología y procuraremos ofrecer un cuadro lo más completo posible sobre cuestiones que en nuestra época, por sus características peculiares, cobran una particular actualidad.

Hacia 1960 la colección había editado los siguientes títulos: *Sociología de la cultura*, de Alfred Weber, y *Hombres, máquinas e historia*, de Sam Lilley, en 1957. Al año siguiente aparecen *El héroe en la historia*, de Sidney Hook, *Los fundadores franceses de la sociología contemporánea: Saint-Simon y Proudhon*, de Georges Gurvitch, y *La filosofía de la historia en la Antigüedad y en la Edad Media*, de León Dujovne. En 1959 *Problemas humanos de una civilización industrial*, de Elton Mayo, con prólogo de Sergio Bagú y *Tres capítulos de la historia de la sociología: Comte, Marx y Spencer*, de Georges Gurvitch.

La otra colección, "Ideas de nuestro tiempo", se proponía ofrecer, en palabras de su director:

un reflejo del pensamiento de hoy sobre los diversos aspectos de la vida y de las manifestaciones culturales contemporáneas. Con libertad de criterio, es decir, sin restricciones derivadas de cualquier clase de sectarismo o prejuicio, esta colección aspira a ser un panorama de la actualidad intelectual en sus distintos matices.

Entre los títulos editados por la colección, algunos de ellos verdaderos clásicos del pensamiento social del siglo XX, se cuentan los siguientes: *Introducción al mundo actual*, de José Luis Romero, en 1956; *Lo inevitable en la historia*, de Isaiah Berlin, en 1957; en el mismo año, *La filosofía de la historia de Nietzsche a Toynbee*, del mismo Dujovne y *Elogio de la filosofía*, de Maurice Merleau Ponty; al año siguiente, *Las ciencias humanas y la filosofía*, de Lucien Goldman; *Mito y lenguaje*, de Ernst Cassirer, en 1959 y al año siguiente, *El concepto de clases sociales de Marx a nuestros días*, de Georges Gurvitch.

Hay que mencionar igualmente la editorial Raigal, ligada a la figura de Antonio Sobral y próxima al movimiento de Intransigencia Radical encabezado por Arturo Frondizi. Según José Aricó, la editorial se formó "con el propósito de contribuir a la nacionalización de una cultura democrática que debía confrontarse con el peronismo y con los efectos devastadores de su acción en el plano de la cultura política". Se trataba de "rearmar científica y técnicamente una oposición heterogénea y distanciada de la realidad y de la actualidad del país como consecuencia del confinamiento político al que el régimen la condenara".¹² En una de sus colecciones, "Biblioteca Manuel Belgrano (de estudios económicos)", dirigida por Ricardo Ortiz, fueron editados *Manuel Belgrano: escritos económicos*, con una introducción de Gregorio Weinberg, *Reflexiones sobre la organización económica argentina*, de Esteban Echeverría, *Estructura de la sociedad argentina. Análisis estadístico*, de Gino Germani (1955) y *El materialismo histórico en Federico Engels*, de Rodolfo Mondolfo (1956).

La editorial contaba, a su vez, con la colección "Problemas de la cultura en América", bajo la dirección de Norberto Rodríguez Bustamante. En su presentación la colección declaraba que se proponía "consolidar una conciencia política y económica de Hispanoamérica, a la vez que esclarecer los aspectos más señalados de su cultura, con criterio histórico y sistemático". En 1952 apareció el primer volumen de la colección,

¹² José Aricó, *La cola en el diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*. Buenos Aires, Puntosur, 1988.

Sobre la filosofía en América, de Francisco Romero. Luego siguieron *Momentos y aspectos de la cultura argentina* (1953), de Rodolfo Giusti, *Confines de occidente. Notas para una sociología de la cultura americana* (1955), de Bernardo Canal Feijóo, y *Argentina: imágenes y perspectivas* (1956), de José Luis Romero.

Por último, la colección “Esquemas”, de la editorial Columba, dirigida por José Luis Romero, y que constaba de una serie de textos introductorios sobre distintas problemáticas aunque con un perfil más enciclopédico que conceptual. Precedida del sintagma “Qué es”, la colección daría a conocer a sus lectores breves ensayos relativos al arte, la psicología, la filosofía, etc. El primer volumen, *¿Qué es la filosofía?*, estuvo a cargo de Francisco Romero, y fue seguido, entre otros, por *Introducción al existencialismo*, de Vicente Fatone, *Qué es el psicoanálisis*, de Marcos Victoria, *La cultura occidental*, de José Luis Romero y *Masas y élites en Iberoamérica*, de Alfredo Palacios. Asimismo, debe señalarse la presencia de la editorial Hormé, distribuida por Paidós, un emprendimiento editorial directamente orientado a la publicación de libros de psicología, psiquiatría, psicoterapia psicoanalítica, etc.. Entre los títulos editados pueden mencionarse *Psicodrama* de J.L. Moreno, cuya presentación estuvo a cargo de Jaime Bernstein, uno de los fundadores de Paidós, *Principios de psicoterapia intensiva*, de F.F. Reichmann, *Psicoterapia intensiva de grupo*, de G.R. Bach y *La neurosis básica*, de Edmund Bergler. Finalmente, y aunque no contara con ninguna colección especializada en ciencias sociales, merece mencionarse la editorial Leviatan y Siglo XX, dirigidas por Gregorio Schuartz. Entre los títulos más destacados figuran *El hombre y la sociedad en una época de crisis*, de Karl Mannheim, en 1944, *Humanismo y terror* y *Las aventuras de la dialéctica*, de Maurice Merleau Ponty, editados en 1956 y 1957 respectivamente, *Sociología del público argentino*, de Adolfo Prieto, en 1956, *El opio de los intelectuales*, de Raymond Aron, en 1957, y *La ciencia, su método y su filosofía* y *Ética y ciencia*, de Mario Bunge, en 1960.¹³

La emergencia de las editoriales Abril y Paidós, y especialmente de las colecciones que Germani tendría bajo su dirección, debe comprenderse entonces en el contexto de este mundo editorial en expansión. En tal sentido, la aparición de ambas colecciones puede ser vista como formando parte de un ambiente extremadamente propicio para la producción y edición de material impreso en general como para la edición de libros en particular.

Los orígenes de Abril

La editorial Abril fue fundada en 1941 por Cesar Civita, un empresario italiano que en 1940 había llegado a la Argentina en calidad de representante de la firma *Walt Disney Productions* para la defensa y comercialización de los derechos de autor, patentes y marcas para América Latina. La editorial, que contó con la colaboración de prestigiosos escritores y dibujantes italianos y argentinos como Alberto Ongaro, Hugo Pratt, Ivo Pavone, Oesterheld, Destuet y Shifer, comenzó con la publicación de libros infantiles y revistas de reconocido éxito comercial como *El Pato Donald*, *Misterix*, *Rayo Rojo*, *Salgari*, etc.. Posteriormente, la editorial comenzó a editar revistas para adultos de fotonovelas como *Idilio* (en la que Germani tendría una activa participación) y *Nocturno* y otras como *Más allá*, *Claudia*, *Panorama*, *Parabrisas*, *7 días*.¹⁴

Cuando Italia entró en guerra, Civita estaba en contacto con los italianos antifascistas más influyentes como Guiseppe Parpagnoli, José Coppola, Gino Germani y otros, que se habían separado de la Asociación Cultural Italiana Dante Alighieri y habían creado la Asociación "Nuova Dante". Juntos editaban un semanario antifascista denominado "Italia Libre"¹⁵ que se imprimía en los talleres gráficos del diario socialista *La Vanguardia*.¹⁶ En el recuerdo de Cesar Civita:

Como la Dante se había vuelto fascista entonces fundamos una asociación cultural separada que se llamó la *Nueva Dante* y allí trabajábamos todos, había gente que daba clases de italiano, creo que Germani enseñaba algún idioma; la asociación tenía una vitalidad, era una asociación completamente nueva en un país donde los italianos eran infinitamente numerosos y acostumbrados a una asociación muy grande, con una rica biblioteca, en volúmenes, en profesores, de modo que no era fácil hacerle la competencia, pero nosotros disponíamos de colaboradores muy inteligentes. Mi empresa era considerada como el mejor emporio del mejor periodismo que hubiera en la Argentina; y en un momento dado mis competidores -la mayoría de ellos por entonces españoles, empezaron a sacarme personal. Fue verdaderamente un período heroico en el sentido de que todos nos ocupábamos de todo y cada uno tenía algo que aportar.

Al poco tiempo de fundada, la editorial, que desde sus inicios contó con la presencia de Boris Spivacow, posteriormente director de EUDEBA, Civita decide

¹³ Agradezco a Gregorio Schuartz la cesión de los catálogos de Leviatan y Siglo XXI.

¹⁴ Referencias a la creación de dicha editorial y a los actores que participaron en ella pueden encontrarse en el libro de entrevistas de Delia Maunás, *Boris Spivacow. Memoria de un sueño argentino*. Colihue, Buenos Aires, 1995.

¹⁵ El nuevo periódico, una hoja bilingüe dirigida por Nicola Cillia y cuyo primer número sale el 21 de agosto de 1940, surgió como consecuencia de las profundas divisiones generadas entre los exiliados italianos en la Argentina a raíz de la entrada en guerra de Italia. El periódico expresaría las posiciones más intransigentes y antisoviéticas. Véase, Pietro Rinaldo Fanesi, *El exilio antifascista en la Argentina*, 2 vol., Buenos Aires, CEAL, 1994.

incorporar a un grupo de escritores y profesores que por distintos motivos habían sido marginados de sus profesiones. Así, ingresaron Antonio Salonia, que tuvo a su cargo la dirección de fascículos sobre historia, geografía, arte, etc., Cora Ratto de Sadosky, Oscar Varsavsky, Alvaro Yunque, Conrado Nalé Roxlo y Gino Germani, que había sido expulsado del Ministerio de Agricultura en el que hasta entonces se desempeñaba. A este respecto Civita recuerda:

Con mi socio decidimos inventar algunos lugares para esta gente que era toda gente amiga a la que queríamos ayudar y entonces inventamos cosas que no tenían nada que ver con nuestra actividad real y habitual. Todo esto ocurrió alrededor de 1944 y 1945. A Germani era muy difícil ubicarlo porque no era periodista, no tenía experiencia. Entonces lo pusimos como jefe de personal, puesto en el que se desempeñó varios años. Entonces Germani nos propuso hacer una colección de libros, que finalmente se llamaría “Ciencia y Sociedad” y en esa colección se publicaron varios libros. Germani era una especie de asesor, nos aconsejaba, nos ayudaba a organizarnos mejor.

Además de la colección, Germani se desempeñaría como subgerente, y junto a Enrique Butelman había ideado una sección para el semanario “Idilio”, editado por la editorial, que llevaba el nombre de “El psicoanálisis le ayudará”. En dicho semanario, Germani y Butelman realizaban análisis de las descripciones de los sueños que enviaban los lectores. Ilustrados por fotomontajes de Grete Stern, los textos de Germani y Butelman aparecían bajo el seudónimo de Richard Rest,¹⁷ denominación deformada del nombre de un amigo en común, Ricardo Resta.¹⁸ Sobre esta experiencia Butelman comenta:

Poco a poco se fue transformando en un consultorio sentimental. Pero lo importante es que ese fue el primer medio masivo que incluyó la psicología en sus páginas. Yo contesté cartas hasta el '51 o '52, y por esos años vivía exclusivamente de mi trabajo en Abril porque Paidós daba muy escasas ganancias.

Aún cuando, comparada con la de Paidós, tanto la duración de la colección de Abril cuanto los títulos efectivamente editados hayan sido significativamente menores,¹⁹ el programa editorial de Germani para la colección “Ciencia y Sociedad” de la editorial

¹⁶ Entrevista con Cesar Civita, mayo de 1996.

¹⁷ Luis Priamo, *Grete Stern*, Fondo Nacional de las Artes, 19..

¹⁸ Ricardo Resta fue un colaborador de la revista *Cultura Italiana*, dirigida por Guido de Ruggiero y de la que Germani era su secretario de redacción.

¹⁹ La colección “Ciencia y Sociedad” se inicia en 1944 y en 1949 el fondo editorial de la colección es adquirido por Paidós que conserva por unos años el nombre original de la colección.

Abril se revelaría, a juzgar por la lista de títulos publicados y la de aquellos otros que la colección tenía previsto editar,²⁰ asaz ambicioso.

La colección incluía tres secciones. En la primera de ellas, “Obras de filosofía”, Germani había programado la edición de *Lógica. Teoría de la investigación*, de John Dewey y, del mismo autor, *Los problemas del hombre*. La segunda, “Obras de sociología y ciencias sociales”, daría a conocer a los lectores *Sexo y temperamento*, *Adolescencia y cultura en Samoa* y *Educación y cultura en Nueva Guinea*, de Margaret Mead; *El gobierno parlamentario en Inglaterra*, *El peligro de ser ‘gentleman’*, *El pensamiento político inglés desde Locke hasta Bentham* y *La libertad en el Estado moderno*, de Harold Laski; *El miedo a la libertad*, de Erich Fromm; *El retorno a la razón*, de Guido De Ruggiero; *La crisis del progreso*, de George Friedmann y, por último, *Espíritu, persona y sociedad*, de George Hebert Mead. Finalmente, la tercera sección, “Panoramas e introducciones” había previsto la edición de *Filosofías del siglo XX*, de Guido De Ruggiero, *Psicologías del siglo XX*, de Edna Heidebreder y *La sociología alemana contemporánea*, de Raymond Aron.

Pero el interés del empresario Civita no parecía estar depositado precisamente en los libros, de modo tal que, aunque Germani continuó ligado a la editorial por unos años más, al poco tiempo la colección fue adquirida por Paidós.

El nacimiento de Paidós

En 1944 Enrique Butelman y Jaime Bernstein fundaron la editorial Paidós y al año siguiente aparecía el primer volumen, *Conflictos del alma infantil*, de Carl Jung, con prólogo de Marcos Victoria, un ensayista y escritor que sería posteriormente el primer director de la carrera de Psicología de la Universidad de Buenos Aires. Lo que empezó siendo una empresa verdaderamente modesta, se revelaría, con el correr de los años, en una de los emprendimientos editoriales más importantes de América Latina tanto en términos de los títulos editados, de la diversidad de su catálogo cuanto por el alcance de su distribución,²¹ y cuya importancia para la emergencia de un campo de las ciencias sociales en la Argentina sería difícil de subestimar. En efecto, al frente de sus colecciones la editorial lograría tener a algunas de las figuras más relevantes del campo

²⁰ La aparición de los libros que se citan a continuación en página estaba programada para 1947.

²¹ En los primeros cuarenta años la editorial llegó a editar aproximadamente unos 2.000 títulos y el 65% de la producción era vendido en el mercado hispanoamericano, especialmente en México, Colombia, y Venezuela. En “Editar para formar una sociedad más sana y más justa”, entrevista con Enrique Butelman, *Primer Plano*, 13 de mayo de 1984.

de las humanidades y las ciencias sociales: Gilda Romero Brest y Enrique Romero Brest en educación; Gregorio Klimovsky en filosofía; Ramón Alcalde y Eduardo Prieto en cultura clásica; Tulio Halperin Donghi, Nicolás Sánchez Albornoz y Roberto Cortés Conde en historia de América Latina; Bernardo Berbitsky y David Viñas en literatura; Marshall Meyer en ciencia e historia de las religiones; Jorge Romero Brest en arte y Gino Germani en ciencias sociales.

Desde sus comienzos Gino Germani formó parte del grupo. Una larga amistad unía a Germani con Enrique Butelman. Habían compartido la universidad y, como se recordará, por esos años ambos trabajaban en la editorial Abril. Hacia fines de la década del '40 la colección que Germani dirigía en Abril es adquirida por Paidós conservando hasta fines de los años '50 el nombre original, "Ciencia y Sociedad". Recién en 1961 la colección asume el nuevo nombre, "Biblioteca de Psicología Social y Sociología" y de ahí en adelante Germani comparte su dirección con Enrique Butelman.

¿Cuáles eran las aspiraciones de los editores de Paidós? ¿En qué proyecto intelectual deseaba inscribirse la empresa editorial? ¿Cuál era el público al que se dirigía? ¿A quiénes pretendía interpelar? Desgraciadamente no contamos con documentación relativa a los años de fundación de la editorial. Pero podemos formarnos una idea aproximada con el recurso a algunos testimonios. En una entrevista de hace unos años Enrique Butelman²² realizaba los siguientes comentarios sobre los comienzos de Paidós:

Cuando volví a Buenos Aires, empecé a pensar qué podía hacer. La universidad no ofrecía perspectivas alentadoras así que tampoco era el ámbito ideal para desarrollar alguna actividad. Con Jaime Bernstein quise hacer primero una colonia de vacaciones, pero no resultó. '¿De qué entendemos? ¿qué sabemos?', nos preguntábamos. 'Hagamos una editorial', dijimos y nos largamos. Era el momento del surgimiento de una industria editorial argentina fuerte, dados los quebrantos de las empresas españolas por la Guerra Civil.

La respuesta del público a la nueva oferta terminó por confirmar las expectativas de los editores. En efecto, y aún cuando en sus primeros años la empresa no había ido todo lo bien que sus editores imaginaban, en la década siguiente los dividendos comenzaron a mostrarse favorables.

Nuestro best-seller -declaraba Butelman en una entrevista posterior- es *El arte de amar*, de Erich Fromm, seguido por *El miedo a la libertad* del mismo

²² En "Enrique Butelman o ese destino maldito de amar los libros", entrevista con el autor, *Tiempo Argentino*, 9 de octubre de 1983. Agradezco a Hugo Vezzetti el haberme proporcionado este material.

autor. Del primero llegamos a vender un promedio de 70.000 ejemplares anuales. [...] Otro de nuestros clásicos es *La personalidad neurótica de nuestro tiempo*, de Karen Horney”.²³

De cada título, según Butelman, solían editarse de tres mil a seis mil ejemplares. A su vez, y aunque no del todo exhaustivos, los datos referidos a ediciones y reediciones con que contamos son, creemos, bastante representativos del relativo éxito de la empresa. Veamos entonces a este respecto algunos datos referidos a los títulos más significativos. *La libertad en el Estado moderno*, de Harold Laski, se editó en 1945 y fue reeditado al año siguiente. Editado por primera vez en Abril en 1947, *El miedo a la libertad*, de Erich Fromm fue reeditado por Paidós en 1951 y 1957 y 1961 respectivamente. Hasta 1969 se había vendido 150.000 ejemplares, 95.000 de ellos en Argentina.²⁴ Hacia 1960, *La personalidad neurótica de nuestro tiempo*, de Karen Horney, había alcanzado ya su quinta edición (1946, 1951, 1956, 1958 y 1960 respectivamente). La primera edición de *Psicoanálisis y sociología*, de Walter Hollitscher, apareció en 1950 en la colección “Biblioteca Ciencia y Sociedad” de Paidós. Fue reeditado en la “Psicología Social y Sociología” en 1956 y 1960 respectivamente. *Sexo y temperamento*, de Margaret Mead, apareció en 1947 en la colección de Abril y fue reeditado en Paidós en 1961. Prologado por Germani, *El carácter femenino. Historia de una ideología*, de Viola Kleim, apareció en Paidós en 1951 y fue reeditado en 1958 y 1961 respectivamente. Prologado también por Germani, *El peligro de ser “gentleman y otros ensayos*, de Harold Laski, fue publicado en 1949 en la biblioteca de Paidós y reeditado en 1961. *Psicoanálisis de la delincuencia juvenil*, de Kate Friedlander, fue editado en 1950 y reeditado en 1956. De 1954 es la primera edición de *Psicoanálisis del antisemitismo*, de N.W. Ackerman y M. Jahoda, y fue reeditado en 1962. La primera edición de *Filosofías del siglo XX*, de Guido de Ruggiero apareció en Abril en 1947 y fue reeditado en 1964 por Paidós. Del mismo autor, *El retorno a la razón*, editado en 1949, fue reeditado bajo el título *Política y democracia* en 1960. *Razón y naturaleza*, de Morris Cohen, fue editado en la colección “Biblioteca Filosófica” de Paidós en 1956 y reeditado en 1965 en la colección “Biblioteca del hombre contemporáneo” también de Paidós. Editada en 1956, *Sociología. La ciencia de la sociedad*, de Jay Rumney y Joseph Maier, fue reeditada por

²³ En “Editar para formar una sociedad más sana y más justa”, entrevista con Enrique Butelman, *Primer Plano*, 13 de mayo de 1984.

²⁴ “Hablando con León Bernstein”, *La Prensa Libre*, Costa Rica, 8/2/69, citado en Hugo Vezzetti, “Las ciencias sociales y el campo de la salud mental en la década del sesenta”. En *Punto de vista*, N° 54, abril de 1995.

cuarta vez 1960. La *Introducción a la sociología*, de E. Chinoy, fue editada en 1960 y reeditada en 1962.

Los datos consignados ofrecen una medida aproximada del impacto editorial y de su importancia en la formación de un nuevo público lector. Si tomamos como indicador el primer año de edición, se observa que en el período de una década el material fue reeditado, en casi todos los casos, por segunda y tercera vez. Ahora bien, ¿a qué público pretendían llegar los editores? En la entrevista antes citada, Butelman refiere lo siguiente:

[Por esos años] se leía a Freud. La psicología freudiana era la que atraía a más gente. Piense que no era mucho lo que se leía, desde el momento en que la carrera no existía como tal. Psicología era una materia en las carreras de Pedagogía y Filosofía y algunos la cursaban como optativa. Tampoco existía la profesión propiamente dicha; los únicos que hacían psicología eran los analistas (que, además, eran muy pocos). Pero ya había traducciones de Freud que venían de España. También se leían temas de psiquiatría pero no demasiado modernos sino más bien vinculados a todo lo que se había escrito a principios de siglo -y algunas cosas de Jung y Adler. Todo venía de España porque en la época de la República la psicología había adquirido un gran auge".²⁵

Eduardo Prieto, uno de los primeros colaboradores del proyecto,²⁶ comenta lo siguiente:

En sus inicios, Paidós era chico; una empresa de idealistas. ¡qué podía hacer uno con textos de psicología si ni siquiera había una carrera! Paidós empezó en Cabildo al 1600, en la casa del padre de Butelman, que era un hombre de la colectividad judía de mucho dinero. Al principio se editaron materiales de psicometría, test; esas cosas se vendían porque había un movimiento psicoanalítico y psicológico más importante con la Escuela Psicoanalítica Argentina que se había iniciado con Garma a principios de los '40.²⁷

En efecto, la psicología y el psicoanálisis habían adquirido por esos años un auge significativo.²⁸ Ya desde la década del '20, el psicoanálisis era incorporado en los

²⁵ En "Enrique Butelman o ese destino maldito de amar los libros", entrevista al autor en *Tiempo Argentino*, 9 de octubre de 1983.

²⁶ Eduardo Prieto y Gino Germani se conocieron en la segunda mitad de los años '30 en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires mientras cursaban la carrera de grado y, hacia los años '40, Prieto participó en algunas investigaciones emprendidas por Germani en el Instituto de Sociología bajo la dirección de Levene. En la editorial Paidós, Prieto colaboró en algunas traducciones (tradujo, entre otros, *Teoría e historia de la historiografía*, de Benedetto Croce; *Análisis del espíritu*, de Bertrand Russel y *El hombre y sus problemas*, de John Dewey) y más tarde, tuvo a su cargo la colección de Cultura Clásica.

²⁷ Entrevista con Eduardo Prieto, agosto de 1996.

²⁸ Para una historia del psicoanálisis en la Argentina, véase, Hugo Vezzetti, (Comp.) *El nacimiento de la psicología en la Argentina. Pensamiento psicológico y positivismo*. Buenos Aires, Puntosur, 1988; del mismo autor, *Freud en Buenos Aires*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1996; igualmente, Jorge Balán, *Cuéntame tu vida. Una biografía colectiva del psicoanálisis argentino*. Buenos Aires, Planeta, 1991, y Mariano Ben Plotkin, "Freud en la Universidad de Buenos Aires: la primera etapa hasta

distintos programas de enseñanza de la psicología y en las publicaciones médicas más prestigiosas, como *La Semana Médica*, *Revista de Psiquiatría y Criminología* e *Index*. Asimismo, durante la década del '30 el Colegio Libre de Estudios Superiores ofrecía cursos sobre la temática dictados por Jorge Thenón, Gregorio Bermann y, poco después, por Ángel Garma. Pero no era sólo en los círculos doctos donde el psicoanálisis había encontrado una acogida favorable -independientemente de la calidad y/o la orientación con habrían de caracterizar su recepción. A través de una serie de revistas y semanarios de circulación masiva, el psicoanálisis comenzaba a conquistar las expectativas del gran público. El *Hogar* incluiría en sus páginas distintos artículos sobre el tema; asimismo, el poeta peruano Alberto Hidalgo, bajo el seudónimo de Dr. Gómez Nerea, pondría al alcance del gran público una colección multivolumen titulada *Freud al alcance de todos*, mientras *Jornada*, el nuevo nombre asumido por el diario Crítica luego de su clausura por el golpe del '30, incorporaba una sección fija sobre psicoanálisis en la que un "experto psicoanalista", que firmaba con el nombre de "Freudiano", tenía a su cargo la tarea de interpretar las narraciones de los sueños que sus lectores enviaban al diario. Una experiencia esta última que, curiosamente, dos de los editores más importantes de Paidós, Gino Germani y Enrique Butelman, reeditarían en el semanario "Idilio", de la editorial Abril, durante la década del '40,²⁹ lo que ilustra el peso adquirido por el psicoanálisis en la conciencia pública. Por lo demás, y aún cuando todavía no existía la carrera de psicología, ya en 1942 había sido fundada la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA), que contribuyó enormemente a su difusión y, al año siguiente aparecía su órgano oficial, la *Revista de Psicoanálisis*.

Frente a este arco de expectativas en torno a la disciplina fundada por Freud, el proyecto editorial de Paidós, la *primera editorial especializada en temas de psicología y educación*, habría de cumplir indudablemente un rol por demás significativo en la difusión del psicoanálisis y la psicología, en la consolidación de un público lector como finalmente en la creación de la carrera de psicología. En efecto, desde sus comienzos la psicología sería la especialidad más destacada del emprendimiento editorial. Así lo confirma la nómina de sus primeras colecciones: "Psicometría y Psicodiagnóstico" (1946); "Psicologías del Siglo XX" (1947); "Psicología profunda" (1954); "Psicología

la creación de la carrera de Psicología", en EIAL, vol. 7, N°1, 1996 y "Psicoanálisis y política: la recepción que tuvo el psicoanálisis en Buenos Aires (1910-1943)" en *Redes. Revista de Estudios sociales de la ciencia*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, vol. III, N° 8, 1996.

²⁹ La sección se titulaba "El psicoanálisis te ayudará" y los sueños de los lectores, que eran ilustrados a través de fotomontajes por Grete Stern, eran analizados por Richard Rest, seudónimo de Germani y

evolutiva" (1956); "Psicología de la personalidad" (1961); "Psicología general" (1962); "Psiquiatría, psicopatología y psicosomática" (1962) e "Historia de la psicología" (1963). Asimismo, en 1959 la editorial lanza una de las primeras colecciones de bolsillo editadas en la Argentina, la "Biblioteca del hombre contemporáneo" y en la que serían reeditados los títulos más significativos de las distintas colecciones con que contaba la editorial. Posteriormente, sus ediciones se amplían hacia otras temáticas. Como ya se ha afirmado, en 1949 la editorial inaugura la colección "Ciencia y Sociedad", a cargo de Germani y que posteriormente recibiría el nombre de "Biblioteca de Psicología Social y Sociología".

Asimismo, en 1964, la editorial, que ya contaba con una colección de "Educación física", inaugura la colección del "Educador contemporáneo" y entre 1967 y 1969 la editorial se aventura hacia nuevas aperturas. Hacia la cultura clásica, con las colecciones de "Historia", "Filosofía" y "Cultura Clásica" (1967) y "Ciencia e Historia de las Religiones" (1968), como hacia la literatura y el arte, con las colecciones "Letras Argentinas (1967), "Letras Mayúsculas" (1968) y "Arte y Estética" (1969).

En suma, estamos ante un emprendimiento que se caracterizaría por una intensa difusión de nuevas disciplinas, como la psicología, la sociología, la psicología social, el psicoanálisis y la pedagogía, entre otras, tanto como por la consagración de nuevos autores y por la creación de nuevos términos y conceptos. En suma, y como ha podido afirmar Elizabeth Jelin, una de las traductoras de Paidós, se trató de una auténtica tarea de "creación de un nuevo vocabulario".³⁰

Pero volvamos a nuestro interrogante, ¿a qué público o audiencia estuvo dirigida la empresa editorial? ¿Era esa audiencia principalmente académica o extra-académica? ¿Qué demandas específicas para las ofertas intelectuales estaban entonces presentes y en qué entornos organizacionales? En el prólogo a la versión española de *Estudios de psicología primitiva*, de Bronislaw Malinowski, de 1949, firmada por los editores, se afirmaba la intención de "brindar al médico, al psicólogo y al educador la documentación bibliográfica indispensable para *conocer, formar y reformar* al hombre". A juicio de los editores, los estudios de Malinowski reunidos en el volumen trascendían "el campo estrictamente etnológico. Este libro -declaraban- importa asimismo al psicólogo, en cuanto constituye un valiosísimo aporte a la dilucidación del proceso de

Butelman. Véase, Luis Príamo, *op.cit.*

³⁰ Citado en Federico Neiburg, *Los intelectuales y la invención del peronismo*. Buenos Aires, Alianza, 1998, pág. 242.

integración humana y del papel del condicionamiento social. Por ello, así como por sus estudios sobre la familia y la educación trobriandesa y el cotejo con las civilizadas, interesan asimismo grandemente al educador y al sociólogo”. [...] Y por fin, al político preocupado por el desarrollo y reformas progresistas en el estilo de vida contemporáneo”. En la portadilla de *Psicoanálisis de la delincuencia juvenil*, de Kate Friedlander, editado en 1950, se lee lo siguiente: “Este libro...trata de mostrar qué problemas del vasto dominio de los estudios acerca de la delincuencia cabe resolver mediante el psicoanálisis; y en qué sentido los sociólogos, los criminólogos y los educadores pueden emplear los descubrimientos psicoanalíticos a fin de avanzar en sus investigaciones y cometidos propios. [...] su profundidad e inteligente utilización de los aportes de la sociología, criminología, penología, pedagogía y psiquiatría hacen de *Psicoanálisis de la delincuencia juvenil* un libro que ha de prestar valiosísimos servicios al psicólogo, al psicoanalista, al abogado, al sociólogo, al educador, al psiquiatra y al médico legista”.

“conocer, formar y reformar al hombre”. He ahí uno de los motivos que habría de articular el proyecto: el de un *humanismo científico* en el que la ciencia aparece conectada con la tarea de una ilustración y reforma del hombre y de la sociedad. “Pensábamos editar para formar una sociedad más sana y más justa”, declararía más tarde Enrique Butelman.³¹

...médico, psicólogo, educador, sociólogo: he ahí igualmente un universo de prácticas claramente definido, el de las *profesiones*, y consiguientemente la interpelación de un público preciso, el de los *profesionales*. En suma, humanismo científico y universo profesional: tales los componentes de un imaginario cultural en el que aparecen estrechamente asociados la mentalidad del *especialista con el proyecto intelectual y práctico de reforma de la sociedad*.

A ese público de profesionales dirigiría Germani algunos de los cursos que durante los años del peronismo dictó en el Colegio Libre de Estudios Superiores, tal como lo revela el título de uno de ellos, “Psicología social para educadores: naturaleza humana y cultura” (1952) o la presentación de un curso general de Sociología en el que -decía- “se tratarán los temas fundamentales de la sociología actual, encarándolos esencialmente desde la perspectiva de las relaciones entre escuela y sociedad. Su propósito es el de proporcionar a los educadores los esquemas sociológicos necesarios

³¹ En “Editar para formar una sociedad más sana y más justa”, entrevista con Enrique Butelman, *Primer Plano*, 13 de mayo de 1984.

para una comprensión adecuada de los problemas sociales contemporáneos tales como se reflejan en la infancia y la adolescencia”. El aviso que publicitaba el curso de “Introducción al estudio de la crisis contemporánea”, preparatorio para el curso más especializado sobre “La crisis contemporánea y el totalitarismo” (1956) declaraba igualmente estar dirigido “al público general”.

Mundo editorial y redes de sociabilidad intelectual

Ahora bien, y en términos más generales, ¿cómo describir este mundo editorial en expansión? ¿Signo de qué fenómeno cultural son las colecciones que hasta aquí han sido reseñadas? No es fácil realizar un comentario sobre el mapa trazado fundamentalmente por una razón bastante comprensible. A excepción de nuestro caso de estudio, en la mayoría de las colecciones no contamos con presentaciones, prólogos o introducciones que nos permitan aproximarnos a los modos de recepción de los materiales editados o al menos percibir con algún grado de precisión las preocupaciones e inquietudes intelectuales con que estuvieron asociados dichos emprendimientos. No obstante, avancemos al menos algunas observaciones sumarias.

Lo que esa descripción muestra, en principio, es una voluntad de novedad y actualización bibliográfica. “Estábamos viviendo el clima renovador de la posguerra que el peronismo nos negó”, recuerda Gregorio Weinberg, uno de sus protagonistas.³² En efecto, gran parte de los sellos editoriales estaban en manos de los opositores al gobierno. No hay que olvidar que, hasta la llegada del peronismo al poder, muchos de quienes protagonizan estos emprendimientos se habían desempeñado en la universidad. Con la llegada del peronismo, algunos fueron expulsados mientras que otros la abandonaron.³³

A su vez, podemos observar la presencia de una diversidad de intereses cognoscitivos, en muchos casos ligados a las inquietudes y proyectos de trabajo de los propios editores o directores de colecciones. Tal es el caso, por ejemplo, de las colecciones dirigidas por Dujovne, que, aún cuando no haya dejado de incorporar materiales provenientes de distintas disciplinas, incluso de la sociología,³⁴ la mayoría de

³² Entrevista con Gregorio Weinberg, octubre de 2000. Aunque insuficientemente estudiado, una visión sobre la cultura universitaria durante los años del peronismo puede hallarse en Carlos Mangone y Jorge A. Warley, *Universidad y peronismo (1946-1955)*. Buenos Aires, CEAL, 1984.

³³ En 1946 en la Universidad de Buenos Aires fueron excluidos 1250 profesores, de los cuales 825 renunciaron y 423 fueron expulsados. En Carlos Mangone y Jorge A. Warley, *op. cit.*, pág. 59.

³⁴ A juzgar por el número de títulos publicados puede señalarse la presencia de un pronunciado interés de Dujovne por los escritos de Gurvitch, la figura entonces dominante de la sociología francesa. Hay que

los títulos parecieran girar en torno a los problemas en los que Dujovne estaba trabajando, especialmente, la reflexión sobre la historia y su conexión con el problema de los valores y la filosofía de la historia.

Al mismo tiempo se comprueba el surgimiento de nuevas especialidades profesionales, como las de asesor literario, director de colección y traductor, que llegarían a convertirse para muchos de los que participan en estos emprendimientos o bien en una actividad paralela de sus respectivos campos de trabajo o bien en una actividad alternativa. Es el caso, por ejemplo, de José Luis Romero, Gino Germani, Gregorio Weinberg y Francisco Romero, que, expulsados de la universidad, hallarían en la actividad editorial un canal de expresión de sus inquietudes intelectuales.

De cualquier modo, y no obstante esa diversidad, es ostensible la continua referencia al universo disciplinario de las ciencias sociales -psicología, sociología, psicoanálisis- que parecía ir ganado un público cada vez más acrecido de interlocutores. En algunos casos, las colecciones parecieran acompañar el proceso de gestación de las nuevas disciplinas; en otros, aquellas pueden ser pensadas como respaldando dicho proceso. Al respecto, hay que recordar que en 1956 se creaba en Rosario la carrera de Psicología, bajo la dirección de Jaime Bernstein, y en 1957, en Buenos Aires, la de Sociología, dirigida por Gino Germani, y la de Psicología, dirigida por Marcos Victoria que fue sucedido en el cargo un año después por Enrique Butelman. Un año después, finalmente, se creaba la carrera de Ciencias Antropológicas.

Con excepción de la de Marcos Victoria, la trayectoria de los tres nombres restantes está indisolublemente ligada al mundo editorial. Bernstein y Butelman fueron los fundadores de Paidós y en dicha editorial Germani tuvo a su cargo la dirección de una de sus colecciones más importantes. Asimismo, fue esa editorial la que, antes de su definitiva institucionalización, tuvo a su cargo la difusión de los materiales asociados a dichas disciplinas: proporcionó una nueva biblioteca, y con ella nuevos lenguajes, organizó un público y despertó en éste un conjunto de nuevas expectativas, lo que ilustra, una vez más, la fuerte imbricación entre ambos espacios institucionales, el editorial y el universitario, y lo que es más importante aún, el papel significativo que habría de cumplir ese mundo editorial en expansión, y muy especialmente la editorial Paidós, en la instalación de las nuevas disciplinas.

recordar a este respecto que en 1962 Dujovne escribe un extenso prólogo al *Tratado de Sociología*, dirigido por Gurvitch y editado por la editorial Kapeluz en su "Colección Universitaria. Serie Filosofía y ciencias sociales". De cualquier modo, la orientación sociológica inspirada por Gurvitch no encontraría seguidores en Argentina como tampoco en América Latina.

También puede observarse una puesta al día con las orientaciones de pensamiento por entonces dominantes en el continente europeo, especialmente la fenomenología y el marxismo existencialista. Gregorio Weinberg ha podido confesar: “Era la época de Sartre, de Camus”. A dichas figuras podría añadirse la de Maurice Merleau Ponty, que comienza a ser objeto de una acrecida atención.³⁵ En efecto, y además de la presencia de algunos de los textos del filósofo en las ediciones de Deucalión y Nueva Visión, su obra comenzaba a ser acogida en otros circuitos de difusión. Así, por ejemplo, en 1956 la editorial Leviatan publica *Humanismo y terror*, con traducción de León Rozitchner; y al año siguiente, *Las aventuras de la dialéctica*, traducido también por Rozitchner. A su vez, en 1962 la revista *Cuestiones de filosofía* dedica su primer número al filósofo francés a través de la publicación del ensayo “El filósofo y su sombra”, traducido por Sofía Fischer, y acompañado de un texto crítico de Eliseo Verón, “Merleau Ponty o las aventuras de la filosofía”.

Con todo, e independientemente del carácter fragmentario del mundo editorial que fue configurándose durante estos años, el mismo haría las veces de una *red de asociaciones* entre los intelectuales que protagonizaron estos emprendimientos y se convertiría en un espacio de socialización intelectual y de formación de una comunidad intelectual alternativa a la cultura oficial durante los años del peronismo. Prueba de esto último es la frecuencia con que se reiteran los nombres de quienes protagonizaron estos proyectos tanto en las distintas revistas como en las diferentes colecciones.

Así, por ejemplo, León Dujovne, director de dos de las colecciones mencionadas, además de realizar colaboraciones en la revista *Imago Mundi*, dirigida por José Luis Romero, integraba asimismo su consejo de redacción. Su colección, “Ideas de nuestro tiempo”, como se recordará, incluirá en su catálogo un texto de Romero, *Introducción al mundo actual*. Igualmente, Dujovne escribió el prólogo para la edición del *Tratado teológico-político*, de Baruch de Spinoza, aparecido en la colección “Tratados fundamentales”, de la editorial Lautaro, dirigida por Gregorio Weinberg. El primer libro publicado por la editorial Paidós, dirigida por Butelman y Bernstein, fue prologado por Marcos Victoria, quien, a su vez, tuvo a su cargo la preparación de dos ensayos, *Qué es el psicoanálisis e Introducción a la psicología*, para la colección “Esquemas”, dirigida por José Luis Romero.

³⁵ Atención que fuera subrayada hace unos años por Oscar Terán en *Nuestros años sesenta*. Buenos Aires, Puntosur, 1990.

Pero la frecuencia con que los nombres se repiten puede ilustrarse igualmente con otros casos. Así, la “Biblioteca Filosófica”, de la editorial Paidós, dirigida por Enrique Butelman, publicó en 1959 el libro de Dujovne, *Teoría de los valores y filosofía de la historia*. Como se recordará también, la editorial Raigal editaría el primer libro de Germani, *Estructura social de la Argentina*, y la colección “Problemas de la cultura en América”, bajo la dirección de Norberto Rodríguez Bustamante, se inauguraba en 1952 con la publicación de *Sobre la filosofía en América*, de Francisco Romero. A su vez, Norberto Rodríguez Bustamante, que se desempeñaba como director de la colección de Raigal y era colaborador de la revista *Imago Mundi*, de José Luis Romero, editó de este último *Argentina: imágenes y perspectivas*, y escribió el prólogo a la edición castellana de *La sociedad abierta y sus enemigos*, de Karl Popper, aparecida en 1957 en la colección que Germani dirigía en Paidós. En ese año se crea el primer Departamento de Sociología bajo la dirección de Germani, y Rodríguez Bustamante se integra como profesor de Teoría Sociológica. Como profesores del Departamento de Sociología se contarían asimismo Enrique Butelman, fundador, junto a Jaime Bernstein, de Paidós y, a partir de 1961, codirector junto a Germani de la colección “Biblioteca de Psicología Social y Sociología”, José Luis Romero, director de “Esquemas” en Columba y de *Imago Mundi*, revista que, a su vez, había contado con la colaboración de Germani³⁶ y Tulio Halperin Donghi, que a su vez, y durante un tiempo se desempeñó como secretario de redacción de la revista de Romero.³⁷

Así, la industria editorial jugó un papel clave para muchos intelectuales de la oposición que durante el decenio peronista habían quedado cesantes o decidieron abandonar la universidad. En un contexto de retracción política e intelectual, ese mundo editorial obró en principio, como un espacio de formación y socialización intelectual, a través del cual intelectuales marginados o automarginados de los espacios oficiales fueron tejiendo lazos de solidaridad interna que luego se harían extensivos a otros ámbitos de la práctica intelectual, como el Colegio Libre de Estudios Superiores y en publicaciones como *Cursos y Conferencias*, *Imago mundi* y *Centro*. Junta a estas últimas, la industria editorial fue, durante toda la década peronista, una de las instancias a través de la cual toda una vida intelectual extra estatal se mantiene y diversifica. En

³⁶ En *Imago Mundi* Germani publicó el artículo “Surgimiento y crisis de la opinión pública”, *Imago Mundi*, N° XI/XII, marzo/junio de 1956.

³⁷ Butelman dictaba “Psicología Social”, Romero “Historia Social” y Halperin Donghi “Historia Social Especial”. En “El departamento y la Escuela de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Informe del Director”, Buenos Aires, setiembre de 1961.

una evaluación retrospectiva de la revista *Imago Mundi*, José Luis Romero se atrevió a calibrar dicha experiencia como el intento de constituir una *Shadow University*, una “universidad en la sombras”.³⁸ Aunque sesgada por el carácter retrospectivo, la caracterización puede en todo caso matizarse afirmando que todos esos circuitos, el editorial incluido, contribuirían a la creación de un espacio cultural que se otorgaba reglas de legitimidad propias frente a la marginación de las instituciones oficiales.

La empresa editorial obró igualmente como una importante fuente de empleo, ya sea a través de la dirección de una colección, la traducción de una obra o la corrección de una prueba. Finalmente, el hecho de que tres de los miembros de la editorial Paidós jugarían roles claves en la universidad abierta con posterioridad a la caída del peronismo, pone de relieve la importancia de los circuitos extrauniversitarios o extra-académicos como vectores y aceleradores de los cambios y las innovaciones intelectuales a través de la difusión de las ideas.

³⁸ Félix Luna, *Conversaciones con José Luis Romero*, Editorial de Belgrano, Buenos Aires, 1978.

Capítulo VI

La crisis de la razón y el programa de un racionalismo ampliado

Resumen: este capítulo presenta un examen de la colección “Ciencia y Sociedad” que Germani dirigió en la editorial Abril. La primera parte del capítulo reconstruye el contexto editorial e intelectual de la intervención de Germani. En lo que respecta al contexto editorial, el capítulo documenta el papel desempeñado por la editorial de la *Revista de Occidente* durante la segunda mitad de los ‘30 y, en especial, su importancia en la propagación de la cultura alemana en los medios intelectuales locales. En lo concerniente al contexto intelectual, se analiza lo que se denominó como la reacción antipositivista y, en el marco de esta última, se documenta el ingreso editorial de la sociología alemana y su impacto en los programas de enseñanza de la sociología y las visiones de la disciplina. A la luz de ello, la segunda parte examina la intervención editorial de Germani intentando precisar sus principales alcances, las tradiciones intelectuales que difunde y el horizonte de las preocupaciones políticas en que aparecen recortadas. El capítulo argumenta que más que un proyecto destinado a cubrir un vacío en lo concerniente a la literatura sociológica, la colección de Germani debe ser vista como una estrategia que conecta la reflexión sociológica con el debate en torno de la sociedad de masas, el totalitarismo y el porvenir de la democracia y amplía el horizonte teórico y conceptual de la disciplina, sustrayéndola del contexto de un vocabulario restringidamente disciplinario e inscribiéndola en todo caso en el contexto más amplio de las ciencias sociales. Finalmente, la última parte del capítulo examina el programa de redefinición de las ciencias sociales propuesto por Germani desde la tribuna editorial y las tensiones que el mismo comporta en su visión de la relación entre ciencia y sociedad.

La crisis del mundo moderno

Aún cuando, como se ha afirmado, comparada con la de Paidós, tanto la duración de la colección de Abril cuanto los títulos efectivamente editados hayan sido significativamente menores,¹ el programa de la colección “Ciencia y Sociedad” se revelaba, a juzgar por la lista de títulos publicados y la de aquellos otros que la colección tenía previsto editar,² asaz ambicioso. La colección incluía tres secciones. En la primera de ellas, que llevaba por título “Obras de filosofía”, Germani había programado la edición de *Lógica. Teoría de la investigación*, de John Dewey y, del mismo autor, *Los problemas del hombre*. La segunda, titulada “Obras de sociología y ciencias sociales”, se había propuesto dar a conocer a sus lectores *Sexo y temperamento*, *Adolescencia y cultura en Samoa* y *Educación y cultura en Nueva Guinea*, de Margaret Mead; *El gobierno parlamentario en Inglaterra*, *El peligro de ser ‘gentleman’*, *El pensamiento político inglés desde Locke hasta Bentham*, y *La libertad en el Estado moderno*, de Harold Laski; *El miedo a la libertad*, de Erich Fromm; *El retorno a la razón*, de Guido De Ruggiero; *La crisis del progreso*, de George Friedmann y, por último, *Espíritu, persona y sociedad*, de George Hebert Mead. Finalmente, la tercera

¹ La colección “Ciencia y Sociedad” se inicia en 1944 y en 1949 el fondo editorial de la colección es adquirido por Paidós que conserva por unos años el nombre original de la colección.

² La aparición de los libros que se citan a continuación en página estaba programada para 1947.

sección, “Panoramas e introducciones”, había previsto la edición de *Filosofías del siglo XX*, de Guido De Ruggiero, *Psicologías del siglo XX*, de Edna Heidebreder y *La sociología alemana contemporánea*, de Raymond Aron.

Procedamos, por el momento, a unas cuantas observaciones sumarias. En principio, la diversidad es la primera impresión que puede extraerse observando los títulos editados o programados. En todo caso, podemos afirmar que el arco del interés se abre en varias direcciones, algunas de ellas más disciplinarias que otras. En primer lugar, la presencia de una orientación filosófica característica de la cultura anglosajona como el pragmatismo, representada en este caso por la figura de John Dewey; en segundo lugar, y a juzgar por el número de los títulos editados, puede observarse un pronunciado interés del editor por las investigaciones de Margaret Mead desarrolladas en el campo de la antropología cultural, que, a la vez que marcarían toda una orientación analítica conocida con el nombre de “culturalismo”, habrían de gravitar de manera significativa en el desarrollo de la sociología y la psicología durante este siglo. La proyectada edición de un libro como el de George Mead,³ posteriormente devenido un clásico de la psicología, especialmente de la psicología interpersonal (así como fuente de inspiración de una orientación sociológica conocida con el nombre de interaccionismo simbólico) muestra ya, por anticipado, uno de los rasgos que habría de caracterizar la estrategia editorial de Germani, a saber, la de comunicar la sociología con la psicología social. No falta el ensayo político en el que podríamos incluir los textos de Harold Laski.⁴ Finalmente, podemos reconocer un conjunto de ensayos a los que, de escoger un género para encuadrarlos, nadie dudaría en incluirlos en la especie de la historia intelectual. Es el caso de los textos de Raymond Aron y de Georges Friedmann⁵ que, aunque escritos por dos reconocidos sociólogos franceses, se hallan

³ Acompañado de un prólogo, el libro de Mead, *Espíritu, persona y sociedad*, aparece recién en 1953 en la colección de Paidós, “Psicología social y Sociología”.

⁴ Harold Laski (1893-1950) fue un teórico prominente del Partido Laborista inglés. Aunque en sus primeros escritos sometió a crítica la idea del estado soberano todopoderoso, hacia los años ‘30 giró hacia el marxismo y vió en el estado un instrumento fundamental de la sociedad. En su opinión, las dificultades económicas del sistema capitalista podían conducir a una destrucción de la democracia política y en tal sentido comenzó a ver en el socialismo la única alternativa positiva a la amenaza del fascismo. Fue considerado uno de los fundadores de lo que más tarde se denominaría como teoría del “pluralismo político”. Entre sus principales obras se cuentan *Authority in the modern State* (1919), *The rise of European Liberalism. Essay in interpretation* (1936), *Reflections on the Revolution in our Time* (1943) y *Trade unions in the New Society* (1950). En su biografía intelectual sobre Arturo Frondizi, Carlos Altamirano refiere que solía invocarse el nombre de Harold Laski para caracterizar el papel de aquel como teórico del partido radical, lo que indica la importancia de la figura de Laski en ciertos medios intelectuales y políticos de nuestro medio. En Carlos Altamirano, *Frondizi*, F.C.E., Buenos Aires, 1998, pág. 33.

⁵ El libro de Friedmann se subtitula precisamente “Esquisse d’ histoire des idées 1895-1935”.

más próximos, sea por la materia tratada como por su método, de la historia intelectual que de la sociología. Lo mismo ocurre con el ensayo del filósofo Guido de Ruggiero sobre la filosofía en el siglo XX.

Ahora bien, y no obstante esta diversidad, ¿es posible reconocer algo en común, algún motivo ideológico que permite identificar todos esos textos? ¿En el contexto de qué preocupaciones puede comprenderse la edición de un material en principio tan heterogéneo? En la portada de presentación de la colección el editor escribía lo siguiente:

Frente al inmenso desarrollo científico, que ha producido una revolución sin precedentes en el campo de la técnica, sometiendo a la voluntad humana las fuerzas naturales, la humanidad debe encarar el ingente problema de *ajustar las relaciones sociales a su nuevo poder*. Por ello, la *comprensión racional de la sociedad* constituye la tarea más significativa de nuestro tiempo y exige la atención vigilante de todos los que se inquietan por el porvenir del hombre y de su obra más preciada: la cultura. La colección "Ciencia y Sociedad" reunirá un conjunto de libros de valor permanente en el campo de la filosofía y de la ciencia -especialmente, en el de la sociología y las ciencias sociales-, *cuya característica común será de la constituir una contribución positiva a la tarea antedicha*. (Las cursivas son mías)

Los términos de la declaración recogían uno de los motivos presentes en el diagnóstico que para la época formulara Karl Mannheim. En *Diagnóstico de nuestro tiempo*,⁶ en efecto, Mannheim afirmaba que la crisis del mundo contemporáneo radicaba en la existencia de un desajuste entre un alto grado de desarrollo alcanzado por las ciencias naturales y los medios técnicos y el predominio de la irracionalidad de la vida social y moral. La racionalidad alcanzada en la esfera científico-tecnológica no se veía acompañada de una organización racional de las capacidades humanas. Atento a dicho diagnóstico, la apuesta, tal como lo dejaba entender el editor en las palabras de aquella portada, consistía en extender al dominio de las relaciones sociales la capacidad de control que la sociedad moderna había alcanzado en el ámbito de la naturaleza. El programa de una comprensión racional de la sociedad, creía Germani, estaría en condiciones de ofrecer los medios y los instrumentos necesarios para dotar a las instituciones sociales de un mayor grado de control sobre sí misma. La conjunción que en el título de la colección ponía en relación la ciencia con la sociedad llevaba implícita la elaboración de una estrategia político-intelectual con al menos dos connotaciones bien precisas. La primera de ellas, de naturaleza gnoseológica, consistía en transferir el

⁶ Karl Mannheim, *Diagnóstico de nuestro tiempo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1944.

método experimental al campo de las ciencias sociales y convertir así a la sociedad en un objeto pasible de ser examinado a la luz de un método y control experimental mientras que la segunda, de naturaleza política, aspiraba a colocar a las ciencias sociales en el rol de disciplinas orientadoras de un programa de reconstrucción racional de la sociedad.

La presencia de esta problemática se advierte perfectamente una vez que se inspeccionan los textos inscriptos al dorso de cada uno de los volúmenes a título de presentación. En ellos abundan las referencias a una profunda crisis, de alcance incluso civilizatorio, y a la necesidad de hallar una respuesta racional a la misma. Así, por ejemplo, en la presentación de *Lógica...* de Dewey, podemos leer la siguiente declaración:

Sólo una ciencia unificada, que extiende la aplicación del método experimental a las ciencias sociales, permitirá alcanzar una *solución racional* de la profunda crisis que amenaza nuestra civilización.

En la correspondiente a *Los problemas del hombre*, también de Dewey el editor afirmaba:

La tarea actual e impostergable de la filosofía -afirma el pensador americano- es la de proporcionarnos una *visión racional* del mundo en que vivimos; y sobre todo del mundo social; de la filosofía debemos esperar una guía inteligente que nos permita superar la profunda crisis por la que atraviesa la humanidad.

Algo no muy diferente leemos en la presentación de *La crisis del progreso*, de Georges Friedmann:

Esta obra ofrece un agudo análisis del irracionalismo contemporáneo examinándolo en sus expresiones filosóficas, científicas y literarias, en sus manifestaciones políticas y, sobre todo, en sus relaciones más íntimas con las transformaciones técnico-económicas sufridas por el régimen capitalista desde fines del siglo pasado hasta nuestros días.

Igualmente, y con expresiones incluso algo hiperbólicas, en la que acompaña la edición del ensayo de Guido De Ruggiero, *El retorno a la razón*, donde puede leerse lo siguiente:

Esta última obra del conocido filósofo italiano constituye un análisis -a la vez filosófico y político- del atormentado período histórico que ha culminado con la segunda guerra mundial. A través de estos ensayos se examinan los distintos aspectos de la crisis suprema del mundo occidental, la derrota de la razón, y se

señalan nuevos rumbos hacia un racionalismo renovado que supere, salvando a la vez sus valiosas conquistas, el historicismo y el iluminismo.

Algo entonces parece indudable. Tanto en las obras de naturaleza más científico-filosóficas como en aquellas otras de carácter más pronunciadamente ensayístico, un mismo motivo se reitera: la existencia de una “crisis de la cultura moderna”, en la que la presencia de ese “irracionalismo contemporáneo” se revela, a la vez, síntoma y amenaza, y la necesidad de buscar una respuesta racional a dicha crisis.

Durante todos estos años el tópico de la crisis de la cultura moderna se tornará un tema de reflexión recurrente en los escritos de Germani. Se trataba de una crisis que había venido a afectar todos los órdenes de la vida: social, político y cultural. Su insistencia, por lo demás, debe comprenderse a la luz de la presencia que un fenómeno político que, como el del peronismo, parecía confirmar los peores pronósticos, al menos en el contexto de la constelación político-intelectual socialista-liberal que desde un comienzo se convertiría en el gran antagonista ideológico del nuevo movimiento político. En las filas de dicho alineamiento, en el que Germani se inscribía, el triunfo de Perón en las elecciones no significaba otra cosa que la continuidad de la dictadura iniciada con el golpe de Estado del 4 de junio de 1943 y la prosecución, ahora con el activo apoyo de las masas, de una empresa que muy pocos dudaban en calificar de totalitaria.⁷ A este respecto, en una reseña a un libro que tenía como finalidad trazar una historia del pensamiento político durante el período del desarrollo de la sociedad moderna y de su organización estatal, Germani señalaba: “Es ahora, desde la perspectiva de la crisis, que este período adquiere nuevos y más hondos significados”, pues “[...] aquellos conceptos -estado, pueblo y soberanía, derechos de familia, de propiedad y de libertad- que debían constituir el fundamento de la conciencia jurídica moderna [...] hoy están sometidos a un proceso de reinterpretación y en algunos casos hasta de negación”. En tal sentido, concluía “[la obra] representa un aporte precioso en esta tarea de revisión, y aún en el conflicto ideológico que nos toca presenciar actualmente”.⁸

Pero veamos más en detalle el modo en que el editor se representaba aquella crisis. En el prefacio escrito a propósito de la edición, en 1946, de *La libertad en el Estado moderno*, de Harold Laski, Germani argumentaba que el período de entreguerras

⁷ Un examen reciente del asunto en Carlos Altamirano, “Una, dos, tres izquierdas ante el hecho peronista” en *Peronismo y cultura de izquierda*. Temas Grupo Editorial, Buenos Aires, 2001.

había puesto en evidencia la crisis del Estado liberal burgués. Las transformaciones en la economía y en la técnica -según Germani- habían socavado los supuestos en los que descansaba el régimen económico del *laissez faire*. La emergencia de una sociedad de masas había puesto de manifiesto la tendencia hacia una creciente planificación de la sociedad. Ahora bien, ¿significaba esta última tendencia una amenaza a la libertad? ¿De qué manera sería posible compatibilizar planificación con libertad? Tal la problemática que, según el editor, daba cuerpo a los argumentos desplegados por Laski en su ensayo. A este respecto, Germani escribía:

La democracia planificada es la única respuesta adecuada a esa amenaza, pues no solamente no destruye la libertad, en su significado eterno, sino que crea las condiciones de su ulterior desarrollo. A la libertad negativa de la sociedad burguesa opone Laski la libertad positiva de la sociedad socialista: mientras ésta refiere los derechos de la personalidad a la personalidad misma, aquella los funda, en última instancia, sobre la propiedad.

Aunque la expresión “sociedad socialista” resulte algo sorprendente en el contexto de los escritos más conocidos de Germani (entre otras cosas, aparecerá por única y última vez), la misma no estaba asociada con la “dictadura del proletariado” y la “revolución” sino con el universo del “socialismo reformista”, que remitía a una mayor intervención del Estado en el funcionamiento de la economía, a la necesidad de un aumento de su poder de regulación, puesto que, según el razonamiento del prologuista- “en una sociedad dominada por la economía de la escasez, la frustración de la personalidad es la condición normal en que se encuentran la mayoría de las personas”. En todo caso, en su diagnóstico Germani confiaba a un control democrático de las fuerzas de producción la posibilidad de sustraer el proceso de la reproducción material a los desequilibrios originados por una economía basada en la libre iniciativa que -a su juicio- terminaba privando a la mayoría de los medios necesarios para el desarrollo de la personalidad. He ahí entonces los términos típicos del diagnóstico de la posguerra: crisis del liberalismo, más precisamente crisis del mercado como mecanismo regulador de los intercambios sociales, y el desafío de reconstruir una cultura democrática de cara a las nuevas condiciones caracterizadas por el aumento de la planificación, la centralización y la burocratización.

En cualquier caso, es precisamente sobre la base de la problemática de la planificación -que Germani conocía a través de los textos de Karl Mannheim- cómo el

⁸ Gino Germani, comentario sin título a *Le doctrine politiche da Lutero a Suárez*, Mondadori, Milano,

proyecto editorial se encaminaba a definir la colocación de las ciencias sociales frente a las tareas de una *reconstrucción racional* de la sociedad. Ahora bien, ¿de qué manera dichas ciencias podían, según las declaraciones del editor, “constituir una contribución positiva a dicha tarea? La respuesta a esta pregunta presuponía lo que el editor entendía como una redefinición de la ciencia social misma. Pero ¿por qué, según Germani, era necesario proceder a dicha redefinición y en qué debía consistir la misma? Evaluar el sentido y los alcances de su intervención editorial supone entonces precisar el contexto ideológico e institucional en el que la misma tiene lugar, lo que supone responder los siguientes interrogantes: ¿qué era la sociología a comienzos de los años '40 o cómo se la representaba? ¿Cuáles eran sus circuitos de difusión? ¿A quiénes interpelaba? ¿De qué estaba hecha la cultura de quienes se decían sociólogos? En fin, ¿qué era lo que se leía?

El contexto de la intervención: crisis de la ciencia y revuelta contra el positivismo

En términos generales, la intervención de Germani venía a insertarse en un clima cultural caracterizado por lo que se ha dado en llamar como la reacción antipositivista de cuño “espiritualista”.⁹ Esta última comportaba fundamentalmente una reacción contra la ciencia y su crudo materialismo. Los derechos del espíritu se hacían valer contra un cientificismo materialista y mecanicista cuya aproximación naturalista a la vida social terminaba reduciendo todo lo referente al comportamiento humano a las férreas leyes de la materia. Se cuestionaba entonces la pretensión positivista de transferir métodos que solo resultaban válidos para analizar el mundo material al dominio de lo subjetivo que, incuantificable por naturaleza, debía quedar sometido a un tipo de saber que fuera capaz de poner de relieve la autonomía de la personalidad.¹⁰

En el período comprendido entre las dos guerras mundiales, la cultura argentina profundiza su contacto con la cultura europea, pero especialmente con la alemana, la principal fuente de inspiración en la crítica al positivismo.¹¹ Bajo la dirección de Ortega y Gasset, la *Revista de Occidente* y la *Biblioteca de Ideas del siglo XX* se habían

1946, de Giuseppe Santonastaso, en *Cultura Italiana*, N° 2/3, 1948, pág. 171.

⁹ Véase, Francisco Romero, “Indicaciones sobre la marcha del pensamiento filosófico en la Argentina” en *Sobre la filosofía en América*. Raigal, Bs. As., 1952.

¹⁰ Oscar Terán, “La libertad tolerante de Alejandro Korn” en *En busca de la ideología argentina*. Catálogos, Bs.As., 1986.

¹¹ De los autores alemanes, Dilthey, Husserl, Heidegger y Hartmann era los más frecuentados. Pero a esta lista habría que añadir también algunos autores provenientes de otras nacionalidades, como el caso de Bergson y Renouvier de Francia y Croce y Gentile de Italia.

constituido en los canales más significativos de aquel contacto.¹² La editorial de la *Revista de Occidente* publicaría entre 1924 y 1936 unos 205 títulos distribuidos entre las 20 colecciones con que contaba. La colección “Nuevos Hechos, Nuevas Ideas”, la más importante en el dominio de la filosofía y de las ciencias sociales, editó 39 títulos entre 1925 y 1935. Entre ellos, figuran ocho de Max Scheler, entre los que se cuentan *El saber y la cultura* (1926), *El resentimiento de la moral* (1927) y *El puesto del hombre en el cosmos* (1929); *Lujo y capitalismo*, de Wernert Sombart (1928); los cuatro tomos de las *Investigaciones Lógicas* (1929), de Edmund Husserl; tres obras de Hegel, *Filosofía de la historia*, *Fenomenología del Espíritu* y *Filosofía del derecho*, y, finalmente, de George Simmel, los seis tomos de la *Sociología* (1927). De Simmel, la editorial publicó igualmente *Filosofía de la coquetería* (1924) y *Cultura femenina* (1934). Aunque llegaría a editar un solo título, la editorial contó igualmente con una colección de “Estudios sociológicos” en la que apareció *La familia* (1930), de Ferdinand Lyer Müller. En este nuevo panorama cultural y por tratarse de una tradición a la que Germani -como se verá más adelante- estará especialmente atento, una ausencia resultaba significativa, la del pragmatismo.¹³

Uno efecto derivado de la reacción antipositivista en general y de esa apertura a la cultura alemana en particular fue la implantación editorial de la sociología alemana en la Argentina. En efecto, a comienzos de los años '30 las traducciones de obras de sociólogos alemanes comienzan a experimentar un notable crecimiento. Las ediciones de las obras de Georg Simmel se expanden: *El conflicto de la cultura moderna*, Universidad Nacional de Córdoba, en 1923, *Ensayos estéticos. El asa. Las ruinas*, Revista de Occidente, en 1924, *Filosofía de la coquetería. Filosofía de la moda. Lo masculino y lo femenino y otros ensayos*, Revista de Occidente, en 1924; *La personalidad de Dios*, Revista de Occidente, en 1934; *Cultura femenina y otros ensayos* (edición aumentada), Revista de Occidente, en 1934 y *Schopenhauer y Nietzsche*, Beltrán, 1915, que fue posteriormente traducido por Francisco Ayala en la editorial Schapire en 1944. De Ferdinand Toennies, además de *Evolución de la cuestión social*, editada por Labor en 1927, la Revista de Occidente edita en 1932 *Vida y doctrina de*

¹² Sobre el papel de la editorial de la *Revista de Occidente* en la difusión de la cultura alemana, véase, Evelyne López Campillo, *La Revista de Occidente*. Madrid, Taurus, 1972.

¹³ En su análisis de la evolución del pensamiento filosófico en Argentina durante las décadas del '30 y '40 Francisco Romero llama la atención sobre el desconocimiento y/o la relativa indiferencia de los autores argentinos hacia las tradiciones norteamericanas, como el pragmatismo. Véase, Francisco Romero, “Indicaciones sobre la marcha del pensamiento filosófico en la Argentina” en *Sobre la filosofía en América*, Raigal, Buenos Aires, 1952, pág 20.

Thomas Hobbes, y de Hans Freyer *Los sistemas de la historia universal*, en 1931. Al año siguiente, de Freyer, otra editorial española, Espasa-Calpe, editó *El despertar de la humanidad*. De Werner Sombart, la Revista de Occidente editó en 1928 *Lujo y capitalismo* y, en 1931, Labor editó del mismo autor *La industria*. De Othmar Spann se editan tres títulos: *Filosofía de la sociedad*, Revista de Occidente, 1933, *Teorías principales de la economía política*, Revista de Occidente, 1934 e *Historia de las doctrinas económicas*, Revista de Derecho Privado, 1935. De Alfred Vierkandt, *Filosofía de la sociedad y de la historia*, Biblioteca de la Universidad Nacional, La Plata, 1934, de Alfred Weber, *La crisis de la idea moderna del Estado en Europa*, Revista de Occidente, 1932, y finalmente, la *Sociología*, Labor, 1932, de Leopold von Wiese.

Un claro indicador de la importancia de la cultura alemana en los círculos doctos en general y en los de la sociología en particular es la edición de un catálogo consagrado al registro de las publicaciones alemanas, *Filosofía alemana traducida al español*, compilado por Ria Schmidt-Koch y editado por la Sociedad Kantiana de Buenos Aires en 1935. El volumen, precedido de una introducción de Francisco Romero, comprende las ediciones realizadas en los distintos dominios del saber (ontología, lógica, filosofía de la cultura, teoría del conocimiento, etc..) desde comienzos de siglo hasta 1935 y ofrece una visión de conjunto del ingreso de la cultura alemana en lengua castellana. El catálogo contenía, además, una sección titulada "Proposiciones para futuras traducciones: (libros cuya traducción es deseable)" y en el que incluía *La sociología como ciencia de la realidad*, de Hans Freyer, que más tarde sería traducida por Ayala para su colección "Biblioteca de Sociología" de la editorial Losada; *Lebensanschauung*, de George Simmel, *Die drei Nationalökonomien*, de Werner Sombart, *Einheit der Sinne* y *Die Stufen des Organischen und der Mensch*, de Helmuth Plessner, y *Comunidad y Sociedad*, de Ferdinand Toennies, que sería también editado más tarde por Ayala en la colección de Losada.

Esa implantación editorial de la sociología alemana pronto se haría sentir en la enseñanza de la disciplina como en los modos de su comprensión. En efecto, si hasta esa fecha los nombres que acaparan la atención de nuestros profesores de sociología son los de los franceses Augusto Comte, Emile Durkheim y Gabriel Tarde, el británico Herbert Spencer y el norteamericano Franklin Giddings, a partir de los '30 los

programas de enseñanza incluyen lecturas de Simmel, von Wiese, Vierkandt, Stammer, Scheler, Toennies, y Max Weber.¹⁴

Así, y para tomar como ejemplo el programa de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires de Ricardo Levene –período comprendido entre 1930 y 1947- se comprueba que si desde 1918 en adelante, año en que Levene asume la cátedra, la literatura con que enseñaban la materia era predominantemente francesa (Durkheim, Bouglé, Mauss, Davy, Fauconnet y Halbwachs) desde comienzos de la década del '30 se observa una incorporación progresiva de la sociología alemana. En un inicio Levene incluye las obras traducidas de Adolf Stammer, *La génesis del derecho*, Calpe, 1925 *Economía y derecho según la concepción materialista*, Madrid, 1929, y *Tratado de Filosofía del derecho*, Madrid, 1930 y más), de Simmel y Scheler; más tarde, las de Von Wiese Werner Sombart, Vierkandt, Spann y Hans Freyer anteriormente mencionadas.

De algún modo, el período en que el que la sociología alemana se integra a los programas de enseñanza de la sociología coincide con esa apertura e implantación editorial de la cultura alemana en la Argentina a través de editoriales españolas, y muy especialmente, de la Revista de Occidente. A partir de entonces, y hasta fines de los años '40, la sociología alemana se convertiría en el universo de referencia casi exclusivo entre los practicantes de la disciplina. Un dato, a este respecto, resulta revelador: en 1938 Alfredo Poviña accedía por concurso al cargo de Profesor Adjunto de Sociología en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA con un extenso escrito sobre Hans Freyer, *La sociología como ciencia de realidad*.¹⁵ Seis años más tarde, la obra de Freyer que Poviña había tomado como objeto de su interpretación, *Soziologie als Wirklichkeitswissenschaft*, era traducida por un miembro del Instituto de Sociología, Francisco Ayala, y publicada en la colección, bajo su dirección, “Biblioteca de Sociología” de la editorial Losada.¹⁶

A su vez, la sociología alemana comienza a ganar importancia en los escritos de nuestros profesores de sociología. En un comienzo, la atención se concentra en las figuras de Simmel, Vierkandt y von Wiese. Así, en la primera mitad de los años '30

¹⁴ Alfredo Poviña, *Historia de la sociología en Latinoamérica*, F.C.E., 1941 y Programas del curso de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1918-1945.

¹⁵ Imprenta de la Universidad, Córdoba, 1939. Hans Freyer era conocido igualmente en algunos círculos filosóficos. En su obra *El juego existencial*, Carlos Astrada le había dedicado un capítulo titulado precisamente “Concepción existencial de la sociología” y en el que examinaba la perspectiva de Freyer de asignarle una matriz filosófica a la sociología.

¹⁶ Hans Freyer, *La sociología ciencia de la realidad. Fundamentación lógica del sistema de la*

Raúl Orgaz, y su discípulo, Alfredo Poviña, se convierten en los principales difusores de la sociología alemana. Orgaz escribe sobre Simmel y Vierkandt en la revista *Cursos y conferencias*, y en *La ciencia social contemporánea*, aparecido a comienzos de los años '30, consagró tres capítulos del libro a un examen de la ciencia social en Alemania, siendo el primero que se refiere a la figura de Max Weber.¹⁷ En dos entregas para la revista *Cursos y conferencias*, a su vez, Poviña se ocupó de Simmel, Vierkandt y von Wiese¹⁸ y durante todos estos años publicó una serie de presentaciones de las principales figuras de la sociología alemana de las décadas del '20 y '30 en distintas publicaciones académicas de la época. Escribió sobre Hans Freyer, Max Scheler, sobre von Wiese, sobre Simmel y sobre Werner Sombart.¹⁹ En 1934 Ricardo Levene edita, acompañado de un prólogo, la *Filosofía de la sociedad y de la historia* de Vierkandt.²⁰ Hacia los años '40, la atención se desplaza hacia Hans Freyer y Max Weber. Como fuera mencionado hace unos momentos, en 1938 Poviña publica su escrito sobre Freyer, y por esos años Treves también se ocupa de él. Sobre Max Weber escriben Raúl Orgaz, Poviña²¹ y Renato Treves.²²

Ciertamente, aunque llamativa, esta propagación de la sociología alemana no era un rasgo exclusivo de los medios intelectuales argentinos. En rigor, el mismo ascendiente y prestigio tenía dicha tradición en los países centrales como en algunos países de América Latina y estaba en el centro de la atención internacional de todos aquellos que por entonces estaban a la búsqueda de los fundamentos epistemológicos que pudieran otorgarle a la sociología respetabilidad disciplinaria en el concierto de las ciencias sociales. Como es bien sabido, a mediados de los años '20 el sociólogo norteamericano Talcott Parsons se dirigió a Alemania -un viaje, por lo demás, que continuaba el patrón de sus inmediatos predecesores que se dirigieron allí en busca de la

sociología. Losada, Buenos Aires, 1944.

¹⁷ Raúl Orgaz, "El problema de la realidad de lo social" en *Cursos y conferencias*, Año I, Nº 12, 1932 y *La ciencia social contemporánea*, Cabaut y cia, Buenos Aires, 1932. Los ensayos sobre la ciencia social en Alemania fueron publicados originariamente en el diario La Prensa: "La ciencia social en Alemania", La Prensa, 11 de mayo de 1930; "La ciencia social en Alemania. Las doctrinas de von Wiese", La Prensa, 3 de mayo de 1931 y "La ciencia social en Alemania. La obra de Max Weber", La Prensa, 7 de junio de 1931.

¹⁸ Alfredo Poviña, "La sociología relacionista", *Cursos y conferencias*, Año II, Nº8, 1933 y Año II, Nº 12, 1933.

¹⁹ Sobre Freyer, además del ensayo mencionado en nota Nº 14, Poviña escribió "Espíritu objetivo y realidad colectiva", en *Revista Mexicana de Sociología*, vol.1, Nº4, 1949 y en esta última publicó igualmente otros tres ensayos sobre sociología alemana: "La obra sociológica de Max Scheler", "Werner Sombart" y "El humanismo integral de lo colectivo".

²⁰ Biblioteca de la Universidad Nacional de la Plata, Buenos Aires, 1934.

²¹ Alfredo Poviña, "La metodología sociológica de Max Weber", en *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, Córdoba, Nº 7/8, 1941.

ciencia social- y a su regreso publicaría parte de su tesis doctoral referida a la interpretación del capitalismo en dos autores alemanes, Werner Sombart y Max Weber.²³ Más tarde, en 1937, publicaba *La estructura de la acción social*, una obra que, de alguna manera, cambiaría el curso de la sociología y que no puede explicarse sino a partir de su encuentro con la cultura sociológica alemana, especialmente con la figura de Max Weber.²⁴ Desde Francia, Raymond Aron siguió un itinerario similar y escribió a su regreso, por expreso pedido de Celestin Bouglé, el informe más comprehensivo y quizá por entonces más consultado sobre la sociología en Alemania, *La sociologie allémande contemporaine* (1935). Como es sabido, tanto Parsons como Aron liderarían, aunque con desigual fortuna, la introducción de la sociología alemana en sus respectivos países.²⁵ También en América Latina la sociología alemana hallaría fuerte resonancia, especialmente en México y Brasil. En México, el grupo editorial del Fondo de Cultura Económica y la *Revista Mexicana de Sociología*, animadas por un grupo de exiliados españoles, obrarían como los principales focos de difusión.²⁶ En Brasil, dicha difusión fue canalizada a través de la revista *Sociologia*, fundada en 1939 por Emílio Willems.²⁷

Además de las traducciones existentes, la sociología alemana era conocida entre nosotros por la mediación de sus difusores de USA y Francia. En efecto, entre nuestros sociólogos eran habituales las referencias a *Systematic Sociology in Germany* (1929) de Theodore Abel, y a *Systematic Sociology on the basis of the Beziehungslehre and Gebildelehre of Leopold von Wiese* (1932), de Howard Becker, por entonces dos de los ensayos más comprehensivos sobre la tradición sociológica alemana. Habituales eran también las referencias a *The Social Theory of Georg Simmel* (1925), de Nicholas Spykman, el primer libro consagrado a Simmel en los Estados Unidos, a *Les sciences sociales en Allemagne* (1926) de Celestin Bouglé, como a los ensayos aparecidos en la

²² Renato Treves, *Sociología y filosofía social*, Losada, Buenos Aires, 1941.

²³ Véase, Talcott Parsons, "Capitalism in Recent German Literature : Sombart and Weber", en *Journal of Political Economy*, vol. 36, 1928 y vol. 37, 1929.

²⁴ A este respecto, el testimonio del propio autor, en Talcott Parsons, "On Building Social System Theory: A Personal History" en *Daedalus*, 99, 1970.

²⁵ Véase Edward Shils, "Tradition, ecology and institution in the history of sociology" en *Daedalus*, vol. 99, N° 4, 1970 y Monique Hirschhorn, *Max Weber et la sociologie française*. L'Harmattan, Paris, 1988.

²⁶ Aunque el tema ha sido insuficientemente estudiado, al menos para el caso de la sociología, algunas referencias en Gina Zabudovsky, "La emigración republicana española y el pensamiento alemán en México: la traducción de *Economía y sociedad*" en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, UNAM, N° 3, México, 2002; igualmente en Ledda Arguedas y Aurora Loyo, "La institucionalización de la sociología en México" y José Luis Reyna, "La investigación social en México" en AAVV, *Sociología y Ciencia Política en México (Un balance de veinticinco años)*, UNAM, México, 1979.

²⁷ Véase, Glauca Villas Boas, "A recepcao da sociologia alema no Brasil. Notas para una discussao". Série *Estudos Ciências Sociais*, N°11, Instituto de Filosofia e Ciências Sociais, Universidade Federal do Rio de Janeiro, 1994.

Revue Internationale de Sociologie, cuya colección completa poseía el *Instituto de Sociología* dirigido por Levene. Referencias a la sociología alemana hallaban también nuestros sociólogos en el ensayo de Karl Mannheim, “La sociología alemana”, publicado en 1935 por Tierra Firme; en el manual de Adolfo Menzel, *Introducción a la sociología*, editado por el F.C.E., en 1940, que ofrecía un compendio bastante sistemático de la historia y la sistemática de la teoría sociológica en general y alemana en particular; en la versión francesa de *Contemporary Sociological Theories*, de Pitirim Sorokin, y, finalmente, en la monografía que Raymond Aron había consagrado a la sociología alemana, *La sociologie allemande contemporaine* (1935).

En el prólogo escrito a propósito de la edición castellana de *Filosofía de la sociedad y de la historia*, de Alfred Vierkandt –cuya traducción fue supervisada por Francisco Romero- Levene presentada la obra del sociólogo alemán en los siguientes términos: “Los estudios de sociología exigen *especialización filosófica y jurídica*. Tal disciplina y su amplio desenvolvimiento es el dominio abarcado por el sociólogo auténtico, remplazando a científicos y pragmatistas, los que declaman sobre el imperio de las leyes naturales absolutas rigiendo las sociedades humanas como a la naturaleza y cofunden su contenido con una medicina social”.²⁸

Estas palabras marcan de algún modo el contexto de las preocupaciones en que tuvo lugar la recepción de la sociología alemana entre nuestros profesores de sociología, contexto caracterizado por la reacción antipositivista. Un rasgo de esa reacción, como puede apreciarse en las palabras de Levene, es la importancia acordada a la filosofía y al derecho (en ese entonces el “código” de inteligibilidad de lo social) en la comprensión e interpretación de la vida social, frente al privilegio otorgado por el positivismo a las ciencias naturales –especialmente la biología- en la comprensión de la vida social.

En ese sentido, tanto la reacción antipositivista, en general, como la presencia, que comenzaba a hacerse significativa, de la cultura alemana, en particular, afectó sensiblemente la autocomprensión positivista de la sociología hasta entonces vigente. Percibida, a partir de ahora, como “ciencia de la cultura” o del “espíritu”, esta nueva percepción presuponía, además, el trazado de una rígida frontera entre la investigación empírica o sociografía y la sociología pura o ciencia de la cultura. Razones de método –se aducía- justificaban una división de la que por supuesto no estaba ausente una manifiesta jerarquía. De acuerdo a la nueva autocomprensión “culturalista” de la

²⁸ Ricardo Levene, “Prólogo”, Alfredo Vierkandt, *Filosofía de la sociedad y de la historia*, Biblioteca de la Universidad Nacional de la Plata, Buenos Aires, 1934, pág 2 (las cursivas son mías).

sociología, la sociografía, guiada por métodos naturalistas, era concebida como disciplina auxiliar de la sociología; a esta última quedaba reservada la tarea de conocer aquella dimensión de la vida social que, dada su naturaleza eminentemente espiritual, exigía una aproximación en los términos de una comprensión intuitiva. La prioridad asignada al saber de matriz filosófica en el estudio de los asuntos humanos se fundaba en un rechazo al determinismo positivista que -se argumentaba- colocaba la acción de los hombres en un marco demasiado estrecho de inteligibilidad. El reconocimiento de la dimensión espiritual de lo humano exigía métodos de análisis alternativos a los que se ponía en práctica para estudiar el mundo natural. Los caminos de la razón y la intuición se bifurcaban. A la primera correspondía la manipulación pragmática de la naturaleza; la segunda, en cambio, tenía por misión ofrecer una vía de acceso al conocimiento de un dominio que, como el espiritual, no era posible de ser sometido a los métodos cuantitativos de análisis.

Hacia fines de la década del cuarenta, Francisco Romero trazaba un panorama del clima de ideas por entonces imperante y un balance de sus consecuencias, especialmente en relación a las posibilidades de desarrollo y expansión de las ciencias sociales, en los siguientes términos:

Al enjuiciarse entre nosotros el positivismo, tanto la psicología empírica como la naciente sociología sufrieron un rudo ataque. La enconada crítica no se paró a distinguir lo que en esa psicología y en esa sociología era pretensión injustificada y lo que era aporte. [...] la consecuencia ha sido el retraso enorme de ambos géneros de estudios en el país. [...] hay que reconocer que hasta la fecha no hemos tenido ni psicología ni sociología pospositivista, aunque se haya hablado de estas materias; psicólogos y sociólogos han hablado de la psicología y de la sociología, pero es evidente que la psicología no debe hablar de la psicología sino de los hechos psíquicos, y la sociología no consiste en discurrir sobre la sociología sino en examinar los fenómenos sociales.²⁹

Con todo, y aún cuando, como consecuencia de la reacción antipositivista, la enseñanza de la sociología adoptara una orientación más filosófica que sociológica,³⁰ es necesario señalar anticipadamente que sus rasgos no deberían exagerarse, puesto que ya para los años '40 las cosas habían comenzado a cambiar. A este respecto, la creación, en 1940, del *Instituto de Sociología* de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires marca, como se vio en el capítulo II, el inicio de una nueva etapa de la

²⁹ Francisco Romero, *op. cit.*, pág. 21.

³⁰ Carlos Barbé, Carlos Barbé, "El 'problema de Durkheim' (en la formación de la sociología argentina)" en revista *Sociedad*, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, N° 3, noviembre de

sociología. Aparece, por un lado, la primera publicación oficial en la materia, el *Boletín del Instituto de Sociología*, y, por el otro, se desarrollan las primeras investigaciones de carácter empírico sobre distintos aspectos de la realidad nacional. No obstante las limitaciones de este nuevo rumbo, la apertura, entre los practicantes de la sociología, tanto hacia la investigación como hacia nuevos estilos de trabajo señala la existencia de un cambio importante en la representación de la disciplina. El prefacio que en 1941 Raúl Orgaz escribió a propósito de *Sociología y filosofía social*, de Renato Treves, indica un nuevo clima de ideas, y que suponía en principio, una evaluación más favorable hacia la investigación empírica. En efecto, si en un principio, y en parte como resultado de esa recepción de la sociología alemana, nuestros profesores de sociología se entusiasmaron con la idea de perfilar una perspectiva sociológica “espiritualista” como alternativa a naturalismo positivista, hacia los años '40 las opiniones de la mayoría se inclinaban por una posición ecléctica. El prefacio de Orgaz venía de algún modo a expresar esta posición cuando escribía que “si la sociología se empeña en ser solamente un saber empírico, estará condenada a la doble limitación del “aquí” y el “ahora” y no podrá constituir un orden de conocimientos de contorno conceptual satisfactorio; si –a la inversa- se sacrifica lo empírico a la pureza lógica de una sistematización impecable, se llegará a conjuntos armoniosos pero vacíos. La necesidad de conciliar ambas exigencias, de no negar los fueros de la razón ni volver la espalda a la experiencia histórica concreta, ha dado origen al trabajo que enseguida se leerá”.³¹

Asimismo, en los años '40 aparece la primera colección de libros especializada en el tema, la “Biblioteca de Sociología”, dirigida por Francisco Ayala en la editorial Losada. En su colección, Ayala llegó a editar los siguientes títulos: *Las formas de la sociabilidad*, de George Gurvitch, en 1941, *Manual de Sociología*, de Morris Ginsberg en 1942; *Las tendencias actuales de la filosofía alemana*, de George Gurvitch, en 1944; *La sociología, ciencia de la realidad. Fundamentación lógica del sistema de la sociología*, de Hans Freyer en 1944; *Comunidad. Estudio sociológico*, de R.M. MacIver (1944); *Sociología Argentina*, de José Ingenieros en 1946; *El problema de las generaciones en la historia del arte en Europa*, de Wilhelm Pinder (1946), y *Comunidad y sociedad*, de Ferdinand Tönnies (1947).

1993.

³¹ Raúl Orgaz, “Prefacio” a Renato Treves, *Sociología y Filosofía social*, Losada, Buenos Aires, 1941, pág 9.

Sería difícil subestimar el carácter verdaderamente renovador del programa de publicaciones sociológicas de Ayala: Hans Freyer era por entonces uno de los sociólogos más representativos de la cultura alemana y George Gurvitch, que había renovado significativamente la sociología francesa a partir de los aportes de la fenomenología alemana, era la figura dominante de la sociología francesa.³² A su vez, Robert M. MacIver se contaba entre los autores más representativos de la sociología americana, y especialmente, de una de las orientaciones por entonces dominante, como los estudios de comunidades.³³

Ciertamente, y aunque diversos, los títulos publicados por Ayala -representativos de tradiciones clásicas de la sociología europea- parecían marcar una cierta línea de continuidad con las tendencias de la cultura alemana señaladas anteriormente.³⁴ En todo caso, la existencia de una colección como la de Ayala muestra entonces que la empresa editorial de Germani se insertaba en un espacio cultural del que no estaban ausentes otros proyectos editoriales y, al mismo tiempo, maneras diferentes de entender el papel de la ciencia en general y de las ciencias sociales en particular.³⁵

Esas diferencias en lo que a la visión de la ciencia social respecta quedarían reflejadas en la polémica en torno al método que, pocos años después, Germani entabla precisamente con Francisco Ayala en ocasión del Primer Congreso Latinoamericano de

³² Véase para esto, Francis Farrugia, *La reconstruction de la sociologie française (1945-1965)*. L' Harmattan, Paris, 2000 y Alain Drouard, "Reflexions sur une chronologie: le développement des sciences sociales en France de 1945 á la fin des années soixante", en *Revue Française de Sociologie*, XXIII, 1982, págs. 55-85.

³³ Aunque de origen británico, R.M. MacIver escribió sus textos de madurez en los Estados Unidos donde vivió desde 1915 hasta su muerte en 1970. No obstante, el texto publicado por Ayala, *Comunidad. Estudio sociológico*, uno de los clásicos menores de la sociología del siglo XX, se inscribe en el contexto del debate en el pensamiento social de fines de siglo XIX en Inglaterra relativo a la diferencia entre el Estado y la sociedad como dos esferas analíticamente diferenciadas y la consiguiente necesidad de emancipar la sociología de la filosofía política. Esta tesis, defendida por MacIver así como por la principal figura de la sociología británica de la época, L.T. Hobhouse, estaba dirigida contra el Idealismo neohegeliano británico y era vista por ambos como una precondition para la existencia de una ciencia de la sociedad. A este respecto, el apéndice del libro de MacIver contiene un ensayo referido al tema y titulado precisamente "Una crítica a la identificación NeoHegeliana de la sociedad y el Estado". Para esto véase, Stepan Collini, "Sociology and Idealism in Britain 1880-1920" en *Archives Européennes de Sociologie*, vol. XIX, 1978.

³⁴ Según Gregorio Weinberg, uno de los editores de la época, en buena medida el fracaso de la Biblioteca de Francisco Ayala debe atribuirse a que "tenía una orientación germánica cuando en realidad la sociología adquiriría por entonces una clara orientación americana". Entrevista con Gregorio Weinberg, octubre de 2000.

³⁵ Según el testimonio de Gregorio Weinberg, Germani pretendía prolongar su visión de la ciencia social articulada en su colección de Abril a través de la creación de una revista que, con el apoyo financiero de Mario Segre, llevaría el mismo título de la colección y estaría destinada a constituir un canal de expresión de las nuevas tendencias y generaciones en el campo de las ciencias sociales con el fin de "contrarrestar así la tendencia de sociólogos como Poviña que en aquel entonces predominaban en Argentina". Entrevista con Gregorio Weinberg, octubre de 2000.

Sociología celebrado en Buenos Aires en 1951.³⁶ Aún cuando Ayala, según Germani, criticara acertadamente el eclecticismo de ciertas soluciones metodológicas fundadas en consideraciones acerca de la doble dimensión -espiritual y natural-³⁷ del hombre, no alcanzaba sin embargo a ofrecer una solución alternativa, concluía Germani. Y ello era así porque Ayala seguía conservando el dualismo aludido en la medida en que afirmaba que, a diferencia de la naturaleza, lo peculiar de lo humano reside en que el objeto es, a la vez, sujeto de conocimiento. Esto exigía entonces un análisis de su *esencia* pero que ya no podía llevarse a cumplimiento por los métodos científicos sino que debía ser emprendido por las ciencias de la cultura. Solo que a partir de allí quedaban planteados dos interrogantes íntimamente conectados. ¿En qué habría de consistir el método alternativo y qué criterios de verdad habrían de regir para sancionar la validez de las proposiciones? Germani ponía a prueba la, a su juicio, debilidad del planteamiento de Ayala recogiendo una proposición formulada por este último en su *Tratado de Sociología*. Cuando dos desconocidos se encuentran -tal el ejemplo de Ayala- la primer pregunta que se formulan es acerca de la posición relativa que ocupa el otro en la estructura social. Pero, ¿cómo podría comprobarse la validez de las afirmaciones? Germani cuestionaba la confianza de Ayala en la “vivencia general a disposición de todo el mundo” como criterio rector de validez. Se trataba en realidad de dar un paso más y analizar dichas vivencias a través de procedimientos de muestreo y técnicas de carácter proyectivo y elaborar, a partir de allí, observaciones sobre las mismas que pudieran ser generalizables. Pero incluso más, someter a verificación las vivencias podría revelar “toda clase de estereotipos y categorías sociales como “ejes” de la discriminación”. Germani cuestionaba entonces que un método como el de Ayala no hacía otra cosa que reproducir la situación social que debía someterse precisamente a análisis. Para decirlo en otros términos: Ayala aceptaba las clasificaciones sobre el mundo social elaboradas por los propios actores sin detenerse a reflexionar sobre el estatuto de dichas clasificaciones.

³⁶ Las dos intervenciones de Germani en dicho congreso aparecieron publicadas en el Boletín del Instituto de Sociología, N° 6, 1952, bajo los siguientes títulos: « Sobre algunas consecuencias prácticas de ciertas posiciones metodológicas en sociología, con especial referencia a la orientación de los estudios sociológicos en la América Latina » y « Una década de discusiones metodológicas en la sociología latinoamericana ».

³⁷ Véase a este respecto la reseña crítica de Ayala al libro de José Medina Echevarría, *Sociología: teoría y técnica*, F.C.E., 1941, en Francisco Ayala, “Sociología: teoría y técnica”. Boletín del Instituto de Sociología, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires, N° 1, 1942. pág. 101/103.

Por diversos motivos, Germani mantendría una polémica, más silenciosa que pública, con ciertas expresiones del pensamiento social español en la Argentina. Lo que oponía Germani a “los españoles” no era solamente un problema de método; era también, según su percepción, una actitud hacia la ciencia en general y su papel en el mundo moderno. A Germani lo exasperaba la categoría, acuñada por Ortega y Gasset, de “usos sociales”, tan popular -como se vio en el capítulo III- entre los sociólogos durante el peronismo (como se ve, una disputa por la definición de la lengua de la ciencia no estaba tampoco ausente del debate) tanto como el libro, *El hombre y la gente*, en el que Ortega hacía uso de la misma. No menos que irritación le provocaba el libro de Pitirim Sorokin *Achaques y manías de la sociología contemporánea*, que Espasa-Calpe había editado precisamente con un prólogo de Francisco Ayala. El motivo de la irritación provenía del hecho de que los lectores de habla hispana habrían de asomarse a una impiadosa crítica a la tendencia de la sociología empírica anglosajona cuando esta última todavía no era aquí conocida. El libro de Julián Marías, *La estructura social*, editado en Buenos Aires el mismo año en que Germani publicaba su primer libro, *Estructura social de la Argentina. Análisis estadístico*, tampoco era de su agrado. Germani identificaba a todos estos autores como los herederos del “neokantismo”, un movimiento filosófico que, entendía, había dado origen a la separación -que juzgaba tremendamente perjudicial para el desarrollo de la investigación en las ciencias sociales- entre ciencias de la naturaleza y ciencias de la cultura.³⁸ También separaba a Germani de los españoles las reservas de estos últimos hacia la sociología de origen norteamericano.³⁹ Reparemos, a este respecto, en el siguiente episodio.

En 1963 aparecía en Buenos Aires en el sello “Compañía General Fabril Editora” el libro *Sociología*, un volumen dirigido por el sociólogo alemán René König y destinado a presentar a los lectores una actualización del vocabulario de la sociología para una Enciclopedia Moderna del Conocimiento Universal. La presentación del tomo estaba a cargo de Francisco Ayala. En ella su autor encontraba justificadas ciertas omisiones de los organizadores del volumen afirmando que “mi propia concepción -y sociología- de la sociología implica, no ya la legitimidad científica sino también la necesidad de la *perspectiva particular*, que se manifiesta como un momento integrante del conocimiento sociológico también -y, por paradoja, de la manera más

³⁸ Entrevista con José Luis De Imaz, julio de 1997.

³⁹ Véase, por ejemplo, los comentarios críticos de Francisco Ayala a la sociología norteamericana en *Tratado de sociología*. Buenos Aires, Losada, 1947.

aguda- cuando el sociólogo postula un absoluto ‘cientificismo’, postulación que, en el caso de los autores del libro comentado, está muy alejada por lo demás de ciertas actitudes ingenuas en boga hace un par de decenios en la sociología norteamericana”.(Las cursivas pertenecen al autor de la cita) Pero además de aquellas tolerables omisiones, consistentes fundamentalmente en la falta de mención de ciertos nombres de la sociología latinoamericana, como el de Gilberto Freyre, por ejemplo, Ayala encontraba, no ya justificado sino directamente censurable las pocas palabras que se dedicaba a la figura de Ortega y Gasset tanto como el agrio comentario que sobre su obra efectuaban los autores del volumen. En el apartado dedicado al término “Masa”, en efecto, podía leerse lo siguiente: “La sociología de las masas fue desarrollando una conciencia cada vez más marcada de su tarea, movimiento sólo interrumpido por numerosos intentos nuevos de crítica cultural; el más superficial de todos fue indudablemente el de José Ortega y Gasset (1883-1955), quien no obstante, logró gran resonancia pública, que le confiere quizás una importancia más sintomática que real”. Ayala citaba estas palabras con visible desaprobación lamentando, además, la seria consideración que los editores dispensaban en cambio a *The Lonely Crowd*, el libro del norteamericano David Riesman, que Germani editaría en Paidós un año más tarde, y que, no obstante su estimable interés, razonaba Ayala, no era más que “un eco tardío ... de *La rebelión de las masas*”. Pues bien, si la fecha de redacción del prólogo de Ayala resulta significativa al revelar la importancia que aún en los años ‘60 revestía su figura en ciertas zonas de circulación del discurso sociológico, la omisión, esta vez por parte de Ayala, del nombre de Gino Germani, que tampoco aparece mencionado en el volumen citado, en la galería de los sociólogos latinoamericanos, pone de relieve que no era el aprecio intelectual sino una pronunciada hostilidad lo que caracterizaba sus relaciones mutuas.

De cualquier manera, e independientemente de la polémica aludida como de la ostensible orientación germánica de la biblioteca de Ayala, sería difícil dudar del carácter innovador y hasta clásico -en términos de lo que retrospectivamente podemos identificar como la tradición de la sociología- de los títulos publicados por Ayala. Del mismo modo, e independientemente de las orientaciones sociológicas que predominaban en el Instituto de Sociología sería difícil negar -lo que una lectura de los boletines editados por el Instituto así lo confirman al menos para lo que respecto al período que va de 1940 a 1947- la existencia de una relativa coexistencia ideológica.

Tal era entonces la situación de la disciplina en los años en que Germani inicia su actividad editorial.

En este contexto entonces, ¿cómo interpretar la intervención editorial de Germani? ¿Sería correcto interpretarla como un intento de cubrir un vacío en la literatura sociológica o como apuntando a construir una “sociología científica”? A la luz de las consideraciones realizadas hasta el momento, muy difícilmente, y esto, por dos razones. En primer lugar, porque los títulos editados por Germani no pertenecen en sentido estricto a la tradición de la sociología. Y, en segundo lugar, porque, en rigor de verdad, ese vacío no era tal.

En primer lugar, la información consignada con respecto al Instituto de Sociología y a la Biblioteca de Sociología muestra la existencia de una disciplina en expansión a través de una política de actualización de los materiales así como una intensa actividad de apertura de canales de comunicación con distintos centros latinoamericanos e internacionales y de creación institucional. En segundo lugar, la idea de la existencia de un vacío se debilita desde el momento en que se repara que para la época, y entre otras cosas, gracias a la extraordinaria labor del Fondo de Cultura Económica, los grandes textos de lo que podemos identificar como la gran tradición sociológica están disponibles en castellano. En efecto, para entonces, el Fondo de Cultura Económica se había convertido en la casa editorial en ciencias sociales de mayor prestigio en América Latina, con sucursales en Argentina, Uruguay, Chile, Perú, Colombia, Brasil y Venezuela.⁴⁰ Fundada a mediados de los ‘30, hacia mediados de los ‘40 ya contaba con las colecciones de “Economía” (1935), “Política y Derecho” (1937), “Sociología” (1939), “Filosofía” (1942) y “Antropología” (1944). Entre 1939 y 1946, la “Sección de Obras de Sociología”, dirigida por José Medina Echavarría, publicó un total de 41 obras. En 1942 la *Historia económica general* de Max Weber, y, dos años más tarde, *Economía y sociedad*, una edición, esta última, que se anticipó en muchos

⁴⁰ En su autobiografía, José Luis De Imaz cuenta una anécdota que ilustra la importancia que por entonces revestía la editorial del Fondo de Cultura Económica en la formación de un aspirante a sociólogo. En efecto, De Imaz recuerda que hacia fines de 1955 se entrevistó con Germani con la intención de transmitirle su propósito de estudiar sociología. Cuando este último le preguntó qué es lo que sabía o había leído, De Imaz confiesa lo siguiente: “Le contesté que ‘todo’ el Fondo de Cultura Económica. Es decir, la colección de Ciencias Sociales que había publicado el Fondo. Era una manera de simplificar, por supuesto, pero también una definición”. En José Luis de Imaz, *Promediando los cuarenta*, Buenos Aires, Sudamericana, 1977, pág. 125. Desgraciadamente no contamos todavía con un estudio de la editorial mexicana y su impacto en la formación y difusión de las ciencias sociales en América Latina. Hasta donde sabemos, la única historia, oficial y hagiográfica, es la redactada por Víctor Díaz Arciniega, *Historia de la casa. Fondo de Cultura Económica 1934-1996*, F.C.E., 1996.

años a las ediciones italiana, norteamericana y francesa.⁴¹ Asimismo, las obras más importantes de Karl Mannheim, uno de los sociólogos más representativos de la época: *Ideología y Utopía*, *Libertad y planificación* y *Diagnóstico de nuestro tiempo*, en 1941, 1942 y 1944, respectivamente. De Mannheim, Francisco Ayala había traducido en 1941 *Hombre y sociedad en una época de crisis*. De Ferdinand Toennies, la editorial Labor editó en 1927 *Evolución de la cuestión social* y en 1942 el Fondo de Cultura Económica los *Principios de Sociología*, y, cinco años más tarde, el mismo Ayala editaría en la colección de Losada, *Comunidad y Sociedad*. La editorial Labor había editado, a su vez, en 1932, la *Sociología*, de Leopold von Wiese.

Las traducciones -emprendidas por editoriales españolas- de las obras de Emile Durkheim, de quien Levene se reivindica como su primer divulgador en la Argentina, datan de fines de la década del '20. Así, y con excepción de *Las formas elementales de la vida religiosa*, hacia la década del '30 las obras más importantes de Durkheim habían sido traducidas al español. En orden sucesivo, *Las reglas del método sociológico*, Madrid, D. Jorro, 1912; *La división del trabajo social*, Madrid, D. Jorro, 1928; *El suicidio: estudio sociológico*, Madrid, Reus, 1928, *El socialismo*, Barcelona, Apolo, 1931 y *Educación y sociología*, Espasa-Calpe, 1934. A su vez, en 1947, la "Biblioteca Pedagógica" de la editorial Losada, editó *La educación moral* y en 1951 la editorial Guillermo Kraft *Sociología y filosofía*. Una investigación reciente ha revelado, por lo demás, la familiaridad de intelectuales argentinos como Ernesto Quesada, Antonio Dellepiane, Raúl Orgaz y Leopoldo Maupas con la obra del sociólogo francés e incluso la existencia de un polémico intercambio epistolar entre Durkheim y Maupas relativo al objeto de la sociología y a la manera de estudiarlo.⁴²

La editorial de la *Revista de Occidente*, de Ortega y Gasset contribuyó significativamente -como se ha visto más arriba- a ensanchar el catálogo de las ciencias sociales en la Argentina a través de la difusión de las principales obras de la sociología

⁴¹ En efecto, la primera versión integral de *Economía y Sociedad* en lengua extranjera es la editada por el Fondo de Cultura Económica; la primera edición italiana es de 1962, la inglesa de 1968 y en francés aparece solo la primera parte en 1971. Véase, Monique Hirschhorn, *Max Weber et la sociologie française*. L'Harmattan, Paris, 1988.

⁴² El argumento de Maupas contra la posición más naturalista de Durkheim era el siguiente: en la medida en que la sociología estudia no los comportamientos sociales sino los condicionamientos normativos de los mismos, es decir las reglas morales y jurídicas que estructuran la acción social, el programa durkheimiano de incorporar al estudio sociológico los procedimientos de observación vigentes en las ciencias físicas y naturales resultaba inadecuado. Véase, Carlos Barbé, "El 'problema de Durkheim' (en la formación de la sociología argentina)" en revista *Sociedad*, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, N° 3, noviembre de 1993.

alemana. Editó a Georg Simmel, a Ferdinand Toennies, a Othmar Spann, a Werner Sombart, a Alfred Weber y a Hans Freyer, entre otros.

Max Weber, Karl Mannheim, Ferdinand Toennies, Georg Simmel, Werner Sombart, Othmar Spann y Hans Freyer: he ahí lo más representativo de la sociología alemana, buena parte de ella traducida a nuestro idioma. Lo mismo puede predicarse respecto a Emile Durkheim y George Gurvitch, dos de los sociólogos más representativos de la tradición francesa. El que muchas de estas obras circulaban y eran conocidas en la Argentina, al menos entre el público que cultivaba la sociología, puede demostrarse a través de una consulta de los programas de enseñanza de la sociología, de las secciones de noticias bibliográficas del Boletín del Instituto de Sociología así como de la biblioteca del Instituto homónimo.⁴³ En tal sentido, el intento de acudir a una supuesta ausencia de material bibliográfico para explicar la estrategia editorial de Germani se ve debilitado.

Pero se debilita todavía más si miramos las cosas por el lado de la propia colección de Germani. Recordemos en principio los nombres de los autores editados: Walter Lippmann, Harold Laski, Erich Fromm, George H. Mead, Bronislaw Malinowski, Walter Hollitscher, Viola Kleim, Guido de Ruggiero, Franz Neumann, entre otros. Ninguno de ellos, curiosamente, podría ser fácilmente adscrito a la categoría de sociólogo. La cualidad de sus textos difícilmente tolerarían ser encasillados como sociológicos *stricto sensu*. Con excepción del nombre de George H. Mead, que ha inspirado toda una tradición de investigaciones en el campo de la sociología norteamericana, la del interaccionismo simbólico, ninguno de los autores mencionados suele figurar en los índices onomásticos de los manuales de sociología más corrientes.⁴⁴ Es curioso, pero comparada con la de Ayala, un típico representante de la *tradicional* “sociología de cátedra”, la colección de Germani, la figura más representativa de la *moderna* “sociología empírica” en la Argentina, luce poco sociológica o, en todo caso, como menos ortodoxamente sociológica. (Las cursivas son mías)

⁴³ Para consignar sólo algunas referencias: *Economía y Sociedad*, de Max Weber, fue reseñada por Roberto Fraboschi en el *Boletín del Instituto de Sociología*, N° 3, 1944 y Alfredo Poviña consagró un ensayo al problema del método en *La metodología sociológica de Max Weber*, Córdoba, Imprenta de la Universidad, 1941. La obra de Weber fue igualmente analizada por Renato Treves en *Sociología y filosofía social*, Losada, Buenos Aires, 1941 y por Francisco Ayala en su *Tratado de Sociología*, Losada, Buenos Aires, 1947. Asimismo, *Ideología y utopía y Libertad y planificación*, de Karl Mannheim, fueron reseñadas en el *Boletín de Sociología*, N° 1, 1942,

⁴⁴ Quizá habría que exceptuar también el nombre de Malinowski, que, aunque antropólogo de profesión, suele ser reconocido como el antecedente más relevante del estructural-funcionalismo norteamericano.

En tal sentido, más que un proyecto destinado a cubrir un vacío en lo concerniente a la literatura sociológica, la colección de Germani debe ser vista como una estrategia tendiente a introducir una determinada *orientación* en la reflexión sociológica. ¿En qué habría de residir la misma? Por un lado, en conectar las ciencias sociales con una *nueva agenda*, la relativa al debate en torno de la sociedad de masas, su conexión con el fenómeno del totalitarismo y el porvenir de la democracia y, por el otro, en ampliar el horizonte teórico y conceptual de la sociología sustrayéndola del contexto de un vocabulario restringidamente disciplinario e inscribiéndola en todo caso en el *contexto más amplio de las ciencias sociales*.

Por cierto, ese cambio de orientación ya puede advertirse en la presencia de un rasgo crucial con que aparece investido el proyecto editorial de Germani, a saber, la introducción de una lengua que, como el inglés, no gozaba por entonces del prestigio intelectual, al menos, en el universo de la filosofía y las humanidades, que se tributaba a la lengua alemana. Que lo mismo parecía ocurrir en el caso de la sociología lo revela nuevamente el testimonio de José Luis de Imaz: ¿“Qué era lo que entonces entendíamos por sociología? Al conjunto de los autores alemanes traducidos”.⁴⁵ En efecto, la mayor parte de los títulos que integran el catálogo de la colección de Germani es de origen anglosajón. Buena parte de ellos, incluso, provienen de la *International Library of Sociology and Social Reconstruction* (“Biblioteca Internacional de Sociología y Reconstrucción Social”),⁴⁶ una colección de una editorial inglesa dirigida por Karl Mannheim, una figura central de la sociología alemana posweberiana y enormemente influyente en el pensamiento de Germani.⁴⁷

Ciertamente, esa inclinación de Germani hacia el mundo anglosajón no habría de implicar una predilección exclusiva por autores británicos o estadounidenses. Por el contrario, la atención estaría centrada igualmente en el mundo de la migración

⁴⁵ En José Luis De Imaz, *Promediando los cuarenta*, Buenos Aires, Sudamericana, 1977, pág. 127.

⁴⁶ De la colección de Karl Mannheim Germani editó los siguientes títulos: *Estudios de psicología primitiva*, de B. Malinowski, *Psicoanálisis y sociología*, de W. Hollitscher, *El carácter femenino*, de V. Kleim, *Psicoanálisis de la delincuencia juvenil*, de K. Friedlander y *Sociología. La ciencia de la sociedad*, de J. Rumney y J. Maier.

⁴⁷ He analizado la influencia de Mannheim en Germani en Alejandro Blanco, “Ideología, cultura y política: la Escuela de Frankfurt en la obra de Gino Germani”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, Universidad Nacional de Quilmes, N° 3, 1999. Para una visión de conjunto del pensamiento y la trayectoria intelectual de Karl Mannheim, véase, Lewis Coser, “Karl Mannheim, 1893-1947” en *Master of Sociological Thought. Ideas in Historical and Social Context*. Harcourt Brace and Company, Florida, 1977. Aspectos parciales de su obra en Raymond Aron, *La sociología alemana contemporánea*. Buenos Aires, Paidós, 1953; Paul Kecskemeti “Introducción” a Karl Mannheim, *Ensayos sobre sociología y psicología social*. México, F.C.E., 1963; igualmente, Louis Wirth, “Prefacio” a Karl Mannheim, *Ideología y utopía*. México, F.C.E., 1993.

intelectual europea a los Estados Unidos. Pero en todo caso, algo parece claro: frente a la figura de uno de sus inmediatos competidores, Francisco Ayala, ya devenido en el “traductor” e “importador” de la cultura alemana, Germani se erigía en el “traductor” e “importador” de la cultura anglosajona. Esta sesgada atención al mundo alemán, en un caso, y al mundo anglosajón, en el otro, llegaría a convertirse en un componente central de diferenciación intelectual entre la “sociología de cátedra” y la “sociología científica”.

De modo que, además de introducir una nueva orientación, de proponer un nuevo debate así como de abrir la sociología a nuevos continentes teóricos y conceptuales, el proyecto editorial de Germani se caracterizaría igualmente por conectar a su público con tradiciones de pensamiento que resultaban novedosas en un medio intelectual muy marcado por la cultura alemana. Todavía en 1957, en el prólogo a *La sociedad abierta y sus enemigos*, de Karl Popper, editado por Germani en 1957, Norberto Rodríguez Bustamante, por entonces profesor del Departamento de Sociología, reseñaba con cierta acrimonia este predominio de la lengua alemana cuando escribía lo siguiente:

hay que reconocer que de un tiempo a esta parte, la unilateralidad de dirección se ha pronunciado por un auge del germanismo que, originado en España a partir de Ortega y la Revista de Occidente, irradió en América y se manifestó con caracteres acusados en la Argentina, desplazando a las anteriores influencias de la filosofía francesa y de algunas figuras del pensamiento italiano y norteamericano.⁴⁸

El pragmatismo: hacia una redefinición de las ciencias sociales

Los componentes de esa nueva orientación tanto como su carácter crítico se advierten en las palabras que Germani escribe a modo de presentación para la edición de *Lógica. Teoría de la investigación*, de John Dewey.

Sólo una ciencia unificada, que extienda la aplicación del *método experimental* a las ciencias sociales, permitirá alcanzar una solución racional de la profunda crisis que amenaza a nuestra civilización.

Si el título mismo de la colección, *Ciencia y sociedad*, parecía desafiar, aún con todas las restricciones que han sido reseñadas, una relativamente extendida actitud negativa hacia la ciencia y su crudo mecanicismo que la reacción antipositivista había tornado habitual, la idea de una ciencia unificada como la de la extensión del método

⁴⁸ Norberto Rodríguez Bustamante, “Presentación de la edición castellana” de *La sociedad abierta y sus enemigos*, de Karl Popper, Paidós, Buenos Aires, 1957, pág. 9

experimental a las ciencias sociales venía a contrariar en principio el establecimiento de una distinción, interna a la sociología, entre “ciencia cultural” y “sociografía” que era moneda corriente en el discurso filosófico y social de entonces.

A este respecto, el que Germani, para dar fuerza a su empresa, incorporara a su biblioteca una tradición como la del “pragmatismo” -una escuela de pensamiento hacia la que por entonces el medio intelectual argentino no se mostraba para nada hospitalario⁴⁹- no resulta del todo sorprendente. En efecto, era esa actitud positiva hacia la ciencia y los métodos experimentales, tan característica de aquella tradición, no menos que su confianza en que la “investigación científica organizada” podría proponer soluciones racionales a la crisis, lo que le permitía a Germani articular una perspectiva a la vez sobre la naturaleza del método de las ciencias sociales y sobre el papel de éstas en conexión con los problemas sociales.

Tal como lo atestiguan las referencias contenidas en sus primeros trabajos publicados en el *Boletín del Instituto de Sociología*, Germani tenía un íntimo conocimiento de la tradición del pragmatismo a través de la obra de los sociólogos de la Escuela de Chicago (Cooley, Robert Park, William Thomas, W.I., Znaniecki, F., Shaw, G., Ernest Burgess, entre otros). Su contacto con esta tradición, por lo demás, jugaría un papel decisivo en la conformación de su perspectiva intelectual sobre la sociedad moderna. Así, la importancia acordada por la Escuela de Chicago a los problemas vinculados con la “desintegración social” provocada por el tránsito de formas de vida rurales a urbanas y su impacto sobre la esfera de la personalidad así como la cuidadosa atención prestada a la dimensión de la cultura en la determinación de las orientaciones de acción encontrarían en Germani un eco más que favorable. Además de la obra ya mencionada de Dewey, el interés de Germani por la tradición del pragmatismo quedaría reflejado igualmente en la proyectada edición, en la sección de “Filosofía”, de la colección de Abril, de *El hombre y sus problemas*, también de Dewey, aparecida finalmente en Paidós en 1952, y de la obra de George H. Mead, *Espíritu, persona y sociedad*, que aparecería recién en 1953 en la colección de Paidós, acompañada de un prefacio de Germani.⁵⁰

⁴⁹ Véase, Francisco Romero, “Indicaciones sobre la marcha del pensamiento filosófico en la Argentina” en *Sobre la filosofía en América*. Buenos Aires, Raigal, 1952.

⁵⁰ Por esos años, la figura de Dewey comenzaba a despertar el interés en ciertos medios intelectuales liberales. La “Biblioteca Pedagógica” de la editorial Losada, dirigida Lorenzo Luzuriaga, editó los siguientes títulos: *Experiencia y educación* (1939), *La ciencia de la educación* (1942), *Democracia y educación* (1946) y *Las escuelas de mañana* (1950). Norberto Rodríguez Bustamante, futuro colaborador de Germani en el Departamento de Sociología, se ocuparía de la obra de Dewey en conferencias y cursos

Posiblemente otro de los motivos de la simpatía que Germani experimentara hacia dicha tradición era el talante “liberal-progresista” de la filosofía social de Dewey. Pues, aún cuando dicha filosofía no dejara de exhibir reiterados reparos hacia los inconvenientes abiertos por una sociedad industrial en expansión, aún cuando reconocía la crisis del liberalismo y de la economía del *laissez faire*, lejos de propiciar una ruptura con dicho orden, se mostraba más bien partidaria de la necesidad de una planificación democrática que permitiría someter a control la « fuerzas de la producción » y conjugar, simultáneamente, los imperativos de la organización y los de la libertad.

Además, en el pragmatismo veía Germani un camino adecuado para problematizar sobre bases “racionalistas” la condición y el papel de la ciencia en el mundo moderno, o mejor dicho, la relación de la ciencia con la sociedad. En efecto, el pragmatismo, al igual que el historicismo, reconocía el hecho del condicionamiento social de las ciencias sociales (aunque no solo de ellas) en la medida en que la génesis de sus problemáticas constituía una respuesta a las cuestiones planteados por la vida social; pero a diferencia de aquel, el pragmatismo confiaba en que una extensión de los métodos de las ciencias naturales a los asuntos humanos y morales estaba en condiciones de superar el relativismo que había puesto en crisis la objetividad del conocimiento histórico-social. En los términos de Dewey, se trataba de “aplicar a todas las investigaciones relacionadas con temas humanos y morales la misma clase de método (el método de observación, la teoría sobre las hipótesis y la comprobación experimental) gracias al cual los conocimientos de la naturaleza física han alcanzado su actual altura”.⁵¹ La puesta en práctica de los métodos experimentales permitiría a la vez que plantear un nuevo tipo de objetividad, esta vez de carácter probabilístico, llevar adelante un programa de reforma de las costumbres institucionales destinado a profundizar el proceso de secularización abierto por el espíritu moderno. Al igual que Mannheim, Dewey creía que existía un desfase entre los progresos técnicos y las características de la vida social y que, por consiguiente, era necesario poner en práctica una reforma moral e intelectual de la sociedad. De algún modo, las tesis de Dewey no eran muy distintas a las de Karl Mannheim, en el sentido de que en ambos estaba presente el reconocimiento de la crisis del liberalismo clásico, de la economía del *laissez faire* y de la necesidad de ir hacia una planificación que fuera capaz de conjugar

dictados en el Colegio Libre de Estudios Superiores. Así, en 1953 pronunció una conferencia sobre “La filosofía de John Dewey”; poco tiempo después impartió un curso sobre “Las ideas filosóficas y pedagógicas de John Dewey” también en el Colegio Libre.

⁵¹John Dewey, *La reconstrucción de la filosofía*, Planeta-Agostini, Bs.As., 1987.

los imperativos de la organización y los de la libertad. Las ciencias humanas estaban destinadas a cumplir un rol central en dicha reforma.

En un ensayo escrito por esos años,⁵² Germani reunía los motivos del pragmatismo y de la sociología de Karl Mannheim en un intento por explicitar la forma en que debía entenderse la contribución de las ciencias sociales a una comprensión racional de la sociedad y el papel que debía desempeñar la sociología en una época caracterizada por la planificación social, es decir, por la extensión creciente del dominio de la racionalidad a esferas sociales anteriormente sometidos a la costumbre o a los dictados de la tradición.

A partir de una reconstrucción histórica de los orígenes de la ciencia social, el ensayo de Germani se esforzaba por mostrar la existencia de una íntima vinculación de las ciencias sociales, y especialmente de la sociología, con «el movimiento general del mundo moderno hacia una extensión progresiva del dominio de la racionalidad», que ya no quedaba restringida a los ámbitos tradicionales de la economía y la administración sino que tendía a abarcar la totalidad de las relaciones sociales. La planificación social se revelaba así como la nueva forma de ese proceso de racionalización creciente que exigía, por consiguiente, la presencia de una ciencia total de la sociedad capaz de proporcionar el conocimiento necesario de las fuerzas colectivas como requisito previo a la planificación social. Sociología y planificación parecían requerirse mutuamente.

Racionalización y ciencias sociales

Ahora bien, ¿de qué manera las ciencias sociales podían contribuir al proceso de racionalización del mundo social?⁵³ La respuesta ofrecida por Germani adoptaba la dirección señalada por Max Weber: dado el conocimiento de determinados fines, aquellas están en condiciones de definir, por un lado, los medios y los procedimientos más adecuados para alcanzar los fines propuestos y de calcular, por el otro, los efectos y repercusiones de su puesta en práctica. Se ve entonces que la racionalización, a cuya expansión las ciencias sociales debían contribuir, tenía para Germani un sentido exclusivamente «instrumental». En efecto, Germani establecía una distinción entre la

⁵²Gino Germani, « Sociología y planificación » en Boletín de la Biblioteca del Congreso, números 57-58-59, Bs.As., 1946, posteriormente incluido en Gino Germani, *La sociología científica. Apuntes para su fundamentación*. Cuadernos de Sociología, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1958. El título del trabajo era una paráfrasis de los temas que dominaban la sociología de Karl Mannheim.

⁵³ Para el desarrollo de esta cuestión retomo parcialmente lo escrito en un trabajo anterior, "Gino Germani: las ciencias del hombre y el proyecto de una voluntad política ilustrada", aparecido en *Punto de vista*, N° 62, noviembre de 1998.

«racionalidad instrumental» (que se ocupa de los medios más eficaces para la consecución de determinados fines) y la «racionalidad final» (que se propone una fundamentación racional de los fines mismos) y asignaba como área de competencia de las ciencias sociales la dimensión instrumental de la racionalidad. Las ciencias sociales no podían, al menos por el momento, alcanzar una fundamentación racional de los valores, aún cuando Germani reconociera que esta última tarea «encierra nada menos que el problema del futuro de nuestra civilización y por ello es esencial descubrir si esa tarea vital puede ser emprendida con éxito por la sociología (u otra ciencia positiva), la filosofía, o bien debe constituir el dominio propio de alguna forma de conocimiento no racional».

De esta manera, la función orientadora que las ciencias sociales estaban capacitadas para desempeñar en una sociedad que se encaminaba hacia la planificación consistía entonces en una función de cálculo y previsión. Ahora bien, llevar a cumplimiento dicha función exigía concebir a la sociología en tanto ciencia positiva, empírica e inductiva, pues solo de ese modo estaría en condiciones de descubrir uniformidades cuyo conocimiento pudiera de este modo ingresar en la elaboración de estrategias de planificación. En cambio, creía Germani, la afirmación de la unicidad, la individualidad y el carácter irrepetible de los fenómenos sociales como presupuesto de una ciencia social orientada a escrutar el significado de estos últimos cortaba la posibilidad de conectar a las ciencias sociales con el proceso de racionalización. Convertir a la sociología en una ciencia positiva, empírica e inductiva, implicaba entonces torcer el rumbo «especulativo» de la reflexión sociológica y desarrollar un programa de investigaciones sobre aquellas materias que resultaban estratégicas para la planificación social. He ahí entonces el modo en que -argumentaba Germani- debía operarse la redefinición de las ciencias sociales. Su estrategia ponía en juego una “política de la disciplina”,⁵⁴ consistente en separar la sociología de la llamada “filosofía social”, dotando a aquella de las características de una disciplina empírico-analítica. La restricción de la intervención de las ciencias sociales en las cuestiones prácticas a su sola dimensión instrumental (un conocimiento sobre los medios de la acción y no sobre sus fines) garantiza un compromiso de aquellas con éstas pero sin menoscabo de la objetividad del conocimiento. Separa, en suma, ciencia y valores.

⁵⁴El término pertenece a Hayden White. Véase del autor, *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación*. Paidós, Barcelona, 1992.

La racionalización y sus límites

No obstante, muy pronto Germani advertirá que este programa político que aspiraba a conectar la sociología con las tareas de la planificación social podía desembocar en un peligroso callejón sin salida. En efecto, dicho programa suponía una autocomprensión del papel de las ciencias sociales hasta cierto punto limitada en tanto que eximía a éstas últimas de una problematización misma de los fines de la acción humana. Una racionalización restringida al dominio exclusivo de los “medios” podía poner en peligro la permanencia de los valores más caros a la vida moderna. Era necesario entonces extender, en la medida de lo posible, la racionalidad al dominio de los fines, puesto que, de otro modo, la razón terminaría sometida a fines que incluso contradecían sus propios valores. En el breve prólogo que redactara para la edición de *El peligro de ser “gentleman y otros ensayos*, de Harold Laski, aparecido 1949, Germani exhibía estas preocupaciones a la vez que señalaba la necesidad de comprometer a la ciencia con los valores de la cultura moderna. En el comentario a la obra de Laski Germani destacaba que su mérito residía en “esa capacidad de vincular a la actitud científica una perspectiva política íntimamente experimentada como algo vivo, como un ideal práctico para la acción”. Germani reconocía que la posición de Laski contradecía el ideal de la “neutralidad valorativa” tal como había quedado definido en la obra de Weber, ideal según el cual, hasta tanto no fuera posible fundamentar una política científica, la fusión de la política como acción y la política como ciencia seguiría siendo ilegítima. Sin embargo, “la exclusión a priori de una determinación lógico-experimental de los fines, -advertía- conduce a una abdicación del conocimiento frente a su tarea más esencial”, a saber, una fundamentación racional de los fines. A los ojos de Germani, los acontecimientos ocurridos entre las dos guerras dejaban en claro que “la exclusión de la esfera de los valores del campo del conocimiento científico....abre el paso a todas las posiciones irracionalistas, que en última instancia terminan por repercutir sobre las ciencias sociales mismas”. No era dable entonces persistir en la concepción weberiana de la ciencia social como instrumento al servicio de fines que escapan a su dominio, limitándose a clarificar el significado para la acción humana.

Nos parece probable -confesaba Germani- que el autor de ese hermoso ensayo sobre *La ciencia como profesión* habría por lo menos retrocedido ante la perspectiva de declarar a la ciencia totalmente incompetente para juzgar, en definitiva, los fines últimos proclamados por el nazismo, o eximir a los

científicos, como tales, de toda preocupación acerca de la posibilidad de un pronunciamiento sobre el empleo de la energía atómica.

Ahora bien, este señalamiento no parecía ser meramente ocasional. En efecto, un año antes, y a propósito de una reseña sobre un conjunto de trabajos relativos a los fundamentos y límites de la ciencia, Germani realizaba, como veremos, una observación en la misma dirección.⁵⁵ Los trabajos reseñados por Germani abordaban dicha problemática desde dos tradiciones filosóficas en principio bien diferenciadas, el positivismo lógico (o neopositivismo) y el existencialismo. Sin embargo, en su reseña Germani reconocía que ambas tenían en común un rechazo a la concepción iluminista de la ciencia según la cual el conocimiento científico estaría en condiciones de revelar la esencia última de las cosas. En el neopositivismo este rechazo toma la forma de una explícita renuncia a derivar de la ciencia una visión sobre la realidad declarando, como desprovista de sentido, cualquier proposición relativa a la estructura íntima del mundo. Aquel rechazo se hace manifiesto, a su vez, en la renuncia a asignar a las proposiciones de la ciencia un carácter universal y necesario, intentando de esta manera eliminar cualquier residuo ontológico. Pero a diferencia del positivismo de viejo cuño, el neopositivismo pretendía haber encontrado una razón de por qué no es posible ofrecer una respuesta a los interrogantes sobre el ser último de las cosas. Al reconocer el carácter *convencional* de todo concepto (en el sentido de que su significado depende del sistema de reglas que definen su uso) el neopositivismo declaraba que aquellos interrogantes eran en realidad seudo-problemas, resultado de un mal uso del lenguaje. Las proposiciones de la filosofía tradicional no eran verdaderas proposiciones, pues las proposiciones científicas debían ser verificables en el sentido de que debían contener, en su formulación, la indicación de las operaciones dirigidas a verificarlas por medio de protocolos. En este sentido, un análisis de las proposiciones tradicionales de la filosofía conducido según estas reglas revelaba la falta de sentido de aquellas. El campo de la ciencia quedaba así restringido a lo conocible, que en esta nueva filosofía resultaba equivalente a lo legítimamente expresable. Los problemas éticos y metafísicos eran excluidos en la medida en que para ellos no existía un lenguaje intersubjetivo dotado de sentido.

⁵⁵ Se trata de la reseña a *Fondamenti logici della scienza*, de Abbagnano, Buzano, Buzzatti, Traverso, Frola, Geymonat y Persico, Torino, Franceso De Silva, 1947 y, *Limiti e possibilità della scienza*, Bari, Laterza, 1947, aparecida en la revista *Cultura Italiana*, Año I, Nº 2-3, abril/julio de 1948, en la que por entonces Germani se desempeñaba como secretario de redacción.

Por su parte, el existencialismo, representado en este caso por la figura de Abbagnano, llegaba, según el comentarista, a las mismas conclusiones en lo concerniente a los límites de la ciencia; pero sólo que, en lugar de declarar “sin sentido” las proposiciones relativas a aquellos problemas éticos y metafísicos, ponía de relieve, por el contrario, la importancia de la filosofía en tanto disciplina capaz de “promover en el hombre la claridad sobre sí mismo y sus propias actitudes”.

Ahora bien, que ninguna de las dos soluciones parecía conformar al comentarista es algo que puede apreciarse en la siguiente afirmación de Germani formulaba a modo de conclusión:

Este acuerdo sobre los alcances del conocimiento científico [...] no deja de arrojar algunas dudas sobre la pretensión del positivismo lógico de alcanzar un racionalismo *sin residuos* (las cursivas son del autor). En realidad, cualesquiera sean los progresos de la formulación del positivismo lógico con respecto al viejo positivismo, su racionalismo permanece incompleto y peligrosamente abierto al doble ataque de las corrientes irracionistas e idealistas, una vez que se abandonan precisamente aquellos problemas que se hallan tan vinculados a la situación humana. (pág.167)

De manera que, a los ojos de Germani, tanto el neopositivismo, como a su modo el existencialismo, conservaban, en el fondo, el mismo dualismo ontológico que conducía a abandonar el terreno de los valores -esos problemas “vinculados a la situación humana”- a las especulaciones de índole metafísicas, en el primer caso al declararlos como problemas “carentes de sentido” para la ciencia; en el segundo, en cambio, por considerar que el lenguaje de la ciencia resulta insuficiente para hacer frente a ellos. En suma, conocimiento racional y existencia quedaban así divorciados. En este sentido, el *Tractatus Logico Philosophicus* de Wittgenstein era para Germani, un claro indicador de la desembocadura de aquel dualismo:

Pero todo esto no ha de extrañar si se piensa que una de las obras fundamentales de esta corriente, [el neopositivismo] el *Tractatus Logico Philosophicus* de Wittgenstein concluye con una formulación de la mística, es decir de lo inexpresable, y en ella incluye justamente el contenido tradicional de la filosofía. (pág. 167)

Se advierte así la presencia de una tensión instalada en la estrategia de Germani de comprometer a las ciencias sociales en las tareas de la planificación en la medida en que, si por un lado admitía que aquel compromiso limitaba la intervención práctica de las ciencias sociales, o más precisamente de la sociología, a una orientación de carácter instrumental (Weber-Mannheim), por el otro, advertía que dicha limitación podía

terminar encerrando a la sociología en lo que hoy llamaríamos –según una conocida expresión de origen frankfurtiano- en el “círculo funcional de la racionalidad instrumental”. De esta manera, la ciencia quedaba desconectada de cualquier problematización de los valores o los fines últimos, cuya consecuencia, todavía más embarazosa, era la de verse al servicio de fines que escapaban a su dominio y que incluso podían llegar a ser contradictorios con la existencia de la propia ciencia como actividad racionalmente organizada.

¿Significaba todo esto la adscripción de Germani a un “positivismo naturalista” que cree poder derivar de los resultados de la investigación empírica criterios normativos para la acción? Cualquier afirmación, en un sentido u otro, sería, creemos, apresurado. En todo caso, estas vacilaciones traducen, me parece, ese enfático racionalismo inscripto en su proyecto editorial, un racionalismo que se rehúsa a conceder a un conocimiento de naturaleza metafísico, intuitivo, la discusión sobre las cuestiones últimas, tanto como la voluntad de comprometer a la ciencia en el proyecto de una reforma práctico-moral de la sociedad. De algún modo, esta vacilación es probablemente también expresión de la presencia, entre los materiales de la biblioteca de Germani, de la tradición del pragmatismo y su insistente reclamo de someter los valores a una “prueba pragmática de acreditación”, -según la conocida expresión de Habermas; en todo caso, aquélla permite advertir que la conjunción de la fórmula que liga la ciencia a la sociedad, lejos de ser enteramente unívoca, aparece en cambio atravesada por sentidos conflictivos y no fácilmente armonizables.

Finalmente, las reservas de Germani parecían exhibir igualmente los límites de un programa al que él mismo había dado impulso en su proyecto editorial, el de la apuesta por una *ciencia unificada* (unidad de método), propia del positivismo y del positivismo lógico o neopositivismo, en la que creía hallar la solución a los problemas que enfrentaba el mundo moderno. En todo caso, aquellas reservas son también un signo de la persistencia de un impulso o residuo de ilustración en el proyecto de la ciencia social imaginado por Germani y que venía a contrariar naturalmente las convicciones más fuertes del programa neopositivista.

Capítulo VII

Psicoanálisis y sociología: hacia una convergencia disciplinaria

Resumen: este capítulo examina la relación de Germani con la tradición del psicoanálisis reformista, y más especialmente, su estrategia de incorporación del psicoanálisis a la construcción de una 'ciencia del hombre' y sus repercusiones en el campo cultural en general y en la disciplina en particular. El capítulo examina igualmente la actividad editorial de Germani como una estrategia doble de diferenciación: respecto de la ortodoxia psicoanalítica encarnada en la Asociación Psicoanalítica Argentina, como respecto de la sociología por entonces vigente en la que la tradición del psicoanálisis había permanecido completamente ignorada. Finalmente, se estudia el sentido del proyecto de integración disciplinaria (psicoanálisis, sociología y antropología) en el contexto de las preocupaciones políticas e intelectuales estrechamente conectadas con los problemas planteado por la emergencia de una sociedad de masas y la amenaza del totalitarismo.

El proyecto

Aún cuando pueda reconocerse una línea de continuidad ideológico-política entre los materiales editados en Abril y Paidós respectivamente (en rigor de verdad, los títulos editados en Abril -como así también aquellos otros en preparación- aparecerían al poco tiempo en la colección de Paidós) el nuevo título de la colección de Paidós —de clara inspiración mannheimniana¹ permite advertir la presencia de un nuevo programa en el que los textos habrían de inscribirse. Un programa de ningún modo alternativo al anterior -ni mucho menos uno que implicara un abandono de este último- pero en el que es posible percibir, sin dudas, la presencia de nuevas preocupaciones. En efecto, y a diferencia de la colección "Ciencia y Sociedad", la "Biblioteca de Psicología Social y Sociología" explicitaba ya desde su título mismo un proyecto asociado a dos campos disciplinarios. Más aún, la conjunción de ambos en una misma biblioteca sugería desde un comienzo que se trataba a la vez de campos discernibles pero a fin de cuentas próximos, familiares. En suma, si bajo la advocación de un título como "Ciencia y sociedad", de la colección de Abril, podía percibirse un intento de reivindicar la participación de la ciencia social en general en un proyecto de transformación "científica" de la sociedad, la mención explícita, en el nuevo título, de dos disciplinas del mundo social, pareciera expresar la dirección de un compromiso, esta vez más específico, con determinados saberes.

En efecto, el rasgo más distintivo del proyecto de esta nueva colección habría de residir en una estrategia que pondría en juego un doble movimiento: el de una incorporación del psicoanálisis a la construcción de una ciencia del hombre, pero

¹ En efecto, el título de la colección reproduce, con apenas una inversión de los términos, el título de una obra de Karl Mannheim, *Ensayos sobre sociología y psicología social*, que apareció originariamente en Inglaterra en 1953 y fue editada en castellano por el Fondo de Cultura Económica en 1963.

también, e inversamente, el de la comunicación del psicoanálisis con las demás ciencias sociales. El hecho de que prácticamente el 80% de los títulos editados entre 1945 y 1960 refieren, de alguna u otra manera, al psicoanálisis revela el lugar estratégico que ocuparía la disciplina creada por Freud en la nueva empresa intelectual y que habría de obrar como un punto central de diferenciación respecto de la autocomprensión de la sociología y de su relación con las otras disciplinas sociales vigente hasta entonces. En suma, se trató de un movimiento de ampliación del horizonte teórico y conceptual en ambas direcciones. Desde entonces, la reflexión de Germani en torno al psicoanálisis y a las posibilidades de construcción de una renovada psicología social estaría en el centro de sus preocupaciones. A dicha problemática, en efecto, consagraría diversos trabajos publicados en distintos medios académicos² y dos volúmenes de ensayos cuyos títulos mismos ponen de relieve hasta qué punto la relación entre psicoanálisis y sociología como el proyecto más general de edificación de una renovada psicología social se convertiría en un tema recurrente de su reflexión. En 1956 publicó *Estudios de psicología social*,³ que reunía diversos escritos, especialmente aquellos que, bajo la forma de prólogos o estudios introductorios había redactado como editor, y, diez años más tarde, aparecía una versión ampliada con el título, ligeramente modificado, de *Estudios de psicología social y sociología*.⁴

A aquella incorporación del psicoanálisis -que debía estar precedida de una revisión del “psicoanálisis ortodoxo” consistente en despojar a aquel de sus presupuestos biologicistas-⁵ habrían de sumarse igualmente los aportes de la psicología de las relaciones interpersonales y de la antropología cultural. En esta confluencia de saberes debía residir a los ojos de Germani el punto de partida para el desarrollo de una ciencia del hombre que fuera capaz de trascender los enfoques parciales de las distintas disciplinas. El desarrollo de la nueva perspectiva iría tomando cuerpo fundamentalmente a través de la edición de autores como Karen Horney, Erich Fromm y Walter Hollischer pero también de Bronislaw Malinowski y George Mead. En tal sentido, su actividad editorial puede ser leída como parte de una estrategia político-intelectual destinada a tallar el perfil de ‘ciencia del hombre’ sobre la base de una

² Véase, Gino Germani, “El psicoanálisis y las ciencias del hombre” en *Revista de la Universidad*, La Plata, N°3, 1956, y “Sociología, relaciones humanas y psiquiatría” en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, Año I, N° 1, 1956, ambos posteriormente incorporados a *Estudios sobre sociología y psicología social*. Buenos Aires, Paidós, 1966.

³ Universidad Nacional, México, 1956.

⁴ Paidós, Buenos Aires, 1966.

⁵ Esta tesis será expuesta por Germani en «El psicoanálisis y las ciencias del hombre», en *Revista de la*

convergencia, temática y metodológica, de los saberes de la psicología, la antropología y la sociología. Quizá nada revela mejor la importancia de este proyecto en los intereses intelectuales de Germani que el título escogido para un curso en el Colegio Libre de Estudios Superiores, “Bosquejo de una psicología social en una época de crisis”, y con el que habría de rotular, años más tarde, la primera parte de un libro que reunía sus trabajos más tempranos.⁶

Con todo, debe reconocerse que el interés de Germani por la psicología social no sería fruto exclusivo de su contacto con la obra de los psicoanalistas revisionistas. El mismo habría de nutrirse, igualmente, de su contacto con otras tradiciones intelectuales, en especial, con los aportes de la psiquiatría interpersonal de Harry Stack Sullivan, cuya influencia el propio Germani ha reconocido,⁷ así como con las distintas tendencias de la psicología social norteamericana, como lo atestiguan sus trabajos más tempranos. En efecto, ya en 1944 pronuncia en el Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires una conferencia titulada precisamente “Métodos de investigación en psicología social” y ese mismo año publica un artículo en el Boletín del Instituto de Sociología referido a los métodos de medición de la opinión pública y las actitudes sociales.⁸ Ambos trabajos exhiben el interés y la relativa familiaridad de Germani con las corrientes de la psicología social norteamericana. Fruto del contacto con dicha tradición es, igualmente, el ensayo que, una década más tarde, consagra al desarrollo de la psicología social en los Estados Unidos.⁹ En una evaluación retrospectiva realizada en el prefacio a *Estudios de psicología social y sociología*, Germani se encargaba de poner de relieve la importancia de esta tradición en la elaboración de sus ensayos referidos al tema:

Se trata de ensayos escritos en una época del desarrollo de las ciencias sociales en América Latina en que predominaba casi incontrastada la tradición europea, mientras que importantes contribuciones más recientes originadas sobre todo en los Estados Unidos permanecen casi desconocidas. Los ensayos aquí reunidos representaban justamente un esfuerzo por introducir y someter a una evaluación crítica estos nuevos aportes en el ámbito latinoamericano y dentro de sus

Universidad Nacional de la Plata, N° 3, La Plata, 1958.

⁶ Gino Germani, *Estudios de psicología social*. Universidad Nacional, México, 1956.

⁷ Véase, “Germani por Germani (1958)” en Raúl Jorrot y Ruth Sutu (comp.), *Después de Germani. Exploraciones sobre estructura social de la Argentina*. Buenos Aires, Paidós, 1992.

⁸ Gino Germani, “Métodos cuantitativos en la investigación de la opinión pública y de las actitudes sociales”. *Boletín del Instituto de Sociología*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, N° 3, 1944, incluido en Gino Germani, *Estudios sobre sociología y psicología social*. Paidós, Buenos Aires, 1966.

⁹ Gino Germani, “La psicología social en los Estados Unidos” en Revista Internacional de Sociología, Madrid, Instituto ‘Balmes’ de Sociología, N° 38, 1952, incluido en Gino Germani, *Estudios sobre sociología y psicología social*. Paidós, Buenos Aires, 1966.

características sociales e intelectuales.

Pero veamos más concretamente cómo fue madurando este interés y las preocupaciones e inquietudes con las que estuvo asociado.

Psicoanálisis y sociología

En el prefacio a la edición castellana de *El miedo a la libertad*, Germani describía la obra de Fromm como “una importante contribución a la teoría sociológica” y, en tal sentido, como “un instrumento teórico muy eficaz para la comprensión de los fenómenos sociales que se desarrollan en el mundo contemporáneo”.¹⁰ Asimismo, la obra, fundada en una revisión del psicoanálisis que adoptaría el nombre de psicoanálisis reformista,¹¹ se revelaba, a los ojos de Germani, como “un ejemplo logrado de aplicación fecunda del psicoanálisis a los fenómenos históricos”.¹²

Ciertamente, en el contexto intelectual y en el vocabulario de la época, la invocación al psicoanálisis como el uso de su terminología no eran, hay que decirlo, del todo novedosas. En efecto, por esos años, la psicología y el psicoanálisis se habían expandido notablemente.¹³ Como fuera señalado en el capítulo V, ya desde la década del '20, el psicoanálisis había sido incorporado a los distintos programas de enseñanza de la psicología y era un tema recurrente de las publicaciones médicas más prestigiosas, como *La Semana Médica*, *Revista de Psiquiatría y Criminología* e *Index*. A partir de la década del '30, además, el Colegio Libre de Estudios Superiores, unas de las instituciones más tradicionales del campo intelectual argentino, ofrecía regularmente diversos cursos sobre la temática. Pero no era sólo en los círculos doctos donde el

¹⁰ Gino Germani, “Prefacio a la edición castellana” de Erich Fromm, *El miedo a la libertad*. Paidós, Buenos Aires, 1947, pág. 11.

¹¹ Un año antes Germani había editado de Karen Horney, *La personalidad neurótica de nuestro tiempo*, uno de los títulos más significativos de la orientación del “psicoanálisis reformista”. El que Germani incluyera fragmentos de dicha obra en la antología *De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, preparada junto a Jorge Graciarena y utilizada como material de lectura de la carrera de sociología es un claro testimonio de la importancia que asignaba a dicha tendencia en general como a la autora citada en particular en la formación de los futuros sociólogos.

¹² Gino Germani, “Prefacio a la edición castellana” de Erich Fromm, *El miedo a la libertad*. Paidós, Buenos Aires, 1947, pág. 9.

¹³ Para una historia del psicoanálisis en la Argentina, véase, y Jorge Balán, *Cuéntame tu vida. Una biografía colectiva del psicoanálisis argentino*. Aires, Planeta, Buenos Aires, 1992; Hugo Vezzetti (Comp.), *El nacimiento de la psicología en la Argentina. Pensamiento psicológico y positivismo*. Puntosur, Buenos Aires, 1998, *Freud en Buenos Aires*. Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 1996; Mariano Ben Plotkin, “Freud en la Universidad de Buenos Aires: la primera etapa hasta la creación de la carrera de Psicología”, en EIAL, vol. 7, N°1, 1996, “Psicoanálisis y política: la recepción que tuvo el psicoanálisis en Buenos Aires (1910-1943)” en *Redes. Revista de Estudios sociales de la ciencia*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, vol. III, N° 8, 1996 y *Freud en las pampas*, Sudamericana, Buenos Aires, 2003.

psicoanálisis había encontrado una acogida favorable -independientemente de la orientación que habría de caracterizar su recepción. A través de una serie de revistas y semanarios de circulación masiva, el psicoanálisis había comenzado a conquistar las expectativas del gran público.¹⁴ Por lo demás, y aún cuando todavía no existía la carrera de psicología, ya en 1942 había sido fundada la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA), que contribuyó enormemente a su difusión y, al año siguiente aparecía su órgano oficial, la *Revista de Psicoanálisis*.

Lo novedoso, lo enteramente novedoso era, en cambio, la presencia de términos como psicoanálisis o psicología en el vocabulario de la sociología de entonces tanto como la idea de que la disciplina fundada por Freud -muchas de cuyas obras, lo que también era una novedad, Germani citaba en el texto- pudiera contribuir a la teoría sociológica” y al esclarecimiento de fenómenos de carácter histórico. Era novedoso, igualmente, la orientación psicoanalítica difundida por Germani, la del “psicoanálisis reformista”, a partir de la cual proyectaría una estrategia intelectual de incorporación del psicoanálisis a la construcción de una renovada “ciencia del hombre” que marcaría quizá el rasgo más distintivo de su proyecto editorial.

Ahora bien, ¿en qué consistía la peculiaridad de esta nueva orientación psicoanalítica? Fundamentalmente, según Germani, en una “acentuación sociológica del psicoanálisis frente a la posición esencialmente más biológica de la escuela ortodoxa”. Este giro en la interpretación del psicoanálisis estaba en el origen de una nueva y más compleja concepción de la personalidad. Así, en lugar de suponer como factores explicativos de la conducta ciertos impulsos biológicamente determinados, sobre la base de una concepción de la naturaleza humana como algo fijo e invariable y a partir del supuesto de una relación mecánica con la sociedad, la nueva orientación, en cambio, subrayaba “la necesidad de considerar los factores sociales, los valores y las normas éticas en el estudio de la personalidad total”.

Ahora bien, ¿en qué sentido y de qué manera la obra de Fromm y la orientación

¹⁴ Así, el semanario *El Hogar* incluiría en sus páginas distintos artículos sobre el tema; asimismo, el poeta peruano Alberto Hidalgo, bajo el seudónimo de Dr. Gómez Nerea, pondría al alcance del gran público una colección multivolumen titulada *Freud al alcance de todos*, mientras *Jornada*, el nuevo nombre asumido por el diario *Crítica* luego de su clausura por el golpe del '30, incorporaba una sección fija sobre psicoanálisis en la que un “experto psicoanalista”, que firmaba con el nombre de “Freudiano”, tenía a su cargo la tarea de interpretar las narraciones de los sueños que sus lectores enviaban al diario. Una experiencia, esta última, que sería reeditada en la década siguiente por Gino Germani y Enrique Butelman en el semanario “Idilio”, de la editorial Abril, lo que ilustra, una vez más, el peso adquirido por el psicoanálisis en la conciencia pública. La sección escrita por Germani y Butelman se titulaba “El psicoanálisis te ayudará” y los sueños de los lectores eran ilustrados con fotomontajes de Grete Stern. Para esto último, véase, Luis Priamo, *Grete Stern*, Fondo Nacional de las Artes, Buenos Aires, 1990.

por él representada podía constituir una contribución a la teoría sociológica? Según el autor del prólogo, esa contribución radicaba en que la perspectiva psicoanalítica de Fromm, al otorgar un mayor relieve a la *dimensión subjetiva* de la acción, permitía superar el sociologismo “que olvida el elemento humano -el hecho fundamental de que los hombres son los actores y autores de la historia- y quiere explicar la dinámica social en función de fuerzas impersonales o de otro tipo”. Pero, a su vez, y aquí residía el otro aporte de la obra de Fromm, esa dimensión subjetiva no debía ser incorporada como tradicionalmente se lo había hecho, es decir de manera abstracta y ahistórica, sino al contrario. En tal sentido, la perspectiva de Fromm ofrecía igualmente un modo de superar el psicologismo, “que sólo considera las conciencias individuales sin tener en cuenta su modo de formación y sus conexiones con las instituciones y los hechos socioculturales objetivos”.

Igualmente, Germani señalaba que los conceptos de “carácter social” y “adaptación dinámica” acuñados por Fromm habían permitido someter a análisis uno de los aspectos más complejos de la dinámica social: el de “las relaciones entre los fenómenos estructurales y los psicosociales”. Se advierte así que la obra de Fromm estaba en condiciones de proporcionar, a través de una atención más acusada hacia las relaciones entre personalidad y sociedad, una perspectiva para analizar las transformaciones sociales o, lo que poco tiempo después se acostumaría llamar “el cambio social”. Este acento puesto por Fromm en las relaciones entre personalidad y sociedad colocaba su perspectiva en directa conexión con toda una línea de reflexión conocida con el nombre de “cultura y personalidad” y hacia la que Germani ya se había mostrado particularmente interesado.¹⁵

En efecto, ya en la colección de Abril, y más tarde en Paidós, Germani editaría algunas de las obras de las figuras más representativas de dicha orientación. Así, en la

¹⁵ De inspiración antropológica, dos títulos marcaron el movimiento denominado “cultura y personalidad”: *Patterns of Culture*, de Ruth Benedict, traducido tempranamente al español por León Dujovne para editorial Sudamericana, y *The Cultural Background of Personality*, de Ralph Linton, que la editorial del Fondo de Cultura Económica daba a conocer a los lectores de habla hispana en 1945, el mismo año de su aparición en inglés, con el título de “Cultura y personalidad”. El aporte principal y más novedoso de esta corriente consistía en la afirmación de la existencia de patrones de cultura que gobiernan la acción humana. Desde esta perspectiva, la cultura -que estaba en el centro de las indagaciones- aparecía como la fuente de formación de la personalidad. Estrechamente ligado a dicho movimiento fue el denominado “estudio del carácter” y la personalidad, que prestaba especial atención a las modificaciones operadas en la dimensión de la personalidad como consecuencia de los cambios estructurales y entre cuyas obras más representativas se cuentan las investigaciones sobre la personalidad autoritaria realizadas por de la Escuela de Frankfurt, la obra de Erich Fromm, *El miedo a la libertad*, así como los trabajos Goffrey Gorer, Karen Horney, Margaret Mead y Ruth Benedict. Véase, Daniel Bell, *Las ciencias sociales desde la Segunda Guerra Mundial*. Madrid, Alianza, 1984.

colección “Ciencia y Sociedad” aparecieron *Adolescencia y cultura en Samoa* y *Sexo y temperamento*, de Margaret Mead, en 1945 y 1947 respectivamente (y reeditados más tarde en Paidós). De la misma autora pero en la colección de Paidós, apareció en 1952 *Educación y cultura*. En la colección de Paidós, asimismo, Germani editaría *La personalidad neurótica de nuestro tiempo*, de Karen Horney, en 1946, *La personalidad básica*, de Michel Dufrenne, en 1959 y *La muchedumbre solitaria*, de David Riesman, en 1964. En la misma dirección, por cierto, venía a inscribirse igualmente la obra de Hans Gerth y Charles Wright Mills, *Carácter y estructura social*, editada por Germani en 1963.¹⁶

En suma, teoría del cambio, teoría de la formación de la personalidad y su relación con la estructura social: he ahí básicamente el núcleo conceptual de la obra de Fromm que Germani juzgaba como una contribución positiva a la teoría sociológica. En la misma línea argumentativa colocaba Germani la edición de *Estudios de psicología primitiva*, del antropólogo Bronislaw Malinowski. En el prólogo, Germani afirmaba que la obra de Malinowski proporciona una saludable crítica al “biologicismo” del psicoanálisis y permite de este modo poner de relieve la importancia de lo social y lo histórico en los procesos de construcción de la identidad. “De este modo, al paso que se niega la existencia de mecanismos inconscientes generales -por ejemplo la represión, la ambivalencia y otros- se introduce en el psicoanálisis un principio sociocultural que sustituye al individuo ahistórico y abstracto de la concepción ortodoxa freudiana, por el individuo concreto a cuya formación concurren no sólo la biología sino también la historia...”

Dos años después, Germani volvía a reiterar los mismos motivos en ocasión de la edición de un libro titulado precisamente *Psicoanálisis y sociología*, de Walter Hollischer. Algo no muy diferente, asimismo, podemos leer en la edición de *Espíritu, sociedad y persona*, de George H. Mead. Aún cuando proveniente de una tradición intelectual diferente, Germani procuraba no obstante orientar la recepción de la obra de este último en la misma dirección y con relación a las mismas cuestiones. En efecto, desde un comienzo Germani afirmaba que *Espíritu, sociedad y persona* debía leerse a la luz del clásico problema que arrastraba la sociología desde sus inicios, a saber, el problema de la “disputa sobre las nociones de individuo y sociedad y el problema

¹⁶ En la presentación del libro, los autores inscribían su trabajo en la tradición del psicoanálisis reformista en la que reconocían explícitamente los nombres de aquellos autores que, a excepción de Harry Stack Sullivan y Abram Kardiner, Germani había editado en su colección: Bronislaw Malinowski, Karen Horney y Erich Fromm.

correlativo de los vínculos entre psicología y sociología y sus respectivos objetivos”.¹⁷ En tal sentido, a los ojos del prologuista, dicho problema debía considerarse superado por el enfoque de la psicología social presentado por Mead en la medida en que permitía superar tanto el “sociologismo” como el “psicologismo”. La posibilidad de dicha superación descansaba, según Germani, en tres postulados rectores de la psicología social de Mead: a) la afirmación de la historicidad del individuo como autoconciencia, es decir, anterioridad histórica de la sociedad sobre la persona individual; b) la formulación, contra las concepciones más espiritualistas, de una hipótesis naturalista acerca del desarrollo del individuo autoconsciente a partir del desarrollo de la matriz de las relaciones sociales; c) afirmación de la función esencial que desempeña la internalización de lo socio-cultural (la “adopción de papeles”) en la formación de la autoconciencia.

En suma, y al igual que en el caso de Fromm, Kardiner¹⁸, Margaret Mead y Linton, muchos de los cuales formaban parte del catálogo de la biblioteca de Germani, lo esencial del enfoque de Mead residía a la vez en el rechazo de una concepción de la naturaleza humana como fija e invariable (biologista) y en la formulación de una perspectiva sobre la personalidad de carácter social a la vez que histórico, y de cuyo ulterior desarrollo, cabía esperar, según Germani, “decisivos avances hacia una psicología social dotada de un alto grado de madurez e integración teórica”.

A través de esa operación intelectual de incorporación del psicoanálisis a la construcción de una renovada ciencia social Germani establecía así una doble diferenciación al interior del campo intelectual. En primer lugar, una diferenciación respecto de la ortodoxia psicoanalítica cultivada por quienes por entonces se reclamaban los intérpretes y difusores del legado de Freud, los miembros de la Asociación Psicoanalítica Argentina. Frente a la concepción biologista de estos últimos, Germani proponía, a través del giro culturalista propiciado por los revisionistas, una lectura del psicoanálisis más social y cultural que individual. Y, en segundo lugar, una diferenciación respecto a quienes por entonces tenían bajo su control la enseñanza y difusión de la sociología. En ese sentido, frente a una visión convencional de la disciplina, limitada exclusivamente a los nombres de quienes por entonces eran

¹⁷ Cuando Germani incluye el prólogo a la obra de Mead en su libro de ensayos *Estudios de psicología social*, México, Universidad Nacional, 1956, lo titula “El surgimiento del yo y los fundamentos de la psicología social”, lo que confirma nuestra interpretación sobre el sentido de la dirección teórica que pretendía imprimir Germani a la difusión de dicha obra.

¹⁸ Como ya ha sido dicho, en 1959 Germani edita *La personalidad básica*, de Michel Dufrenne, un libro

reconocidos como sociólogos o bien habían desempeñado el rol de tales, Germani ampliaba sus fronteras abriéndola, como en este caso, a una tradición que, como la del psicoanálisis, había permanecido completamente ignorada tanto en los programas de enseñanza de la disciplina como en los manuales o libros de texto más corrientes.

Cultura académica y mundo social

Pero aquella convergencia entre psicoanálisis y sociología no estaba solamente animada por motivos de orden teórico sino que formaba parte igualmente de un “proyecto cultural” que ligaba a las ciencias sociales a un programa de intervención práctica sobre el mundo social. Este otro componente del proyecto editorial buscaba articular los saberes provenientes de la psicología social, la psicoterapia y la teoría de los “pequeños grupos” con un programa político de intervención práctica sobre el mundo social que fuera capaz transformar las relaciones sociales en una dirección democrática. Algo así como una microsociología asociada a una micropolítica.

En un ensayo a propósito de la sociometría, Germani había anticipado algunas de estas expectativas.¹⁹ En el mismo, a la par que revisaba las principales tesis de la sociometría, poniendo de relieve algunas deficiencias de su enfoque, subrayaba fundamentalmente la importancia de los *alcances prácticos* de las técnicas de la sociometría como forma psicoterapéutica individual y colectiva. En este sentido afirmaba:

Lo más característico de esta técnica es la importancia que asigna a la espontaneidad. Se trata simplemente de la *extensión de la práctica democrática de la elección* en esferas que por lo general quedaban abandonadas al azar, o a las tentativas forzosamente imperfectas e incompletas de los *individuos aislados*, o más frecuentemente aún a las decisiones autocráticas de los dirigentes del grupo. Representa un ejemplo hermoso de coordinación de la espontaneidad y de la planificación....

Se ve aquí hasta qué punto la evaluación de Germani de la sociometría estaba directamente conectada con lo que podríamos llamar un “proyecto de modernización” de esferas de la vida social que, o bien eran dejadas al azar o a las tentativas de individuos aislados, o bien quedaban a-críticamente sometidas a la presencia de una autoridad indiscutida.

Por otra parte, al mismo tiempo que Germani insistía en la necesidad de hacer

enteramente inspirado en la teoría de Kardiner sobre la personalidad.

¹⁹ Gino Germani, “Introducción a la sociometría” en *La sociología científica. Apuntes para su fundamentación*. México, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional, 1956.

confluir algunos de los descubrimientos de la disciplina inaugurada por Freud con la sociología, procuraba al mismo tiempo incorporar a ese terreno de confluencia a una disciplina vecina como la psiquiatría. A esta cuestión Germani dedicaría un ensayo titulado precisamente “Sociología, relaciones humanas y psiquiatría”,²⁰ en el que enfatizaba los problemas históricamente comunes de la sociología y la psiquiatría, advirtiendo que el desarrollo de un campo de investigación sociológico como el estudio de las “relaciones humanas” (o sociología de los pequeños grupos) permitía establecer estrechos lazos entre sociología y psiquiatría en la medida en que ambas colocaban en el centro de su interés “las relaciones interpersonales y la estructura y dinámica de los grupos restringidos, sean éstos la familia, el grupo de trabajo, de estudio, de amistad, la pandilla juvenil, etc., o bien los grupos ‘psicoterápicos’ (desde ciertos puntos de vista verdaderos grupos ‘experimentales’)”. Según Germani, en el análisis de esta dimensión micro de la vida social, la tarea del psiquiatra se confundía a menudo con la del sociólogo de tal manera que se producía una “complementariedad de los fines experimentales teóricos y de los fines clínicos y prácticos”.

Además de ese terreno común de investigación, lo que aproximaba las problemáticas de la psiquiatría y la sociología de los pequeños grupos era asimismo un común instrumento conceptual del que ambas se servían, a saber, la noción de *personalidad social* o *carácter social*, entendida como la configuración de rasgos comunes que caracterizan a los miembros de un determinado grupo social ya sea en tanto miembros de una *cultura* compartida, ya sea como ocupantes de una misma posición en la estructura de clases de la sociedad. A la luz de este concepto común, los trastornos mentales comenzaban a ser examinados y comprendidos sobre la base de la intervención de una serie de variables de orden socio-cultural como el tipo de cultura, la estructura social y el grado de integración social, y a partir de las cuales quedaban relativizados el concepto mismo de anormalidad (y de normalidad) en la medida en que su significado se revelaba enteramente dependiente del *ethos* predominante en cada sociedad e incluso del *ethos* de los distintos grupos que componen una misma sociedad.²¹

²⁰ Gino Germani, “Sociología, relaciones humanas y psiquiatría” en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, Año I, Quinta época, N° 1, enero/marzo de 1956.

²¹ La consideración de estas variables podía al mismo tiempo evitar los problemas derivados de la tendencia, propia de la microsociología, a aislar la unidad de análisis (el grupo, la familia, en fin el microgrupo) del contexto global en el que está inserta. En tal sentido, Germani afirmaba que la fecunda colaboración entre sociología y psiquiatría “puede verse frustrada si se olvida que lo interpersonal sobre todo expresa y mediatiza las fuerzas del mundo sociocultural, la influencia del tipo de cultura y

Al año siguiente de la aparición del artículo de Germani, más precisamente en 1957, aparecía en la colección “Biblioteca de Psiquiatría, Psicopatología y Psicósomática”, de la editorial Paidós, un libro colectivo, *Psicoterapia del grupo, su enfoque psicoanalítico*, de León Grimberg, Marie Langer y Emilio Rodríguez, que se revelaba enteramente convergente con las inquietudes intelectuales abiertas por la biblioteca de Germani. En su presentación, los autores retomaban, en los términos en los que lo había puesto Germani, el problema de las relaciones entre psicología y sociología, es decir, en los términos de la disputa entre el psicologismo y el sociologismo a la vez que se declaraban partidarios del desarrollo de “una microsociología como una tercera perspectiva cuyo enfoque, por ser intermediario, puede y debe beneficiar a ambas disciplinas”.²²

Los alcances tanto teóricos como prácticos de las relaciones entre psiquiatría y sociología sobre la que tanto insistiera Germani comenzarían a ponerse de manifiesto durante la década del ‘60 a través de una serie de iniciativas intelectuales y prácticas en el campo de la salud mental, entre las que cabe mencionar la protagonizada por Mauricio Goldemberg en el Servicio de Psicopatología del Hospital de Lanús, que habrían de significar una profunda renovación en los modos de concebir la problemática en cuestión.²³ La innovación radicaba en la introducción de la dimensión de “lo social” en el análisis clínico de las patologías, lo que implicaba sustraer el tratamiento de estas últimas a una consideración puramente individual. En su lugar, el análisis de los trastornos psicológicos debía contemplar toda una serie de variables que estaban presentes en la constitución del síntoma: clase social, tipo de ocupación, lugar de residencia, etc.. Aún reconociendo la importancia de la dimensión individual, los problemas de la salud mental debían ser encarados teniendo entonces en cuenta el grado en que un déficit o la constitución anómala de los vínculos interpersonales tenía efectos sobre el proceso de constitución de la identidad del sujeto.²⁴ El núcleo teórico-conceptual de dichas iniciativas era enteramente afín con las ideas difundidas por

particularmente de la estructura social y del grado de integración”. “Sociología, relaciones humanas y psiquiatría” en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, Año I, Quinta época, N° 1, enero/marzo de 1956.

²² León Grimberg, Marie Langer y Emilio Rodríguez, *Psicoterapia del grupo, su enfoque psicoanalítico*. Buenos Aires, Paidós, 1957, pág 31.

²³ Véase, Hugo Vezzetti, “Las ciencias sociales y el campo de la salud mental en la década del sesenta” en *Punto de Vista*, N° 54, abril de 1995.

²⁴ A este respecto, Germani seguía muy de cerca las investigaciones emprendidas por Stack Sullivan en el campo de la psiquiatría. En la circa biográfica aparecida en Raúl Jorrot y Ruth Sautu, *Después de Germani. Exploraciones sobre la estructura social de la Argentina*. Paidós, Bs.As., 1992, Germani reconoce explícitamente la influencia de Sullivan en su formación intelectual.

Germani en su biblioteca. En efecto, y según los términos de un ensayo de Mauricio Goldemberg,²⁵ se trataba de integrar la psiquiatría con las ciencias del hombre: la antropología, la psicología y la sociología. Es éste precisamente el reverso del proyecto editorial de Germani: no ya solamente el integrar el psicoanálisis a la sociología, ensanchando de ese modo el horizonte teórico y conceptual de esta última, sino también el de comunicar el propio psicoanálisis y la psicología con el resto de las ciencias sociales. Esos nuevos modos de concebir la salud mental constituirían los tópicos alrededor de los cuales comenzaba a tallarse un territorio de confluencia entre los saberes del mundo “psi” y la sociología.

Y en efecto, pronto comenzaría a tejerse una verdadera comunidad de intereses entre el campo de la psiquiatría y el de la sociología así como entre el universo práctico de la salud mental y el mundo de la cultura académica, tal como lo testimonian algunos eventos así como la realización conjunta de una serie de actividades. Así, por ejemplo, hacia fines de 1962 se radicaba en el Instituto de Sociología el *Proyecto de investigación en psiquiatría social* titulado “Estructuras de conducta y sistemas de comunicación social”. Dirigido por Eliseo Verón, la investigación contó con el asesoramiento de Gino Germani y la participación de sociólogos, psiquiatras y psicólogos. Integraban el grupo de investigación Francis Korn, Ricardo Malfé, Carlos Sluzki, Analía Kornblit. Asimismo, la investigación contó con la colaboración del Servicio de Psicopatología y Neurología del Policlínico “Prof. Gregorio Aráoz Alfaro” de Lanús y la supervisión de Mauricio Goldemberg, protagonista de la experiencia de Lanús anteriormente referida. Al año siguiente, y también en el Instituto de Sociología, se radicaba una investigación relativa a las concepciones corrientes de la enfermedad.²⁶

A su vez, en 1964 se celebraba el “Coloquio sobre las relaciones entre Psicología y Sociología: algunos problemas teóricos y empíricos de su relación”, organizado por el Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES) y coordinado por Eliseo Verón. Las discusiones del evento, que contó con la participación de sociólogos, psicólogos, psiquiatras y psicólogos sociales, giraron alrededor de las relaciones entre la sociología y la psicología tanto a nivel teórico como empírico, por un lado, y a los

²⁵ Mauricio Goldemberg, “Progresos en psiquiatría. La psiquiatría en el hospital general”, en *La Semana Médica*, enero de 1965, citado en Hugo Vezzetti, “Las ciencias sociales y el campo de la salud mental en la década del sesenta”. *Punto de Vista*, N° 54, abril de 1995.

²⁶ La investigación, titulada “Las concepciones del sentido común sobre la enfermedad mental”, estuvo a cargo de Ana Lia Kornblit y bajo la supervisión de Araon Cicourel. Véase, “Instituto de Sociología, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Informe del Director”, Buenos Aires, junio de 1964.

problemas vinculados al contexto social de la actividad del psicólogo, la incidencia de las variables sociológicas en el proceso psicoterapéutico, la relación entre psicoterapia y clase social y entre psicoterapia, control social y cambio social, por el otro.²⁷ En las discusiones estuvieron presentes igualmente Mauricio Goldemberg y Emilio Rodrigué, este último autor de *Biografía de una comunidad terapéutica*, editado por EUDEBA en 1965, y acompañado de un prólogo de Goldemberg.²⁸

Ciertamente, en muchas de estas iniciativas, especialmente en la del Coloquio, no faltaron críticas hacia algunos núcleos conceptuales de las teorías a las que Germani había dado difusión.²⁹ De cualquier manera, todas ellas, de un modo o de otro, prolongaban -y amplificaban- el proyecto inscripto en la biblioteca diseñada por Germani: un proyecto de colaboración interdisciplinaria, de asociación de psicología y sociología.

En tal sentido, la sola nómina de esos acontecimientos puede ser vista como un signo de las inquietudes intelectuales que la estrategia editorial de Germani, relativa a la necesidad de establecer relaciones estrechas entre psicología y sociología, había conseguido despertar tanto en el mundo académico como en el relativo al tratamiento de la salud mental. De algún modo, todos estos emprendimientos pueden ser considerados como estribaciones de ese núcleo político-conceptual de la Biblioteca de Germani, fundado en el proyecto de un trabajo interdisciplinario entre psicología y sociología, fundado, en suma, en una voluntad de comunicación e integración de los distintos

²⁷ La nómina completa de los trabajos fue la siguiente: "Relaciones entre psicología y sociología: un análisis sistemático" (Silvia Sigal y Eliseo Verón); "Carácter social: problemas de definición" (Regina Gibaja); "Tratamiento de variables psicológicas en investigaciones sobre estructura y cambio sociales" (Torcuato Di Tella); " Variables de estructura social en investigaciones psicosociales" (Eduardo Colombo); "Variables psicosociales en el estudio de la esquizofrenia" (Ana Lía Kornblit); "Neurosis y clase social: observaciones metodológicas" (Eliseo Verón, Francis Korn, Ana Lía Kornblit, Ricardo Malfé y Carlos Sluzki); "Consideraciones preliminares acerca del proceso de institucionalización del psicólogo" (José Itzigsohn); "El proceso de institucionalización del psicólogo" (Enrique Pichón Riviere, Elena Roberto, Celia Mauri, Susana Boz, Edgardo Musso y Toba de Fundia); "Psicoterapia múltiple e institucional" (Armando Bauleo); "La psicoterapia y el medio hospitalario" (Carlos Sluzki). En Eliseo Verón, "Coloquio sobre las relaciones entre psicología y sociología" en *Revista Latinoamericana de Sociología*, vol. II, N° 2, noviembre de 1964.

²⁸ Según la crónica de Eliseo Verón, en el coloquio se perfilaron dos posiciones: la primera de ellas, representada por el trabajo de Silvia Sigal y Verón, planteaba que el esfuerzo por vincular variables sociológica y psicológicas plantea una serie de problemas que obligan a distinguir entre los niveles de análisis y exigen una adecuada integración en el plano de la construcción de la teoría. La segunda, en cambio, representada por Torcuato Di Tella, se caracterizaba por plantear la cuestión de la distinción entre variables psicológicas y sociológicas en el plano estrictamente metodológico, negando que la misma pueda plantear problemas relativos al nivel de construcción de la teoría. En Eliseo Verón, "Coloquio sobre las relaciones entre psicología y sociología" en *Revista Latinoamericana de Sociología*, vol. II, N° 2, noviembre de 1964.

²⁹ Especialmente, el trabajo de Eliseo Verón y Silvia Sigal, que examinaba críticamente muchas de las suposiciones de las teorías de Erich Fromm y, más en general, de las teorías asociadas a la escuela

saberes hacia la construcción de lo que por esos años Germani comenzaría a denominar el proyecto de una *ciencia social unificada*.

En ese sentido, los materiales editados por Germani apuntaban a perfilar un conjunto de nociones, conceptos y problemáticas que fueran comunes a sociólogos, psicólogos y antropólogos y a tallar un nuevo paradigma para las ciencias sociales sobre la base de una convergencia, temática y metodológica, de la antropología, la sociología y la psicología social. La creación, poco tiempo después, de las carreras de psicología y de ciencias antropológicas parecía dibujar un escenario propicio para el establecimiento de las afinidades a las que aspiraba la Biblioteca imaginada por Germani. Una biblioteca que hiciera las veces de una suerte de *lingua franca* que comunicara la sociología, la psicología social y la antropología. Y sin embargo, dicho proyecto, por diversas razones, no fue posible entonces en la Argentina. Como ha mostrado una investigación reciente,³⁰ las principales figuras de la carrera de antropología, como Marcelo Bórmida y Enrique Palavecino, siguieron apegados a las concepciones y paradigmas de la Escuela Histórico Cultural, relativamente ajenos a la moderna antropología cultural británica y escasamente sensibles a los temas y problemas –los del “choque de culturas” y la transculturación como consecuencia de los procesos de industrialización– en los que Germani inscribió la difusión de la literatura antropológica. Estos últimos apenas se hicieron sentir en el dictado de Antropología Social, una asignatura marginal a la carrera y “demasiado sociológica” a los ojos de quienes comandaban la disciplina.³¹ Acaso la posibilidad de ese territorio común sería compartido por momentos con algunas tendencias del campo de la psicología, como se ha visto, y con la historiografía encarnada por José Luis Romero, en ese momento la figura más representativa del campo historiográfico. Aún con ciertas reservas, José Luis Romero compartiría, en efecto, el espíritu de aquellas premisas metodológicas y celebraría igualmente el

“Cultura y personalidad”.

³⁰ Sergio Visacovsky, Rosana Guber y Estela Gurevich, “Modernidad y tradición en el origen de la carrera de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Buenos Aires” en *Redes*, vol. IV, N° 10, octubre de 1997.

³¹ Por lo demás, la asignatura, que se dictada en el Departamento de Sociología, recién se abrió en 1962, cuatro años después de la creación de la carrera y su primer titular, el antropólogo norteamericano Ralph Beals, fue invitado por Germani. En Sergio Visacovsky, Rosana Guber y Estela Gurevich, “Modernidad y tradición en el origen de la carrera de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Buenos Aires” en *Redes*, vol. IV, N° 10, octubre de 1997. De cualquier manera, hay que recordar que Marcelo Bórmida y Enrique Palavecino, dos de las figuras más importantes de la antropología argentina, tuvieron a su cargo en el Departamento de Sociología el dictado de la asignatura Antropología Cultural. Véase, “El Departamento y la Escuela de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Informe del Director”, Bs.As., 1961.

renacimiento y el vigor alcanzado por las ciencias sociales en la Argentina.³² La investigación sobre la inmigración masiva al Río de la Plata que en 1961 el Centro de Historia Social, bajo la dirección de José Luis Romero, y el Departamento de Sociología, a cargo de Gino Germani, emprendieran de manera conjunta, constituye, sin duda, un testimonio de la existencia de esa fe en un proyecto académico que debía descansar en la colaboración interdisciplinaria.³³

Psicoanálisis y política

Hemos tenido oportunidad de señalar que el rasgo más peculiar y novedoso de esta nueva biblioteca habría de consistir en la elaboración de esa psicología social anunciada en el título de la colección y que habría de resultar de una síntesis entre psicoanálisis y sociología. Ahora bien, ¿cuál era el sentido de esta síntesis, de esta incorporación del psicoanálisis a la construcción de una ciencia del hombre? ¿Con qué preocupaciones aparecía conectado este proyecto intelectual de integración disciplinaria, esta operación de asociación entre sociología y psicología social, y en relación con qué problemática la misma podía resultar relevante? En fin, ¿por qué este énfasis en la psicología social?

A este respecto, es necesario reparar nuevamente en el prólogo que, en 1947, Germani redactara para la edición de *El miedo a la libertad*, de Erich Fromm y esto, fundamentalmente, por dos razones. En primer lugar, porque de algún modo, y aún cuando la primera edición aparece en la colección de Abril, dicho prólogo marca el inicio de la estrategia de construcción de esa psicología social que identificaría a la nueva biblioteca y que habría de adoptar la vía abierta por el psicoanálisis revisionista. Y, en segundo lugar, porque en él puede advertirse una conexión existente entre los problemas allí planteados y el sentido más general con el que aparecería asociado el nuevo título del proyecto editorial. En efecto, la edición del libro de Fromm se inscribe en el contexto de una preocupación en torno a una problemática bien precisa: la de las

³² Véase, José Luis Romero, "Humanismo y conocimiento del hombre" e "Historia y ciencias del hombre: la peculiaridad del objeto", en *La vida histórica*, Sudamericana, Buenos Aires, 1986, donde Romero exhibe sus reservas hacia la tendencia a la cuantificación en las ciencias sociales y la necesidad de restablecer una perspectiva "humanista" en los estudios sobre el hombre y la sociedad.

³³ Véase, *Investigación sobre el impacto de la inmigración masiva en el Río de la Plata*, en Boletín N° 1, Departamento de Sociología y Cátedra de Historia Social, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 1961. Algunos de los trabajos de dicha investigación aparecieron en Torcuato Di Tella, Gino Germani, Jorge Graciarena y colaboradores, *Argentina, sociedad de masas*, EUDEBA, Buenos Aires, 1965 y en *Los fragmentos del poder*, Alvarez, Buenos Aires, 1968. Un comentario sobre dicho proyecto en Fernando Devoto, "Del crisol al pluralismo": treinta años de estudios sobre las migraciones europeas a la argentina", Centro de Investigaciones Sociales, Instituto Torcuato Di Tella, serie

razones o los motivos que pudieran explicar la presencia, en la vida política contemporánea, de fenómenos políticos que, como los regímenes de masas totalitarios, resultaban en principio bastante extraños a las formas políticas hasta entonces conocidas. En el prólogo a aquella obra Germani escribía lo siguiente:

Se llega con esto a uno de los problemas centrales de nuestro tiempo: el del *sentido* que asume la adaptación frente a los cambios estructurales. Uno de los rasgos más característicos de la escena contemporánea ha sido la *irracionalidad* de tales adaptaciones. La concepción iluminista que presenta al hombre como un ser racional capaz de asumir decisiones adecuadas a sus intereses, siempre que tenga acceso a la información necesaria, pareció sufrir un golpe decisivo.

Naturalmente es imposible disociar la instalación de este interrogante de los acontecimientos políticos y sociales que por entonces habían transformado radicalmente el escenario político nacional. Un movimiento político de masas, liderado por un caudillo de extracción militar, acababa de acceder al poder con el apoyo de las masas populares. De cualquier manera, las palabras de aquel prólogo exhibían la presencia de un acontecimiento que, al menos en principio, parecía desafiar, según el prologuista, las explicaciones entonces más habituales sobre el comportamiento político, fundamentalmente aquellas provenientes de una antropología de matriz iluminista. ¿A qué debía atribuirse el carácter irracional de esas adaptaciones? ¿Cómo podía explicarse esa “explosión de irracionalidad [...] que se ha manifestado en el campo político como negación de la libertad”? ¿Qué había impulsado a las masas a adherir a regímenes políticos que parecían contrariar sus intereses?

Es precisamente a la luz de estos nuevos interrogantes cómo hay que comprender el interés cada vez más pronunciado de Germani en la incorporación del psicoanálisis a una teoría de la sociedad, o más precisamente a una explicación de la acción política. ¿Qué se había interpuesto entre el “hombre como ser racional y su consiguiente capacidad de asumir decisiones adecuadas a sus intereses”? Tal, de algún modo, el enunciado que resumía las preocupaciones. Al parecer, fuerzas extrañas a la razón parecían estar en el origen de unas preferencias ideológicas que, siempre de acuerdo al presupuesto del prologuista, contrariaban los intereses de los propios actores. Ahora bien, ¿de dónde provenían esas fuerzas y en qué sentido encontraba Germani en la psicología social la posibilidad de articular una respuesta a estos nuevos interrogantes?

Indudablemente esta atención de Germani hacia la psicología no se comprende si no es sobre el fondo de un diagnóstico de la crisis de la sociedad moderna según el cual aquella aparece investida de un nuevo matiz: se trata de una crisis de orden *también* subjetivo y que Germani tematiza bajo la forma del pasaje de una sociedad tradicional a una moderna sociedad de masas.³⁴ Como es sabido, en este planteo -fundante, no obstante la variación terminológica, de toda la sociología clásica pero que Germani rescribe a partir de las elaboraciones de la sociología de la Escuela de Chicago- la sociedad tradicional viene conceptualizada como un tipo de estructura social dotada de un fuerte grado de homogeneidad social, escasamente diferenciada y caracterizada por el predominio de un sistema de valores comunes a todos los miembros de la comunidad. En contraposición a ella, la sociedad moderna se caracteriza por un alto grado de diferenciación social y cultural y por el predominio del individualismo. El advenimiento de una sociedad de masas en tanto proceso de movilización supone así un desplazamiento que es no solamente de orden cuantitativo sino también, y fundamentalmente, de orden cualitativo: en la perspectiva de Germani, la emergencia de una sociedad de masas no significa solamente el hecho de que la masa de la población participa o aspira a participar en la construcción de la voluntad política; implica igualmente la incorporación a la escena política de sectores que, de acuerdo a aquel esquema dicotómico, son portadores de una cultura de tipo tradicional. La sociedad de masas pone así en escena un choque entre dos culturas. El tránsito de una forma a otra entraña la aparición de diferentes formas de conducta divergentes en la medida en que los antiguos esquemas de acción y representación social ya no resultan adecuados para la nueva situación social y su desajuste respecto a esta última origina procesos de desintegración social.

Es entonces colocada sobre el fondo de esta problemática de la transición cómo Germani encontraría en los materiales que le proporcionaba el psicoanálisis reformista y la antropología cultural la posibilidad de interrogar esa dimensión subjetiva de la crisis y colocar sobre un nuevo contexto la pregunta por la racionalidad de la acción. Veamos cómo se figuraba Germani el modo en que la psicología podía ofrecer nuevos instrumentos para despejar el sentido de un viejo problema:

El problema de la 'falsa conciencia', -declaraba Germani en el prólogo a *El miedo a la libertad*- es decir de la falta de adecuación entre la realidad y su

³⁴ Gino Germani, "Anomia y desintegración social". *Boletín del Instituto de Sociología*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, N° 4, 1945.

interpretación por parte de un grupo, de que se ocupa la sociología del conocimiento, puede ser examinado provechosamente desde el punto de vista de la psicología profunda, pues ésta revela la raíz psicológica de las ideologías y la *relación que existe entre esa deformación de la realidad y la estructura del carácter*. (Las cursivas son mías)

Por cierto, en su formulación misma el problema permanece todavía planteado en un plano demasiado estrechamente psicologista; de cualquier modo, el planteo mismo le abre sin embargo ya la posibilidad de integrar a la pregunta sobre la formación de una ideología una dimensión que escapa a los clásicos términos de una teoría fundada en el interés.

A este respecto, el “psicoanálisis revisionista” de Fromm le ofrece a Germani un conjunto de instrumentos analíticos para explorar de qué manera ciertas configuraciones de la subjetividad pueden contribuir a explicar la reacción de los distintos sectores sociales a las transformaciones estructurales. En efecto, en la medida en que se abandonaba la imagen de una naturaleza humana universal, fija e invariable, dotada de un conjunto de tendencias biológicas comunes a la especie, por la del individuo social e históricamente conformado, aquella perspectiva le permite integrar al análisis de la acción todas aquellas fuerzas sociales y culturales que intervienen en la formación de la personalidad, o del “carácter social” de los miembros de un grupo, aunque subrayando, al mismo tiempo, de qué manera las “disposiciones psíquicas” así moldeadas intervienen, a su vez, como fuerzas activas en el proceso social.

La inclusión, en la nueva biblioteca, de los textos de la antropología cultural - fundamentalmente a través de las obras de Margaret Mead³⁵ y de Bronislaw Malinowski³⁶ - corona, podríamos decir, este “giro culturalista” que ya está presente en la operación del psicoanálisis reformista y que atenúa el acento psicologista de aquella formulación. En la perspectiva de la antropología cultural la cultura que ya no viene entendida exclusivamente como producción de “bienes espirituales” sino que aparece asociada con un esquema mental (lenguajes, hábitos, creencias, valores) bajo la forma

³⁵ De la autora Germani edita en Abril *Adolescencia y cultura en Samoa*, en 1945, y dos años más tarde *Sexo y temperamento*. Poco tiempo después, en 1952, aparece, en la colección de Paidós, *Educación y cultura*.

³⁶ En 1949 aparece en Paidós *Estudios de psicología primitiva*, de Bronislaw Malinowski. En el prefacio Germani señalaba precisamente la importante contribución de la obra del antropólogo en el surgimiento de las orientaciones revisionistas del psicoanálisis al poner de relieve la incidencia de la cultura en la formación de la personalidad y rectificar de esta manera el biologismo de las premisas del psicoanálisis más ortodoxo. Así, por ejemplo, como en el caso de la crítica de Malinowski a la universalidad del complejo de Edipo y su reemplazo por la noción de un complejo nuclear familiar que varía precisamente en función de la estructura familiar y, consiguientemente, de la cultura.

de una pauta más o menos coherente de pensamiento y acción.³⁷ El “carácter social” - que más tarde Germani conceptuaría como “características psicosociales”- se forma así en el medio de formas de interacción regidas por determinados patrones culturales que implican a la vez, una representación sobre el mundo y un principio de acción en el mundo. Mediante esa aproximación Germani se daba los medios para acceder a un problema que estaba en el corazón de sus preocupaciones: el modo en que el tránsito de formas de vida rurales a formas de vida urbanas podía ocasionar diversos “trastornos” en la personalidad relacionados con la falta de adaptación al medio.³⁸ En suma, al amplificar el concepto de cultura, la inclusión de la antropología a las ciencias del hombre abría así todo un territorio para explorar las relaciones entre cultura y política.

A este respecto, el prólogo, redactado en 1949, para la edición de los *Estudios de psicología primitiva*, de Bronislaw Malinowski, resulta particularmente significativo pues revela el modo en que la obra de Malinowski queda conectada con las preocupaciones del editor en torno al fenómeno del “contacto de culturas” y su impacto sobre los procesos de cambio social y político. En efecto, en un primer momento, Germani pone de relieve las críticas del antropólogo a las teorías de la “difusión” cultural por su atomismo, consistente en analizar los elementos culturales de manera aislada, abstraídos del contexto de la estructura total del que forman parte. Y sin embargo, luego afirma que, no obstante lo saludable de esta crítica, la perspectiva funcionalista de Malinowski no excluye “*a priori* la posibilidad de identificar como supervivencias determinados rasgos culturales”. Para Germani, este último aspecto revestía particular importancia para entender los procesos de transición y cambio social, pues, dado que “la transformación de las distintas partes de la cultura no se produce con idéntico ritmo, resulta que sobreviven ciertos rasgos de estadios anteriores y en consecuencia aparecen dentro de ella discordancias funcionales”. Con estas últimas

³⁷ En este sentido, puede decirse también que la literatura antropológica le permite a Germani desplazarse de los lugares comunes relativos al surgimiento de la sociedad de masas y sus efectos negativos sobre la cultura en general colocando la interrogación en el contexto de un conflicto entre culturas diferentes. El problema que plantea la emergencia de una sociedad de masas no radica entonces en la falta de “cultura” de las masas sino en la existencia de patrones culturales diferentes.

³⁸ Naturalmente la presencia de esta cuestión estaba estrechamente relacionada con las transformaciones que había experimentado la sociedad argentina a partir de la década del '30, en especial, las relativas al fenómeno de las migraciones internas. En efecto, en los informes redactados en calidad de miembro de la Comisión Asesora Honoraria de Demografía, encargada de la preparación del IV Censo Nacional, Germani insistía en la necesidad de realizar un estudio de la movilidad horizontal que permitiría captar el fenómeno de las migraciones internas y el fenómeno de la asimilación cultural. Las preguntas relativas a estos ítems serían finalmente rechazadas por la Comisión por las dificultades técnicas que comportaban. Véase a este respecto, Gino Germani, “El Instituto de Sociología y el Cuarto Censo Nacional”, en Boletín del Instituto de Sociología, N° 4, 1945.

Germani aludía al por entonces conocido fenómeno del “retraso cultural”,³⁹ y que identificaba como el motivo central de la crisis. Se trataba, más concretamente, de la discrepancia entre ciertas actitudes de tipo tradicional y las exigencias, en términos de actitudes, de una sociedad secularizada.

La interpretación de Germani es a este respecto muy ilustrativa del modo en que incorpora la perspectiva antropológica a la problemática del contacto de culturas que la sociedad de masas ha puesto en escena. Pues en rigor de verdad, Malinowski había rechazado de manera expresa la teoría de la supervivencia aduciendo que si en realidad la supervivencia subsiste es porque en realidad ha adquirido un nuevo significado, una nueva función.⁴⁰ Por cierto, esto no quiere decir que Germani rechazara de la perspectiva funcionalista su teoría de una cultura como una configuración en la que todos sus elementos aparecen integrados (muy por el contrario, la hacía suya) sino que más bien reintegra a aquella una consideración hacia el “difusionismo” para explicar precisamente la presencia de esos ritmos no armónicos que todo proceso de transición - de cambio- lleva inscripto y las consecuencias que de ello se deriva tanto en el plano de la estructura social (coexistencia de lo arcaico y lo moderno) como en el de la personalidad (esquemas de acción y formas de representación desajustados a la nueva situación). En este sentido, la problemática de los “contactos de cultura” le ofrece la posibilidad de introducir la cuestión de la temporalidad en los procesos de cambio en la medida que señala que la preexistencia de una cultura tradicional a la moderna requiere un *tempo* de adaptación y transformación. La transición es así el espacio de lo heterogéneo, de la convivencia de elementos pertenecientes a diferentes contextos socioculturales e igualmente de elementos de diferente inscripción histórica; para usar una conocida expresión de Karl Mannheim a la que Germani era particularmente afecto, la transición es el espacio de coexistencia “de lo contemporáneo con lo no contemporáneo”: valores, normas, actitudes pertenecientes a registros culturales distintos. La presencia de esta problemática, es ocioso recordarlo, se hará explícita en su interpretación del peronismo como fenómeno de “asincronía”.

Puede decirse entonces que en el cruce entre psicoanálisis reformista y

³⁹ La teoría del “retraso cultural” fue desarrollada por W. F. Ogburn. Según la misma, los cambios siempre provienen del sector dinámico de la cultura, la “cultura material”, que luego provoca modificaciones en los otros sectores de la cultura, como la organización social y las costumbres. Estos últimos, sin embargo, no cambian al mismo ritmo, lo que provoca el desajuste entre ambas esferas o sectores.

⁴⁰ Para esto, véase, Bronislaw Malinowski, *Una teoría científica de la cultura*. Sudamericana, Buenos Aires, 1948.

antropología cultural Germani hallaba el modo de articular una reflexión, con nuevos instrumentos analíticos, sobre ese lado subjetivo de la crisis. No es casual a este respecto la presencia, que se volverá recurrente a lo largo de los distintos prólogos, de una problemática íntimamente conectada con esto, a saber, la problemática de la individuación o de la autoconciencia tanto como el modo en que la cultura condiciona la formación de la personalidad. Veamos en principio cómo aparece este problema. En el prólogo a *El miedo a la libertad* Germani escribe:

El hombre ha llegado a emerger, tras el largo proceso de *individuación*, iniciado desde fines de la Edad Media, como entidad autónoma y separada, pero esta nueva situación y ciertas características de la estructura social contemporánea lo han colocado en un profundo aislamiento y soledad moral. A menos que no logre restablecer una vinculación con el mundo y la sociedad, que se funde sobre la reciprocidad y plena expansión de su propio yo, el hombre contemporáneo está llamado a refugiarse en alguna forma de evasión a la libertad.

El texto contiene una primera tesis: el “individuo” como entidad autónoma y separada, no es un dato sino resultado de ese largo proceso de individuación que se afirma con la emergencia de la sociedad moderna. Germani vuelve sobre esta tesis, pero ya de manera más sistemática, a propósito de la edición de *Espíritu, persona y sociedad*, de George H. Mead.⁴¹ En ella reafirma el carácter a la vez histórico y social del fenómeno de la autoconciencia. Por un lado, la autoconciencia aparece como una conquista relativamente reciente pero inscrita en un proceso, diríamos hoy, de larga duración, y es, por el otro, producto de la interacción social, fundada en la reciprocidad. “El mérito de Mead -escribe Germani en el prefacio a la obra citada- consiste en haber proporcionado una hipótesis coherente acerca de ese desarrollo y, sobre todo, haber mostrado cómo no puede concebirse sino a partir de una vida social preexistente”. La teoría de Mead le permite a este respecto colocar dicho problema en clave sociológica: la autoconciencia se forma en el medio de la comunicación humana y descansa, por consiguiente, -o está fundada- en la *intersubjetividad*. Hasta aquí entonces lo que concierne a la primera parte del pasaje citado más arriba.

En la segunda, en cambio, se alude a la existencia de una “nueva situación y

⁴¹ Cabe recordar asimismo que en su reflexión sobre esta problemática Germani incluiría ciertos materiales provenientes del campo de la etnología, a través de las investigaciones de Lévy-Bruhl, Marcel Mauss, pero fundamentalmente de M. Leenhardt, autor de *Do Kamo. La personne et le mîthe dans le monde mélanésien*, y de De Martino, autor de *Il Mondo Magico*. El que traducciones caseras de algunos capítulos de estas dos últimas obras fueran incluidas como material de lectura en los cursos del Departamento de Sociología testimonia la importancia que asignaba Germani a dicha problemática.

ciertas características de la estructura social contemporánea” que conspiran, según el argumento, contra la posibilidad de la afirmación de la individualidad (y con ella, de la autonomía) en la medida en que colocan al individuo en esa situación de “aislamiento y soledad moral”. ¿A qué se refería Germani con todo esto? ¿De qué naturaleza era esa “nueva situación” y cuáles eran esas “características de la estructura social contemporánea”? Probablemente la referencia incluyera ese conjunto de fórmulas que podía hallarse en abundancia en el texto de Fromm, relativas al predominio cada vez más acusado de las fuerzas impersonales del mercado y del capital propias de un capitalismo monopolista, a la impersonalidad de las relaciones humanas, a la pérdida de la individualidad, a la funcionalización creciente de las relaciones sociales, al surgimiento de grandes organizaciones y poderes anónimos (el mercado, la gran empresa, el Estado); en fin, a una pérdida creciente de la importancia del individuo en la vida social.

Pero si esos eran sus más rasgos generales e imputables, en cierto modo, a toda sociedad moderna y de masas, la especificidad atribuida por Germani para aquellas sociedades que, como la Argentina, se hallaban en proceso de transición, puede advertirse perfectamente en el trabajo ya citado, “Anomia y desintegración social”, de 1945. Aquí el pasaje de una sociedad tradicional a una de masas aparece descripto con contornos todavía más precisos:

Es el resultado de un proceso mecánico de individuación que ha *puesto en disponibilidad* al individuo pero no le ha proporcionado los medios para forjarse una personalidad. Caídos los cuadros tradicionales a los cuales se sentían ligados por lazos emocionales, inconscientemente arraigados, los individuos se hallan expuestos a las técnicas tipificadoras, tales como las formas de recreación en masa, la estandarización de las ocupaciones, de los gustos y de las personalidades.

Puede decirse entonces que el interés de Germani por el fenómeno de la individuación aparece conectado en principio con su percepción de la sociedad de masas y su tendencia a la anulación de la personalidad. La moderna sociedad de masas contiene así una paradoja: es, en tanto moderna, individualista pero, en tanto masiva, empuja a los individuos hacia la uniformidad. El pasaje citado sugiere igualmente una distinción entre una individuación mecánica (“proceso mecánico”) y otra que, a falta de un término, podríamos admitir en denominar como orgánica, para retomar la terminología de Emile Durkheim, a la que este texto no es de ningún modo ajeno. En la primera el hombre queda reducido a un engranaje de la máquina económica que “ahoga al yo auténtico

bajo el yo social y transforma el ser viviente en un manojito de funciones”.⁴² La segunda, en cambio, supone la integración a un sistema de normas y valores que, de acuerdo al argumento, proporcionan los “medios para forjarse una personalidad”. Con una referencia explícita a la obra de Fromm, el pasaje concluía del siguiente modo:

Pero este abandono al automatismo no es todo. Nada ha reemplazado, en efecto, ese sentimiento de pertenencia que caracterizaba la relación del individuo con el grupo; por ello el individuo se siente sólo y aislado y, por lo tanto, expuesto a la aceptación de vínculos que vuelvan a darle ese sentimiento.

La crisis aparece investida así de un carácter *moral* en el sentido que el vocablo tiene para Durkheim, es decir, como un estado caracterizado por la ausencia de normas y valores que proporcionan al individuo ese sentido de pertenencia y de identidad. En este sentido, la obra de Fromm le proporciona una antropología de claras resonancias durkheimnianas y que coloca en el centro de la problemática política la cuestión de la pertenencia, o dicho de otro modo, la de la identidad. Y lo que es todavía más importante, en esa conexión entre individuación mecánica y soledad moral ha identificado uno de los obstáculos para la emergencia de la autoconciencia en tanto esta última se funda en el medio de la comunicación intersubjetiva que aquella individuación mecánica precisamente erosiona.

Naturalmente que esta preocupación por la formación de la autoconciencia o la personalidad autónoma estaba para Germani relacionada con la cuestión más general de la existencia, en el plano de la acción colectiva, de una conciencia de clase autónoma. En este sentido, la literatura analizada le permitía colocar el problema en una dimensión histórica a la vez que social: del mismo modo a como ocurre en el plano de la formación de la conciencia individual, la formación de una conciencia de clase era igualmente resultado de un proceso evolutivo y resultado de la interacción, algo que en las condiciones de un proceso rápido de transición, según el argumento de Germani, se había visto obturado.⁴³

⁴² La expresión es de Germani y figura en el prefacio a la edición del libro citado de Erich Fromm.

⁴³ El de la autoconciencia, como es sabido, sería un problema que estará en el centro de su reflexión sobre el peronismo. Puede percibirse bajo dos modalidades: con relación a la *génesis* del movimiento político como en relación a la *significación* de la experiencia de este último en la clase obrera argentina. Como génesis: la adhesión de las clases populares argentinas a un líder autoritario y ajeno a sus filas se explicaría por un déficit de autoconciencia propio de unas clases populares sometidas a una rápida transición y portadoras, todavía, de una cultura tradicional. En el cruce entre ambas condiciones, Germani hallaría la explicación a la existencia de una clase con precaria conciencia de su autonomía. Como significación: el peronismo, contra la opinión dominante en las filas opositoras, no pasaría en vano. Había dotado a la clase obrera de una autoconciencia, es decir, de una identidad política propia como actor fundamental de la sociedad.

Se advierte entonces de qué manera la literatura editada le proporcionaba a Germani un conjunto de instrumentos analíticos que serían constitutivos de su percepción de los problemas planteados por un proceso de *transición*. Los mismos, a riesgo de simplificar, podrían resumirse en dos preguntas. Primera: ¿cómo se forma una ideología en una coyuntura histórica de transición, caracterizada a la vez por una crisis de las normas y valores tradicionales y una débil integración a los nuevos? Segunda: ¿en qué condiciones se forma una conciencia de clase y de qué manera la transición afecta las mismas? Respecto al primer problema, la recepción de dicha literatura, se diría, le ha permitido colocar el análisis de la formación de una ideología política en conexión con procesos culturales, desplazándose de este modo del reduccionismo de una explicación fundada en los intereses. Respecto al segundo problema, los materiales de la nueva biblioteca le ha abierto la posibilidad de colocar la pregunta por la formación de una clase social en perspectiva histórica y cultural y redefinir, de esta manera, la pregunta relativa a la racionalidad de la acción.

En suma, en ese cruce disciplinario inscripto en la nueva biblioteca, Germani hallaba los instrumentos conceptuales para explorar la transición a la vez que un modo de caracterizar ese proceso de transición mismo bajo la forma de una configuración estructural dinámica, cultural e históricamente determinada.

Capítulo VIII

Sociedad de masas y totalitarismo: las tensiones del mundo moderno

Resumen: el examen atento de la trayectoria y la producción intelectuales de Germani revela la existencia de un contacto persistente con las investigaciones del Instituto de Frankfurt. Este capítulo está entonces destinado a documentar esa relación, analizando los orígenes de la misma, su incidencia en la perspectiva intelectual de Germani relativa al fenómeno del autoritarismo moderno en general como del fenómeno político del peronismo en particular y, en fin, su repercusión en tanto en los intereses cognoscitivos como en la orientación de la disciplina. En la primera parte del capítulo se examina dicha recepción en el contexto de las preocupaciones de Germani en torno de la sociedad de masas, la quiebra de la democracia y las experiencias del totalitarismo. En la segunda se analiza su incidencia en la perspectiva intelectual de Germani sobre la sociedad moderna en general y sobre el fenómeno político del peronismo en particular.

Por el camino de Frankfurt

En 1954 Gino Germani publicó en su colección “Biblioteca de Psicología Social y Sociología” de la editorial Paidós *Psicoanálisis del antisemitismo*, de Nathan W. Ackerman y Marie Jahoda. La edición estaba precedida de un prólogo firmado por Max Horkheimer y Samuel Flowerman y una introducción a cargo de Carl Binger. El libro de Ackerman y Jahoda formaba parte de la serie de los *Studies in Prejudice*, un conjunto de investigaciones que, bajo la dirección alternada de Max Horkheimer y Samuel Flowerman, y auspiciados por el *American Jewish Committee*, tenían por objeto un examen del origen y la naturaleza de los prejuicios que caracterizan las relaciones entre los grupos.¹ De las investigaciones habían participado, entre otros, Theodor Adorno, Max Horkheimer, Leo Lowental y Paul Massing, del núcleo originario de la escuela de Frankfurt, y numerosos intelectuales europeos y americanos de distinta orientación disciplinaria.²

Pero, en rigor de verdad, el interés de Germani por las investigaciones realizadas por los miembros del Instituto de Frankfurt proviene de mediados de la década del '40, más precisamente de 1947, cuando Germani tradujo, acompañado de un prólogo, *El miedo a la libertad*, de Erich Fromm. Esta obra, como se recordará, había sido concebida como parte de los *Studien über autoritat und familie*, un conjunto de investigaciones sobre la autoridad y la familia que, bajo la dirección de Max Horkheimer, fueron llevados a cabo por el Instituto de Frankfurt durante la década del

¹ Un análisis sobre el origen y la preparación de los *Studies in Prejudice* en Martin Jay, *La imaginación dialéctica. Una historia de la Escuela de Frankfurt*. Taurus, Madrid, 1991.

² Cf. Martin Jay, *La imaginación dialéctica. Una historia de la Escuela de Frankfurt*. Buenos Aires, Taurus, 1991, cap. VII.

'30.³ A este respecto, no es aventurado conjeturar que por intermedio de esa traducción Germani traba conocimiento con aquellas investigaciones,⁴ que luego, como se verá más adelante, aparecerían mencionadas en algunos de sus ensayos.

A su vez, en 1968 Germani edita en la colección citada de Paidós, *El estado democrático y el estado autoritario*, de Franz Neumann, con prólogo de Herbert Marcuse.⁵ Finalmente, y como se vió en el capítulo introductorio, hacia los años '70 Germani sugería a Jaime Bernstein la inclusión en el catálogo de la colección de una serie de obras inscriptas en lo que denominaba -y se denominaba entonces- la "sociología crítica". Entre ellos, Germani recomendaba "la polémica de Adorno, Popper, Habermas, Albert, Pilot, *Der Positivismusstreit in der Deutschen Soziologie*" y [...] *Erkenntnis und Interesse* (Conocimiento e interés), *Strukturwandel der Öffentlichkeit* (Historia y crítica de la opinión pública) y *Teoría e Prassi della Società Tecnologica* (Ciencia y técnica como ideología).⁶ Por cierto, aunque las sugerencias de Germani se vieran finalmente frustradas -en efecto, ninguno de los títulos sugeridos por Germani apareció en Paidós⁷- las mismas revelan su interés persistente por la teoría crítica.

³ Los *Studien über autorität und familie* aparecieron en Paris, Alcan, en 1936. Colaboraron en la investigación Erich Fromm, Herbert Marcuse, Paul Lazarsfeld y Marie Jahoda, entre otros. Véase para esto el extenso estudio introductorio de Max Horkheimer, "Autoridad y familia", incluido en *Teoría crítica*. Buenos Aires, Amorrortu, 1974; igualmente, Martin Jay, *La imaginación dialéctica...* cap. IV.

⁴ En efecto, en la obra de Fromm aparecen citados "Psychologie der Autorität", el ensayo de Fromm que sería incluido en la compilación de Max Horkheimer, *Autorität und Familie*. Además, en su prólogo Germani cita de Fromm "Sozialpsychologischer Teil in Studien über Autorität und Familie", otra de sus contribuciones a la mencionada compilación, y "Ueber Methode und Aufgabe einer analytischen Sozialpsychologie", aparecido en el primer número de la *Zeitschrift für Sozialforschung*, la revista publicada por el Instituto, bajo la dirección de Horkheimer, entre 1932 y 1939.

⁵ Franz Neumann, autor del estudio clásico sobre el nazismo, *Behemoth: Structure and Practice of National Socialism, 1933-1944*, se incorporó en 1936 al Instituto de Frankfurt, entonces afiliado a la Universidad de Columbia en Nueva York, por expresa recomendación de Harold Laski, uno de los sostenedores del Instituto en Londres y profesor de Neumann en la *London School of Economics and Political Science*. Como se recordará, desde muy temprano Germani estuvo en contacto con la obra de Laski y difundió parte de ésta en la Argentina. Como director de la colección "Ciencia y Sociedad", de la editorial Abril, publicó del autor *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo* en 1944, y en 1945, acompañado de un prólogo, *La libertad en el Estado moderno*. En 1961, a su vez, escribió el prefacio a *El peligro de ser "gentleman" y otros ensayos*, libro este último aparecido en la colección "Psicología social y sociología", de Paidós. La filial londinense del Instituto sobrevivió hasta 1936 dirigida por Jay Rumney, que había colaborado en las investigaciones reunidas en *Autorität und Familie*. Cf. Martín Jay, op. cit. pp 237-239. En colaboración con Joseph Maier, otro miembro de Instituto, Rumney es el autor de *Sociología. La ciencia de la sociedad*, título que sería editado por Germani en la colección de Paidós en 1956.

⁶ Carta a Jaime Bernstein, 8 de junio de 1974, Archivo Personal.

⁷ El primero de los títulos mencionados ya había sido publicado en Argentina por la editorial Grijalbo en 1972, Theodor Adorno y otros, *La disputa del positivismo en la sociología alemana*, mientras que los restantes fueron publicados años más tarde por editoriales españolas. Así, y en orden sucesivo, *Historia y crítica de la opinión pública*, por Gustavo Gili, en 1981, *Conocimiento e interés*, por Taurus en 1982 y *Ciencia y técnica como ideología*, por Tecnos en 1984.

En cualquier caso, las ediciones de *El miedo a la libertad*, *Psicoanálisis del antisemitismo* y del *El estado democrático y el estado autoritario* resultan significativas fundamentalmente por dos razones. En primer lugar, porque marcan el punto de partida del ingreso en la Argentina de una tradición intelectual por entonces novedosa en el campo cultural argentino. En efecto, y aún cuando la recepción de los escritores de la Escuela de Frankfurt en la Argentina pueda ser remontada hacia los años '30, puede afirmarse que es recién durante este período y por intermedio de la biblioteca de Germani que el público argentino traba conocimiento con los textos de la Escuela de Frankfurt.⁸ Posteriormente como ha sido señalado⁹, y fundamentalmente a mediados de los años sesenta, la Escuela de Frankfurt conoce una difusión a través de otros circuitos editoriales y revistas¹⁰. Con todo, y aunque visibles, los signos de esta otra difusión no serían testimonio de una real apropiación de la misma.¹¹ En segundo lugar, la edición de dicha literatura resulta significativa por cuanto a través del contacto con dicha tradición Germani comunicaba las ciencias sociales en la Argentina con uno de los debates que sería constitutivo, al menos, de la formación de la sociología moderna en la

⁸ Martin Traine ha revelado, en efecto, que, durante los años '30, los escritos de Walter Benjamin sobre arte, y de Adorno sobre música, atrajeron la atención de Luis Juan Guerrero, profesor de Estética de la Universidad de la Plata. El trabajo explora fundamentalmente ciertos vínculos institucionales entre el Instituto de Frankfurt y la Universidad de Buenos Aires, vínculos que, por diversos motivos, se cortarían casi apenas iniciados. Entre ellos, el autor menciona las dificultades que tuvo que afrontar el Instituto de Frankfurt en América, el empeoramiento de la situación política del país, la pérdida de interés en los temas frankfurtianos en los círculos académicos argentinos y el definitivo alejamiento de la Argentina de Felix Weil, administrador de los fondos del Instituto. Véase, Martin Traine, "Los vínculos del 'Instituto de Investigaciones Sociales' de Frankfurt con la Universidad de Buenos Aires en los años 30", en *Cuadernos de filosofía*, Instituto de Filosofía, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Nueva época, N° 40, abril de 1994. Sobre la circulación de la obra de Walter Benjamin en español, cf. igualmente José Aricó y Marcelo Leiras, "Benjamin en español", *La Ciudad Futura*, N° 25/26, Buenos Aires, octubre '90/enero/'91 y Graciela Wanba Gaviña, "La recepción de Walter Benjamin en la Argentina", en *Sobre Walter Benjamin. Vanguardias, historia, estética y literatura. Una visión latinoamericana*. Buenos Aires, Alianza/Gothe-Institut Buenos Aires, 1993.

⁹ Jorge B. Rivera, *La investigación en comunicación social en la Argentina*. Buenos Aires, Puntosur, 1987.

¹⁰ En 1967 la editorial Sur lanzaba al mercado su colección "Estudios Alemanes" que incluiría los trabajos probablemente más representativos de lo que hoy acostumbramos a identificar como "Escuela de Frankfurt." En 1966 aparece *Teoría y praxis*, de Jürgen Habermas; al año siguiente *Ensayos escogidos* de Walter Benjamin; en 1969 *Dialéctica del iluminismo*, de Theodor Adorno y Max Horkheimer; en 1970 *Sobre el concepto del hombre y otros ensayos*, de Max Horkheimer, y, tres años después, del mismo autor, *Crítica de la razón instrumental*, entre otros. La colección estaba dirigida por Victoria Ocampo, Helmut Arntz, Hans Bayer, Ernesto Garzón Valdés, Rafael Gutierrez Girardot y H. A. Murena. A su vez, en 1969 la editorial Proteo de Buenos Aires daba a conocer las *Lecciones de sociología*, de Theodor Adorno y Max Horkheimer. Ese mismo año, una pequeña editorial, Quintaria, publicaba con el título de *La sociedad industrial y el marxismo*, un conjunto de recientes textos de Marcuse. Poco tiempo después, en 1974, la editorial Amorrortu editaba de Max Horkheimer *Teoría crítica*.

¹¹ En un trabajo reciente sobre la recepción de los escritos de la teoría crítica en los estudios de comunicación en América Latina, se revela que, para esos años, y al menos en Argentina, la misma fue de carácter fragmentario y que, por lo demás, los discursos críticos sobre la comunicación se apoyarían, en realidad, en otras matrices de pensamiento. Véase, Alicia Entel, Víctor Lenarduzzi y Diego Gerzovich,

Argentina: el debate relativo a los orígenes del totalitarismo en general y del autoritarismo moderno en particular.

A este respecto, la importancia que dicha literatura habría de adquirir en la propia producción intelectual de Germani puede demostrarse a través de unas cuantas referencias. Así, el primer libro de Germani, *Estructura social de la Argentina. Análisis estadístico*, más precisamente, el capítulo consagrado a la temática de las actitudes políticas y su relación con la estructura ocupacional y de clases contiene una referencia a *The Authoritarian personality*, de Theodor Adorno, Else Frenkel-Brunswik, Daniel J. Levinson y R. Nevitt Sanford, otro de los volúmenes de la serie de los *Studies in Prejudice*. La referencia a dicho volumen volvería a reiterarse en 1956 en “La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo”,¹² (en la que se menciona, además, los estudios sobre la autoridad y la familia citados anteriormente)¹³ y, un año más tarde, en “Las clases populares y las actitudes autoritarias”.¹⁴

Asimismo, que la edición de *Psicoanálisis del antisemitismo* no sería marginal a los intereses intelectuales de Germani ni a los de la disciplina recientemente institucionalizada se revela en la presencia que la problemática del prejuicio en general, y del prejuicio antisemita en particular, habría de adquirir tanto en las investigaciones como en las publicaciones que, pocos años más tarde, realizaría el Departamento de Sociología bajo su dirección. En 1960 aparecía en la serie Cuadernos de Sociología del Instituto de Sociología un volumen titulado “Psicología social del prejuicio”. La edición, a cargo de Ernesto Verón, incluía “La personalidad autoritaria” de Else Frenkel-Brunswik, Daniel J. Levinson y R. Nevitt Sanford.¹⁵ Pero esa relación tendría alcances todavía más precisos. Dentro del plan de investigaciones del Departamento de Sociología, Germani incluirá una sobre el antisemitismo que haría uso del marco de

Escuela de Frankfurt. Razón, arte y libertad. Buenos Aires, Eudeba, 1999.

¹² Ensayo aparecido en *Cursos y Conferencias*, año XXV, N° 278, junio de 1956, y posteriormente incluido en *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*. Buenos Aires, Paidós, 1962.

¹³ Véase nota 3. Los *Studien*...aparecen mencionados por Germani, además, en “Antisemitismo tradicional y antisemitismo ideológico”, en *Cuadernos de Comentario*, Instituto Judío de Cultura e Información, 1963 y en “Hacia una teoría del fascismo. Las interpretaciones cambiantes del totalitarismo”, en *Revista Mexicana de Sociología*, México, año XXX, vol. XXX, N°1, 1968. En este último texto añade el siguiente comentario: “Tal vez se recuerde que Adorno y algunos de sus colaboradores pertenecían a la misma tradición científica. Junto con Horkheimer, se encontraban trabajando en el Instituto para la Investigación Social en Alemania, sitio en el que Fromm dirigió por primera vez una encuesta acerca de las clases media y trabajadora. De hecho toda su teoría y su concepto de autoridad se derivan de estos primeros estudios”. (Las cursivas son mías)

¹⁴ Comunicación presentada al IV Congreso Latinoamericano de Sociología celebrado en Chile en 1957 y publicado en “Ideologías autoritarias y estratificación social”, Cuadernos de Sociología, N° 24, 1960.

¹⁵ El cuaderno, que llevaba por título “Psicología social del prejuicio”, incluía también trabajos de Ernesto

referencia teórico y metodológico de las investigaciones sobre los prejuicios conducidas por Max Horkheimer.¹⁶ La investigación de Germani sería auspiciada por el *American Jewish Committee*, del Instituto de Relaciones Humanas de Nueva York, precisamente la misma entidad que respaldó los *Studies in prejudice*

Finalmente, y como ya ha sido recordado, en el prefacio a la antología *De la sociedad tradicional a la sociedad de masas* preparada por Germani y Graciarena como material bibliográfico para el curso de "Introducción a la sociología" en el Departamento de Sociología, los editores recomendaban especialmente la lectura del libro de Erich Fromm, *El miedo a la libertad*, "un libro excelente -según se lee en el prefacio- que complementa de manera general casi todo el programa". (Las cursivas son mías) Cabría añadir que en 1965, una editorial de procedencia anarquista, Proyección, editaba en la Argentina *La personalidad autoritaria*. El prólogo estaba firmado por Eduardo Colombo, entonces profesor del Departamento de Sociología.¹⁷

En principio, entonces, los datos exhiben la existencia de un contacto persistente de Germani con las investigaciones del Instituto de Frankfurt (se extendería, en efecto, por un período de unos veinte años aproximadamente) tanto como la importancia que estas últimas habrían de adquirir en la constitución del perfil intelectual de una sociología recientemente institucionalizada; como parte de la bibliografía de los planes de enseñanza de la disciplina,¹⁸ en unos casos, como fuente de inspiración teórica y metodológica de algunas de sus investigaciones, en otros.

Verón, Kurt Lewin, Milton Rockeach, N.C. Morse y F.H. Allport y J. Greenblum y L. Pearlin.

¹⁶ Dirigida por el mismo Germani con la colaboración de Ernesto Verón, la investigación, que se inició en 1958, se tituló "Personalidad autoritaria y actitudes políticas". Véase, "El Departamento y la Escuela de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Informe del Director, Bs. As., setiembre de 1961. Los resultados de la pesquisa aparecieron publicados en 1963 con el título de "Antisemitismo ideológico y antisemitismo tradicional" en *Cuadernos de Comentario*, Instituto Judío de Cultura e Información, 1963. Debiera acaso recordarse que en este último texto Germani toma como referencia, entre otros, los datos contenidos en otro de los volúmenes de la serie de los *Studies, Dynamics of Prejudice*, de Bruno Bettelheim y Morris Janowitz.

¹⁷ En 1965 Colombo tenía a su cargo el seminario "Psicología social: los roles sociales y la pertenencia a grupos". Véase, "El Departamento y la Escuela de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Informe del Director, Bs. As., setiembre de 1961.

¹⁸ Además de la antología antes citada, y dentro de los cursos que ofrecía el Departamento de Sociología, el seminario de Regina Gibaja "Comunicación de masas, propaganda y opinión pública" incluía como bibliografía dos textos de Theodor Adorno, "Television and pattern of mass culture", y "The radio symphony", y otros dos de Leo Lowenthal, "Portrait of an American Agitator" y "Biographies in popular magazines". *La personalidad autoritaria* figuraba como bibliografía en la asignatura "Psicología social" dictada por Enrique Butelman. Cf. "El Departamento y la Escuela de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Informe del Director, Bs. As., setiembre de 1961.

Las razones de una recepción

Ahora bien, ¿por qué pudo Germani mostrarse sensible a esta literatura? Podría invocarse a este respecto varias razones. En principio, se podría explicar la acogida favorable de Germani hacia, por ejemplo, una obra como *La personalidad autoritaria*, aduciendo que, a diferencia de los trabajos, digamos más especulativos, de los integrantes del Instituto, este tipo de investigaciones se ajustaba perfectamente a las expectativas relativas al canon de lo que por entonces parecía constituir un modelo de investigación científica: base experimental, uso de datos cuantitativos y cualitativos, métodos de verificación, etc; en fin, una investigación provista de todo un arsenal metodológico -test, encuestas, escalas de medición, etc- considerado representativo de la ejemplaridad de la investigación científica de un problema.¹⁹ Podría argüirse incluso que a esas características se añadía otra, no menos representativa de dicho canon: se trataba en efecto de una investigación colectiva, realizada por un conjunto de investigadores provenientes de distintas disciplinas, resultado, consiguientemente, de una labor conjunta.²⁰ Los procedimientos metodológicos puestos en práctica para el desarrollo de la investigación sobre los prejuicios se revelaban así absolutamente compatibles con la dirección que por entonces aspiraba Germani a imprimirle a la sociología. En efecto, la naturaleza experimental de la investigación exhibía una voluntad de sistematización del material empírico y una disposición a cuantificar fenómenos de ‘carácter subjetivo’ con la que Germani no podía menos que estar de acuerdo tan partidario como era de la aplicación de métodos naturalistas al estudio de la vida social cuanto del consecuente rechazo a los métodos de carácter introspectivo.²¹ Por lo demás, los *Studies in prejudice* se inscribían en lo que por ese entonces constituía

¹⁹ En efecto, como ha señalado Daniel Bell, el predominio de la cuantificación, la verificación como requisito metodológico de puesta a prueba de una proposición y el consiguiente rechazo a las generalizaciones especulativas, además de la prioridad asignada a la recolección de datos y al desarrollo y perfeccionamiento de los métodos de la encuesta y la observación participante, constituyeron los rasgos más notorios de un renacimiento de las ciencias sociales en el período comprendido entre 1945 y 1970 animado por una común expectativa de predicción, de administración y de exactitud cuantificable. Véase, Daniel Bell, *Las ciencias sociales desde la Segunda Guerra Mundial*. Madrid, Alianza, 1984; igualmente, Immanuel Wallerstein, (coord.) *Abrir las ciencias sociales*. México, Siglo XXI, 1996.

²⁰ Son conocidos los reproches de Germani hacia la figura del “ensayista” o del “pensador”, cuya labor “solitaria” debía ser sustituida por el trabajo en equipo. Cf. Gino Germani, *La sociología en la América Latina. Problemas y perspectivas*. Buenos Aires, EUDEBA, 1961 y el prólogo que redactara para la edición española de *La imaginación sociológica*, de C. Wright Mills, México, F.C.E., 1961.

²¹ Para esta cuestión, véase de Gino Germani, “Una década de discusiones metodológicas en la sociología latinoamericana” y “Sobre algunas consecuencias prácticas de ciertas posiciones metodológicas en sociología, con especial referencia a la orientación de los estudios sociológicos en la América Latina” en *Boletín del Instituto de Sociología*, N° 6, 1952; *La sociología científica. Apuntes para su fundamentación*. México, Cuadernos de Sociología, Universidad Nacional Autónoma de México, 1956; *La sociología en la América Latina. Problemas y perspectivas*. Buenos Aires, EUDEBA, 1961.

una suerte de paradigma de análisis en las ciencias sociales, la “caracterología”, y hacia el que Germani, no obstante sus reservas, se mostraba particularmente interesado.²² De manera que si se tiene en cuenta este costado de su trayectoria intelectual, la observación, lejos de lucir apresurada, parece más bien provista de cierto grado de verosimilitud.²³

Indudablemente, la apertura a las ciencias sociales en general y a la investigación empírica en particular que caracterizaría la obra del Instituto de Frankfurt tanto como la de sus distintos miembros no puede sino considerarse como un aspecto de primera importancia a la hora de calibrar por qué dicha obra pudo atraer la atención de Germani. Incluso, hasta podría establecerse -con todos los recaudos del caso- una analogía entre las posiciones críticas de los frankfurtianos hacia las tradiciones alemanas de pensamiento social más o menos especulativas y la de Germani respecto a sus equivalentes locales.

Con todo, la relación de Germani con las investigaciones del Instituto no habría de residir exclusivamente en un plano meramente formal-metodológico, sino en uno que era a la vez que conceptual, enteramente político-ideológico. En tal sentido, dicha relación habrá de establecerse igualmente -como se tratará de mostrar a lo largo de este capítulo- en función de una *problemática teórico-política*, la emergencia de la moderna sociedad de masas, la quiebra de la democracia y las experiencias del totalitarismo, y de un *proyecto disciplinario*, la construcción de una *perspectiva psicosocial* de análisis en la que el diálogo con el psicoanálisis habría de jugar un papel decisivo. Por lo demás, una prueba en favor de esta tesis es el hecho que, entre las obras que fueron objeto de la recepción de Germani, fue la menos empírica de todas ellas, *El miedo a la libertad*,

²² Como se recordará, la idea rectora de los estudios del carácter era aquella según la cual era posible detectar en una colectividad, o en los distintos grupos que la componen, ciertas pautas unitarias de comportamiento encarnadas en los rasgos modales de la personalidad. El interés de Germani por este tipo de estudios puede apreciarse perfectamente en su labor como editor de las obras de Margaret Mead, (*Adolescencia y cultura en Samoa*, Abril, 1945, *Sexo y temperamento*, Abril, 1947 y *Educación y cultura*, Paidós, 1952) Karen Horney (*La personalidad neurótica de nuestro tiempo*, Paidós, 1946) Michel Dufrenne, (*La personalidad básica*, Paidós, 1959), y David Riesman (*La muchedumbre solitaria*, Paidós, 1964). Sus reservas hacia este tipo de enfoque pueden verse en *Política y sociedad en una época de transición*, págs. 45 y 46.

²³ Todavía más. Observada desde la perspectiva de una teoría de la constitución del campo intelectual como la elaborada por Pierre Bourdieu, puede comprenderse perfectamente el papel estratégico que una obra como la citada estaría destinada a desempeñar en la lucha, entonces librada por Germani, por la legitimación de una disciplina de carácter empírico-analítico. Para la teoría de los campos, véase de Pierre Bourdieu, *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona, Anagrama, 1995. Para un desarrollo de esta perspectiva en la Argentina, Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, “La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos” en *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Buenos Aires, CEAL, 1983 y Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Buenos Aires, Puntosur, 1992. No es ésta, sin embargo, la perspectiva adoptada en este trabajo.

de Erich Fromm, la que, paradójicamente -como se verá más adelante-, marcó de manera más acusada la formación de su pensamiento y la construcción de sus esquemas interpretativos. A este respecto, apenas una ojeada comparativa entre, pongamos por caso, *The Authoritarian Personality* y *El miedo a la libertad*, sería acaso suficiente para caer rápidamente en la cuenta de hasta qué punto el último de ellos está más próximo al género del ensayo histórico que al de la investigación empírica. Es entonces en el marco de esa doble dimensión, metodológica y teórico-política, que debe ser leída la presencia de la escuela de Frankfurt en los intereses de ese momento fundacional de la sociología en la Argentina.

Ahora bien, antes de analizar puntualmente los motivos de la recepción, es necesario reparar en el siguiente hecho: el contacto de Germani con los escritores de Frankfurt plantea el problema más general de su relación con la tradición marxista. ¿Germani marxista *malgré lui*? La conclusión parece excesiva. Aún cuando no fuera del todo indiferente a esta tradición, difícilmente podría hablarse de él como de un 'autor marxista'. En principio, podría admitirse que la obra de Marx y Engels no estuvo en el centro de sus preocupaciones intelectuales. Se ha señalado, asimismo, la escasa consideración que recibió el marxismo en los planes de enseñanza de la sociología, al menos, durante el período en el que Germani tuvo bajo su jefatura los destinos del Departamento y la carrera.²⁴

Pero, ¿es tan asombroso la relación de Germani con una tradición marxista *como la* de Frankfurt? No del todo si se repara por un momento en una figura del marxismo heterodoxo de esos años como Karl Mannheim, hacia la que Germani se mostraría particularmente interesado y que interpretaba el marxismo en una dirección bastante compatible con la emprendida entonces por los miembros del Instituto de Frankfurt. Por cierto, esto no significa que las orientaciones teóricas de Mannheim y los frankfurtianos fueran convergentes como tampoco sus respectivos intereses ideológico-políticos y que, por consiguiente, una explique la otra. Pero es indudable que ambas expresaban una renovación de la tradición marxista, consistente fundamentalmente en una mayor atención a la dimensión de la subjetividad como al papel que la cultura desempeña en la conformación de las orientaciones ideológicas de clase, atención que traducía, en uno como en otros, una insatisfacción creciente con el economicismo del marxismo vulgar

²⁴ Torcuato Di Tella ha señalado que en el Departamento de Sociología, y durante los diez años comprendidos entre 1956 y 1966, "el estudio de las teorías marxistas [...] fue entre escaso y nulo". Véase Torcuato Di Tella, "La sociología en la Argentina en una perspectiva de veinte años". *Desarrollo Económico*, vol. 20, Nº 79, Buenos Aires, octubre/diciembre de 1980.

cuanto la necesidad de abrir la teoría marxista a una problematización de la cultura. Ambos aspectos están presentes, por lo demás, en el único texto que Germani consagró al marxismo. En efecto, en “El marxismo y la idea de proceso histórico”, un texto escrito con fines puramente didácticos,²⁵ Germani procuró ofrecer una visión más dialéctica y “humanista” de la tradición -apoyando precisamente su interpretación en autores como A. Labriola, R. Mondolfo y G. Della Volpe- frente a sus versiones más rígidas y deterministas propias del economicismo vulgar.²⁶

En cualquier caso, y dado que la obra de Mannheim proporcionaría a Germani una serie de tópicos y esquemas conceptuales que serían constitutivos de su perspectiva intelectual sobre el mundo moderno, volver sobre algunos de ellos nos permitirá, en todo caso, precisar el contexto de la problemática a partir de la cual Germani se acerca a las investigaciones de Frankfurt. En la obra de Mannheim, en efecto, Germani encontraría, en primer lugar, un análisis de las tensiones originadas en la sociedad moderna como consecuencia del proceso de “democratización fundamental”, es decir, del ingreso de las masas a la vida política nacional; y, en segundo lugar, un examen de la crisis de la sociedad moderna en conexión con la problemática de la racionalización y los efectos que el debilitamiento de los vínculos con la tradición y la comunidad producen en el equilibrio psíquico de las personas. Asimismo, un análisis acerca de las posibilidades de una reconstrucción racional y democrática de la sociedad en una era de masas y del papel que la ciencia social está llamada a desempeñar en ésta proporcionando al hombre los instrumentos cognoscitivos en orden a una orientación de carácter racional.²⁷ En último término, debe consignarse también el lugar cada vez más relevante que el psicoanálisis habría de adquirir en el pensamiento de Mannheim y su interés en un tratamiento más sistemático de los aspectos psicológicos del proceso social.²⁸

²⁵ Se trató efectivamente de un texto que circuló exclusivamente entre los estudiantes bajo la modalidad de las fichas (la por entonces célebre Ficha N° 39) y con fines estrictamente pedagógicos.

²⁶ En este sentido, la relación de Germani con el marxismo puede ser comparada con la que José Luis Romero mantuvo con dicha tradición, es decir, una relación crítica con lo que podría denominarse como el marxismo positivista. Cf. Tulio Halperín Donghi, “José Luis Romero y su lugar en la historiografía argentina”, en *Ensayos de historiografía*. Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996.

²⁷ Este último problema aparece explícitamente tratado por Germani en “Sociología y planificación social”, Boletín de la Biblioteca del Congreso Nacional, Buenos Aires, Nos. 57-58-59, julio/diciembre de 1946, incluido más tarde en *La sociología científica. Apuntes para su fundamentación*. México, Universidad Autónoma de México, 1962, en el que Germani subraya que dicha orientación sólo puede asumir un carácter instrumental, es decir, sólo puede estar referidas a los medios y no a los fines de la acción. He analizado con más detalle este problema en “Gino Germani: las ciencias del hombre y el proyecto de una voluntad política ilustrada. *Punto de vista*, N° 62, noviembre de 1998.

²⁸ Para una visión de conjunto del pensamiento y la trayectoria intelectual de Karl Mannheim, véase,

En su diagnóstico de la crisis, Mannheim bosquejaba dos series de problemas que, aunque diferentes, se hallaban estrechamente relacionados. La crisis, en principio, obedecía a los cambios originados como consecuencia de la emergencia de la sociedad de masas. El proceso de “democratización fundamental”, que significaba la ampliación de la participación política a sectores sociales anteriormente excluidos de ella, planteaba el problema de la integración y adaptación de dichos sectores a las nuevas formas de vida caracterizadas por el predominio de las grandes organizaciones de masas y el correlativo declive de las formas tradicionales de integración. La incorporación de las masas debía entonces correr paralela a una extensión de la racionalidad en esferas de la conducta en las que antes dominaba la aceptación de los dictados de la tradición y la costumbre. Pero a su vez, esta democratización se veía amenazada por una tendencia hacia la centralización y concentración de los medios (de producción, de guerra, de poder, etc.) propia del proceso de racionalización creciente y que depositaba en las manos de una minoría el manejo y la administración de las distintas organizaciones de la vida colectiva. ¿Cuáles eran entonces las posibilidades de desarrollo de una democracia en una sociedad de masas caracterizada precisamente por la presencia de estas dos tendencias contrapuestas?

La otra serie de problemas detectada por Mannheim como causantes de la crisis estaba ya más directamente relacionada con las “fuerzas desintegradoras” de la sociedad industrial. Aquí el núcleo de su diagnóstico se fundaba en un análisis del proceso de racionalización de la vida moderna que tenía como referencia más inmediata, indudablemente, la obra de Max Weber. En efecto, en *El hombre y la sociedad en la época de crisis*, Mannheim exponía el motivo principal de la crisis de las sociedades contemporáneas (por lo demás, en términos no muy diferentes a los que lo hacía por entonces Max Horkheimer en un artículo sobre las relaciones entre historia y psicología,²⁹) bajo la forma de un estado de inadecuación (o mejor dicho de desajuste) entre el desarrollo de la racionalidad tecnológica y el de la racionalidad social. Para Mannheim, en efecto, la crisis obedecía a una asimetría entre el desarrollo de la racionalidad funcional y el de la racionalidad sustantiva. De acuerdo al autor, la primera

Lewis Coser, “Karl Mannheim, 1893-1947” en *Master of Sociological Thought. Ideas in Historical and Social Context*. Harcourt Brace and Company, Florida, 1977. Aspectos parciales de su obra en Raymond Aron, *La sociología alemana contemporánea*. Buenos Aires, Paidós, 1953; Paul Kecskemeti “Introducción” a Karl Mannheim, *Ensayos sobre sociología y psicología social*. México, F.C.E., 1963; igualmente, Louis Wirth, “Prefacio” a Karl Mannheim, *Ideología y utopía*. México, F.C.E., 1993.

²⁹ Véase, Max Horkheimer, “Historia y psicología”, en *Teoría crítica*. Buenos Aires, Amorrortu, 1974. Originariamente, el ensayo apareció 1932 en la revista del Instituto, la *Zeitschrift für Sozialforschung*.

es aquella que prevalece en una organización de las actividades humanas en las que los hombres se convierten en parte de un proceso mecánico donde cada uno tiene asignados una posición y un rol funcionales; la segunda, en cambio, alude a la capacidad que tienen los hombres de captar una situación y adaptarla a fines concientes.

Como puede apreciarse, el diagnóstico de Mannheim recurría a una distinción que, proveniente de Max Weber, estaría igualmente presente en las reflexiones de los frankfurtianos: la distinción entre 'racionalidad formal' -que en Mannheim recibía el nombre de 'funcional'- y 'racionalidad sustantiva'.³⁰ Ahora bien, ¿en qué se originaba aquel desajuste? Según Mannheim el problema radicaba en el hecho que la sociedad industrial favorecía una racionalización limitada a algunos sectores (básicamente el económico y técnico) pero que no propiciaba, en grado semejante, una racionalización de las relaciones humanas. "La industrialización creciente -escribía- favorece por fuerza sólo la racionalidad funcional, es decir, la organización de las conductas de los miembros de una sociedad en ciertos terrenos. Pero no exige en igual medida la 'racionalidad sustancial', es decir, la facultad de actuar en situaciones dadas con capacidad de juicio a base de una propia inteligencia de las conexiones".³¹

El predominio de la racionalidad funcional, capaz solamente de proporcionar los medios más eficaces para alcanzar determinados fines pero incapaz de proveer una orientación moral y normativa, tenía como consecuencia privar a los hombres de la capacidad de ejercer un control racional del proceso productivo. Aquella falta de "inteligencia de las conexiones" venía a resumir para Mannheim el significado de la alienación en el mundo contemporáneo. A su vez, la tendencia inexorable a la burocratización de todos los sectores de la vida social, expresión de una racionalidad funcional en expansión, provocaba el progresivo aislamiento entre los hombres sometidos al imperio de una racionalidad impersonal. Si el debilitamiento entonces de la racionalidad sustancial implicaba la incapacidad de los hombres para captar una situación y adaptarla a fines concientes, ¿debía resultar asombroso que las transformaciones económicas se vieran acompañados de vastas erupciones de conducta irracional?

En las conclusiones al prefacio que redactara Germani, en 1945, para la edición

³⁰ A juicio de los frankfurtianos, sin embargo, el error de Weber, a pesar de su distinción, consistió en haber identificado la racionalidad instrumental con el significado de la racionalidad o de la razón *tout court*. Para un desarrollo de esta cuestión, véase de Max Horkheimer, *Crítica de la razón instrumental*. Buenos Aires, Sur, 1973; y "Sobre el concepto de la razón" en Max Horkheimer y Theodor Adorno, *Sociológica*. Madrid, Taurus, 1979.

de *La libertad en el Estado moderno*, de Harold Laski, este planteo, que colocaba el origen de las explosiones de irracionalidad de la sociedad moderna en el predominio de una racionalidad funcional y el correlativo déficit de la racionalidad sustantiva, tomaba la forma de una crítica a la economía burguesa o del *laissez faire* y la apuesta por una “planificación democrática” -sobre la que tanto insistiera Mannheim- como alternativa a la planificación propia de los regímenes totalitarios que suponía la supresión de la libertad. En el lenguaje de un “socialismo reformista”, común a Laski y Mannheim, Germani escribía: “La democracia planificada es la única respuesta adecuada a esa amenaza, pues no solamente no destruye la libertad, en su significado eterno, sino que crea las condiciones de su ulterior desarrollo. A la libertad negativa de la sociedad burguesa opone Laski la libertad positiva de la sociedad socialista: mientras ésta refiere los derechos de la personalidad a la personalidad misma, aquella los funda, en última instancia, sobre la propiedad”.³²

Pero en dicho prólogo Germani advertía, igualmente, y tomando en préstamo las palabras del propio autor, que “la libertad podrá surgir y ser conservada en una sociedad en que los hombres se encuentren igualmente interesados en su aparición y conservación”. La adhesión de las masas a los regímenes totalitarios parecía haber puesto de relieve la validez de este último enunciado. Pero, ¿qué era lo que había empujado a los hombres a ofrecer apoyo a regímenes que eran la negación misma de la libertad?

El enigma del totalitarismo

En una visión retrospectiva sobre su relación con la obra de Freud, Horkheimer y Adorno expresaron lo siguiente: “Por aquel entonces, a la sombra de la inminente y amenazadora dictadura hitleriana, nos encontrábamos ante la contradicción existente entre los manifiestos intereses de las masas y la política fascista, por la que aquellas se dejaron atraer entusiásticamente. Vimos cómo la presión económica continuó en inconcientes procesos psicológico-sociales, lo que obligó a las gentes que se encontraban bajo esta presión a convertir la cuestión en una cosa propia, poniendo a la venta su propia libertad”.³³

³¹ Karl Mannheim, *El hombre y la sociedad en la época de crisis*. Buenos Aires, Leviatan, 1984, pág. 44.

³² Gino Germani, “Las condiciones objetivas de la libertad (Harold Laski)” en Gino Germani, *Estudios de psicología social*. Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional, México, 1956, pág. 39.

³³ En prólogo a Theodor W. Adorno y Walter Dirks (edits.), *Freud en la actualidad*. Barcelona, Barral, 1971, pág. 7.

No hay duda entonces que aquello que articulaba la recepción de una literatura tan atenta a la dimensión de la psicología profunda del comportamiento estaba relacionado con un desconcierto (y una decepción) experimentado por los intelectuales de izquierda como consecuencia del apoyo de las masas a los regímenes totalitarios. En efecto, la emergencia de estos últimos había instalado en la conciencia de izquierda en general, y en los investigadores de Frankfurt en particular, la convicción de que la comprensión del comportamiento aparentemente anómalo de las masas y su adhesión a movimientos políticos que no parecían traducir sus verdaderos intereses exigía la presencia de un enfoque que fuera capaz de trascender el economicismo y el utilitarismo vigente en buena parte de las teorías sociales de entonces, y muy especialmente, en el marxismo vulgar. De algún modo, la desesperanza experimentada tanto por Adorno como por Horkheimer hacia una virtual acción revolucionaria del proletariado estuvo en el origen de su estrategia de incorporación del psicoanálisis a la formulación de una teoría de la sociedad y la consiguiente apertura de una línea de reflexión que buscaba desentrañar de qué manera ciertas formas de estructuración de la personalidad favorecían tendencias de comportamiento de naturaleza totalitaria y/o autoritaria.³⁴

En la Argentina, el desconcierto y la decepción se había experimentado, claro está, en ocasión del apoyo de las masas populares al movimiento peronista. En el prólogo que Germani escribiera para la edición de *El miedo a la libertad*, de Erich Fromm, en 1947, se advierten perfectamente los signos de dicho desconcierto.

Se llega con esto -escribía- a uno de los problemas centrales de nuestro tiempo: el del *sentido* que asume la adaptación frente a los cambios estructurales. Uno de los rasgos más característicos de la escena contemporánea ha sido la irracionalidad de tales adaptaciones. (Las cursivas son del autor).

¿Cómo explicar entonces dicha irracionalidad? ¿Qué había impulsado a las masas a adherir a regímenes políticos que parecían contrariar sus intereses? ¿Cómo había sido todo esto posible? ¿De dónde provenían esas fuerzas irracionales que “negaban las aspiraciones más arraigadas en la conciencia del hombre occidental”?

Por cierto, la preocupación de Germani por el fenómeno del totalitarismo estaba lejos de haberse originado con la aparición del movimiento político peronista y mucho menos como resultado de su contacto con las investigaciones de Frankfurt. De conocidos acentos biográficos, dicha preocupación, que, además de marcar

³⁴ Sobre la relación de los frankfurtianos y el psicoanálisis, véase, Martin Jay, *op.cit.*, especialmente, cap.

profundamente toda su trayectoria intelectual, se dejaría sentir igualmente en sus primeros trabajos realizados en el marco del Departamento de Sociología, ya se manifiesta durante la década del '30.

En efecto, hacia mediados de la década del '30, al poco tiempo de haber arribado a la Argentina, Germani había consagrado una serie de artículos a la problemática del totalitarismo en distintas publicaciones de la comunidad italiana en Argentina, en las que tenía, por otra parte, una activa participación.³⁵ En la mayoría de dichos artículos el régimen fascista es examinado desde distintos ángulos. En unos casos, desde el punto de vista de las relaciones entre educación fascista y participación y compromiso político de la juventud. En otros, Germani encara un examen de las posibles causas de la instauración del régimen fascista, prestando especial atención a las interrelaciones entre la estructura política, por un lado, y las costumbres, cualidades morales e intelectuales de los pueblos, por el otro. Se interroga asimismo sobre las razones de la extraordinaria rapidez con la cual las masas se adaptaron a un nuevo régimen político que sin embargo los excluía de la vida política del país, poniendo de relieve la importancia que en esa adaptación ha tenido la compleja organización del estado moderno, el uso de la propaganda y de los medios masivos de comunicación así como las características del estado totalitario mismo: supresión de todas las libertades, control policial sin límites, intervención del Estado en todas las actividades -económicas, culturales, recreativas deportivas, gremiales- que terminan por pulverizar al individuo frente al Estado. Finalmente, Germani sitúa el fenómeno en el contexto más general de una crisis de las instituciones políticas democráticas en la cultura occidental, que, si por un lado favorece los avances autocráticos del estado, produce, por el otro, un divorcio cada vez más pronunciado entre la masa y los dirigentes.

Pero esa preocupación empezaría a cobrar mayor relieve y amplitud ideológicas en los primeros años de la década del cuarenta, cuando Germani proyecta, en el marco del Instituto de Sociología al que acababa de hacer su ingreso, una investigación sobre

III.

³⁵ En 1934 publica en *Italia del popolo* "La goviertú in Italia. Dodici anni di educazione fascista" y "Le tirannie e la rassegnazione". Al año siguiente en *La nuova Patria*, "Fascismo e crisi in Italia"; durante 1943 y con el seudónimo de Frati, publica, para *La nuova Italia*, "Porque los italianos non se rebelan?", "Il neo-antifascismo" y "Sul programma (risposta a M. Mariani)". El tema del primer artículo mencionado sería retomado por Germani unos treinta años más tarde en un estudio comparado entre España e Italia en Gino Germani, *Socialización política de la juventud en los regímenes fascistas: Italia y España*, en *Revista Latinoamericana de Sociología*, vol. 5, Nº 3, 1969, lo que, una vez más, muestra el carácter recurrente de dicha problemática en su reflexión como así también un conjunto de ensayos reunidos en unos años después en *Autoritarismo, fascismo e classi sociali*. Roma, Bologna, Il Mulino, 1975.

el fenómeno de las clases medias en Buenos Aires. En efecto, el autor consagra a dicha problemática tres de sus primeros trabajos aparecidos en el boletín del mencionado Instituto; en 1942, “La clase media en la ciudad de Buenos Aires” y en 1943-1944, “Sociografía de la clase media en Buenos Aires: las características culturales de las clases medias estudiadas a través de la forma de empleo de las horas libres” y pocos años después resenciona en la revista *Cultura Italiana*, el ensayo de S. Piscel, *Il problema dei ceti medi*, que examina las razones de la participación de las clases medias en los movimientos totalitarios. La cuestión reaparece en 1950 en un trabajo titulado “La clase media en Argentina con especial referencia a sus sectores urbanos” y, en 1955, le dedica un extenso pasaje en su libro *Estructura social de la Argentina*. El tópico habrá de reiterarse en *Política y sociedad en una época de transición* de 1962 y en *Sociología de la modernización* de 1969.

Y bien, ¿con qué preocupaciones estaba asociada esta inquietud de Germani por la situación de las clases medias? ¿Qué temores y/o esperanzas abrigaba Germani con relación a su comportamiento político? Ciertamente, el protagonismo de estas últimas en la experiencia de los gobiernos radicales de los años ‘20 empujaría a Germani a reconocer en dicha clase una fuerza social políticamente democrática y socialmente modernizadora. Sin embargo, este optimismo no estará del todo desprovisto de fundados temores; ellos provenían de una experiencia muy familiar al autor, la del masivo apoyo de dichos sectores sociales a los regímenes totalitarios del fascismo y del nazismo. En el primero de aquellos estudios consagrados al tema Germani afirmaba precisamente lo siguiente: “Después de la guerra de 1914 el profundo desequilibrio que se produjo en vastas capas de las clases medias fue sin duda un factor no despreciable en las transformaciones políticas y sociales que experimentaron algunas naciones”.³⁶ En este sentido, y a pesar de los diversos acentos que exhiben los distintos trabajos sobre el tema, todos ellos tienen un motivo en común: en dicha clase el autor identifica a un sector social de “difícil ubicación” a raíz de su posición ambigua en la estructura social. De allí que más que afirmaciones rotundas sobre la dirección probable del comportamiento político de la clase media, sus textos aparecen modulados por abundantes y severas advertencias sobre su ambigüedad política constitutiva.

Así, y aún cuando, para el caso de América Latina, Germani reconociera la

³⁶ Gino Germani, “La clase media en la ciudad de Buenos Aires. Estudio preliminar” en *Boletín del Instituto de Sociología*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, N° 1, 1942, pág. 105.

inexistencia de aquellas condiciones sociales y políticas a partir de la cuales en Italia y Alemania las clases medias bajas, en alianza con ciertos grupos de la pequeña burguesía, habían llegado a constituir “la masa de maniobra de movimientos totalitarios con signo antiobrero”, subrayaba, sin embargo, que, en períodos transicionales como los que por entonces experimentaban las naciones de este continente, esa ambigüedad política de las clases medias podía originar movimientos políticos antidemocráticos.

Y si es verdad que aquel primitivo temor parecía haberse apaciguado con los años, el tono y la preocupación expresados por Germani en el artículo que, ha pedido de la revista *Ciencias Sociales* del Departamento de Asuntos Culturales de la Unión Panamericana, escribiera en 1949, demuestra que algo de aquel aún parecía estar vigente. Los editores de dicha revista habían programado una serie de monografías sobre la situación de las clases medias en América Latina fundadas en la convicción relativa a su papel como estabilizadoras de un régimen político democrático. Las especulaciones de Germani al respecto no eran, sin embargo, del todo congruentes con la convicción que había fundado el programa de dichas monografías. Según Germani, el reciente proceso de industrialización y los cambios políticos y sociales desencadenados en la Argentina durante la década del '40 habían contribuido ciertamente a acentuar el grado de movilidad social que tenía como consecuencia un movimiento de ascenso en masa de un número creciente de individuos y la formación de una clase media. Pero, advertía, la inflación, uno de los mecanismos con que se financiaba la prosperidad reinante, podía afectar sensiblemente la situación de aquellos sectores que no lograban aumentar sus ingresos reales en forma proporcional al aumento nominal. Dichos sectores eran los de la clase media dependiente que no gozaban, como los obreros, de una situación de ocupación plena y no poseían, además, organizaciones y experiencia sindicales que les permitieran negociar la distribución del ingreso de una manera más favorable a sus intereses. La inflación por un lado y el aumento del poder de los obreros por el otro estaban provocando, según el diagnóstico de Germani, un proceso de nivelación social por el cual las clases medias veían amenazada su lugar en la escala jerárquica de las clases. Esta situación tornaba ambiguo el significado político de la clase media pues, -continuaba Germani- la reciente experiencia europea había demostrado que “frente a la amenaza de proletarianización, la clase media se transformó en la masa de maniobra de los movimientos totalitarios: con ello trató desesperadamente de recuperar el prestigio y la jerarquía sociales que el proceso de nivelación social

amenazaba anular”.³⁷ De modo que, aún cuando Germani confiara en que el rumbo de la clase media argentina sería -como en el pasado- de carácter progresista, concluía que “en las nuevas condiciones históricas creadas por una época de crisis como la que estamos viviendo, el simple crecimiento numérico de esta clase no representa de por sí una garantía suficiente de una mayor estabilidad y un apoyo seguro para la democracia”.³⁸

Si esta última certeza minaba aquella confianza, ello se explica porque Germani estaba convencido que el totalitarismo no era un fenómeno accidental y consiguientemente transitorio sino que, por el contrario, tenía profundas raíces en ciertas tendencias y dinámicas propias del desarrollo de la sociedad moderna. En el prólogo a la obra de Erich Fromm, Germani hacía explícita esta convicción cuando escribía que

[...] el fascismo, esta expresión política del *miedo a la libertad*, no es un fenómeno accidental de un momento o de un país determinado, sino que es la manifestación de una crisis profunda que abarca los cimientos mismos de nuestra civilización.

Pero, ¿en qué residía la raíz de dicha crisis? ¿qué tendencias y dinámicas del mundo moderno se tornaban propicias para la emergencia del fenómeno del totalitarismo?

En un texto de 1945, titulado “Anomia y desintegración social”,³⁹ Germani daba los primeros pasos en dirección a una respuesta a dicho interrogante. El argumento tenía dos aspectos, estructural, uno, temporal, el otro.⁴⁰ De acuerdo al primero, la crisis tenía su origen en el hecho de que si la base del desarrollo del mundo moderno descansaba en la idea del individuo como entidad separada y autónoma, la individuación, nervio de la vida moderna, era ahora amenazada por la creciente estandarización que imponía la aparición de una sociedad de masas cuyo impacto Germani caracterizaba en los siguientes términos:

Es el resultado de un proceso mecánico de individuación que ha *puesto en disponibilidad* al individuo pero no le ha proporcionado los medios para forjarse una personalidad. Caídos los cuadros tradicionales a los cuales se sentían ligados por lazos emocionales, inconscientemente arraigados, los individuos se

³⁷ Gino Germani, “La clase media en Argentina con especial referencia a sus sectores urbanos”, en Theo Crevena, *Materiales para el estudio de la clase media en la América Latina*, Unión Panamericana, Washington, 1950-51, pág. 24.

³⁸ Gino Germani, *op. cit.*, pág. 27.

³⁹ Gino Germani, “Anomia y desintegración social” en *Boletín del Instituto de Sociología*. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, N° 4, 1945.

⁴⁰ Estas dos facetas del diagnóstico atraviesa toda la producción de Germani dando lugar a visiones optimistas y pesimistas de la modernidad latinoamericana respectivamente.

hallan expuestos a las técnicas tipificadoras, tales como las formas de recreación en masa, la estandarización de las ocupaciones, de los gustos y de las personalidades....

De acuerdo al segundo, la crisis era sólo temporal, resultado de un proceso de transición. Las sociedades latinoamericanas estaban experimentando una serie de transformaciones como consecuencia del tránsito de una sociedad tradicional a una sociedad de masas. La rapidez del mismo exigía enormes esfuerzos de adaptación que provocaban fuertes trastornos en la personalidad; los antiguos esquemas de acción y representación social ya no resultaban adecuados para la nueva situación social y su desajuste respecto a esta última originaba procesos de desintegración social.

Por cierto, Germani evaluaba positivamente la aparición de la sociedad de masas. La ampliación de la participación social y política a vastos sectores sociales anteriormente excluidos de ella implicaba un significativo momento de emancipación social. Pero el peligro radicaba en que, habiendo puesto en crisis las formas tradicionales de integración social, la sociedad emergente no le brindaba al individuo marcos institucionales en los que restablecer sus relaciones con el mundo.

[...]Pero este abandono al automatismo no es todo. Nada ha reemplazado en efecto ese sentimiento de pertenencia que caracterizaba la relación del individuo con el grupo; por ello el individuo se siente solo y aislado y por lo tanto expuesto a la aceptación de vínculos que vuelvan a darle ese sentimiento.⁴¹

Esta falta de vínculos estaba en el origen de situaciones de anomia o desintegración social que ponía a las masas en situación de "disponibilidad" para aventuras políticas de signo diverso. El origen del totalitarismo residía entonces en un proceso de atomización social que, a la vez que privaba a los hombres de los vínculos políticos tradicionales, los predisponía -a falta de una integración efectiva en los patrones de la vida moderna- a la adhesión a movimientos que fueran capaces de restituirle el sentido de pertenencia que habían perdido. Esa pérdida de comunidad origina sentimientos de alienación y ansiedad y la consiguiente predisposición a comportamientos extremos como modo de evadir esas tensiones.

Por cierto, la solución a la crisis no radicaba en un restablecimiento de los lazos tradicionales, que Germani juzgaba incompatibles con la estructura de una sociedad industrial, sino en la creación de marcos institucionales que integraran al individuo en

⁴¹ Gino Germani, "Anomia y desintegración social". Boletín del Instituto de Sociología, Facultad de Filosofía y Letras, N° 4, 1945.

los valores de la cultura moderna. El problema no radicaba entonces en el espíritu moderno (secularización, racionalismo, individualismo) sino en esa convivencia, que podía resultar explosiva, de lo “contemporáneo con lo no contemporáneo”: estructuras tradicionales deterioradas por el proceso de modernización, estructuras modernas y vastos sectores de la vida social parcialmente desintegrados. Dicho de otro modo, la crisis obedecía a una falla en un proceso de individuación que parecía reducirse a un efecto automático de la diferenciación social y que no le proporcionaba al individuo los medios para forjarse una personalidad. Más que a un aumento de la individuación, esa diferenciación puramente automática conducía en rigor de verdad a una creciente atomización social. Debilitados los lazos de solidaridad tradicionales, abandonados a sí mismos, los hombres -escribía Germani recogiendo los términos de la formulación de Fromm- se hallaban expuestos a la aceptación de vínculos que pudieran ofrecerle la sensación de pertenencia que habían perdido. Puede decirse entonces que el problema central que planteada esa transición era esencialmente “moral” en el sentido que este término tiene en la obra de Durkheim pero que también pasaría a tener en la obra de Fromm, es decir, como un debilitamiento de los lazos sociales que otorgaban al individuo un sentimiento de comunión y pertenencia. A este respecto, en el prólogo, escrito dos años más tarde, a propósito de la edición de *El miedo a la libertad*, Germani escribía:

El hombre ha llegado a emerger, tras el largo proceso de *individuación*, iniciado desde fines de la Edad Media, como entidad separada y autónoma, pero esta nueva situación y ciertas características de la estructura social contemporánea lo han colocado en una profundo aislamiento y soledad moral. A menos que no logre restablecer una vinculación con el mundo y la sociedad, que se funde sobre la reciprocidad y la plena expansión de su propio yo, el hombre contemporáneo está llamado a refugiarse en alguna forma de evasión a la libertad.

Se aprecia, así, de qué manera Germani encontraba en las nociones de “aislamiento” y “soledad moral” de Fromm términos equivalentes al concepto de “anomia” desarrollado por Emile Durkheim. A luz de este planteo, el totalitarismo aparecía como resultado de un proceso de atomización social que, a la vez que privaba a los hombres de los vínculos políticos tradicionales, los predisponía -a falta de una integración efectiva en los patrones de la vida moderna- a la adhesión a movimientos que fueran capaces de restituirle el sentido de pertenencia que habían perdido. Esa ‘pérdida de comunidad’

originaba sentimientos de alienación y ansiedad y la consiguiente predisposición a comportamientos extremos como modo de evadir esas tensiones.

Por cierto, desde un principio Germani se apartaría claramente de los diagnósticos de matriz conservadora según los cuales el problema estribaba en esa “rebelión de las masas”, en su desdichadamente obsecada voluntad de tomar partido en el destino político de las naciones. Muy por el contrario, y como se ha afirmado, estaba convencido de que la ampliación de la participación a sectores anteriormente excluidos de ella debía acreditarse como parte del proyecto histórico emancipatorio del mundo moderno. El problema era, más bien, que las experiencias del nacionalsocialismo en Alemania y del fascismo en Italia habían puesto en cuestión, de una manera por demás alarmante, los fundamentos mismos de la civilización moderna, pues exhibían, atterradoramente, que la solución al “problema de las masas” bien podía transitar por caminos bastante extraños a las formas políticas hasta entonces conocidas, y especialmente extrañas a la democracia occidental. El éxito de esas nuevas formas políticas, parecía exhibir, además, otra crisis, esta vez de naturaleza gnoseológica, relativa a los fundamentos de una antropología racionalista que hasta ese momento, de alguna u otra manera, había regido las explicaciones del comportamiento de los hombres. Motivaciones poco familiares a la razón al mismo tiempo que resistentes a los imperativos de los cambios estructurales parecían estar en el origen de unas preferencias ideológicas que ya no se dejaban aprehender bajo los supuestos de aquella antropología.

En este sentido, la obra de Fromm, y muy especialmente, su operación de incorporación del psicoanálisis a una teoría de la sociedad, parecía ofrecer un camino propicio para explorar el sentido de todas aquellas perplejidades. A este respecto, en el prólogo a la obra de Fromm, Germani escribía lo siguiente:

El problema de la ‘falsa conciencia’, es decir de la falta de adecuación entre la realidad y su interpretación por parte de un grupo, de que se ocupa la sociología del conocimiento, puede ser examinado provechosamente desde el punto de vista de la psicología profunda, pues ésta revela la raíz psicológica de las ideologías y la *relación que existe entre esa deformación de la realidad y la estructura del carácter*. (Las cursivas son mías).

Si los términos de la formulación del problema provienen indudablemente de la sociología del conocimiento de Karl Mannheim (“la falta de adecuación entre la realidad y su interpretación...”) se advierte de qué modo Germani encontraba en el planteo de Fromm un modo de articular una respuesta al mismo a través de un diálogo

con la psicología, y especialmente con el psicoanálisis.⁴² Una problematización de las relaciones entre ideologías políticas y conformación psíquica (carácter social) de los individuos podía entonces ofrecer -creía Germani- una vía para interrogar los fundamentos de esa adaptación irracional que el totalitarismo atestiguaba dramáticamente pero en la que no parecía estar ausente una alusión directa al peronismo; ella parecía capaz de poner al descubierto, igualmente, hasta qué punto “la amenaza de nuevas servidumbres”, no habría de residir exclusivamente en factores estructurales o en alguna forma de restricción externa a la libertad sino en ciertas *configuraciones de la subjetividad* que obstaculizan la realización plena de la personalidad.

La “revisión” del psicoanálisis: hacia una perspectiva sobre al autoritarismo moderno

Pero, ¿de dónde provenían estas configuraciones? Aquí es donde la “revisión del psicoanálisis” propuesta por Fromm parecía revelarse fecunda para explorar aquellas configuraciones. En efecto, se abandonaba la imagen de una naturaleza humana universal, fija e invariable, dotada de un conjunto de tendencias biológicas comunes a la especie, y en su lugar aparecía el individuo social e históricamente conformado, cuya constitución biológica era, por el contrario, flexible y capaz de adaptarse a las distintas circunstancias a través de su propia modificación y de una transformación de las circunstancias mismas. Frente a la oposición mecánica del individuo a la sociedad, Fromm enfatizaba la interacción social como el lugar en el que la naturaleza humana adquiere, a través de la socialización, rasgos de personalidad históricamente únicos. En este sentido, una “acentuación sociológica” del psicoanálisis permitía integrar al análisis todas aquellas fuerzas sociales y culturales que intervienen en la formación de la personalidad, o del “carácter social” de los miembros de un grupo, pero subrayando, al mismo tiempo, de qué manera las “disposiciones psíquicas” así moldeadas intervienen, a su vez, como fuerzas activas en el proceso social. El enfoque de Fromm se revelaba así enteramente compatible con las innovaciones relativas a la “teoría de la personalidad” provenientes del campo de la sociología, y muy especialmente de la antropología cultural, entre las que Germani incluía la obra de Ruth Benedict, Margaret

⁴² De todos modos, y como ha sido recordado, tampoco Mannheim se mostraría ajeno al proyecto de establecer una relación estrecha entre psicología y sociología. Véase especialmente, Karl Mannheim, *Ensayos sobre sociología y psicología social*. México, Fondo de Cultura Económica, 1963. La edición inglesa original es de 1953.

Mead y de Bronislaw Malinowski,⁴³ pero entre las que habría que añadir, igualmente, la de Ralph Linton. El aporte principal y más novedoso de estas innovaciones consistía, en efecto, en la afirmación de la existencia de patrones de cultura constitutivos de la personalidad y de la acción humana.⁴⁴ En este sentido, una reapropiación “culturalista” del psicoanálisis estaba en condiciones de ofrecer los medios para una superación de los errores antitéticos del “sociologismo”, por un lado, que explica la vida social a partir de la existencia de fuerzas impersonales que trascienden al individuo, y del “psicologismo”, por el otro, que procede de manera inversa.

A este respecto, la importancia que, de ahí en adelante, habría de adquirir en la reflexión de Germani una incorporación del psicoanálisis como la ensayada por Fromm -y que daría lugar a lo que dio en llamarse como “psicoanálisis reformista”⁴⁵ se advierte perfectamente en el prólogo redactado para la edición de *Psicoanálisis y sociología*, de Walter Hollischer, en 1951. En el mismo Germani insistía en la necesidad de trascender los enfoques reduccionistas del « psicologismo » y del « sociologismo » y elaborar una perspectiva en la que confluyeran las dos disciplinas tematizadas por Hollischer. A juicio de Germani, la urgencia de dicha confluencia obedecía a motivos de orden teórico cómo a razones de carácter histórico-social.

En relación con las primeras, Germani retomaba la tesis de Karl Mannheim según la cual la superación del estrecho especialismo que afectaba de manera especial a las ciencias sociales debía operarse a partir del establecimiento de una estrecha conexión entre las distintas disciplinas. En lugar de los enfoques parciales y abstractos que resultaban de los cada vez más específicos recortes practicados por las distintas especialidades, Germani subrayaba, tomando en préstamo el vocabulario de Mannheim,

⁴³ A este respecto, en el prefacio a la edición, de 1949, de los *Estudios de psicología primitiva*, de Bronislaw Malinowski, Germani señalaba precisamente la importante contribución de la obra del antropólogo en el surgimiento de las orientaciones revisionistas del psicoanálisis al poner de relieve la incidencia de la cultura en la formación de la personalidad y rectificar de esta manera el biologismo de las premisas del psicoanálisis. Así, por ejemplo, como en el caso de la crítica de Malinowski a la universalidad del complejo de Edipo y su reemplazo por la noción de un complejo nuclear familiar que varía precisamente en función de la estructura familiar y, consiguientemente, de la cultura. Gino Germani, “Prefacio a la edición castellana” a *Estudios de psicología primitiva*, de Bronislaw Malinowski. Buenos Aires, Paidós, 1949.

⁴⁴ Dos títulos marcaron el denominado movimiento “cultura y personalidad”: *Patterns of Culture*, de Ruth Benedict, traducido tempranamente al español en 1939 por León Dujovne para editorial Sudamericana, en 1939, y *The Cultural Background of Personality*, de Ralph Linton, que la editorial del Fondo de Cultura Económica daba a conocer a los lectores de habla hispana en 1945, el mismo año de su aparición en inglés, con el título de “Cultura y personalidad”. Véase, Daniel Bell, *op. cit.*, págs 56-57.

⁴⁵ Una dirección similar sería seguida por Karen Horney y Stack Sullivan, autores hacia los que Germani mostrará un particular interés. En 1946 Germani editaría en Paidós *La personalidad neurótica de nuestro tiempo*, de Horney. La relación de Germani con el “psicoanálisis reformista” ha sido analizada por Hugo Vezzetti en “Las ciencias sociales y el campo de la salud mental en la década del sesenta”. Punto de

la necesidad de trabajar con una perspectiva que reconociera el momento de la totalización como esencial al conocimiento y en la que las nociones de configuración y forma concurren a tal efecto.

Pero más relevantes aún resultan las razones de orden histórico-social que esgrimía Germani para justificar la confluencia de los enfoques, y especialmente, la incorporación de una perspectiva de análisis de naturaleza psicosocial. En efecto, aquellas permiten advertir, por un lado, ciertos rasgos centrales de su percepción de la situación política y social por la que atravesaba la Argentina durante esos años, y, por el otro, la relación existente entre esa percepción y su inquietud por la dimensión psicosocial de los fenómenos sociales. En el centro de esa percepción estaba la idea de una « crisis », de una sociedad atravesada por intensos conflictos ideológicos. Naturalmente, aún cuando Germani mentara con el recurso a dicho vocablo un fenómeno de vasto alcance que incluía a la cultura occidental en su conjunto, la presencia del peronismo no parecía a sus ojos sino confirmar dicho diagnóstico. Pero, ¿qué relación existía entre esta visión de una crisis y su insistencia en la necesidad de incorporar un enfoque de carácter psicosocial? El prólogo a la obra de Hollischer ofrecía un intento de respuesta:

Es en efecto en períodos de intensas y rápidas modificaciones, en períodos de crisis, que cobra importancia la investigación del proceso *in fieri*; y tal investigación, a diferencia de la que se dirige a los productos 'ya hechos', cristalizados del proceso mismo, requiere el conocimiento de los *mecanismos explicativos de las acciones y los pensamientos humanos, es decir, de la psicología*. (Las cursivas son mías)

En esta oposición entre productos cristalizados y procesos en curso se advierte bien que el acento puesto en la necesidad de desentrañar los mecanismos explicativos de las acciones muestra de qué manera Germani encontraba en la psicología, como disciplina que indaga los motivos de la acción, una camino para encarar, con renovados instrumentos analíticos, la pregunta por la cuestión de la racionalidad de la acción política que el advenimiento de la sociedad de masas y la emergencia del totalitarismo habían tornado problemática. La psicología parecía así el camino más adecuado para sortear aquella perplejidad pues en ella podía encontrarse los instrumentos conceptuales necesarios para una renovación de una teoría de la acción que fuera capaz de sobreponerse a la impotencia que frente a la crisis había experimentado una teoría de matriz racional-utilitarista.

Y es que, en efecto, el totalitarismo parecía confirmar que, a despecho de las alianzas sociales fundadas en la existencia “objetiva” de intereses comunes, la necesidad de relaciones emocionales satisfactorias, se revelaba, en ciertas ocasiones, como una motivación política mucho más sólida y duradera, a tal punto que empujaba a los actores, incluso, a obrar en contra de sus ‘propios intereses’. Puede apreciarse entonces de qué modo una perspectiva como la de Fromm proporcionaba a Germani la posibilidad de expandir una problemática situada en el corazón de la sociología política de Max Weber, como la de la *autoridad*, a través de una problematización de las *relaciones entre psicoanálisis y política*. En efecto, el ‘psicoanálisis reformista’ de Fromm, al distanciarse de los presupuestos más biologicistas de la teoría de Freud y revelar, por contra, el carácter histórico y socialmente determinado de las formas de la conciencia social, ofrecía, a la vez que la posibilidad de incorporar al análisis de la acción las fuerzas sociales y culturales que la determinan, un modo de articular una perspectiva histórica de intelección de las transformaciones sociales. En el prólogo a *El miedo a libertad* Germani escribía:

[...] la estabilidad y la expansión ulterior de la democracia dependen de la capacidad de autogobierno por parte de los ciudadanos, es decir, de su aptitud para asumir decisiones racionales en aquellas esferas en las cuales, en tiempos pasados, dominaba la tradición, la costumbre, o el prestigio y la fuerza de una autoridad exterior. (pág.18)

No es difícil reconocer aquí la presencia de la tipología weberiana relativa a las distintas formas de dominación y sus respectivas fuentes de legitimidad. Era indudable entonces que la adhesión de las clases populares a un movimiento político como el peronismo, adhesión juzgada atípica en comparación con las orientaciones ideológicas clásicas del movimiento obrero, tanto a nivel nacional como internacional, debía ser imputada a un déficit de individuación (incapacidad de autogobierno), cuya inmediata consecuencia era la reproducción, en la esfera política, de formas de comportamiento y relaciones con la autoridad propias de una sociedad tradicional. Germani volvía así a Weber a través de Fromm: el peronismo ponía en escena un conflicto entre tradición y modernidad.

La incorporación del psicoanálisis operada por los frankfurtianos ofrecía así un camino para explorar la adhesión de las masas a esas nuevas autoridades en la medida en que atendía a esas fuerzas socioculturales -tanto más poderosas que los intereses y al mismo tiempo menos fácilmente sujetas a cambios rápidos de coyuntura- que moldean la personalidad y/o el ‘carácter’ de los miembros de un grupo o de una clase. De manera

que el contacto de Germani con la literatura de Frankfurt, y muy especialmente con la obra de Fromm, lo conduciría entonces a poner de relieve una dimensión de la vida social que los enfoques economicistas eran incapaces de advertir, a saber, la importancia que adquieren el conjunto de las potencias culturales formativas (tradiciones, valores, formas de sociabilidad, en fin, todo aquello que hoy solemos identificar como la dimensión *simbólica* de la sociedad) en la formación de las ideologías y, consiguientemente, en la orientación política de los actores. Dichas potencias habrán de constituir para Germani -si se me permite la expresión- la morfología misma de lo político. En la advertencia de esa dimensión Germani encontraba una vía para interrogar los vínculos entre *cultura y política*, o dicho de otro modo, una manera de *articular una reflexión sobre los procesos políticos en curso en conexión con los procesos culturales de más larga y compleja duración*.

No es entonces casual que Germani se volviera hacia la *familia*,⁴⁶ precisamente la institución en la que la presencia de aquellas potencias formativas operan de manera decisiva en el moldeamiento psíquico de los individuos -o en la formación de su carácter- y cuyos resultados tienen alcances duraderos. Las ideologías autoritarias podían ser vistas así como una proyección, en el plano político, de relaciones de autoridad aprendidas en esa esfera prepolítica de socialización. Aún cuando en su interrogación de los lazos familiares Germani no adoptara la dirección de una exploración psicoanalítica como la ensayada por Fromm, el peso que las variables psicosociales habrían de adquirir en la misma constituye un indicador inequívoco de la importancia que asignaba a las formas de la subjetividad como elementos estructurantes de la dirección del comportamiento político. Se comprende, así, el que Germani confiara en que la crisis de la familia tradicional, caracterizada por relaciones autoritarias, y la emergencia correlativa de una “nueva familia”, con predominio de relaciones más democráticas e igualitarias entre sus miembros, traería necesariamente aparejado un cambio en la configuración del escenario político. Más precisamente, en la crisis de la vieja familia Germani parecía percibir el anuncio de una paulatina pero irreversible extinción de las ‘bases culturales’ en las que hasta entonces descansaba el éxito del peronismo.

⁴⁶ Gino Germani, “La familia en transición en la Argentina” en *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*. Buenos Aires, Paidós, 1962; y “La familia, ¿crisis o transición?” en *Estudios sobre sociología y psicología social*. Buenos Aires, Paidós, 1966.

El peronismo

Casi diez años después de aquel prólogo a la obra de Erich Fromm, en “La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo”,⁴⁷ Germani volvía sobre los mismos interrogantes pero esta vez a propósito de un problema bien preciso, la presencia del peronismo en la vida política argentina, su génesis y su significación. Y bien, ¿de qué manera su recepción de la literatura comentada se haría sentir en su interpretación de dicho fenómeno? Temo que, de acuerdo a los argumentos expuestos hasta el momento, el lector se vea inducido a arribar a la conclusión de que el peronismo constituiría para Germani un ejemplar más de los regímenes totalitarios con los que entonces era frecuente asociarlo. Como tendremos oportunidad de ver enseguida, en realidad todo su esfuerzo interpretativo se encaminó a establecer una distinción entre unos y otro.

En rigor de verdad, se trata de un texto complejo, que pone en el centro de la interrogación diferentes cuestiones y en el que es posible reconocer la presencia de distintas dimensiones analíticas. En primer lugar, el ensayo presenta una reconstrucción de los orígenes y las causas de la emergencia del fenómeno; en segundo lugar, establece las similitudes y diferencias con otros regímenes políticos; en tercer lugar, se interroga sobre el significado social, económico, político y cultural del fenómeno; finalmente, y quizá el aspecto más controvertido, examina, en términos de una perspectiva de la teoría de la acción, la racionalidad o irracionalidad de la acción de los trabajadores en su apoyo al líder del movimiento político en cuestión. En tal sentido, puede afirmarse que el texto ilustra la puesta en juego de los procedimientos y los recursos analíticos clásicos de la interrogación sociológica: a) determinación de la génesis de un fenómeno; b) comparación entre fenómenos aparentemente similares; c) determinación, como resultado de dicha comparación, de la peculiaridad del fenómeno en cuestión; d) dilucidación de su significado político en el contexto de una experiencia social y política pretérita; e) y, finalmente, determinación del grado de racionalidad o irracionalidad de la acción/o decisión de los actores políticos examinados. En suma, procedimientos relativos a las *causas* de un fenómeno como a su *sentido*.

Sin embargo, no voy a extenderme aquí sobre las distintas dimensiones analíticas que están presentes en el texto. Me limitaré en cambio a presentar de forma

⁴⁷ El texto apareció originariamente en 1956 en la revista *Cursos y Conferencias*, N° 272, y luego incorporado como capítulo en *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Paidós, Buenos Aires, 1962. Las citas que siguen se han tomado de esta última edición.

esquemática la interpretación que del peronismo ofreciera Germani con el objeto de mostrar de qué modo se articula allí su recepción de las investigaciones del Instituto de Frankfurt.

Como he afirmado hace unos momentos, la interpretación de Germani se caracterizará por establecer una distinción entre el peronismo y las experiencias europeas del totalitarismo. La misma radicaba en principio en una diferente composición de clase, diferencia que, a su vez, gravitaría decisivamente sobre la dirección ideológica de cada uno de los movimientos políticos. En ambos casos se trataba de regímenes políticos que habían recibido el apoyo de las masas, pero mientras en los casos del fascismo y del nazismo el grueso de dicho apoyo provendría de las clases medias inferiores (como así también de la burguesía), en el peronismo serían las clases trabajadoras urbanas y rurales las que constituirían su base de sustentación política. Pero, además, la situación histórico-social de ambas clases era también diferente. En el primer caso, y como consecuencia del proceso de creciente concentración capitalista, del impacto negativo de la inflación sobre los ahorros de los sectores medios dependientes y del avance creciente del proletariado, las clases medias vieron amenazada su superioridad económica y su tradicional prestigio social de que gozaban frente a las clases populares. Ante esta amenaza de “proletarización” adoptaron una orientación política que las enfrentó a las clases populares en un movimiento por diferenciarse netamente del proletariado y recuperar sus posiciones adquiridas. El totalitarismo adquirió así un marcado carácter antiobrero en el que el sentimiento de participación se fundaba sobre un complejo de actitudes peculiares: el prestigio y la jerarquía y el sentimiento de superioridad nacional y racial.

En la Argentina, las cosas ocurrirían de forma muy diferente. En primer lugar, las clases medias eran de formación reciente, sin las tradiciones de prestigio que caracterizaban a las europeas; según el autor, aquí no existía, además, un problema de “proletarización” puesto que su conformación había sido producto de un proceso de ascenso social también reciente. En cuanto a su integración política, dichas clases habían encontrado en el radicalismo el canal político de expresión de sus aspiraciones. La clase trabajadora era también de formación reciente, producto, en su composición mayoritaria, del rápido proceso de industrialización y urbanización masiva ocurrido durante la década del '30. Carecía, por consiguiente, de experiencia sindical y no se hallaba integrada en los partidos tradicionales de la clase obrera. En resumen, mientras en Europa el proceso de proletarización había dejado como “masas disponibles” a las

clases medias, en la Argentina la industrialización y urbanización había hecho lo mismo pero con las clases trabajadoras.

Ahora bien, ¿por qué en Argentina la clase trabajadora -es obvio que esta última denominación, o la más difusa todavía de “clases populares” a la que recurre por momentos Germani en lugar de la de “clase obrera” acentúa todavía más su argumento de la falta de identidad y autonomía del actor en cuestión- darían su apoyo a Perón? A este respecto, Germani desechaba de plano la teoría del ‘plato de lentejas’. Los trabajadores no habían vendido su libertad a cambio de ventajas materiales, que, por otra parte, habían sido, según el mismo autor, más aparentes que reales. Ese no era precisamente el punto. Los motivos de la adhesión de las clases populares a Perón había que atribuirlos, en cambio, a satisfacciones de orden subjetivo. “La libertad que [las clases populares] creían haber ganado -escribía- era la libertad concreta, inmediata, de afirmar sus derechos contra capataces y patronos, elegir delegados, ganar pleitos en los tribunales laborales, sentirse más dueños de sí mismos. Todo esto fue sentido por el obrero, por el trabajador general, como una afirmación de la dignidad personal”.⁴⁸ La posibilidad que el peronismo ofrecía al trabajador de afirmar esos derechos habría significado, por lo demás, “una liberación parcial de sus sentimientos de inferioridad, una afirmación de sí mismo como un ser igual a todos los demás”.⁴⁹

Vayamos ahora al problema más general, anticipado por Germani en ocasión del prólogo a la obra de Fromm, relativo al sentido que asume la adaptación frente a los cambios estructurales. Como se recordará, y de acuerdo a la experiencia europea, Germani extraía la conclusión de que dicha adaptación había exhibido un carácter decididamente irracional. La adhesión de las clases trabajadoras al liderazgo de Perón, ¿debía ser observada como otro caso más de irracionalidad? Germani articula su respuesta a partir de la consideración de tres elementos: los intereses *reales* de cada uno de los actores respectivos (las clases medias, en el nazifascismo, las clases trabajadoras, en el peronismo); el grado en que ambos regímenes políticos satisficieron dichos intereses y la divergencia entre las satisfacción “real” y las “sustitutas” que proveyeron los mitos de las respectivas ideologías (nacionalismo, racismo y jerarquía, de un lado, justicia social, del otro); por último, los medios de comprensión de la situación con que contaban ambos actores dependiente de su nivel de instrucción, de su participación en la vida política nacional y de su experiencia política previa.

⁴⁸ Gino Germani, *op. cit.*, pág. 244.

⁴⁹ Gino Germani, *op. cit.*, pág. 244.

De acuerdo a la consideración de los elementos mencionados Germani concluía que la irracionalidad de las clases medias europeas había sido mayor que la de las clases populares en la Argentina. En efecto, mientras que un análisis “racional” de la situación parecía indicar que los intereses de las clases medias eran, “objetivamente”, coincidentes con los de las clases socialmente inferiores, aquellas terminarían no obstante alineadas en contra de éstas. Actuaron, consiguientemente, contra sus propios intereses objetivos. La dictadura, en efecto, lejos de modificar la situación estructural que afectaba dichos intereses, no tendió sino a reforzarla (aumento de la concentración económica y de los controles). Ofreció a cambio satisfacciones “sustitutas” que sólo podían aplacar la expresión (subjetiva) irracional de la crisis pero que de ninguna manera implicaban una recuperación de su posición y status amenazados. Por lo demás, el hecho de que contaran con los medios necesarios para adoptar una acción política realista (información, tradición política, etc.) no hacía más que amplificar la irracionalidad de su acción.

En el caso del peronismo, en cambio, la situación era distinta. Aún cuando el régimen peronista, según Germani, no introduciría sustantivas modificaciones estructurales favorables a los intereses de los trabajadores, otorgaría a estos últimos, sin embargo, una conciencia de su propio significado como una fuerza social y política de primera importancia en la vida política nacional. En este sentido, y a diferencia de los casos europeos, no podía hablarse aquí de satisfacciones “sustitutas” puesto que los logros alcanzados por las clases trabajadoras durante el peronismo, relacionados básicamente con la afirmación de su identidad y poderío frente a las demás, “correspondían a sus objetivos ‘verdaderos’ dentro de la situación históricosocial correspondiente”. En suma, su situación se había visto radicalmente modificada en un sentido favorable a sus intereses en ese preciso sentido, en el de haber obtenido el reconocimiento y la legitimidad de afirmar sus derechos frente a las clases propietarias. Era precisamente este aspecto del fenómeno el que empujaba a Germani a reconocer en el peronismo un componente de emancipación y ciertos elementos de una “democracia sustantiva” que estaban del todo ausentes de los regímenes europeos.

Pero entonces, ¿en qué residía la irracionalidad de la acción? En la respuesta a este interrogante Germani cifraba la tragedia política argentina: dicha irracionalidad residía en que la integración de las masas a la vida política se había operado bajo el signo del totalitarismo, es decir, bajo un régimen político que significó una profunda alteración del funcionamiento de las instituciones de un sistema democrático. Lo

racional, según el autor, hubiera sido el “método democrático”. Y sin embargo, frente a esto último Germani reconocía las dificultades que una acción de este tipo había enfrentado durante la década del ‘30, caracterizada por el fraude electoral y la represión a la actividad sindical. Pero además, si se tenía en cuenta el ingreso reciente de las clases trabajadoras a la vida urbana, su falta de experiencia política y sindical, y, sobre todo, “los infranqueables límites que las circunstancias objetivas oponían a sus posibilidades de acción política”, el rumbo definitivo tomado por la clase obrera argentina debía examinarse bajo un ángulo algo diferente al de la mera irracionalidad.

Es por tal motivo que Germani habrá de insistir en que, a diferencia del fenómeno del nazismo, en las clases populares argentinas no podía hablarse con propiedad de una *impermeabilidad a la experiencia* -término, este último, que Germani recogía de *La personalidad autoritaria*- propio de la “estructura del carácter autoritario”, y, consiguientemente, de “ciega irracionalidad”. En todo caso, la adhesión de las masas a un líder autoritario como Perón se explicaba por la persistencia de una cultura política tradicional de tipo paternalista de la que el autoritarismo era la expresión psicosocial de unas clases populares recientemente integradas a la vida urbana. De ahí se explica, igualmente, el que Germani no confiara, como era habitual entonces, en la educación de las masas como elemento suficiente para corregir su orientación ideológica; no se trataba, entonces, como en los casos europeos, de un cambio de mentalidad sino de “ofrecer a la acción política de esas masas un campo de posibilidades que les permitan alcanzar sus objetivos ‘reales’ (objetivos que, a pesar de todo, habían percibido sin excesiva deformación, aunque sí fueron engañadas con las incumplidas promesas relativas a las reformas de estructura”).

Como se ve, fueron tantas las diferencias que Germani señaló entre nazifascismo y peronismo que por momentos la comparación misma parece tornarse irrelevante. Con todo, ella resulta, en el fondo, decisiva si se tiene en cuenta que el término de referencia comparativo no es tan sólo una experiencia en el sentido “empirista” del término sino también una “interpretación” de la misma realizada a partir de una determinada problemática. Es precisamente a través de ella, o dicho de otro modo, a través del lenguaje que le provee la literatura sobre el fenómeno europeo con la que Germani estaba familiarizado, cómo este último enfrenta el fenómeno peronista. Con el recurso a dicho lenguaje Germani compone una síntesis en la que pueden reconocerse elementos provenientes de la problemática de la sociología del conocimiento de Karl Mannheim (la racionalidad de una acción medida en términos de la relación entre la actitud

subjetiva y la situación objetiva) y de aquellos otros más directamente relacionados con la apertura al psicoanálisis operada por la teoría crítica. Probablemente sería apresurado hablar aquí de una síntesis freudo-marxista, pero no es difícil percibir en el recursivo léxico de Germani (“intereses reales”, “satisfacciones vicarias” (o sustitutas), “personalidad autoritaria” e “impermeabilidad a la experiencia”, etc.) la presencia de una perspectiva tan atenta a las condiciones objetivas en las que una acción tiene lugar como sensible a la dimensión subjetiva de la experiencia. En el fondo, es la consideración de esta última dimensión la que permitirá a Germani hallar un principio de inteligibilidad a una acción que, en las condiciones descritas, se revelaría menos irracional de lo que aparentaba, y sobrepasar, a su vez, el expediente sencillo y práctico de la “manipulación” como explicación del origen de un fenómeno político más complejo de lo que esa fórmula dejaba entrever.

Puede afirmarse entonces que, aún cuando Germani, en su interpretación del peronismo, se mostraría sensible a otros signos que los de la mera personalidad autoritaria, la obra del Instituto le proporcionaría, sin lugar a dudas, no tanto un conjunto de respuestas ya elaboradas sobre sus propios interrogantes sino una orientación teórico-analítica para transitar por ellos. Con esto no quiero sugerir, desde luego, que la interpretación de Germani se apoyaría exclusivamente en el esquema interpretativo que le ofrecía dicha tradición.⁵⁰ Pero es indudable que el énfasis que habría de asignar, por ejemplo, a los factores psicosociales y a la dimensión ideológica del fenómeno revela hasta qué punto la perspectiva de los frankfurtianos se haría sentir en su interpretación.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
 FACULTAD DE HUMANIDADES Y LETRAS
 Dirección de Bibliotecas

⁵⁰ Emilio De Ipola ha destacado el peso de la orientación conceptual del estructural-funcionalismo en la lógica argumentativa de Germani pero también el modo en que en esta última se verifica un cierto desplazamiento de aquel. En *op. cit.*, pág. 338-339.